
BASILIO TRILLES
LA ESPÍA DE FRANCO
Un absorbente *thriller* que desvela la fascinante historia de un personaje hasta ahora desconocido

Letizia, heroína de la guerra civil española y miembro del servicio de espionaje del Ejército sublevado, ocupa un puesto de confianza en la Secretaria General del Movimiento. En plena posguerra es agente del OSS norteamericano, con la aquiescencia del general Franco. Mujer de mundo, libertina y refinada, su corazón sigue siendo de Miguel Campos, un miliciano anarquista al que abandonó en el Madrid sitiado de 1937. Ambos se siguen amando desde la distancia y el desconocimiento de la suerte que ha corrido cada uno de ellos. Letizia, que mantiene una relación meramente sexual con un diplomático norteamericano, anhela el reencuentro y tiene la corazonada de que el amor de su vida está vivo y lucha con las tropas aliadas que, en esos días del verano de 1944, intentan liberar a Europa del nazismo. No se equivoca, Miguel es uno de los españoles que protagonizan la liberación de París. Dado por desaparecido en combate, cruza los Pirineos para intentar acabar con el dictador… pero antes buscará a Letizia.

Basilio Trilles

La espía de Franco



Título original: *La espía de Franco*
Basilio Trilles, 2018

Revisión: 1.0
27/03/2021

A Carmela, mi amor y alma de esta novela, siempre.

A mis hijas María y Balma, desde el corazón.

Media España ocupa España entera
con la vulgaridad, con el desprecio
total de que es capaz, frente al vencido
un intratable pueblo de cabreros.

Gil de Biedma

MADRID, MARZO DE 1945

Letizia quedó paralizada. Desde el interior del automóvil vio cómo lo detenían. Conocía al funcionario que dirigía el grupo de policías secretos. Pronto irían a por ella, pensó. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. De forma inconsciente había colaborado en la detención del amor de su vida. Jamás podría perdonarse aquella fatal ligereza, propia de una principiante. La fuerza de los sentimientos sucumbió ante la razón de la prudencia que debió haber marcado los acontecimientos. Derrotada, sin fuerzas, en décimas de segundo pasaron por la mente de Letizia infinitos momentos indescriptibles, que en las últimas semanas la tenían en el estado ficticio de la felicidad absoluta. Invadida por el miedo, con el cuerpo bloqueado y la mente embotada, permaneció inmóvil. Pasó un indefinido tiempo con la cabeza apoyada sobre el volante. De pronto reaccionó. Arrancó el motor, aceleró y circuló en dirección a la embajada de los Estados Unidos. La siguió un vehículo camuflado de la Policía.

Veinticuatro horas después de la detención, el comisario Laureano Buendía entró en la estancia y un olor pestilente le hizo taparse la nariz. El hombre, con la cara desfigurada, permanecía sentado y atado al respaldo de la silla, cuyas patas estaban ancladas en el suelo de cemento. Solo una bombilla iluminaba tenuemente el calabozo, de paredes desconchadas, únicamente comunicado con el exterior por una puerta de madera de roble, forrada con una gruesa plancha metálica. Los cuatro funcionarios que rodeaban el cuerpo lacerado quedaron sorprendidos ante la repentina aparición del jefe, poco dado a descender hasta los sótanos de la Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol de Madrid. Buendía era claustrofóbico y aquel lugar, ahora impregnado con el insoportable hedor de la mezcla de sangre, vómito, orines y heces, para él representaba un suplicio. Pero a veces las obligaciones del servicio hacían indispensable bajar al mismísimo infierno, y aquella tarde el desenlace de lo ocurrido justificó su presencia.

—El médico viene de camino —informó lacónico el comisario, mientras observó el cuerpo inerte, al tiempo que tapaba la boca y nariz con un pañuelo blanco, impoluto, en el que destacaban sus iniciales bordadas.

Buendía entendió enseguida que la asistencia médica era innecesaria. El hombre estaba muerto. Completamente desnudo, la cabeza ladeada sobre el costado izquierdo, el rostro era un amasijo de carne sanguinolenta provocado por los golpes pero, curiosamente, ni en el rictus facial

ni en los ojos, que permanecían abiertos, había atisbo alguno de terror. Parecía entrever una sonrisa irónica, el último desafío. Estaba, pensó, ante la imagen de un tipo duro, de complexión atlética, cuyo cuerpo mostraba varias heridas provocadas en el campo de batalla. En el antebrazo derecho mostraba un tatuaje, cuyo significado había sido motivo de discusión entre los torturadores, pues el interrogado ni de ello quiso hablar.

—La Cruz de Lorena —dijo el comisario, resguardándose con el pañuelo—, el símbolo de los combatientes de la Francia Libre. Nos hemos cargado a uno de los libertadores de París.

El más veterano de los torturadores escupió en el suelo. Los demás, perplejos, se miraron entre sí.

* * *

Horas después del fatal desenlace en los calabozos de la Dirección General de Seguridad, el general Franco Salgado-Araujo, primo y secretario del Generalísimo Francisco Franco, requirió la presencia del comisario Buendía, que llegó a El Pardo con su ayudante, el inspector Ibáñez. Aquel era un día desapacible que acompañaba al humor del policía, a quién el asunto oficial que provocaba la visita le pesaba como una losa.

Francisco Franco Salgado-Araujo, «Pacón», era un tipo espigado, de aire distinguido, que invitó a sentarse a los dos agentes de la autoridad. Rápidamente fue al grano.

—Caballeros, el Servicio de Información Militar nos ha pasado un primer informe de la víctima, accidentalmente fallecida en las dependencias de Sol, que no arroja demasiada luz —el general lanzó una mirada al policía y levantó el tono para preguntarle directamente.

—¿Cómo se les fue la mano, comisario?

Buendía se limitó a hacer un gesto de disgusto ante la mirada acerada del alto oficial. Tras unos segundos que fueron interminables para el comisario, Franco Salgado-Araujo continuó:

—El individuo estaba enrolado en el ejército de De Gaulle. De su supuesta identidad ni siquiera a ustedes les puedo adelantar nada. Estamos haciendo las comprobaciones pertinentes que no están siendo nada fáciles.

El más directo colaborador de Franco, después de una medida pausa, volvió a evidenciar la vena militar.

—Hay un montón de españoles, experimentados en nuestra guerra, luchando en las filas de De Gaulle, sobre todo en la División Leclerc, y en las partidas de la Resistencia. Y lo hacen pensando que cuando los Aliados ganen la guerra mundial les ayudarán a desquitarse de la derrota sufrida aquí. Están terriblemente equivocados, el Generalísimo lo tiene todo atado y bien atado con los mandatarios angloamericanos.

Los dos agentes permanecieron callados, a la espera de inevitables preguntas que, sin embargo, aún tardarían unos minutos en producirse. La mano derecha del dictador prosiguió hablando con ritmo pausado.

—El Caudillo ha expresado la voluntad de ser inflexible con aquellos que pretendan atentar contra el nuevo orden que él representa. Pero, señores, nos es obligado actuar con el máximo tacto en horas tan cruciales, en las que las potencias democráticas aplastan a Alemania —el

general hizo una pausa y juntó las manos, antes de proseguir.

—Habría sido deseable mantener vivo al supuesto terrorista y sometido a la Justicia. Pudiendo demostrar así sus intenciones criminales, desvelando la conjura de la que tal individuo era engranaje fundamental. ¡Pero no! —inesperadamente Franco Salgado-Araujo levantó la voz y sus ojos dieron muestra de cólera—. ¡Ha tenido que morir brutalmente golpeado, de forma inútil y estúpida!

De pronto el general dio un puñetazo en la mesa y elevó aún más el tono.

—¡Y se lo cargan sin conseguir que abra la boca!

—Mi general —intentó hablar el comisario.

—¡No he terminado!… —respondió contundente, y Buendía ya no se atrevió ni a parpadear —. Atiendan bien —conminó el militar—, aquí no ha pasado nada. Nunca se ha producido la detención del fallecido. Todo rastro de su paso por la Dirección General de Seguridad debe quedar borrado. Por cierto, comisario, ¿dónde está el cuerpo?

Buendía no esperaba semejante pregunta, y tardó unos segundos en contestar.

—Bajo nuestra custodia. Esta tarde está previsto que sea trasladado al Anatómico Forense, es el proceso rutinario…

Franco Salgado-Araujo no dejó terminar al policía.

—Nada de traslados, pues si no hay detención no hay cuerpo, y, por lo tanto, no hay caso. ¿Entendido?

—Sí, señor —respondió el comisario.

—Buendía. ¿Alguna novedad sobre el presunto cómplice?

—Estamos en ello, mi general.

—Pues dense prisa. Pasado mañana es el desfile de la Victoria y no conviene que un terrorista ande suelto por Madrid. El Generalísimo se niega a variar el programa previsto.

—Es mucho riesgo…

Franco Salgado-Araujo cortó el intento del comisario.

—¡Cacen a ese maldito, ya! ¡A trabajar, eso es todo!

Buendía hizo ademán de preguntar al general.

—Dígame.

—¿Qué hay de la señorita Letizia?

Antes de responder, el primo de Franco observó incómodo al policía.

—Olvídese, de ese asunto nos ocupamos desde aquí.

MADRID, NUEVE MESES ANTES

Letizia despertó sobresaltada. Julio de 1944 estaba siendo caluroso en Madrid. Empapada en sudor saltó de la cama y subió las persianas del ventanal de la habitación. Respiró hondo, y fijó la mirada en el cielo estrellado. Los recuerdos no cejaban de aparecer, estaban siempre ahí. La calma de la ciudad en aquellas horas de la madrugada era la contraposición de tantas otras noches y madrugadas pasadas en vela, con el sonido de fondo de las bombas y la fusilería, en las trincheras de la Ciudad Universitaria. Letizia cerró los ojos, los recuerdos la volvieron a estremecer. Allí estaba, con el nombre ficticio de María, vestida con un mono azul cubierto de polvo, las uñas ennegrecidas, el pelo mugroso, recogido debajo de un gorro con los colores de la CNT-FAI. Aún podía sentir la fría rigidez del Mauser, compañero de aquellos días en los que fingió ser una luchadora por la libertad, que gritaba con ardor: «¡No pasarán!». La frase que hizo famosa un general francés en Verdún ante las tropas alemanas del Káiser, convertida en lema de los resistentes de la capital de España en la guerra civil. Aquella parte de su vida la tenía atrapada en un inconfesable torbellino interior. Volvió a respirar con fuerza fijando nuevamente la vista en las estrellas y, de pronto, sintiendo el deseo del tabaco, fue a la mesilla de noche de donde cogió un cigarrillo y lo encendió con deleite.

Sentada en el borde de la cama, Letizia fumó pausadamente. Recordó la escena con nitidez: Miguel la observaba con curiosidad mientras dos milicianos la interrogaban. Uno de ellos sospechó de ella, argumentando que las formas de hablar y desenvolverse nada tenían que ver con el resto de mujeres armadas que defendían a la República. «¡Esta es una espía!», recordó el acento castizo del perspicaz miliciano. Cuando creía que estaba irremediablemente perdida oyó por primera vez la voz de Miguel, fuerte, segura: «¡Dejad a la compañera, respondo por ella!». Aquel día de mediados de noviembre de 1936, con veintisiete años, Letizia no solo volvió a nacer, encontró el amor. El amor más fuerte, irracional como la mayoría de amores verdaderos, que jamás pudo haber soñado y que casi ocho años después la seguía teniendo atrapada.

Volvió a recordar cómo quedó impactada por la risa franca de Miguel y la mirada limpia, de idealista comprometido en la lucha por un mundo más justo, en el que primara la libertad de las personas. Intentando reponerse de la conmoción provocada por la peligrosa situación vivida y la inesperada sensación que sitió en el corazón, ante el providencial salvador, Letizia, en aquel momento, desgranó el relato aprendido sobre de dónde venía y quién era. Dijo llamarse María y

contó a Miguel que pertenecía a una familia de Sevilla bien situada, fiel a la República, que sufrió las represalias del general Queipo de Llano. Ella, aseguró, logró escapar y llegar a Madrid. Para dar más veracidad a la historia contó detalles de la capital andaluza, que conocía a la perfección pues, solo cinco meses antes, vivió allí con su padre, destinado en Capitanía General. No hubo de emplearse demasiado a fondo con aquel anarquista decidido. Desde el primer momento supo que lo tenía encandilado. En la placidez de la alcoba, volvió a rememorar cada detalle del primer encuentro, mientras consumía un nuevo cigarrillo.

Corrió un poco de relente y Letizia estiró el cuerpo en la cama. Alargó un brazo hasta el cajón superior de la mesilla de noche, cogió un relicario, lo abrió y extrajo el retrato de Miguel que acercó a los labios antes de ponerlo sobre el corazón. Una lágrima recorrió la mejilla. En la mente reprodujo el primer encuentro íntimo, inicio de una hermosa historia de amor en medio del horror de la ciudad mártir, bombardeada de forma inmisericorde por tierra y aire.

Miguel, recordó, la llevó a una casa incautada por la Columna Durruti en la calle de Alcalá. Allí descubrió al hombre más apasionado, tierno y romántico de cuantos había conocido. El encuentro fue volcánico, la perfecta unión de cuerpos, corazones y mentes. Un milagroso entendimiento, absoluto, entre dos personas tan diferentes. Desde aquel momento fueron uno. La guerra, el odio, la destrucción, las más grandes miserias del ser humano los había unido. El corazón ganaba la partida. En los primeros días Letizia no quiso pensar, deseó que los acontecimientos fueran ocurriendo, dejándose llevar. Pronto lograron un micro mundo, en el que ella perdió la noción del tiempo y de las circunstancias. El hombre que le robaba el corazón no era como los que había conocido en España y los Estados Unidos, incluso en Bélgica, país al que su padre fue destinado como agregado militar en la embajada española. Miguel pertenecía a otra clase social, era un obrero, pero también un autodidacta interesado por el mundo de la cultura que defendía con sólidos argumentos, además de mucha vehemencia, la idea del anarquismo. Adoraba al jefe libertario Buenaventura Durruti. La única vez que vio llorar a Miguel fue el día de la muerte del mítico líder.

¿Dónde estará Miguel?, pensó una vez más. La posibilidad de que estuviera muerto llegaba de vez en vez, pero enseguida podía más la esperanza. Sí, se decía cada día, Miguel seguía vivo y seguramente estaba luchando con los Aliados para liberar Europa del nazismo. Esa idea jamás desapareció de la mente. Desde el desembarco de Normandía, ocurrido el 6 de junio, seguía con atención la evolución de aquella descomunal operación militar que tenía asombrado al mundo. La intuición le decía que el amor de su vida estaba entre las tropas libertadoras y que un día, ya no demasiado lejano, volverían a encontrarse en la paz. La paz, que bonita palabra susurró Letizia para sus adentros, mientras acarició la foto de Miguel, el hombre que le juró amor eterno. El mismo que le hablaba de la revolución social, de la necesidad de luchar por una sociedad más justa que defendiera la dignidad del ser humano.

Algunas de las ideas expresadas por Miguel provocaban escalofríos en Letizia, le recordaban a su hermano Fernando, militar y falangista, que en los días anteriores a la guerra decía cosas parecidas al referirse al ideario de José Antonio Primo de Rivera. Todo aquello le hacía albergar dudas sobre ciertas similitudes en las aspiraciones de los dos bandos que en aquellos días habían decidido matarse entre sí. Cuanto menos, el lenguaje de anarquistas y falangistas, tan alejados en la teoría política, tenían alguna similitud, al parecer de ella. Hasta en los colores empleados en sus uniformes, pensó.

Letizia descubrió en Miguel a un idealista romántico. Según él, producto de la desigualdad de un país atormentado durante siglos por la ineptitud de los gobernantes, el egoísmo de la clase dominante y la falta de escrúpulos de los políticos. Con Miguel, Letizia pudo conocer la realidad social en la que vivía la inmensa mayoría de los españoles, tan alejada de los círculos a los que ella pertenecía. Miguel era un reflejo de la convulsa vida en España que había desembocado en la guerra civil. Letizia tuvo ocasión de comprobar aquella realidad, mezclada entre milicianos y militares republicanos en la defensa de Madrid. Nunca dejaba de sorprenderse cuando él le hablaba de la necesidad de una instrucción pública verdadera, sólida, que acabara con el alto analfabetismo de los españoles. La peor lacra de un país, aseveraba el anarquista, añadiendo que la más efectiva de las luchas consistía en terminar con la ignorancia. Cuando hablaba con embeleso de la construcción de decenas de miles de escuelas y la obligatoriedad de la enseñanza, surgía la vena anticlerical de Miguel, advirtiendo que los curas tenían que ser apartados para no poder influenciar sobre los futuros ciudadanos. El hermano de Letizia, recordaba ella, nunca habló bien del poder social que entonces ejercía la Iglesia Católica.

Comenzó a amanecer y Letizia seguía con los pensamientos que la atrapaban desde el invierno de 1937, cuando, rota de dolor, decidió desaparecer para siempre de la vida de Miguel. Pero los meses vividos con él fueron los más intensos y felices. Qué gran contradicción, volvió a pensar. El horror resultó el marco de la más bonita historia de amor que nunca llegó a imaginar. Entonces aparecían el remordimiento, la duda, el cuestionamiento: ella estaba en el Madrid sitiado para vengar la muerte de los seres más queridos, asesinados por los compañeros de Miguel, entre ellos los estalinistas que querían convertir a España en un país satélite de la Unión Soviética. Sí, pero Miguel tenía otras ideas, otro discurso, estaba en contra de los comunistas, sobre todo de los soviéticos. Aunque el corazón la tenía enganchada, no podía dar la espalda a la realidad. Letizia era una espía del ejército rebelde y colaboraba con la Quinta Columna, dispositivo de inteligencia del cuartel general de Franco, que durante los años de la contienda civil permitió transmitir información y facilitar puntos de escape a las personas perseguidas, que necesitaban pasar a la zona nacional. La relación con Miguel, muy respetado entre las fuerzas anarquistas, fue salvoconducto decisivo para poder desarrollar sus actividades. Pero llegó un momento en el que sintió estar traicionando tanto a sus ideales como al hombre que amaba. Y decidió abandonar a Miguel. Pronto supo que nunca lo olvidaría.

CONDADO DE YORKSHIRE, JULIO DE 1944

Miguel Campos saboreaba una pinta de cerveza en un *pub* de la ciudad de Hull, en el condado de Yorkshire, al norte de Inglaterra. Esperaba a un viejo amigo. Mientras tanto, como cada día en los últimos años, escribía una carta al amor de su vida para, seguidamente, prenderle fuego con una cerilla. No podía mandarla a ninguna parte. El ritual nunca fue interrumpido, ni siquiera en las trincheras de la guerra civil española, ni en los campos de trabajo franceses y tampoco en el tiempo que pasó en la Legión Extranjera, de donde desertó para unirse a las fuerzas de la Francia Libre. Llevaba demasiados años luchando, viendo caer a compañeros, hermanos de sangre, en España y el Norte de África. En Madrid, Belchite, Extremadura, Bizerta, y un largo número de batallas, siempre estuvo en vanguardia. La suerte, esa condición tan etérea, permitió que saliera indemne. Otros muchos, amigos del alma, no gozaron desemejante providencia. Pero a Miguel las balas, cuyo sonido tan bien conocía, nunca le quitaron el sueño. El desvelo de sus noches y la quimera de sus días tenían nombre de mujer: María.

Aquella tarde de verano Miguel dejó que las cenizas de la carta volaran sobre el estuario del río Hull y fijó los ojos en el trasiego de marineros a bordo de los pocos barcos balleneros atracados en el puerto. Desde el invierno de 1937 nada sabía de la mujer que le robó el corazón en el Madrid sitiado. Nunca aceptó que María pudiera estar enterrada en alguna fosa común, tras caer defendiendo la libertad frente a las tropas del general Franco. Estaba seguro que vivía y que, al fin, la encontraría, cuando, en algún momento, pudiera regresar a la capital de España. El pensamiento hizo que sintiera hervir la sangre en un pálpito volcánico.

—¡Hermano! —gritó Marcus en la puerta del *pub*.

Miguel sonrió y se abalanzó sobre el inglés que, físicamente, parecía realmente su hermano. Quedaron fundidos en un abrazo.

—¡Cuánto tiempo! —dijo Marcus en un perfecto español.

—Desde la conquista de Bizerta.

—Ah, sí. Cuando ocupamos la ciudad, vapuleamos a aquellos gendarmes de pacotilla que pretendían detenernos por estrellar unas botellas contra la fotografía del mariscal Petain, colgada en la pared de un club nocturno.

—Recuerdo el episodio perfectamente, Marcus. Destrozamos el garito, y mientras repartíamos leña a los fachas, el pianista, un hombre mayor, se puso a tocar La Internacional. Era

el único que nos apoyaba. —¡Ja, ja, ja!

—El grupo de españoles de los Cuerpos Francos era imbatible. ¿Todavía estáis juntos?

—La mayoría sí. Cuando Leclerc, en Marruecos, creó la 2ª División Blindada nos ofrecieron enrolarnos. Llevamos mes y medio en Pocklington, a media hora de aquí, instruyéndonos y con ganas de desembarcar en Normandía.

—Sois grandes, Miguel. Mi mayor orgullo es llevar sangre española, mi madre era una mujer excepcional. Sus genes fueron los responsables de que primero combatiera en España con las Brigadas Internacionales y después decidiera unirme a vosotros en esa especie de Tercios de Flandes que creó el general Monsabert en Argelia.

El militar español asintió e hizo un ademán al camarero para que sirviera una ronda de cerveza.

—¿Ahora qué haces, Marcus? Veo que no vistes uniforme.

—Trabajo en el MI6, el servicio secreto exterior británico.

Miguel quedó un tanto impresionado y así lo hizo notar con gestos.

—En el Norte de África ya pertenecía al MI6. Pero decidí pasar unos meses con los mejores guerreros del mundo, mis hermanos los republicanos españoles.

El camarero sirvió dos pintas.

—Cuando en la base me dijeron que tenía una llamada, no me lo podía creer. Y al descubrir que eras tú, la sorpresa fue total. Ahora entiendo cómo me has encontrado, siendo agente secreto.

Marcus tardó unos segundos en contestar.

—Te equivocas, la información me viene a través de un amigo tuyo.

El semblante del republicano español dio señales de estupor.

—La hija de Arturo Matas vino a verme.

Miguel profirió una blasfemia y abrió los ojos como platos.

—¿Conoces a Matas, el millonario catalán?

—Sí, pero no tanto como tú. Por cuestiones del servicio tuve oportunidad de encontrarme con él durante una misión en la que estuve un tiempo infiltrado en París. Ya sabes que Matas juega a todas las bandas. Un tipo interesante, muy especial.

—Parece que ha conseguido una importante fortuna —comentó Miguel.

—Así es, desde que salió corriendo de España con el dinero estafado a la República ha ido subiendo como la espuma. El tipo se entiende con todos: alemanes, franceses de Petain, resistentes, espías aliados. Incluso los oficiales de la División Azul que mandó Franco a luchar al lado de Hitler han efectuado buenos negocios con Matas. Ahora colabora con el general De Gaulle.

El español no cejaba en su asombro.

—El lince de Matas. ¿Sabes, Marcus?, en julio del 36 le salvé la vida, en Barcelona.

—Sí, me lo contó él. Casualidades de la vida, dijo que un anarquista canario, fuerte como un toro, evitó que una patrulla de milicianos le diera el paseo. Que, si no me equivoco, es como entonces se denominaba que a uno lo mataran y apareciera el cuerpo en una cuneta. También comentó que aquel hombre estaba luchando con la Francia Libre.

Miguel asintió con un movimiento de cabeza.

—Vaya, Marcus, voy de sorpresa en sorpresa.

—Por la descripción que hizo de su salvador deduje que solo podías ser tú. Y cuando le dije

que éramos hermanos de sangre en Túnez, Matas me abrazó emocionado. Te aprecia de verdad, nunca olvidará lo que hiciste por él.

Miguel pidió más cerveza, esta vez acompañada por chupitos de güisqui.

—El que Matas supiera que estás con la División Leclerc supongo que nada tiene que ver con la casualidad.

Sonrió Miguel y apuró la jarra de cerveza.

—Llevo comunicándome con él desde que los Aliados desembarcaron en las costas argelinas, en noviembre del 42. También allí tiene intereses. Y, la verdad, se ha preocupado mucho por mí.

El agente británico mostró una fotografía. Él y Miguel posaban con varios compañeros el día de la liberación de la ciudad tunecina de Bizerta. Entonces, el español lucía los galones de sargento.

—Observo que has ascendido —dijo Marcus.

—Ayudante jefe, sigo siendo suboficial. No sirvo para un mando superior, por convicción estoy contra el militarismo, ya te lo confesé en África.

—Para ser antimilitarista guerreas como un jabato —señaló riendo el inglés.

—Una cosa es combatir por la libertad compartiendo el día a día con los compañeros y otra dar y recibir órdenes desde arriba. Eso no va conmigo.

Ambos escrutaron la fotografía, identificando al resto del grupo.

—Mira, Marcus, ese es el almirante Miguel Buiza, el último jefe de la flota de la República Española, que ahora manda una compañía como capitán en la 1ª División Blindada del general Lattre de Tassigny. Y el que está a su lado Amado Granell, al que una esquirla lo hirió en la cabeza, cerca de Argel.

—Sí, sí, ya me acuerdo de Granell. ¿Está contigo?

—Es el teniente de la oficina del III Batallón del Regimiento de Marcha del Chad. Ahí está encuadrada mi unidad, la 9ª Compañía. Nos conocen como La Nueve, pues la mayoría de componentes somos españoles.

—Les dimos una buena paliza a los alemanes del mariscal Rommel. El Zorro del Desierto no pudo con nosotros —señaló eufórico el agente británico.

—A ver si pronto nos permiten hacer lo mismo con los nazis que ocupan Francia. Estamos a la espera, y Leclerc está que se sube por las paredes. Que dejen actuar a los españoles, sabemos muy bien cómo combatir para ganar. La mayoría de nosotros odiamos la guerra, pero aún odiamos más la ignominia de los totalitarismos, y luchamos por la libertad en mayúsculas, por ninguna bandera, ni siquiera por la de Francia.

Antes de contestar, Marcus miró fijamente a los ojos de Miguel.

—Parte de mi familia española acabó muerta por represalias de los vencedores de aquella guerra tan injusta. Me cuentan cosas terribles de la dictadura militar. Hay generales que no comparten los criterios del autodenominado Caudillo. Son muchos, incluso desde dentro del Movimiento Nacional, los que verían con buenos ojos la desaparición de Franco.

—Ese debe ser el objetivo final de la lucha sin desmayo que venimos realizando los españoles defensores de la libertad…

El inglés interrumpió a Miguel.

—Los Aliados no harán nada. Churchill ve con simpatía el posicionamiento de Franco, y cada vez que tiene ocasión agradece a este su papel colaborador en el desembarco de las tropas

angloamericanas en el Norte de África.

—¡Eso no puede ser!

—Y tanto que puede. Eso, amigo, se llama política, siempre pendiente de los intereses aunque para ello haya que mirar hacia otro lado —sentenció Marcus, que hizo una pausa antes de seguir—. Yo como demócrata y ciudadano británico estoy avergonzado. Exijo que se haga justicia, pero mucho me temo que nuestros deseos nunca se verán cumplidos.

El camarero interrumpió la conversación preguntando si iban a tomar otra ronda de cerveza y güisqui. Ambos hicieron un gesto afirmativo.

—O, tal vez sí —dijo de pronto Marcus.

—¿Sí, qué?

—Sí a que podamos ver cumplidos nuestros deseos con Franco.

—Explícate.

—Cuando la guerra esté ganada, y eso puede suceder en unos meses, habría que buscar un plan para eliminar al dictador. Yo estoy decidido, y puedo decirte que importantes responsables del MI6, apoyados por miembros de la Cámara de los Lores, opinan igual, mostrando gran decepción por el criterio del primer ministro.

—A lo mejor hay que adelantarse al final de la guerra, aprovechar la situación de que las fuerzas aliadas estén concentradas en Francia, en el avance a Berlín. Ese puede ser el momento idóneo para acabar con Franco, obligando a una intervención militar y a restituir la República, que es el sueño por el que luchamos los españoles alistados en el Ejército de De Gaulle.

Miguel apuró la pinta de cerveza y continuó con su tesis.

—Una vez llegue la paz, en este tema, las posiciones serán laxas, y si entonces cae el dictador otro lo sustituirá. Pero será difícil que las potencias democráticas presten atención a España, ocupadas como estarán con la Alemania vencida y con detener al comunismo de los soviéticos.

—¿Crees que habría que adelantar la operación? —preguntó Marcus.

—Sin duda. Llevo tiempo pensando en ello, Arturo Matas seguro que nos puede ser de gran ayuda. Debemos pensar seriamente en esa acción. Cuenta conmigo, Marcus. En cuanto llegue a París hablaré de ello con nuestro amigo y, seguro, que te hará llegar la información precisa.

—¿Ves tan decidido al empresario catalán?

—Colaborará, su mayor fobia Es Franco. Y aunque ofrezca una imagen de aprovechado hombre de negocios sin escrúpulos, puedo asegurarte que es un republicano de corazón.

—Quedo sorprendido, Miguel. Pensaba que Matas simplemente era un oportunista. Aunque educado, simpático, pero un auténtico encantador de serpientes. Sabemos que en España mantiene actividad mercantil a través de un abogado próximo al Régimen.

—Eso no quiere decir nada, al revés, Arturo Matas tiene buena cobertura en mi país, con lo cual puede prestar mucha ayuda. Piénsalo bien y convence a tus compañeros que hay que acabar cuanto antes con el Generalísimo. Cuando a la División Leclerc le toque el turno de desembarcar en Normandía, conociendo a mi general, estoy seguro que nadie nos va a parar hasta llegar los primeros a París. Entonces Arturo deberá ser nuestro enlace.

—Yo había pensado un plan para ejecutarlo en solitario.

Miguel interrumpió a Marcus.

—Mira, hermano, intentar llegar hasta Franco y eliminarlo, no puede concebirse como una acción individual. Hay muchas posibilidades de ser detectado y eliminado por el fuerte sistema

policial que, en estos momentos, preside la vida de los españoles. Debemos ser dos, tú y yo. Si uno cae el otro ejecuta.

—Nos veremos en Madrid, Miguel —aseveró Marcus.

LA HEROÍNA NACIONAL

Letizia Heredia-Espinosa Jefferson bajó del coche oficial y, como todas las mañanas, entró en la sede de la Secretaría General del Movimiento Nacional, en el 44 de la calle Alcalá. Ocupaba un puesto de confianza en el gabinete del ministro secretario general, José Luis Arrese. Letizia estaba en posesión de las máximas condecoraciones civiles del nuevo orden y el general Franco la había recibido en audiencia privada para glosar el heroísmo del que era merecedora. En los despachos de Falange y en las salas de banderas de los cuarteles era conocida como *Mademoiselle* Doctor, en recuerdo de la famosa espía alemana de la I Guerra Mundial. A diferencia de Ana María Lesser, así era el nombre de la agente del káiser Guillermo II, nunca le habían reconocido los honores y rango militares de los que gozaba la colega germana, que entonces vivía retirada con la pensión de general del Ejército prusiano.

Letizia disponía de una posición acomodada, además del aura de intocable del Régimen. Pero en los últimos meses corrió el rumor de que la elegante dama mantenía una relación soterrada con la persona más próxima al Caudillo, su primo y ayudante en El Pardo, Francisco Franco Salgado-Araujo. Decidida a hacer oídos sordos, el infundio para nada ensombreció la rutilante vida social de Letizia, que alternaba los salones de la alta burguesía y las recepciones oficiales con dedicación en las organizaciones de caridad. Así, resultaba frecuente verla los domingos y festivos en asilos, hospicios y comedores sociales trabajando como una voluntaria anónima más.

Aquel día de julio de 1944, Letizia llegó sonriente al despacho, lucía un elegante vestido de ganchillo, muy de moda en los años treinta, que ella recuperó del ropero de su madre. Sagrario, la secretaria, la siguió con una carpeta de correspondencia y un ejemplar del diario *ABC*. Ella dejó el bolso en el perchero, ocupó el sillón de la mesa de trabajo, pidió café y encendió un cigarrillo. Mientras, detuvo la mirada en la portada del periódico, dedicada en grandes titulares al ministro, José Luis Arrese. Alzó la cabeza y con complicidad miró a la fiel colaboradora.

—El café que sea con un poco de alegría, hay que celebrarlo —dijo efusiva a Sagrario, mientras señalaba uno de los titulares.

—Muy bien jefa, aún queda un poco de anís.

—El anís que no falte, el frío que me ha quitado ese brebaje, y no te digo del miedo —enfatizó Letizia al referirse a la experiencia de la guerra.

La secretaria estaba al orden del gusto por el anís adquirido en las trincheras del Madrid sitiado, y no podía evitar que, aún pasado el tiempo y familiarizada con Letizia, el corazón le

diera un vuelco, sorprendida siempre por la fortaleza de aquella mujer con la que tenía el privilegio de trabajar.

—Eres increíble, un ejemplo…

Letizia frenó a Sagrario y sin perder la jovialidad la interpeló.

—En la guerra cada uno tuvo un papel, ni más ni menos. Existen miles de héroes anónimos de los que nadie se acuerda, muchos de ellos muertos. Y en los dos bandos.

El reconocimiento equitativo de los dos bandos era algo que a la camarada Sagrario le costaba digerir, pues ella prefería hablar de los nacionales y las hordas rojas. Claro que viniendo de la jefa no podía caber sospecha alguna.

—Sagrario, trae otro café para ti y la botellita, así celebramos juntas el éxito de José Luis.

En aquel instante sonó el teléfono. Letizia descolgó y atendió la llamada.

—Voy de inmediato.

Colgó y tras dar una larga calada al cigarrillo informó a la secretaria.

—Dejamos el café para más tarde. El jefe requiere mi presencia.

José Luis Arrese vestía traje cruzado de raya diplomática. En el ojal de la solapa derecha lucía el yugo y las cinco flechas, emblema de Falange. Sobre la gran mesa de despacho un crucifijo tallado en madera junto a una foto de Franco con dedicatoria lacónica: «Al camarada Arrese». Detrás del sillón del ministro general del Movimiento, colgado en la pared, un retrato al óleo de José Antonio Primo de Rivera. Falangista hasta la médula. El jerarca recibió a Letizia con el rostro radiante y un cariñoso apretón de manos, invitándola a sentarse en torno a una mesita baja de caoba, orlada por dos sillones orejeros de cuero inglés.

—El Caudillo ha llamado para felicitarme —informó Arrese.

—Estuviste soberbio ayer, José Luis. Una gran lección de lo que el Movimiento es y quiere, haciendo frente al pernicioso capitalismo.

—Es por cuanto vengo luchando con total entrega desde que junto a José Antonio fundamos Falange. Nuestro puesto está con los trabajadores, la masa de productores que hace posible el avance de la patria con entrega y esfuerzo.

Letizia miró con ternura al ministro, pensó que siempre sería un idealista convencido en cuerpo y alma de los preceptos que defendía. Los mismos que le valieron una pena de muerte del gobierno de Franco en Salamanca, a los nueve meses de iniciada la guerra civil, por oponerse al decreto de fusión de falangistas y carlistas. La sentencia fue conmutada de inmediato para después, de forma increíble, ser promovido a gobernador civil de Málaga. Cosas del Generalísimo, solía decir sonriendo Arrese. Recordar aquello, a la *Mademoiselle* Doctor en versión española, le hacía especialmente gracia.

Tres golpes secos en la puerta dieron paso a un ujier que, con guantes blancos, sujetaba la bandeja que contenía una cafetera humeante, dos tazas de porcelana italiana, dos copitas de cristal de Bohemia y una botella de anís Marie Brizará. El funcionario hizo una breve inclinación sirvió el café y a continuación dispuso el licor.

—Vamos a celebrar los elogios de *ABC* —dijo el ministro con tono jocoso.

Letizia estalló en una risa espontánea.

—¡Sabes, José Luis, yo había tenido la misma idea pero tu llamada la desbarató! ¡Está visto que esta mañana no me libro del anís!

Arrese respetaba a aquella mujer espléndida que tanto contribuyó con lealtad, además de

arriesgar la vida, en la marcha de la contienda que había dejado un millón de muertos en España. Y grandes heridas latentes entre la población, que aún tardarían en cicatrizar. Atildado, de educación exquisita, el ministro estaba doctorado en arquitectura y era un apasionado de la antropología. Con ademán elegante se incorporó y acercándose a la mesa de despacho, cogió un sobre color azul celeste que llevaba escrito el nombre de Letizia en una cuidada letra gótica y el reverso lacrado con el escudo de la Casa Civil del Generalísimo. En ademán de cortesía, inclinó el cuerpo para entregárselo.

—Acaba de llegar desde El Pardo —comunicó Arrese, mientras tomaba asiento.

—No parece una de esas comunicaciones serias —bromeó Letizia mientras observó las peculiaridades del sobre.

—En efecto, es una invitación para que asistas a la constitución de una asociación benéfica de carácter nacional…

—¡Huy, huy, huy! —exclamó la dama con la espontaneidad que la caracterizaba—. Nunca pensé que llegara a estar entre los invitados del Caudillo.

—Es cosa de Carmen Polo. Cuando Franco te recibió, ella quedó impresionada por tu historia. Y ya ves, te tiene en cuenta.

—Hoy es un día de celebraciones. ¡Ja, ja, ja!

Arrese, bilbaíno educado en los jesuitas, era un tipo franco al que no gustaba ir con rodeos cuando se trataba de una persona de su entera confianza.

—No quiero ocultarte que la invitación me ha sorprendido gratamente. Sabes las habladurías que corren por ciertos salones, respecto a determinada amistad que dicen mantienes.

Las palabras del ministro resultaron inesperadas. Letizia mantuvo la serenidad. Antes de contestar esbozó una sonrisa y dio un pequeño sorbo a la copita de anís.

—Supongo que te refieres a la fábula de que estoy liada con el primo del Caudillo. ¡Por favor, José Luis! ¿A quién se le puede ocurrir semejante majadería? —inquirió Letizia.

—Ciertamente el general Francisco Franco Salgado-Araujo no es hombre del que se conozcan veleidades. Pero alguien está empeñado en sembrar la duda, con maledicencia. Estamos rodeados de enemigos —terció Arrese en voz suave pero afectada.

—Conozco al general desde pequeña, fue compañero de mi padre en África. Hace algo más de un año hemos recobrado la vieja amistad gracias a un proyecto que nos une en nuestros desvelos sociales. Pacón, como sabes perfectamente, es el fundador de la obra Hogares Infantiles Hispano-Argentinos dedicada a la construcción de centros de acogida para huérfanos de nuestra guerra. Es tan alucinante, que a semejante infamia no le presto la menor atención.

—Pues deberías hacerlo.

—¿Tú también tienes dudas al respecto?

—Ninguna Letizia, ninguna. Estoy contigo. Pero hay que ver cómo paramos el infundio, pues va camino de convertirse en una bola de nieve que puede acabar salpicándonos a todos.

El ministro secretario del Movimiento moderó el tono de voz, estiró los brazos y puso las manos sobre las de Letizia.

—En la ingente tarea de reconstruir España nunca debemos olvidar que los peores enemigos suelen ser del propio bando. A Franco hay algunos de los nuestros que le tienen ganas. Y no me refiero solo a unos cuantos generales que van por ahí conspirando.

—¿Y yo qué tengo que ver con todo eso?

—Existen gentes mal pensadas, auténticas arpías, que cuestionan tu papel en los años del asedio a Madrid. Es sabido, porque así lo requería el servicio, que llegaste a infiltrarte como miliciana llevando el fusil en las defensas rojas de la Ciudad Universitaria.

—Gracias a lo cual el general Varela casi logra tomar la capital en aquellos días de noviembre del 36. Me la jugué pasando información sobre los movimientos de las Brigadas Internacionales, pues estuve muy cerca y atenta al cuartel general de Kléber.

—Así es, Letizia. Eres un ejemplo, una heroína que lo dio todo por el Movimiento Nacional. Por eso estás aquí, ocupando un puesto de máxima confianza.

Arrese hizo una pausa y rellenó las copitas de licor.

—Pero vivimos tiempos difíciles, estamos solos en el contexto internacional. Alemania está perdiendo la guerra. Probablemente, en unos meses no quedará nada del más grande país de Europa. Existen miedos y recelos entre quienes ganamos la paz para España, que están produciendo reacciones preocupantes. Nosotros estamos obligados a ser como la mujer del César.

Letizia encajó el golpe. Aunque sabía que el jefe estaba con ella, la deriva de la conversación comenzaba a afectarla.

—José Luis, te agradezco la franqueza, pero resulta doloroso que después de tanto esfuerzo ahora tengamos que caer presos de un nauseabundo estado de opinión dirigido por alguien cargado de maledicencia.

—Sabes que en el proceso de adaptación, cuando lograste salir de Madrid y llegar a Burgos, una de las personas que se pasaron al bando nacional, huyendo de la capital, declaró haberte visto en dos ocasiones con un miliciano de la columna Durruti.

El corazón de Letizia empezó a dispararse. Un golpe de recuerdos sacudieron la mente, dejándola ausente durante unos instantes. El ministro detectó el impacto.

—Disculpa, Letizia, siento haberte molestado, pero es necesario que hablemos de eso.

—Aquella relación —contestó la dama con un hilo de voz— fue necesaria para lograr los objetivos encomendados.

Miró fijamente al jerarca y cambió la voz.

—¡Por el amor de Dios! ¡Cómo piensan algunos que es el trabajo de espía durante una guerra! ¡El miliciano al que se refiere el celoso informante fue mi salvoconducto, a él le debo la vida en los momentos más complicados del asedio a Madrid!

Letizia estalló en un llanto. Arrese ofreció un pañuelo blanco de hilo, que había sacado del bolsillo de la chaqueta.

—¡Qué quieren saber las morbosas mentes, esas que seguro estaban a buen resguardo mientras otros nos jugábamos el pellejo! ¡Pues sí me acosté con el miliciano, así consta en la declaración jurada al Servicio de Información Militar! ¡Pero nunca me he acostado con Pacón Franco Salgado-Araujo! ¡Ni pienso hacerlo!

ESPAÑOLES EN NORMANDÍA

La iglesia de Ecouché, en Normandía, presentaba un estado ruinoso, el campanario era un auténtico queso de gruyer, pero seguía en pie. Obuses de cañón y bombas lanzadas por fortalezas volantes de la aviación aliada habían convertido al pequeño pueblo en un escenario desolador. La lucha cuerpo a cuerpo entre las tropas de la División Leclerc y de las SS resultó encarnizada, con muchas pérdidas de vidas. El día después del gran combate, vital en el expedito camino para liberar París, los pocos vecinos que resistieron la ocupación alemana estaban asombrados al comprobar que muchos de los soldados que vestían el uniforme de la Francia Libre eran españoles.

El anarquista Miguel Campos, con las divisas de suboficial, consumía un café bien cargado en el vaso metálico del equipo proporcionado por el Ejército norteamericano a la 2ª División Blindada. Campos, canario del Puerto de la Cruz, observó, con los ojos semicerrados por el cansancio, como un buen número de compañeros de armas, casi todos, como él, ex militares de la II República Española, entraron en el templo, cuyas deterioradas campanas sonaban milagrosamente. Unas horas antes contribuyó con unos dólares en la colecta organizada por el teniente Amado Granell, para costear un nuevo Corazón de Jesús, destruido por la acción de las armas. Dio dinero por solidaridad con los franceses buenos, creyentes de corazón, que tanto habían sufrido las consecuencias de la batalla. Transigió en colaborar en la iniciativa de su jefe y amigo que él calificó de descabellada pero, decidió que, de ninguna manera, entraría en la iglesia para asistir a misa. Eso jamás. Él no tenía Dios ni fe, solo la irrefrenable voluntad de luchar para acabar con los totalitarismos.

Miguel miró alrededor y comprobó que estaba solo. Entonces introdujo una mano en el bolsillo interior de la guerrera y extrajo una fotografía, el retrato de una mujer, que besó furtivamente y enseguida la volvió a guardar. En aquel instante, el sonido de cientos de voces procedentes del interior del templo parroquial, le causó un inesperado impacto emocional. Sin pensarlo, colocó en bandolera la metralleta Thomson y avanzó con rapidez hasta detenerse en la puerta de la iglesia. Dudó, pero el tono vibrante de las voces lo impulsó con una desconocida fuerza y entró. Numerosas caras conocidas y sonrientes dirigieron las miradas hacia Miguel. Él, abstraído por el clímax, acompañó con su tono grave las estrofas de La Marsellesa: «¡Marchemos hijos de la patria! ¡Qué ha llegado el día de la gloria!…». Nunca le pasó por la cabeza que un día cantaría el más popular himno de la República francesa en el interior de un recinto sagrado.

Miguel salió el primero de la iglesia, pensativo, y sintió como una mano amiga se posó sobre el hombro izquierdo. Era el sargento jefe Martín Bernal, un aragonés recio que al estallar la guerra civil española actuaba como novillero con el nombre artístico de Larita II. Ambos eran hermanos de sangre. Aquel domingo, 21 de agosto de 1944, representó un pequeño remanso de paz para los hombres de la División Leclerc. Por fin pudieron descansar, tras duros días de encarnizados combates. Miguel y Martín siguieron caminando por las destrozadas calles de Ecouché, sin pronunciar palabra. Desde la campaña de Túnez, el año anterior, eran muchos los compañeros muertos en la guerra. Detuvieron los pasos ante un tanque destruido en la entrada del pueblo y Miguel sacó una petaca con güisqui. En silencio, ambos dieron un largo trago.

—Por nuestros hermanos muertos en combate, para que su sacrificio no sea inútil —dijo Miguel.

Martín Bernal asintió y reclamó la petaca, a la que dio un buen sorbo. Miguel no quiso beber más. Considerado un auténtico guerrero, el suboficial español nunca descuidaba el estado físico. Siempre estaba listo para entrar en combate. De complexión fuerte y talla media, el ayudante solía hacer la guerra por su cuenta. Con un grupo de compatriotas realizaba incursiones que siempre quedaban saldadas con prisioneros y la incautación de abundante armamento. Si La Nueve era la punta de lanza de la 2ª División Blindada, Miguel Campos y sus hombres constituían la avanzadilla de aquella unidad, cuyo nombre, entonces, ya estaba en el mito. De carácter extrovertido, muy poco se sabía de la vida del arrojado anarquista que arrancaba palabras de admiración del propio general Leclerc.

—Martín, no luchamos por la bandera de Francia —dijo Miguel.

El sargento jefe Bernal, volvió a probar el güisqui y miró fijamente al compañero.

—Ya sé que lo decimos muchas veces, pero tenemos que recordarlo. No somos militares, sino luchadores por la libertad.

—Miguel en eso estamos, vamos a acabar con Hitler.

—Sí, pero ahí no termina la lucha. Una vez en Berlín hay que ir a Madrid.

* * *

Después de tres días de descanso, el 23 de agosto, la División Leclerc inició la marcha hacia París, bajo una lluvia inmisericorde, que embarró las carreteras, complicando la circulación de los miles de vehículos artillados que conformaban la gran unidad. Delante, como siempre, abriendo camino, la sección del ayudante jefe Campos. Al amanecer de aquella jornada comenzaron a llegar a Ecuoché familias que habían abandonado la población huyendo de los ataques de la aviación aliada. Los franceses de Normandía soportaron con gran sufrimiento los efectos de la batalla decisiva, que marcaría el rumbo de la guerra. Miguel Campos ordenó parar y de un salto bajó del blindado, que en los laterales llevaba escrito el nombre de Ebro. El rostro de una niña le encogió el corazón. Tuvo la irrefrenable necesidad de abrazarla, besarla en la frente y darle unas chocolatinas. El regalo del desconocido provocó una sonrisa en la pequeña francesa que iba de la mano de quien debía ser su abuelo. Era necesario seguir luchando para acabar con tanto sufrimiento, pensó Miguel. Acarició el pelo de la pequeña y regresó al puesto de mando del

vehículo. Con voz potente gritó: «¡Adelante!».

El cielo estaba encapotado con negros nubarrones cuando la División Leclerc pasó veloz por los pueblos de la región de Saint-Cyr, que conducían a París. El avance fue rápido, vitoreado por vecinos agolpados en calles y carreteras. Al anochecer la lluvia descargó con fuerza. Miguel y los dieciséis mil efectivos de la Francia Libre resistieron el mal tiempo, sin lugar alguno en el que poder resguardarse. La jornada resultó agotadora, la infinita fila de vehículos de la 2ª DB recorrió doscientos diez kilómetros en un solo jalón. La lluvia, inmisericorde, acabó de diezmar físicamente a los soldados, al impedirles descansar. A la mañana siguiente, en Longimeau, la sección que mandaba Miguel inició los enfrentamientos con las tropas alemanas que pretendían detener la marcha aliada. El suboficial español, como el resto de compañeros de La Nueve, asistió atónito a escenas de auténtico surrealismo. En medio de disparos de fusilería y explosiones de obuses, numerosos lugareños, entre los que abundaban mujeres, niños y ancianos, felicitaban a los soldados. En Antony, los combatientes de La Nueve recibieron una nueva sorpresa: el carnicero del pueblo improvisó un mostrador en la puerta de su tienda y repartió bocadillos de embutido a los libertadores. En ese municipio, un grupo de corresponsales fue obligado a detenerse. Los periodistas quedaron sorprendidos al comprobar que el idioma que hablaban los soldados era el español.

Tras unos minutos de respiro en Antony, Miguel fue requerido por el teniente Granell.

—Campos, prepara tu sección, vamos a Fresnes, hay que ocupar la prisión, aún en poder de los alemanes.

A la sección de Miguel se unió la del subteniente Elías. En pocos minutos los efectivos dirigidos por Granell llegaron a las inmediaciones de la cárcel de Fresnes, donde las tropas de las SS, encargadas de la custodia del edificio, se habían hecho fuertes, reforzadas con los presos alemanes, a los que liberaron. El combate resultó duro, siendo decisiva la pericia del suboficial Campos que, con sus blindados, ejerció de ariete. Después de horas de resistencia, los nazis enarbolaron la bandera blanca.

—Amado, mi teniente, esto ha terminado.

—Bien, Campos, bien. Hay que asegurar la custodia de los prisioneros.

—Ya he dado las oportunas órdenes.

En aquel instante llegó el general Leclerc, que descendió con rapidez del vehículo de mando y fue hacia los españoles con gesto de impaciencia, mientras con el característico bastón, del que no se separaba desde un accidente montando a caballo, golpeaba el suelo.

—¡Teniente!

—A la orden, mi general —respondió Granell al tiempo que saludó con marcialidad, al igual que Miguel.

—¿Dónde está su capitán?

—Viene detrás.

—Organice a su gente y acérquese a París, a ver qué pasa.

—¿Con qué órdenes?

—Las de costumbre.

AGENTE NORTEAMERICANA

Letizia compró, a precio de oro, una cajetilla de cigarrillos Dunhill en el ropero del Café Comercial y ocupó el velador más retirado de la puerta. Pidió un Blody Mary, sacó del bolso un encendedor Dupont de oro, que fue de su padre, y prendió un rubio inglés. Pasados escasos minutos llegó el hombre que esperaba, portador de una importante información para la embajada de los Estados Unidos, con la que Letizia mantenía estrecha relación. Era un viejo amigo, con él compartió peligros en el Madrid sitiado: el comandante Manuel Gutiérrez Mellado. El militar había sido elemento clave en el funcionamiento de la denominada Quinta Columna. Cinco años después de finalizada la contienda, Gutiérrez Mellado era responsable del Quinto Negociado de la Segunda Sección del Estado Mayor Central, servicio de inteligencia militar encargado del control de los extranjeros que en aquellos complicados días de 1944 cruzaban Los Pirineos.

El comandante Gutiérrez Mellado vestía de paisano, tenía treinta y dos años, era Diplomado en Estado Mayor y contaba con una brillante hoja de servicios, iniciada en la Academia Militar en la que fue el primero de su promoción del arma de artillería. Al igual que Letizia tenía un puesto de relevante influencia al tiempo que cosechaba no pocos recelos entre compañeros del Ejército y de la Falange.

—¡Manolo, cada día estás más delgado! —dijo Letizia exhibiendo una amplia sonrisa.

El agente de inteligencia militar cogió con delicadeza la mano de la dama e inclinándose hizo el ademán de besarla, siquiera rozó la piel.

—Y tú cada día más guapa.

—Siempre me has visto con buenos ojos. ¡Ja, ja, ja!

El camarero mantuvo una prudente distancia a la espera.

—Tomaré una zarzaparrilla —dijo Gutiérrez Mellado.

—Ya veo que sigues abstemio.

—Igual que el Caudillo —bromeó el comandante.

En el otro extremo del salón dos personas entradas en años culminaban una partida de ajedrez. En aquellos instantes del mediodía el Comercial estaba silencioso. A la hora del café, las tertulias darían paso a un escenario bien diferente, en el que tomarían la palabra escritores como Jardiel Poncela y Blas de Otero. La artista Celia Gámez era asidua. En alguna ocasión se la había visto allí acompañada por el general Millán Astray, fundador de La Legión.

Servida la bebida refrescante, el militar la paladeó.

—Si llegamos a tener la iniciativa y el poder de los norteamericanos ahora nuestra zarzaparrilla sería conocida en todo el mundo, en lugar de la Pepsi-cola y la Coca-Cola —bromeó Letizia.

—Prefiero el producto nacional, a saber que le echan tus amigos los yanquis a esa bebida que tanto éxito tiene —ironizó el comandante.

—Mis amigos están muy interesados en saber el flujo de extranjeros, especialmente alemanes y franceses que están buscando refugio en España —anunció Letizia, centrando el asunto que en aquel momento los reunía.

—Te he traído una relación completa de significados cargos de ambos países. Diles a los norteamericanos que los tenemos controlados y por lo que llega a mis oídos Franco no está por la manga ancha. Ya sabes, los Aliados van a ganar la guerra, nada de tonterías protegiendo a los perdedores.

—El presidente Roosevelt desea la máxima colaboración con España, y no solo es un interés momentáneo. Digan lo que se digan ciertas voces aliadas de cara a la galería, sé de buena fuente que los Estados Unidos nunca será un país que colabore en una hipotética involución contra el Caudillo. Y, ni mucho menos en la Casa Blanca están dispuestos a consentir una invasión para restablecer la República.

—Veo que sigues teniendo hilo directo con el embajador Hayes, Letizia —comentó el comandante intencionadamente, en tono sarcástico.

—Ya sabes que en aquella legación de mi segundo país, al que amo y admiro, nació la nueva vida de Letizia.

La mujer encendió un nuevo cigarrillo, aspiró con gusto y lanzó unas volutas de humo.

Quedó mirando al amigo, bajó los ojos en busca del cenicero y habló con voz baja.

—Cuanto sacrificio, acompañado de mayor incomprensión. ¿Verdad, Manolo?

—Así es, ya nadie nos va a quitar el sambenito —afirmó el agente, que dio un sorbo en la zarzaparrilla antes de continuar.

—Cuando uno es espía, lo es para toda la vida —dijo mirando directamente a los ojos de Letizia—. A veces, si no se tienen las ideas suficientemente claras, esa condición que acaba apoderándose de los genes nos puede llevar a la tumba. Siempre vamos a ser sospechosos ante todo el mundo y pocos van a reconocer que nos hemos jugado la vida, tanto o más como en la primera línea del frente.

Un rictus de amargura ensombreció el rostro flaco, ribeteado por un fino bigotillo, de Manuel Gutiérrez Mellado, responsable de más cometidos reservados de los que acertaba a adivinar Letizia. Culminadas las misiones como infiltrado en la denominada zona roja durante la guerra, fueron decisivos los avales de los generales Orgaz y Franco Salgado-Araujo para su rehabilitación al servicio activo como oficial de inteligencia. Entonces la relación con el hombre de confianza de Franco resultó definitiva para que el joven jefe de Estado Mayor retomara con impulso la carrera militar. Y desde El Pardo podía sentir una capa protectora que, sin embargo, no era suficiente para paliar el déficit emocional que le provocaba el rechazo que detectaba entre muchos compañeros.

—Nuestro destino parece que es la soledad —terció el comandante.

—Sí y nos utilizan por nuestras habilidades. Y aunque nos respetan por lo mucho que sabemos, nadie se acaba de fiar de nosotros. Nadie.

—Bueno, Letizia, no nos compadezcamos tanto.

—Tienes razón, pero es que a veces es imposible que no se nos remuevan las entrañas. Es tan injusto.

—¡Ja!, en los asuntos que llevamos no busques nunca justicia. Al final he entendido que lo importante es hacer bien el trabajo al servicio de mi patria y, si es posible, salvar el pellejo.

—Yo jamás he tenido vocación de Mata-Hari, pese a lo que se dice por ahí.

—En este país de rencores y envidias, la maledicencia es un mal endémico. El pobre general Franco Salgado-Araujo está que no levanta cabeza con la muerte de su hijo y pretenden endilgarle una relación contigo. Es tan chusco el tema, que hasta los más acérrimos enemigos de la mano derecha del Caudillo rompen a reír en cuanto lo escuchan. Ni caso Letizia, ni caso.

El agente consultó el reloj de pulsera y con la mirada batió el salón del Café Comercial. Estaban solos, los jugadores de ajedrez habían decidido ir a comer. En el exterior, junto a la puerta giratoria que daba a la Glorieta de Bilbao, varios hombres del comandante vigilaban. En la radio del establecimiento sonaba la voz de Concha Piquer, interpretando «La Lirio», éxito de aquel verano.

—Antes de irme deseo hacerte un comentario que me es un tanto forzado…

Gutiérrez Mellado acabó de consumir la zarzaparrilla y con un rictus que entreveía cierta timidez acabó por informar a Letizia.

—Deberías cuidar la discreción de tus citas más íntimas.

LIBERACIÓN DE PARÍS

El blindado Ebro, al mando de Miguel Campos, frenó en seco. El suboficial español abrazó al conductor: «¡Ya hemos llegado!». Después alzó la vista y contempló en la lejanía, a escasos kilómetros, como se dibujaba la trama urbana de París, diseminada por ambas márgenes del Sena. Miguel hurgó en el bolsillo superior de la guerrera y, resguardada con las manos, llevó a los labios la foto de María, la besó y musitó: «va por ti». Aquello lo hizo con una rapidez endiablada. Sus hombres, presos de la euforia, no lo vieron.

El teniente Amado Granell había detenido la columna de blindados ligeros. Con agilidad se incorporó sobre el asiento del coche descapotable incautado al ejército alemán en Ecouché, repintado con los colores y emblemas de la División Leclerc, y soltó un grito lleno de emoción: «¡Ahí está la Torre Eiffel!». La fabulosa estructura de hierro se alzaba dominante sobre los tejados de la gran urbe, en aquel momento, más que nunca, el símbolo de París, entonces ocupada por las tropas de Hitler. Unos metros atrás, el suboficial Miguel Campos limpió las lentes de los binoculares de campaña y alzándose en el puesto de mando del vehículo artillado, de fabricación norteamericana, observó la gran enseña nazi que ondeaba en lo más alto de la Torre: «¡Esa bandera es mía!», dijo antes de soltar una blasfemia con acento canario.

Granell dio la orden de continuar. A las nueve menos cuarto de la noche del 24 de agosto de 1944 una pequeña fuerza militar, al mando de un oficial español, penetró en París, aún guarnecida por doce mil soldados alemanes. En la plaza Marcel Sembat, tras cruzar el puente de Sèvres, sobre el Sena, el teniente Granell envió un radio al estado mayor de la 2ª División Blindada del Ejército de la Francia Libre, solicitando refuerzos para continuar la operación ordenada por De Gaulle y ejecutada por el general Leclerc. No hubo respuesta y el militar español decidió seguir avanzando, dirigiendo a la columna rumbo al Ayuntamiento.

En el recorrido hasta la capital de Francia, con la máxima prevención ante posibles ataques del Ejército alemán, la unidad del teniente Granell detuvo la marcha en una calle de los arrabales. Un anciano parisiense, percatado de los uniformes, se acercó al vehículo de mando y con cierto temor preguntó:

—¿Americanos?

—No —respondió Granell—, somos la División Leclerc.

La inmediata reacción del hombre mayor fue enmudecer, afectado por un golpe de sentimientos. Pero, en seguida, el parisino irguió el encorvado cuerpo y en actitud solemne

comenzó a agitar los brazos, demandando a gritos la presencia de los vecinos.

—¡Franceses, franceses, salid! ¡Es la División Leclerc!

La llamada del viejo fue seguida por el estruendo de puertas y ventanas, abriéndose al unísono, que rompió el silencio de las calles, hasta entonces solo perturbadas por el sonido de los motores de los vehículos de La Nueve. En un instante, de las casas surgió una riada de gentes lanzando vítores a los primeros soldados de la liberación de París. Una mujer entrada en años, que llevaba una botella de coñac, subió a bordo del blindado Ebro y besó con efusión a Miguel Campos embadurnándole el rostro de carmín. Él y ciento veinte compañeros, casi todos republicanos españoles, estaban protagonizando la gesta histórica por la que nunca serían reconocidos. La euforia desatada puso en serio aprieto a los soldados de la División Leclerc, que debían llegar al corazón de la capital. Aquello estaba siendo un despropósito, un bendito despropósito gritó Miguel. Era necesario recomponer la situación, la alegría desbordada de los parisinos ponía en grave peligro la misión y las vidas de todos. La voz firme del teniente Granell, tronó contundente y los soldados conminaron a la población civil a regresar a sus hogares. París seguía en poder de los alemanes.

* * *

Miguel Campos, haciendo alarde de iniciativa, adelantó su blindado en labores de reconocimiento y comunicó al teniente Granell que el camino estaba despejado. Los efectivos de La Nueve iniciaron el avance, guiados por un voluntario civil. Momentos antes, para llegar a las puertas de París, la unidad de la División Leclerc utilizó una guía Michelín con la que orientarse, ninguno de sus integrantes conocía la ciudad. La marcha culminó en la Rue Rívoli, cuando apareció el imponente el edificio del Hotel de Ville. Amado Granell dio el alto a la columna y contempló las fachadas del palacio municipal, jalonadas por nichos y pilares con ciento ocho per sondes célebres de la historia de la capital y treinta estatuas en representación de otras tantas ciudades francesas.

—¡Es grandioso! —exclamó finalmente Granell aupándose sobre el parabrisas del coche alemán, en cuyo alerón delantero lucía la bandera tricolor de la República Española.

—¡Grandioso es lo que estamos haciendo nosotros! —exclamó el sargento jefe Valero, chófer ocasional de Granell.

—¡Hay que tener pelotas o estar locos —siguió el suboficial español—, para tomar París con algo más de cien hombres!

El teniente Granell ordenó el despliegue de la fuerza blindada en el entorno del ayuntamiento. Tras sacudir el polvo del uniforme y cuanto asearse pudo, se dirigió a la puerta principal del palacio consistorial con la emoción contenida, al igual que el grupo de soldados españoles que conformaban el pequeño séquito. Recibidos por el prefecto del Sena, este acompañó a los libertadores al interior. Con el paso acelerado franquearon la Sala de Presbíteros y otras estancias igualmente austeras. Al pasar junto a la estatua de Juana de Arco, Amado Granell se detuvo admirado, pero el tiempo apremiaba. Tras coronarla gran escalinata principal hasta la primera planta, que albergaba una sucesión de salones suntuosamente decorados, los

soldados españoles llegaron a un pequeño despacho en el que esperaban George Bidault, presidente del Consejo Nacional de la Resistencia y el coronel comunista Henri Rol-Tanguy, jefe en París de las Fuerzas Francesas del Interior (FFI). Todos quedaron sorprendidos por la nacionalidad española del oficial que representaba la liberación, al que recibieron con respeto.

La atmósfera de emoción fue creciendo en el interior del ayuntamiento, Bidault preguntó por los detalles de la marcha desde Normandía, insistiendo en cómo había sido la resistencia encontrada en el Ejército alemán y la acogida de los franceses en aquella región, especialmente castigada desde el primer día del desembarco aliado. Granell realizó un pormenorizado relato bélico de las jornadas vividas en suelo francés. El presidente del Consejo Nacional de la Resistencia deseaba conocer el número de los efectivos de la División Leclerc que había entrado en París: cuántos soldados, qué tipo de vehículos y armamento. El teniente, haciendo gala de una innata mano izquierda, zanjó la situación apelando al secreto militar.

—Tenemos órdenes concluyentes —terció Granell—. Señor, entenderá que este es un momento muy delicado y la gran responsabilidad que recae sobre mí.

—Lo entiendo —dijo Bidault— cumple con su obligación. Usted y sus hombres están prestando un impagable servicio a nuestra patria. Por cierto, ¿hay muchos españoles en las fuerzas de liberación?

—Mi compañía es conocida como La Nueve —informó Granell— la mayoría somos españoles. En la 2ª División Blindada el español se habla en muchas unidades, pues hay varios miles de mis compatriotas que combaten como voluntarios. Casi todos antiguos militares de la República Española.

Bidault no pudo evitar un deje de sorpresa.

—Ustedes luchan bajo la bandera de Francia, deben considerarse nuestros hermanos.

El oficial español puso el cuerpo rígido y dio un taconazo para cuadrarse antes de responder.

—Con el máximo respeto, señor presidente, nos enorgullece combatir bajo la enseña de la República francesa, pero también lo hacemos con la nuestra, la tricolor de la II República Española. Luchamos por la libertad de Europa.

Aquella noche, la diplomática española Victoria Kent, escondida durante cuatro años en una vivienda de las proximidades del Bosque de Bolonia escribió en su diario: «La radio continúa: tanques de la División Leclerc han entrado en la Place de l'Hôtel de Ville. Estos tanques van servidos por españoles. Ellos, los españoles son los primeros en entrar en el Hotel de Ville, a las nueve y quince de la noche. ¡De cuántas cosas me siento compensada!».

NOCHE DEL 24 DE AGOSTO

El general Francisco Franco mojaba un bizcocho en la leche tibia servida en un gran tazón de porcelana con ribetes dorados. Mientras, disfrutaba de la brisa salobre del Atlántico, que penetraba por el amplio ventanal del Pazo de Meiras, su residencia de verano en Galicia. Franco esperaba una llamada importante sin dejar de cumplir el ritual de cada noche, tras repasar documentación oficial, embutido en un fino pijama color crema y un batín a juego. Después de una cena frugal, a temprana hora, la dosis de leche con algo dulce, antes de acostarse, era una costumbre heredada de su venerada madre que nunca dejó de practicar, ni en las largas campañas de África ni en la guerra civil. A escasos metros, acomodada en una amplia cama, su esposa, Carmen Polo, leía el último número de *Semana*, la revista de amenidades que encandilaba a las damas españolas de buena posición y mejores costumbres.

El verano de 1944 estaba siendo realmente intenso en la marcha de la contienda mundial. Los Aliados habían desembarcado el 6 de junio, y, entonces, después de unas semanas de cruentas batallas, avanzaban imparables hacia la capital de Francia. Sobre la mesa, en la que el Generalísimo consumía con parsimonia el cotidiano refrigerio, reposaban varios números antiguos de la revista alemana *Signal* editada en español, en cuyas páginas se daba cuenta de las victorias de los ejércitos del Reich en el África Corps, el frente ruso, así como la construcción del Muro del Atlántico en la costa francesa del Canal de la Mancha. Franco dejó los papeles de Estado, puso los ojos en las publicaciones del Reich y repasó las portadas; enseguida las cogió una a una y las fue guardando en el último cajón de la escribanía. Alumbrado por la luz de un flexo, siguió consumiendo la leche, sorbo a sorbo. Cómo habían cambiado las cosas en los dos últimos años, pensó el dictador, que ya en los desembarcos en Argel y Marruecos prestó valiosa colaboración a los Aliados, reconocida por Winston Churchill y el presidente norteamericano Roosevelt. Ambos mandatarios estaban dispuestos a olvidar las veleidades del gobernante español con Hitler y Mussolini.

Frisando las once de la noche sonó el teléfono, y Franco descolgó sin premura.

—Sí.

—Excelencia, le paso llamada del ministro de Asuntos Exteriores.

—Bien.

—Mi general.

—Diga Lequerica.

—Los Aliados han entrado en París, aunque el gobernador militar alemán no se ha rendido.

—Será cuestión de horas, continúe.

—Mi general, el embajador Sangroniz informa que los soldados que han ocupado el ayuntamiento de la capital son españoles.

—¿Cómo?

—Rojos exiliados que combaten en la División Leclerc. Al parecer forman una unidad de vanguardia, al mando de un tal teniente Granell.

Franco guardó silencio, en su fuero interno de militar profesional, laureado, cundió un hilo de emoción. El que una gesta de aquella envergadura estuviera protagonizada por compatriotas, aunque fuesen enemigos, le hizo brotar internamente cierto orgullo. Pero, tenía claro qué había que hacer.

—De los españoles ni una palabra, Lequerica.

El flamante ministro de Asuntos Exteriores de España, José Félix de Lequerica, apenas unas semanas antes era el embajador español en París y muy amigo de su colega alemán, Otto Abetz. Franco guardaba el informe de Lequerica, elaborado de su propio puño y letra, la noche anterior al desembarco de las tropas aliadas en las playas normandas. El 5 de junio el diplomático español asistió como invitado a un almuerzo en el palacete de la legación nazi en la rue de Lille. Allí compartió mesa con el propio Abetz, la esposa francesa de este, el líder rexista belga León Degradelle y el colaboracionista marqués de Polignac. En el momento del café y la sobremesa, el representante de Hitler sostuvo, una vez más, que la invasión aliada a través del Muro del Atlántico era cuestión de días, tal vez horas. Fundamentando su opinión en informaciones facilitadas por la antigua Abwehr, desde febrero de aquel año de 1944 absorbida por la Oficina de Seguridad del Reich, Abetz comentó que el director de la central de contraespionaje en la capital de Francia, Oskar Reile, trabajaba día y noche en el cuartel general situado en el hotel Lutetia, en la Rive Gauche, con el propósito de desentrañar las claves que iban llegando desde Londres a través de las emisiones de la BBC. En aquella velada, celebrada en tan señalada fecha, la opinión de los asistentes coincidió en atribuir la falta de interés de los altos mandos militares del Reich. Así, Lequerica destacó en el informe que envió aquella misma noche a su ministro, el general Jordana, unas palabras textuales del embajador alemán: «los angloamericanos lo van a intentar y pronto. Pero nosotros parece que no acabamos de reaccionar. Los generales discuten si conviene más dejarles desembarcar para luego combatir y reducir sus fuerzas u oponerse desde el primer momento a que las fuerzas angloamericanas se mantengan en tierra».

ESPÍAS NAZIS

Letizia apretó el paso, anochecía en Madrid y la precaria luz del alumbrado público envolvía a la ciudad en una mortecina estampa. Colocó el bolso en bandolera, lo abrió con rapidez, puso la mano derecha en el interior y agarró la culata de la pistola Walther PPK del nueve corto. Con un hábil movimiento del dedo índice quitó el seguro, llevaba un cartucho en la recámara y, así, el arma quedó lista para disparar. La estaban siguiendo. De pronto divisó la figura espigada del comandante Manuel Gutiérrez Mellado bajo un farol de la puerta de Felipe IV en el Parque del Retiro. Entonces, sintiéndose segura, miró atrás desafiante y no vio a nadie. Volvió a acelerar la marcha hasta llegar junto al oficial de inteligencia militar.

—Tranquila, Letizia, quienes te seguían eran mis hombres —dijo el comandante con una sonrisa.

—Menudo susto, Manolo.

—Desde ahora deberás andar con sumo cuidado, los alemanes están nerviosos por las estupendas relaciones que mantienes con la embajada norteamericana. Ya ves, en estos momentos, hay mucha gente pendiente de ti.

—Pues no me hace ninguna gracia —respondió Letizia mientras, junto a Gutiérrez Mellado, franqueaba el acceso a los Jardines del Buen Retiro, no sin antes detenerse a admirar la monumentalidad barroca de aquella joya del siglo XVII.

Continuaron paseando por el parterre, entre las figuras de los viejos cipreses mexicanos traídos por Hernán Cortés, que se recortaban fantasmagóricas en la escasa visibilidad del ocaso.

—He preparado una detallada lista de nombres que, seguro, serán de gran interés para los servicios de inteligencia norteamericanos —informó el comandante.

—Estás haciendo un gran servicio a España. Manolo.

—No lo hago yo, Letizia. Estando de acuerdo en la colaboración con la mayor potencia aliada, debo confesarte que no tengo capacidad para ir tan lejos.

—¿Entonces?

—La información viene de la Casa Militar de Franco, y así lo tienes que hacer saber a tus contactos de la embajada.

—Quedo sorprendida. Supongo que no es cosa del teniente general Muñoz Grandes, ex jefe de la División Azul y ahora máximo responsable de los asuntos militares de El Pardo.

—No puedo decir nada más.

—Parece claro que se trata de Franco Salgado-Araujo, por orden directa del mismísimo Caudillo —afirmó Letizia.

—Permíteme que mantenga la reserva. Es la Casa Militar del Caudillo quien facilita la información, sin entrar en más detalles.

La pareja de agentes caminó a buen paso, hablando. El militar llevaba una cartera de mano y parecía tranquilo, sabedor de que numerosos ojos guardaban el itinerario elegido para departir con Letizia.

—Por curiosidad, y ya que en un momento me vas a entregar la documentación. ¿Confirmadas las sospechas del amable y diligente Lenz von Rohrscheidt, consejero de la embajada de Alemania?

—Sí, Letizia, en realidad es comandante y máximo responsable en territorio español de la central de inteligencia Abwehr ahora integrada en el OKW (Oberkomando der Wehrmacht) del Alto Mando del Ejército alemán.

—¿La sección cultural que dirige en la legación, una tapadera?

—Totalmente, el chalet de la calle Bravo Murillo al que te refieres es el cuartel general de la Abwehr, desde donde opera el comandante Lenz. Pero lo más interesante es la relación de empresas tapadera y otras de cobertura para el enjambre del espionaje alemán. En el informe aparece una golosa relación de nombres y direcciones. Creo que los yanquis van a estar muy contentos.

Letizia miró el reloj de pulsera mientras dejaban atrás el parterre.

—¿A qué hora tienes la cena? —preguntó Gutiérrez Mellado.

—En veinte minutos, y no me gustaría llegar tarde.

—Un coche del servicio te va a llevar hasta el interior de la embajada. Llegarás a tiempo y nadie te molestará durante el corto trayecto. Además de los alemanes los amigos de Falange están deseosos de saber qué llevas entre manos. Algunos parece que no tienen consciencia de la realidad, y aún creen que un milagro, en forma de armas secretas de gran poder destructor, salvará a Hitler en el último momento.

—Pero Franco no cree eso, y es lo que importa.

—¿Es una opinión, o información de primera mano?

Letizia obsequió al comandante con una sonrisa fresca.

—No hay más que ver cómo se está desenvolviendo el Caudillo.

—A tu jefe, el ministro, no le debe de gustar demasiado la deriva que están tomando las cosas.

—Arrese es apasionado, falangista hasta la médula, pero no tiene ni un pelo de tonto.

El agente de inteligencia militar miró a Letizia con una leve mueca cargada de ironía.

—¿Puedo preguntar con quién vas a cenar?

—Ya lo has hecho. ¡Ja, ja, ja! Sí, hombre, estará la persona que te interesa, el ayudante del agregado militar.

—El simpático teniente coronel Albert P. Ebright.

—Efectivamente.

Letizia llegó puntual a la cena de la embajada de los Estados Unidos, en el número 8 de la calle Miguel Ángel, en el barrio de Salamanca. El portafolio que llevaba fue recibido con alborozo por el oficial de inteligencia Ebright, que de un primer vistazo observó que la

información era mucho más amplia y valiosa de lo esperado. En un salón destinado a las altas personalidades, absolutamente insonorizado y con medidas de detección de micrófonos, transcurrió la cena, cuyo menú resultó ser muy poco americano: jamón de cerdo negro de la sierra de Huelva, queso de Idiazábal, salmorejo, lubina a la espalda, torrijas de huevo y miel con helado de leche merengada. Los vinos: blanco del Penedés y tinto de La Rioja Alta. Como colofón el teniente coronel Ebright sorprendió con carajillos de coñac, brebaje que le encantaba y que nunca quiso decir dónde aprendió a preparar.

La mesa, redonda y dispuesta con cubiertos de plata, mantelería de hilo y cristal de Murano, estaba ocupada por Letizia, John Graves, Ebright y un representante de la inteligencia del Pentágono para Europa, que a la dama le fue presentado como Williams. En realidad era el coronel del Office of Strategic Services (OSS), Williams H. Payne, enviado por Washington para evaluar las redes de espionaje nazi en España y en los países sudamericanos de habla castellana. Payne era un tipo meticuloso, de impecables modales, procedente de una adinerada familia de Texas, con raíces españolas por parte de la familia materna. La península Ibérica constituía lugar de máximo interés para los Aliados, en aquel momento ocupados en la seguridad de Franco.

Letizia estaba en la nómina del servicio de inteligencia norteamericano. Desde la victoria de las tropas del general Franco y el inicio de una dictadura militar en España la Casa Blanca mostró especial interés en conocer las interioridades del sistema político denominado Movimiento Nacional y la influencia en el mismo del partido único, Falange Tradicionalista y de las JONS. Letizia, entonces, era el agente mejor situado para suministrar la más valiosa información. En Washington la dama gozaba de la especial confianza de un influyente político amigo de su familia estadounidense, el secretario de Estado, Cordell Hull, en aquellos días de verano de 1944 afectado por un estado de salud delicado.

El alto mando del OSS fue repasando meticulosamente la información entregada por Letizia y facilitada por el entorno del generalísimo Franco. Inexpresivo, fumando en una pipa de Arce, regalo del general MacArthur, Payne pasó veinte minutos sin pronunciar palabra, ante el estricto silencio de los demás.

—Magnífico trabajo, Letizia —dijo, al fin, el coronel.

La dama mostró satisfacción con un rictus facial cargado de simpatía.

—El general Franco, sabe perfectamente qué tiene que hacer. Esperemos que nosotros también —añadió el enviado del Pentágono.

—¿Qué quiere decir? —interpeló el diplomático Graves.

—Ahora mismo hay diversas opiniones de cómo debe contemplarse el asunto de España una vez finalizada la guerra. El presidente Roosevelt desea que todo siga como hasta ahora, al igual que Churchill. Pero hay sectores nuestros que quieren acabar con Franco y están trabajando con denuedo para llegar a tal fin. De momento, las órdenes de arriba son preservar al gobierno actual y trabajar para colaborar en la seguridad del propio jefe del Estado español.

—Desde la embajada los informes que emitimos constatan la paulatina colaboración de Franco, que mantiene una estrecha relación con el embajador Hayes. Y, sinceramente, efectuada una radiografía de la situación política, me atrevo a decir que prescindir de Franco en estos momentos sería un error para los intereses de los Aliados y de las sociedades occidentales cuyos modelos de vida defendemos —argumentó el teniente coronel Ebright.

—Absolutamente de acuerdo —indicó Payne— y me alegro de que coincidamos, pues desde ahora el OSS en territorio español deberá velar por la figura del Generalísimo. He venido personalmente para decirles que sigan adelante con las directrices de amistad y colaboración con Franco. Nunca se dejen llevar por cantos de sirena.

—¿Podría explicarse mejor, señor? —dijo Ebright.

—Allen Dulles, muy influyente en la Casa Blanca y ahora coordinador del OSS en Suiza está empeñado en convencer a Roosevelt de que hay que acabar con Franco. Al parecer Dulles lleva tiempo manteniendo encuentros con significados colaboradores de Don Juan de Borbón, el exiliado hijo del rey Alfonso XIII, con la intención de que el conocido como conde de Barcelona restablezca la monarquía en España. Con una fórmula parlamentaria, al estilo de Inglaterra.

—Como usted debe de conocer, coronel Payne, desde aquí hemos elaborado informes sobres generales españoles que apuestan por la vía monárquica, todos ellos estrechos colaboradores del Generalísimo durante la guerra civil —comentó Graves.

—Sí, el más significado es Antonio Aranda. Pero la actual política de Estados Unidos y Gran Bretaña, escuchen lo que escuchen, no está por entregar España a Don Juan de Borbón, sobre cuyo carácter hay serias dudas. Espero que más tarde que pronto nuestro colega Dulles corrija la obstinada postura. Mientras tanto, y ante cualquier duda al respecto, contacten conmigo o con el jefe del OSS, general Donovan. Bajo ningún concepto acaten indicación alguna de Dulles que pudiera poner en peligro la estabilidad del actual Gobierno español o de la propia integridad de Franco.

EL MINISTRO, PREOCUPADO

José Luis Arrese salió del agua resoplando. El ministro era considerado un tragamillas que durante las vacaciones realizaba cada día la travesía, ida y vuelta, de la playa de Ondarreta a la isla de Santa Clara. Aquella mañana de agosto el cielo estaba plomizo, la corriente comenzó a ser intensa, y el Cantábrico tenía una temperatura bastante fresca. María Teresa Sáenz de Heredia arropó a su marido con un albornoz blanco en cuyo bolsillo superior estaba bordado el escudo del Club Náutico de Bilbao, ciudad natal del político. María Teresa, de forma cariñosa, empleando una toalla le secó el rostro y después lo peinó con delicadeza. El matrimonio no tenía hijos, estaba volcado en sí mismo.

—Me has asustado, José Luis.

El jerarca del Movimiento Nacional respondió con una sonrisa y besó la frente de su querida esposa. Ambos fueron despacio, pisando la arena, hasta unas tumbonas compartidas con unos conocidos de San Sebastián.

—Los Aliados avanzan en Normandía, parece que están a las puertas de París —informó uno de los amigos que leía el periódico *Arriba*, órgano de Falange.

El ministro sorbió un poco del vermú que le sirvió una asistenta. La noche anterior fue informado de la liberación de la capital de Francia, sin embargo la prensa española seguía publicando noticias confusas al respecto.

—Debemos dar como hecho que los alemanes han perdido París —sentenció Arrese, que siguió hablando—. Y eso, me temo, es un punto de inflexión en el curso de la guerra. Solo una sorpresa de última hora, confiando en la gran inteligencia de Führer y traducida en ingenios de gran destrucción, podría dar un vuelco a favor de nuestros amigos. El sueño de la Gran Europa comienza a desvanecerse.

Aquella mañana, en el desayuno, Arrese había comunicado a su mujer que adelantaban el regreso a Madrid, al día siguiente.

Los amigos donostiarras quedaron impresionados por las palabras del ministro. Desde la ocupación alemana en Francia soldados y oficiales de la Wehrmacht pasaban asiduamente la frontera para descansar en San Sebastián, dejando abundantes marcos en la ciudad. Lugares como el hotel María Cristina y el Casino eran muy frecuentados por los altos mandos del Ejército nazi, que mantenían buenas relaciones con la alta sociedad de la ciudad. Y no eran pocos los negocios que habían surgido a lo largo de los últimos cuatro años. A las simpatías por afinidad

política se unía la cuestión económica.

—¡Una desgracia, José Luis, una desgracia! —dijo con vehemencia una señora cincuentona cargada de alhajas.

Arrese no estaba para cháchara, aquella mañana decidió ir a la playa para complacer a su mujer, a la que adoraba.

—Nos vais a perdonar, pero tengo que despachar unas cosas urgentes. Mañana mismo regresamos a Madrid.

María Teresa dio instrucciones a la asistenta, que recogió las pertenencias playeras. El matrimonio Arrese se despidió, asegurando que lamentaba tanta premura, pero el deber por España era lo primero.

Comieron en casa. Ensalada, bonito a la plancha y cuajada, postre lácteo que cada día les era suministrado desde un caserío. La pareja era frugal, aunque de gustos refinados. Con el café, auténtico, no achicoria, el ministro mostró ganas de conversar. La siesta podía esperar.

—María Teresa, sabes que nunca suelo hablar de asuntos oficiales.

La esposa atendió sorprendida. Conocía muy bien al ministro, habían compartido tantas cosas desde la juventud que la complicidad entre ambos era absoluta. María Teresa llevaba a gala ser prima hermana de José Antonio Primo de Rivera. Por tanto, vivió intensamente el nacimiento de Falange y los años de la guerra civil. Ella siempre estuvo al lado de su marido, por el que tuvo que pedir clemencia ante Franco con la ayuda de la prima Pilar Primo de Rivera. El general Queipo de Llano estaba decidido a fusilarlo. Y años después, cuando Arrese agradeció la gracia al militar, conocido como el virrey de Andalucía, este lo humilló: «Cuando le dije que lo haría fusilar, usted se deshizo en lágrimas. Es tan raro ver llorar en España a un hombre adulto que pensé que deberíamos mantenerle en vida como curiosidad de museo». El jerarca del Movimiento Nacional era un intelectual, alejado de los cánones del hombre de acción.

—Algo serio debe ocurrir, José Luis.

—No, no, es más bien un asunto sobre el que la intuición femenina puede ser de gran utilidad.

—Ah, bueno.

—Se trata de Letizia.

—El bulo sobre su relación con Pacón es tan absurdo que hasta las más grandes detractoras de tu colaboradora y del propio primo de Franco le dan categoría de chascarrillo. Eso sí, a esa chica, con todo lo que ha sufrido, le tienen ganas.

—Es algo más serio.

María Teresa volvió a servir café, puso azúcar en las dos tazas y durante unos breves instantes permaneció en silencio mientras removía con la cucharilla. Al fin, miró con dulzura al amado esposo.

—Cuéntame.

—El Caudillo tiene a Letizia en gran consideración y hasta Carmen Polo cuenta con ella para esas juntas de caridad que organiza. Y el trabajo que desarrolla en la secretaría general es impecable. Sin embargo…

Arrese llevó la taza a los labios y dio un pequeño sorbo.

—Me temo que Letizia trabaja para los norteamericanos.

—¿Es una espía?

—Sí, pero creo que Franco es conocedor.

—Entiendo, difícil dilema el tuyo. De todas formas Letizia siempre tuvo una estrecha relación con la embajada de los Estados Unidos, su madre es de aquel país y ella se educó allí. Igual quienes te informan están exagerando.

—No cariño, no. El responsable del servicio de información de Falange me ha pasado un detallado *dossier*.

—¿Qué dice ese informe?

—Que es una agente del servicio de inteligencia al servicio del Pentágono, seguramente el OSS. Los indicios han sido cotejados con nuestros amigos del espionaje alemán y coinciden.

—¿Y dices que Franco puede ser conocedor?

—Eso parece. Letizia tiene encuentros con el comandante del Alto Estado Mayor responsable del control de los militares y funcionarios alemanes que cruzan la frontera desde Francia buscando asilo.

—Ya veo. ¿Qué le has dicho al responsable de información de Falange?

—Que me entregue personalmente las copias existentes del *dossier* y que, por el momento, deje la investigación. Por supuesto, le he ordenado que guarde silencio.

—Bien, José Luis. En ese tema debes ir con pies de plomo. Nos duele ver como Alemania está a punto de desaparecer, pero esa es la realidad. Franco es muy listo, tanto como peligroso. Las deferencias hacia Letizia que llegan desde El Pardo son prueba evidente de que ella es intocable, que le dejan hacer. Ya sabes la gran amistad que el Caudillo mantiene con el embajador Hayes.

—Así es, pero me parece obsceno que ahora traicionemos a nuestros amigos alemanes y nos vendamos a las perniciosas democracias aliadas.

—Los tiempos cambian, hay que adaptarse José Luis. De todas maneras, Franco tendrá poderosas razones para posicionarse así. De verdad crees que cuando acabe la guerra mundial será posible contener a los vencedores en Los Pirineos, si el Caudillo no es capaz de hacer política en mayúsculas para estar a bien con las más grandes potencias.

—Tienes razón, María Teresa. Pero me va a costar mantener la misma relación de proximidad con Letizia.

—Pues debes esforzarte para que todo siga igual.

EL ESPAÑOL DE PARÍS

Miguel Campos presentaba un estado físico lamentable, producto del agotamiento. Los combates en las calles de París fueron intensos durante la mañana del 25 de agosto. Podía soportar la fatiga, la falta de sueño, pero asimilaba mal el estado de preocupación, que disimulaba ante sus hombres. Horas antes, su amigo, el subteniente Michel Elias, resultó gravemente herido por un francotirador, en el ataque a la Central Telefónica de la calle Archives. Miguel, como el resto de compañeros de La Nueve, llevaba cuarenta y ocho horas sin dormir. Los españoles lucharon con arrojo en los decisivos enfrentamientos ocurridos en la zona de la plaza de La Concordia, la Asamblea Nacional y plaza de L' Etoile. En el hotel Magestic, ocupado por la Gestapo, el primero en entrar fue Pacheco, él solo hizo once prisioneros. El oficial Serrano entró en el Ministerio de Marina, con su sección del Regimiento de Marcha del Chad.

La extenuación invadía a los integrantes de La Nueve, así lo comentó el soldado Antonio Gutiérrez cuando enseñó el reloj de pulsera que, unas horas antes, le había regalado el gobernador militar alemán, von Choltitz. Gutiérrez capturó al general en su despacho del hotel Maurice, que se negó a rendirse ante un simple soldado. En señal de reconocimiento le hizo el regalo. Minutos después, von Choltitz entregó la pistola al comandante Jean Lahorie, oficial de Estado Mayor, ante el que se rindió oficialmente. Gutiérrez relató el episodio al suboficial, pero Miguel tenía la mente en el hospital al que había sido trasladado Elias. Era media tarde y el coronel Billotte ordenó que los libertadores de la capital de Francia regresaran al entorno del ayuntamiento, para poder descansar. Los vecinos ponían a disposición las casas. Fue en ese momento cuando corrió la noticia: acababa de aterrizar el avión del general De Gaulle.

París estaba definitivamente liberado. El general Charles De Gaulle había ganado la partida y, horas después de la rendición de las tropas de ocupación, fue recibido con vítores en Ramboullet. A lo largo de los escasos kilómetros que separaban el aeródromo de la capital de Francia, miles de personas formaron un cordón de recepción popular que aplaudió el paso de la comitiva presidencial, reproduciendo un único grito, engrandecido por la emoción del momento. «¡Viva De Gaulle, viva De Gaulle!». Todos querían vitorear, ver, abrazar, al principal líder de la liberación, que apenas mostró un rictus de satisfacción mientras protagonizó el hito histórico más importante de su ya madura vida. Alzó levemente la mano desde el interior del vehículo, manteniendo el rostro imperturbable que ya era leyenda. La caravana entró en París por la Puerta de Orleans enfilando la avenida del mismo nombre y, en ese momento, al general se le

humedecieron los ojos. El aspecto de la arteria era impresionante, abarrotada por parisienses de todas las edades, que reían y lloraban mientras lanzaban vivas y agitaban banderas tricolores con la cruz de Lorena. En ese momento De Gaulle decidió cambiar el itinerario previsto, que era el ayuntamiento.

—Directos a la estación de Montparnasse —dijo.

A las cuatro de tarde del 25 de agosto, Charles De Gaulle entró en la instalación del ferrocarril. Allí, el general Philip Leclerc, conocido como El Patrón, le informó de la rendición formal del jefe de la guarnición nazi, general von Choltitz. Leclerc mostró al presidente de la Francia Libre el documento redactado para la capitulación, cuyo original había sido alterado de su puño y letra. En cuanto vio el escrito, De Gaulle crispó el rostro y preguntó con tono severo a su más leal colaborador.

—¿Qué hace aquí la firma del jefe de las Fuerzas Francesas de Interior?

Leclerc, turbado por la airada reacción, salió al paso como pudo.

—Mi general, asumo la decisión. Permítame que le recuerde que el momento ha sido excepcional y…

De Gaulle interrumpió al compañero de armas, con voz autoritaria.

—En este asunto usted es el oficial de más alta graduación, por lo tanto le compete exclusivamente tal responsabilidad. Además, lea la proclamación publicada esta mañana por el Consejo Nacional de la Resistencia ofreciéndose a la Nación francesa, sin hacer ninguna alusión al Gobierno ni al general De Gaulle.

Leclerc entendió de inmediato y asintió turbado.

—Philip —De Gaulle suavizó el tono—, en estos trascendentales momentos es preciso cuidar hasta los más mínimos detalles.

Una hora más tarde, el presidente del gobierno provisional de la República entró en la sede del Ministerio de la Guerra, en la rue Saint-Dominique. De Gaulle quedó sorprendido, después de cuatro años de ausencia y ocupación alemana, estaba todo igual. Asombroso, pensó el general. Nada había cambiado, ni el protocolo, ni las personas, ni siquiera la decoración y los muebles, observaba mientras recorría el palacio. Cuando al fin llegó y tomó posesión del despacho del ministro, estuvo unos largos minutos en silencio, observando minuciosamente cada detalle de la suntuosa estancia. Finalmente se dirigió a uno de sus ayudantes, el general Juin.

—Los alemanes no han movido un mueble, un tapiz, una cortina. Nos hemos vuelto a encontrar a los ujieres que no hace muchos prestaban el servicio militar.

Después De Gaulle fue informado que la situación era igual en el resto de edificios administrativos de la República.

—No falta nada, mi general —anunció un coronel de estado mayor—, excepto el Estado.

El general observó severamente al oficial y habló con rotundidad.

—Me corresponde a mí devolver el Estado a su lugar.

La tarde-noche de aquel inolvidable día estuvo presidida por momentos de incontenible emoción. Frisando las ocho de la tarde De Gaulle llegó al ayuntamiento de París, y lo hizo andando desde la Prefectura de Policía. El servicio de protección tuvo que emplearse con rigor, una masa de incontables parisienses pretendía tocar y abrazar al ídolo de la liberación. En las escalinatas de acceso al palacio consistorial los soldados de La Nueve, con el teniente Granell al frente, rindieron honores al general. Ya en el interior el líder de la Francia Libre pronunció unas

palabras que recorrerían el mundo: «París, el París martirizado, ha sido liberado por su pueblo, con la colaboración del Ejército y de toda Francia».

Con marcialidad, De Gaulle avanzó hasta un ventanal y saludó a la multitud concentrada en la plaza del ayuntamiento, que no dejó de gritar, como una sola voz, el nombre del general.

A la mañana siguiente, 26 de agosto, Charles De Gaulle desayunó frugalmente en el Ministerio de la Guerra. Mientras saboreaba un café, observó una y otra vez la portada de *Libération* con fecha del día anterior. Estaba plenamente satisfecho, pletórico, aunque el pétreo rostro no transmitía ni la más leve sensación interior. Llevaba un buen rato intentando identificar al oficial francés que aparecía junto al prefecto del Sena, auténtico artífice de la Liberación, pensó. Leyó una y otra vez un subtítulo que lo desconcertaba: «*Le capitaine Bronnesic, de la División Leclerc, sur son char Romilly est le premier français qui arriva à l'Hôtel de Ville*». Para mayor confusión, una errata de imprenta había equivocado el apellido del aludido capitán. Así que la incógnita sobre la identidad del militar de la foto quedó reforzada por De Gaulle al ojear la edición de aquella mañana de *Le Populaire*, dirigido por León Blum, cuya primera página reproducía la misma instantánea con el siguiente pie: «*Le capitaine Dronne reçupar M. Luiset, préfet de police, hier au soir*». El oficial en nada se parecía al Dronne que recordaba como ayudante del general Leclerc, durante la campaña del Norte África.

Un asistente interrumpió las cavilaciones de De Gaulle al anunciar la presencia del general Leclerc. En una concesión casi excepcional, el inmutable semblante del presidente de gobierno de la República mudó en amable sonrisa. Moviendo con agilidad el corpachón de casi dos metros fue al encuentro del mejor de sus colaboradores. Leclerc quedó sorprendido por el fraternal abrazo ofrecido por su superior, seguido de una afectuosa invitación para tomar café. El comandante en jefe de los libertadores de París aún tenía muy reciente la tensa situación vivida el día antes en la estación de Montparnasse.

De Gaulle ordenó que sirvieran café y ofreció asiento a Leclerc.

—Buen trabajo Philip, Francia siempre estará en deuda con usted.

—Gracias, mi general. Cumplimos con nuestro deber. El mérito no es mío, mis soldados, nuestros soldados, son formidables.

—Así es, y la patria sabrá recompensarlos. Por cierto, Philip, ¿conoce usted al oficial que representa a la liberación en las fotos de los periódicos? No se parece en nada al capitán Dronne que recuerdo.

De Gaulle ofreció a Leclerc los ejemplares de *Liberation* y *Le Populaire*.

—Efectivamente, ese hombre no es Dronne. Es el teniente Granell.

—¿Granell, que apellido es ese?

—Español, mi general.

—¿Cómo que español?

—El teniente Granell es un veterano militar de la República Española. Un magnífico compañero al que conozco bien.

—¿Un rojo exiliado?

—Un valeroso soldado, que ha arriesgado mil veces su vida luchando por la libertad de Francia.

—¿Y el resto de tropas de avanzada que llegaron primero al Hotel de Ville?

—Casi todos españoles, grandes soldados, grandes seres humanos. Los mismos que, junto a otros compatriotas suyos, todos con uniforme francés, después ocuparon la Prefectura de Policía y el cuartel general del gobernador militar alemán en el Hotel Maurice. No he visto mejores soldados en primera línea de combate, excelencia.

La sonrisa desapareció de los labios de De Gaulle.

—Leclerc, esto hay que reconducirlo.

—¿Qué quiere decir, mi general?

—Hemos sabido esquivar a ingleses y norteamericanos. Nos la hemos jugado para ser los primeros en llegar. Y ahora resulta que son los españoles los libertadores de París. ¿Estamos locos?

—Mi general, el capitán de la compañía es francés, es Dronne.

—Pues en eso hay que apoyarse. La aparición del teniente Granell en las fotos de los periódicos se debe, sin duda, a un hecho accidental. Como puede leerse en la prensa, el capitán francés Dronne ha sido el primero en llegar a la capital de Francia.

—Como usted ordene. Debo informarle que he decidido que los hombres de La Nueve, o sea la 9º Compañía, del III Batallón del Regimiento de Marcha del Chad, en reconocimiento a su gesta, tengan el privilegio de abrir el desfile de esta tarde desde la plaza l'Etoile hasta Notre-Dame y se ocupen de escoltar a Su Excelencia.

—Bien, Philip, pero no se olvide de Dronne, él es nuestro hombre. Los franceses, con mayúsculas, han liberado París. Así es y así habrá de conocerlo Francia y el mundo entero.

LOS CAMPOS ELÍSEOS

Al filo de la medianoche del 26 de agosto Franco mantenía una viva tertulia con un reducido grupo de amigos e incondicionales en una de las terrazas del Pazo de Meirás. Estaba prolongando la velada, para extrañeza de los invitados, conocedores de las costumbres poco trasnochadoras del Caudillo. Él era más proclive a madrugar, sobre todo si era para navegar y disfrutar de la pesca a lo largo de interminables jornadas. En el mar Franco era feliz, eso lo sabían bien los más allegados. Aquella noche obsequió a la entregada concurrencia con la narración de diversos episodios pesqueros. Cuando iniciaba el relato de cómo él solo capturó un cachalote en el Cantábrico, a pocas millas de Monte Igueldo, un edecán reclamó la atención de Su Excelencia, y este dio por concluida la velada. Con paso rápido llegó al despacho privado y esperó un instante a que sonara el teléfono.

—Sí.

—A sus órdenes, mi general.

—¿Qué hay, Lequerica?

—Hoy los franceses han realizado su gran desfile de la victoria.

—Ya lo sabíamos. ¿Y?

—El tal teniente Granell ha tenido el privilegio de encabezar las fuerzas de liberación, junto a sus hombres, casi todos rojos emigrados. El cónsul general de España en París, Alfredo Fiscowich, ha realizado un pormenorizado informe en el que destaca la exhibición de símbolos y banderas ilegales de la II República.

—¿La prensa de París de ayer y la de hoy, hace referencia al papel de los españoles en la liberación? —interrogó Franco.

—Nada, ni una línea, excelencia. Veremos qué dicen los periódicos de mañana.

—No dirán nada. Conozco a los franceses, son extremadamente chovinistas. Sin embargo ese gran defecto de nuestros vecinos, ahora nos beneficia.

—Así es, mi general. De todas maneras se ha producido un hecho que debo reseñar.

—Cuente.

—Una vez que los alemanes depusieron las armas, el teniente Granell envió a parte de su unidad como protección de nuestra embajada. Por supuesto que tan insólito hecho no ha sido reseñado por Fiscowich, nunca quedará constancia oficial.

—¿Cómo?

—Como le cuento, excelencia. Los rojos protegieron nuestra legación y han evitado el saqueo lógico de las primeras horas de confusión y ardor popular que precedieron a la liberación de París. Sin duda se han evitado desmanes, aunque me acaban de confirmar que las fuerzas comunistas de las FFI, han ocupado ordenadamente el palacete.

—Era de esperar. Supongo que desde su ministerio estarán trabajando en la denuncia y reclamación de tamaña ocupación ilegítima. Y quiero una rotunda nota de protesta ante De Gaulle por tolerar la exhibición de banderas ilegales, que no representan a España.

—Excelencia, nuestros servicios jurídicos están en ello y he ordenado al embajador Sangroniz que a la máxima brevedad se traslade de Vichy a París.

—¿Qué más se sabe de la situación militar?

—Al parecer los norteamericanos están enfadados con De Gaulle, pues pretendían embolsar París y seguir con el avance hacia Alemania. Ahora reclaman a Leclerc, orgánicamente bajo las órdenes de Patton, que deje de realizar actos patrióticos y se una a las fuerzas aliadas para seguir combatiendo.

—De Gaulle está haciendo lo que debe. Necesitaba la gran baza política que significa la liberación de la capital de Francia y lo ha conseguido. Estoy seguro que se lo tomará con calma y la División Leclerc estará unos días en París. Yo haría lo mismo.

Franco permaneció en silencio durante unos interminables segundo.

—Lequerica, mañana quiero un informe detallado. Buenas noches.

El Caudillo caminó pensativo a la alcoba, donde Carmen Polo lo esperaba con la leche tibia y un suizo salpicado de azúcar. En la intimidad del dormitorio Franco, sin mediar, palabra, besó amorosamente la frente de su esposa, y esta le acarició la mano derecha mientras le obsequió con una tierna sonrisa. La señora sabía que no debía interferir en las meditaciones del prohombre que dirigía los designios de España. Ella prosiguió leyendo las revistas de sociedad, atenta al transcurrir más almibarado e irreal de un país salvado del caos y el pecado, como gustaba recordar al círculo de influencia que, bajo la atenta mirada de su marido, movía los hilos del proyecto denominado Movimiento Nacional, en el que doña Carmen ejercía como auténtica reina.

De forma metódica, Franco se desnudó para, enseguida, enfundarse un pijama color *beige*. Ya cómodo comenzó a degustar la leche y procedió, con la mirada perdida por la meditación, a hundir el suizo en la taza para comerlo a pequeños bocados, en una espontánea gesticulación que al rostro del invicto general, proyectada la sombra del mismo en la pared, le daba tintes de roedor. Permaneció pensativo mientras limpiaba las migas del dulce, hizo ademán de levantarse para ir a la cama, pero rectificó. Decidió arrellanarse en la silla, abrió el cajón superior de la escribanía, de donde extrajo una cuartilla y una pluma estilográfica. Con pulso firme escribió unas órdenes dirigidas al general Franco Salgado-Araujo, en las que decidía convocar, para el día siguiente de su regreso a El Pardo, una reunión interna con los más estrechos colaboradores sobre «el tema alemán». Las decisiones adoptadas serían llevadas al Consejo de Ministros. La astucia del militar golpista volvía a ponerse a prueba.

Desde el desembarco aliado en el Norte de África, Franco fue cambiando hábilmente la estrategia en política exterior y de alianzas. La carta del presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, recibida el mismo día de la invasión, 8 de noviembre de 1942, y los acontecimientos bélicos que siguieron a aquella decisiva operación militar, habían marcado las últimas maniobras de Franco. El dictador español se sabía fortalecido por las potencias aliadas

que entonces estaban a punto de ganar la II Guerra Mundial. Necesitaban un espadón fiel que contuviera al fantasma del comunismo en el Mediterráneo, y ese era él.

Casi dos años antes de la liberación de París, Roosevelt había asegurado por escrito que España nada tenía que temer de los ejércitos de las naciones unidas para acabar con el nazismo. El denominado Caudillo comenzó a desligarse de quienes fueron amigos y colaboradores desde el golpe de Estado que propició la guerra civil española y al que él tanto partido supo sacar. Así, durante meses estuvo lanzando mensajes en los consejos de ministros, donde solía repetir: «Si Hitler no respeta nuestra neutralidad, instantáneamente pondré todos los puertos españoles a disposición de los Aliados». Y en aquel verano de 1944 supo que la suerte estaba echada, Alemania tenía los días contados. Entonces la colaboración de Franco fue para norteamericanos e ingleses. Con semejante escenario, resultaban baldías las aspiraciones del teniente Amado Granell, el suboficial Miguel Campos y miles de españoles que combatían en las filas del ejército de la Francia Libre y en la Resistencia.

A la misma hora en la que el Caudillo meditaba cómo maniobrar ante los Aliados, el periodista César González-Ruano agotaba las últimas horas en Andorra, ingeniando un nuevo sablazo. Desde principios de agosto CGR había estado mandando crónicas al periódico *La Vanguardia* sobre el repliegue del Ejército alemán en los pasos fronterizos de Los Pirineos. Conocía bien la zona, durante el periodo que vivió en el París ocupado consiguió amasar una pequeña fortuna estafando a familias judías que pretendían huir a España. En 1943, tras un encontronazo con la Gestapo y una temporada en la cárcel de Cherche-Midi, el periodista tuvo que abandonar Francia de forma precipitada. Franco ya no veía con tan buenos ojos a aquel periodista de prosa brillante, que después del escándalo vivía alejado de Madrid.

EL SECRETO DE LETIZIA

Letizia, por demasiadas razones, tuvo difícil encaje en la alta sociedad madrileña. Aún así supo desenvolverse en los más elitistas salones, donde solía despertar el recelo de las damas, cuando no la animadversión. Los hombres la veían como un inalcanzable objeto del deseo. De belleza serena, muy cuidada, afloraba en aquella espléndida mujer una educación cosmopolita que abrumaba en esos años en los que el gris impregnaba a una España rendida al Caudillo y tutelada por la Iglesia Católica, incapaz de pasar página de los sufrimientos de la guerra civil. Educada en Boston, las ideas y sensibilidades de Letizia poco tenían que ver con las clases dirigentes, afanadas en convertir al país en un cortijo al servicio de intereses particulares. Su madre era norteamericana, hija de un diplomático destinado en el Protectorado de Marruecos donde conoció al entonces capitán de caballería Jaime Heredia-Espinosa.

La vida de Letizia siempre había sido contradictoria, entonces estaba en el cénit de semejante dicotomía: colaboraba directamente con el ministro secretario general del Movimiento Nacional. Era pues, una pieza importante del Régimen sobre el que tantas dudas albergaba. Y para llegar a ese punto de privilegio hubo de jugarse la vida en numerosas ocasiones, ejerciendo de espía del ejército de Franco. Tomó aquella decisión tiempo después de que su padre y Fernando, único hermano, fueran ejecutados en el cuartel de La Montaña, donde habían secundado la rebelión contra la República. Aquellos días de julio de 1936 el coronel Jaime Heredia-Espinosa, con puesto en la Capitanía General de Sevilla, realizaba un curso en el Alto Estado Mayor y Letizia lo acompañaba para visitar Madrid, ciudad que apenas conocía, y poder cumplir el deseo de pasar unas semanas con Fernando al que veía muy poco desde que ingresó en la Academia General Militar, en aquel momento teniente de Artillería, destinado en la capital. El día de la tragedia ella encontró asilo en la embajada de los Estados Unidos.

Aún pasados los años seguía estremeciéndose al recordar cómo le dieron la noticia de la muerte de los dos seres más queridos. Ya no le quedaba nada, su madre, Rita, había fallecido un año antes en accidente de circulación en el condado de Nueva York. En aquel maldito 21 de julio estaba completamente sola, en una ciudad desconocida, refugiada en la legación de un país al que consideraba su segunda patria, cuyos principios democráticos atesoraba desde pequeña. Los dos primeros meses los pasó siguiendo los acontecimientos, prácticamente pegada a la radio y leyendo la prensa. El 27 de septiembre, día en el que las tropas nacionales liberaron el Alcázar de Toledo, tomó la decisión. Habló con uno de los ayudantes del agregado militar de la embajada

confesándole estar dispuesta a colaborar con los sublevados, y lo hizo tras semanas indagando sobre la opinión del oficial norteamericano, que resultó tener simpatías por quienes intentaban acabar con la II República Española.

Aquel oficial colaboraba con la denominada Quinta Columna, una red de ciudadanos dedicada a facilitar la huida de personas a la zona nacional. A medida que iban pasando los meses y Madrid resistía al cerco de las experimentadas tropas del general Várela, la organización fue nutriéndose de agentes a las órdenes directas del cuartel general del Generalísimo Franco. La información desde dentro era vital para lograr, lo antes posible, el asalto definitivo a la capital de España. Así, una noche de principios de octubre, Letizia volvió a las calles convertida en una miliciana dispuesta a darlo todo en la lucha contra el fascismo. Adquirió la personalidad de una miliciana más que, desde Sevilla, había logrado llegar a la ciudad que en aquellos momentos ocupaba la atención del mundo civilizado. Una luchadora anónima, dispuesta a dar la vida por la libertad. Así lo llegó a creer ella misma, en el gran papel de su vida.

—Disculpe, señorita.

La doncella interrumpió los pensamientos de Letizia, sentada en el borde la cama que presidía la alcoba, una estancia amplia con dos grandes ventanales con vistas a la calle Velázquez.

—¿Qué hay, Mariana?

—Tiene una llamada telefónica.

—Voy, enseguida. Por favor, en el mueble del *hall* te he dejado una nota con la compra y dinero. Ve a ahora. Yo voy a salir, tardaré en regresar.

—Bien, señorita.

Vestía un kimono de seda natural color carmesí. En casa le gustaba ir descalza. Encendió un largo cigarrillo inglés y fue al despacho, situado a escasa distancia del dormitorio. Cerró con llave y antes de contestar giró el cuerpo situándose ante un gran espejo, dio un enérgico tirón al suave cinturón que cerraba la prenda y dejó que esta fuera deslizándose hasta caer al suelo. Estaba voluptuosa, con un corsé negro que mantenía inhiestos los pechos, no muy grandes pero tersos, coronados por pezones increíbles. Pasó la lengua por los labios y cogió el teléfono, sin apartar la vista del espejo. Colocó el auricular en el oído, emitió un suave jadeo y esperó.

—Me encanta que estés lista —dijo una voz varonil con marcado acento inglés.

—Estoy lista, señor —dijo Letizia en un susurro.

—Hoy no habrá concesiones.

—Ah, ah, ah…

Oyó el clic al otro lado del auricular y colgó lentamente el teléfono. Volvió a cubrirse completamente con el kimono, salió del despacho y entró en la habitación. Sin quitarse el corsé se enfundó un pantalón negro y una blusa del mismo color. Como calzado eligió unas botas de montar. Abrió un cajón del tocador, decidió coger una peluca pelirroja que escondió el pelo azabache que llevaba pulcramente recogido. Un pañuelo de seda natural ocultó parte de la melena postiza que le llegaba a los hombros. Los ojos verdes, grandes y expresivos, quedaron difuminados detrás de unas gafas de sol Ray-Ban, regalo de su madre al regreso de uno de los viajes a los Estados Unidos. Descolgó una chaqueta de verano de tonalidades tabaco colocándola sobre los hombros y asió un neceser. Comprobado que la doncella había salido a cumplimentar la compra, utilizó el acceso de servicio para llegar a la calle, evitando así la atención de los porteros. En el callejón recayente a la parte trasera del edificio, un coche la esperaba. Subió detrás, en

silencio, el chófer arrancó.

Letizia entró en el chalet sin llamar, llevaba llave. Conocía bien aquella casa, situada en una de las mejores zonas residenciales de Madrid, en la que vivían algunas de las recatadas señoras que la tenían en el punto de mira. Si ellas supieran, se decía a sí misma, a punto de romper en carcajada. Subió con agilidad la escalera de caracol que comunicaba con la primera planta. Detuvo los pasos cuando escuchó las notas musicales que sonaban en la alcoba principal, de donde procedía un agradable aroma a incienso.

En el pasillo distribuidor del piso solo una puerta estaba totalmente abierta, la que conducía a una salita de paredes color turquesa, orladas por grandes espejos, con una mesa central y una silla. Poco a poco fue desprendiéndose de cuanto le servía como disfraz, colocándolo en la mesa. El pantalón y el jersey los dejó perfectamente colgados en un galán. Volvió a calzarse las botas de montar, ajustó el corsé, presionando la copa para que los pechos despuntaran, abrió el neceser y con cuidado colocó sendas pinzas en los pezones. Frente a uno de los espejos se soltó el pelo, retocó el maquillaje y dibujó bien los labios con carmín rojo. Con paso decidido y pisando fuerte, para que pudiera oírse bien el sonido de las botas sobre la tarima, fue a la estancia en la que era esperada.

Él estaba desnudo sobre la gran cama. El cuerpo parecía desvanecerse en la atmósfera brumosa creada por el humo del incienso y las velas con extracto de vainilla que iluminaban la habitación con una plácida luz tenue. Un antifaz cubría los ojos, las manos permanecían esposadas a los barrotes del cabezal, de hierro forjado. A los pies un látigo de siete colas, en una de las mesillas de noche una fusta. El sonido de las botas acercándose estremeció al varón.

—Hoy sin concesiones, señor —le susurró Letizia, aproximando los labios al oído y deslizando la lengua por el contorno de la oreja.

—Ah, sí, ah…

LA VIUDA DE DURRUTI

El suboficial Miguel Campos caminaba por los Campos Elíseos, convertidos en hervidero de hombres uniformados asediados por una legión de parisinas dispuestas a derrochar amor y sexo. Desde la Liberación, solo tres días antes, París era una eclosión sexual. Muchos de los soldados que entonces aprovecharon la generosidad de las liberales señoritas perderían la vida en las duras batallas que todavía quedaban por producirse, antes de la rendición de Alemania. Una generosidad casi siempre recompensada con dinero o raciones de comida, güisqui, cigarrillos y medias de nailon. A escasos cien metros de la plaza de la Concordia, donde policías militares norteamericanos dirigían el tráfico para facilitar el acceso a su embajada, Miguel cambió el risueño semblante al pasar una camioneta descubierta de las FFI en la que iban detenidas varias jóvenes rapadas con letreros en los que denunciaban sus presuntas relaciones con los nazis. Después de tantos años de ocupación, quien esté libre de pecado que tire la primera piedra, musitó el anarquista español.

Miguel aceleró el paso en busca de un taxi. Deseaba llegar cuanto antes a la Librería Internacional Anarquista de la rue des Prairies, lugar en el que creía podría encontrar a Emilienne Morin, compañera sentimental del líder libertario Buenaventura Durruti, muerto en Madrid en los primeros meses de la guerra civil española. Miguel luchó al lado de Durruti parando la sublevación militar en Barcelona y con él marcho a defender la capital de España. Seguía siendo el ejemplo en el que cada día pensaba para seguir batallando.

Miguel sabía que durante la ocupación de París, Emilienne trabajó clandestinamente con Solidaridad Internacional Antifascista. Estaba deseoso de abrazar a la compañera que sirvió en la Columna Durruti, ejerciendo labores administrativas y de prensa. Paró a un taxi y en pocos minutos llegó a la librería, que estaba concurrida. Al percatarse del uniforme, en el que destacaba la Cruz de Lorena, todos quisieron felicitar al español. Las mujeres más jóvenes mostraron especiales muestras de cariño. Emilienne no estaba, había ido a un taller de impresión con los textos del semanario Solidaridad, pues la pequeña imprenta de la librería había sufrido una avería, informó una de las dependientas. Con el interés suscitado por tratarse de uno de los soldados libertadores de la ciudad, la chica comentó que, seguramente, Emilienne estaría todo el día ocupada con el trabajo de edición y facilitó la dirección de donde se encontraba.

El taxi dejó a Miguel frente a una antigua imprenta, en la falda de Montmartre. Abrió la puerta y escuchó el característico sonido de las linotipias, al tiempo que un embriagador olor a

tinta, papel y aceite industrial penetraron en la nariz. Los empleados al ver al militar de la Francia Libre cesaron la actividad y en grupo, con curiosidad, fueron hacia él. El encargado, tras saludarlo con un apretón de manos preguntó qué deseaba.

—¿*Madame* Morin? —inquirió Miguel.

—Ah, sí. Sígame por favor —respondió amablemente el regente.

Subieron por una estrecha escalera de hierro que conducía al altillo, que hacía las veces de oficina y sala de correcciones. La compañera de Durruti, siempre considerada la viuda, estaba enfrascada con los textos de la revista *Solidaridad*.

—Emilienne, tienes visita —anunció el jefe de la imprenta.

La mujer no atendió de inmediato, sin levantar la cabeza del papel, hizo un gesto con la mano izquierda para que esperaran y con la derecha acabó de arreglar un titular.

—Es una visita importante, una gran sorpresa —dijo el regente, con una sonrisa de oreja a oreja.

Emilienne, la luchadora libertaria, alzó la vista y siguió inmóvil, mirando. Los dos hombres permanecieron en el umbral de la diminuta puerta, callados. Ella dejó las gafas sobre la mesa y fue incorporándose lentamente, mientras el rostro pareció dulcificarse al compás de unos ojos brillantes.

—¡Tú eres Miguel! —gritó en español.

El abrazo fue largo, sentido, cargado de emoción, conjugando risas y lágrimas. Quien dijera que los anarquistas más duros no expresaban las emociones estaba equivocado.

—¡Cuánto tiempo, Emilienne!

—¡Sí, desde Madrid! ¡Ah, Madrid, tumba de Buenaventura, que no pudimos defender!

—Cuando lleguemos a Berlín, volveremos para liberar a Madrid y al resto de España.

—Siempre fuiste un libertario de raza, Miguel. Ahora veo que estás con las tropas de Leclerc. Se comenta que los españoles fueron los primeros en entrar en París y ocupar el ayuntamiento. ¿Estabas tú?

—Estaba, Emilienne, y no sabes cómo me acordé de Buenaventura.

El regente, un tanto envarado por el emocionante encuentro, ofreció Pastis para celebrar el momento.

—¡Por la libertad! —gritaron los tres al unísono mientras elevaron los vasos.

—Esto hay que celebrarlo mejor —convino la resolutiva mujer—. Así que dejo por un rato el trabajo y nos vamos a la calle. Tú y yo.

—Estupendo, llevo tres días en París y he podido ver poco.

—Pues ahora conocerás una de las zonas más interesantes: Montmartre.

Conversando sobre las vicisitudes vividas por ambos en los últimos años fueron ascendiendo por las empinadas calles hasta la basílica del Sagrado Corazón, una vez allí, y ante el asombro de Miguel, Emilienne, la más anticlerical de cuantas personas había conocido, lo invitó a pasar al interior. Cruzaron la gran nave consagrada en 1919 y la mujer dirigió sus pasos a la escalera de caracol que comunicaba con la cúpula. Tras coronar los doscientos treinta y cuatro escalones accedieron al privilegiado mirador de la capital del Sena, que aparecía a sus pies, imponente, con la Torre Eiffel como símbolo, ese día con la bandera tricolor de Francia hondeando en lo más alto. Ambos quedaron observando la panorámica sin pronunciar palabra.

—La tarde que llegamos a París, me causó una rabia tremenda ver la bandera nazi en la Torre

—comentó al fin Miguel.

—Han sido años duros, de lucha clandestina. Sin embargo, muchos parisinos, como en otros lugares, estaban demasiado a gusto con los alemanes.

—Eso que dices, desgraciadamente, ya lo vimos en cuanto desembarcamos en Normandía. Pero antes ya nos pasó lo mismo en Argelia y Túnez —corroboró Miguel.

—Nuestra lucha es más necesaria que nunca —aseveró Emilienne—, pero, no hay que engañarse, después de la guerra el ideario libertario no será más que una utopía imposible.

—¡Mientras quedemos unos cuantos idealista, nada está perdido! —exclamó vehemente el español.

—Nunca cambiarás, Miguel, por eso Buenaventura te tenía en gran estima. Pero él tampoco podría hacer nada por cambiar este mundo injusto. Cuando acaben con Hitler, nosotros estorbaremos tanto a los soviéticos como a las democracias. La lucha deberá seguir.

—Tienes razón, pero debemos ser fieles a nuestros principios. Yo voy a seguir reclamando los míos. Total, lo peor que puede pasar es perder la vida. Prefiero irme al otro barrio defendiendo una sociedad libertaria que vivir sometido como un perro.

—Veo que tantos años de guerras no han mermado en ti nuestro ideario…

—Anarquista hasta la muerte. Sabes, a los oficiales franceses siempre les digo que no lucho por su bandera, lucho por la libertad en mayúsculas. Mis compañeros españoles dicen lo mismo y, claro, nos toman por gente rara. Pocos nos entienden, pero vamos los primeros, abriendo camino.

Y hasta eso me temo que están ocultando al pueblo de Francia y al resto del mundo.

—Buen sitio este para una confesión —Emilienne rio abiertamente por primera vez.

Desde la basílica Emilienne condujo a Miguel por Montmartre. Después de detenerse en la Place du Guillette y la Place des Abbesses siguieron paseando por la rue Lepic, al oeste, donde aún se conservaban dos viejos molinos de viento, los denominados Galette y Radet. Varios pintores plasmaban en los lienzos diferentes perspectivas del lugar. Mientras realizaban el recorrido la compañera de Durruti comentó algunos aspectos de la zona, punto de atracción de artistas desde finales del siglo pasado.

—Aquí Pablo Picasso y un grupo de amigos crearon un taller muy famoso llamado Bateau-Lavoir, en la Place du Emile Goudea. Suele decirse que el encanto de la colina de Montmartre es eterno.

—Me encanta este lugar, Emilienne. Vamos a comer algo, nuestro encuentro hay que celebrarlo —indicó Miguel.

—Podemos ir a la Place du Tertre, allí hay un *bistrot* pequeñito donde no se come mal: La Maison Rose.

—Vamos, será nuestro homenaje a Buenaventura.

—Sí, pero el mejor homenaje es continuar la lucha emprendida por él —dijo resuelta la mujer.

—Nunca he olvidado el juramento que le hice al más grande de los anarquistas en el lecho de muerte.

—Estás cumpliendo, Miguel, luchando para acabar con el nazismo. Aunque es triste que España esté perdida. No hay que confiar en ingleses y norteamericanos. Nuestra lucha es la única esperanza.

El militar español detuvo el paso, cogió las dos manos de Emilienne.

—La lucha sigue en pie, más allá de acabar con Hitler. Mi objetivo es Franco.
—¿Qué vas a hacer?
—Volver a España e ir a por él.

LETIZIA EN EL PARDO

Letizia llegó a El Pardo en un coche del ministerio. Llevaba un vestido sastre con falda plisada que realzaba la figura, el pelo recogido en un moño italiano. Era finales de agosto y el Generalísimo, desde el Pazo de Meirás, había decidido trasladarse a Madrid antes de viajar a San Sebastián para culminar el veraneo. Tenía una importante reunión con el embajador de los Estados Unidos y la primera dama española aprovechó para desarrollar una de sus actividades favoritas. Letizia fue recibida por dos edecanes que la acompañaron hasta las dependencias privadas de la familia Franco. Una de las secretarias personales de Carmen Polo, esposa del Caudillo, la hizo pasar a un salón en el que había un grupo de señoras de la alta burguesía madrileña y esposas de jerarcas del Régimen. La presencia de la joven provocó miradas cómplices entre las asistentes, que parecían esforzarse en aparentar amabilidad. Letizia estaba acostumbrada a aquel tipo de situaciones y habría dado el oro que no tenía por excusar la presencia, pero la anfitriona era Doña Carmen y, por infinidad de circunstancias, había que estar. Fueron unos breves minutos de saludos de cortesía y pequeños corrillos que cuchicheaban con poco disimulo.

Sonó una campanilla y los edecanes abrieron la gran puerta principal de la estancia. Doña Carmen Polo, muy sonriente y luciendo uno de sus famosos collares de perlas, entró con su hija Nenuca. El recibimiento fue similar al de cortesanas en acto de pleitesía a su reina y princesa sucesoria. Aquellas mujeres vestidas con las mejores galas y enjoyadas llegaban a atropellarse en el anhelo de ser las primeras en saludar a Doña Carmen, de forma tan efusiva como sumisa. Letizia, con cuello de cisne, permaneció discretamente en un extremo del salón, y desplegando una sonrisa fresca, tan americana, que la hacía rabiosamente irresistible. Acostumbrada a observar cada pequeño detalle que pudiera suscitarse en su entorno, los ojos funcionaban como auténticas lentes de precisión cubriendo hasta el ángulo más imposible. Entonces se dio cuenta de que Nenuca le sonrió y murmuró algo a Doña Carmen, que enseguida alzó la vista y junto con la hija fueron acercándose a Letizia, ante la sorpresa del resto de damas. Algunas dejaron de sonreír para intercambiar confidencias con el rostro tenso.

—Letizia, bienvenida a casa —Doña Carmen la besó cariñosamente mientras, con familiaridad, le sujetó suavemente los brazos.

Aquel detalle de proximidad acabó por levantar las iras internas de las señoronas, la mayoría de ellas inútiles para cualquier función que no fuera la de vivir a la sombra de los poderosos esposos e impostando cada día en los medios sociales en los que Franco dejaba hacer a la clase

dirigente que él controlaba.

—Un placer, Doña Carmen.

—Mi hija Nenuca tenía muchas ganas de conocerla.

—Hola, encantada —Letizia saludó a la hija de Franco.

—Papá, dice que usted fue el ángel de la guarda de muchas personas en el Madrid rojo.

Aquello sorprendió a Letizia, nunca hubiera pensado que el Generalísimo la tuviera en tan alta estima. Y, ciertamente, le gustó.

—Nuestro Caudillo es muy generoso, señorita —dijo la colaboradora del ministro del Movimiento.

—Huy, tendría que conocerlo. A usted la aprecia mucho, ¿verdad mama?

Rio de buena gana Doña Carmen.

—Dile a la señorita Letizia qué le has pedido a papá.

—Que usted sea una de mis invitadas en la fiesta que estamos organizando.

Letizia no podía creer aquello.

—Bueno, no sé qué decir… Por supuesto para mí es un honor.

Doña Carmen acarició con afecto los brazos de Letizia.

—Estaremos encantados con su asistencia. La presentación en sociedad será en unos meses.

—Doña Carmen no sé cómo agradecer…

—Hija, según el Generalísimo, somos nosotros quienes siempre debemos estar agradecidos de una entrega tan grande por la patria.

—Muchos cumplimos con nuestro deber para ganar la guerra…

—Sí, pero unos pocos hicieron más que otros muchos. Y usted está entre los primeros.

Carmen Polo acercó el rostro al de Letizia y le habló en un susurro.

—Ni caso de las habladurías que corren por ahí. Cuenta con nuestro aprecio.

Letizia no daba crédito. Nenuca le guiñó el ojo.

La reunión para formar una de las muchas asambleas benéficas que en aquellos momentos impulsaba Doña Carmen Polo, transcurrió de la forma habitual. Una secretaria leyó los estatutos y el reparto de puestos en la directiva, asignando a cada integrante una cuota denominada donativo. Como solía procederse en aquellos asuntos, Doña Carmen anunció que en próximos días serían recibidas por el arzobispo de Madrid. Cerrada el acta de constitución, fue servida una merienda a base de chocolate y bollería selecta. Las mujeronas rodearon a Doña Carmen, queriendo hacer puntos y riendo cualquier gesto de la primera dama. Nenuca se acercó a Letizia y la invitó a recorrer El Pardo.

—Disculpe, pero no me parece correcto abandonar la reunión.

—No se preocupe, de verdad, mamá me ha dado permiso. Mire.

Letizia levantó los ojos y vio como Doña Carmen con gesto complaciente le hacía el inequívoco gesto de que siguiera a su hija.

Carmencita Franco Polo «Nenuca», era una joven a punto de cumplir dieciocho años, de carácter jovial, que estaba impactada con la historia que su padre le había contado sobre la espía nacional que tantas personas había logrado salvar en los años de la guerra. En un principio Letizia estuvo cauta y a la defensiva, pero enseguida observó que aquella muchacha lo único que quería era pasar unos momentos con la que ella consideraba una heroína, pues así lo aseguraba papá, el Generalísimo.

—¿Letizia, podemos tutearnos?

—¡Claro!

Intermitentes taconazos de guardias civiles acompañaban el paseo de las dos jóvenes por los pasillos de El Pardo, hasta que llegaron a la capilla privada. Nenuca invitó a Letizia a entrar.

—Aquí suele estar la mano incorrupta de Santa Teresa, a la que mamá guarda toda veneración y fe.

—¿Y ahora dónde está?

—En la habitación de los papás.

Letizia estuvo a punto de romper en carcajada, pero logró sujetarse.

—¿Y eso?

—Ya sabes cómo va la guerra en Europa. Mamá cree que teniendo la reliquia cerca nos libraremos de los males que nos puede traer la derrota de Alemania.

Aquello era increíble, surrealista, pensó Letizia.

—Son cosas de mamá. Papá nunca habla de política, es siempre muy cariñoso, aunque no demasiado hablador.

—Es una bonita capilla.

—Sí, aquí me casaré y espero invitarte.

—Ja, ja, ja, qué vital eres, Nenuca.

—Sabes, como te he dicho, papá es muy reservado en los asuntos de Estado, pero cuando hace cuatro años tuvo que ir a Hendaya para entrevistarse con Hitler nos dimos cuenta de que aquello era muy delicado. Como la capilla tiene dispensa, mamá dispuso que durante tres días estuviera expuesto el Santísimo, y veníamos a rezar. Parece que lo de Hendaya no fue tan mal.

—Desde luego que no, el Caudillo ha sabido llevar muy bien la relación con Hitler.

—¿Va a perder la guerra, verdad?

—Sí, después de los desembarcos en Francia y la liberación de París, el Reich tiene los días contados.

—Oí decir a papá, hablando con el tío Pacón, que los libertadores de París han sido españoles, muchos de ellos anarquistas.

Aquel comentario dio un vuelco en el corazón de Letizia.

—¿Cómo?

—Sí, unos rojos que van con un tal general Lee…, no sé qué.

—Leclerc.

—Ese.

—No se ha comentado nada.

—Ni creo que se comente. Papá ha dicho que ni a nosotros ni a los franceses nos interesa que se sepa que los republicanos españoles hayan sido los primeros en entrar en París.

Letizia pensó enseguida en hacer averiguaciones en la embajada de los Estados Unidos. Los españoles libertadores de la capital de Francia y muchos de ellos anarquistas. Una especial intuición que nunca le fallaba comenzó a activarse en el interior. Nenuca percibió que algo pasaba por la cabeza de la nueva amiga.

—¿Te ocurre algo?

—No, no, eso de los españoles está bien, pero me he quedado con las ganas de ver la reliquia de Santa Teresa —mintió Letizia.

—Pues vamos a verla —dijo Nenuca.

—¿Pero cómo?

—Pues entrando en la habitación de mis padres.

—No por favor, eso sí que no.

—Ja, ja, ja, vamos, atrévete, puede ser divertido.

Letizia que seguía pensando en los españoles enrolados con Leclerc, puso a prueba la innata audacia de espía y sonriendo siguió a la inocente muchacha.

—Entraremos por una puerta secreta, dispuesta por si hay una emergencia.

Letizia no podía creer aquello que le estaba pasando, pero era real. Y se dejó arrastrar hasta la alcoba del matrimonio más poderoso de España. Nenuca le hizo signos para que permaneciera callada y accionó una de las llaves de la luz eléctrica.

—¿Qué te parece? —dijo Nenuca apenas susurrando.

—Me faltan palabras —contestó Letizia en un inaudible hilo de voz.

La habitación imponía, de paredes altas, revestidas con un horrible papel pintado de color entre verdoso y gris, tenía dispuestas dos camas, sobre los cabezales de las mismas una gran talla de un Cristo Crucificado que parecía observar inmisericorde los actos que allí pudieran realizarse. A Letizia se le heló la sangre, pensó que semejante estancia podía estar pensada por el mismísimo Bram Stoker, autor de la novela *Drácula*, que ella había leído en los años de estudiante en Boston. Aún encogida sintió la mano de Nenuca para señalarle una hornacina colocada sobre un mueble bajo.

—Mira, ahí está la mano de Santa Teresa. La que protege a mi padre, el Caudillo y a todos los españoles buenos.

EL BOSQUE DE BOLONIA

Pedro Urraca Rendueles, agregado policial en la embajada de España en París, permanecía escondido en un piso franco a la espera de ser trasladado a España, con el beneplácito de los servicios de información aliados, que tenían órdenes de facilitar la salida del español, en esos momentos buscado por las Fuerzas Francesas de Interior y la Policía de la capital. Era el doble juego de norteamericanos y británicos, dispuestos a premiar la colaboración del general Franco. Entonces Urraca estaba al frente de la seguridad de la legación, desde noviembre de 1939, y durante la ocupación alemana había sido un efectivo colaborador de la Gestapo y las SS. En su haber profesional durante aquellos años destacaba las detenciones del presidente de la República Española, Manuel Azaña, del lehendakari José Antonio Aguirre, del presidente de Cataluña, Lluís Companys y del ministro republicano Julián Zugazagoitia, los dos últimos fusilados. En el cuartel general de la Gestapo en París, Urraca era conocido como «Unamuno» y gozaba de un gran prestigio, como así ocurría entre los oficiales de las SS y de la Milicia petanista. De buen porte y exquisito trato, mantuvo excelentes relaciones con intelectuales franceses próximos al gobierno colaboracionista del mariscal Petain. Pero con quienes más confraternizó fue con el periodista español César González Ruano, el empresario de origen judío Albert Modiano y André Gabison un personaje metido en oscuros asuntos, los cuatro formaban un grupo particular. Con habilidad, Urraca tejió una red de confidentes que le permitió investigar los movimientos de cientos de republicanos refugiados en suelo galo.

Pedro Urraca, también conocido como Perico, desde un ángulo de la ventana oteaba el Bosque de Bolonia, convertido en improvisada base de la División Leclerc. Y lo hacía con la prevención del fugitivo. De forma paradójica, el policía permanecía escondido a escasos metros de la vivienda en la que había estado oculto uno de sus objetivos frustrados: Victoria Kent. Durante años, Urraca intentó la detención de la que fuere parlamentaria, directora general de Prisiones y primera secretaria de la embajada de España en París cuando la República Española fue derrocada por las tropas del general Franco. Guardaba cierto regusto el celoso funcionario, que hasta días antes de la liberación siguió minuciosamente las pesquisas que debían de dar con el paradero de la importante dama. Siempre no se puede ganar, pensó. En ese instante escuchó cinco golpes en la aldaba de la puerta. Era la señal acordada. Aún así, desenfundó el revólver y echó hacia atrás el martillo percutor. Pegado a un extremo del marco, preguntó en inglés por la palabra clave. Una voz templada con fuerte acento norteamericano respondió. «Unamuno».

Urraca abrió despacio, sin guardar el arma, y se encontró ante un oficial del servicio de inteligencia del Ejército de los Estados Unidos.

—¿Pedro Urraca? —preguntó el militar.

—Sí, soy yo.

—Por favor, entrégueme el revólver, desde ahora está bajo tutela aliada —dijo el oficial en un español bastante aceptable.

—Está bien. Puede quedárselo, es un arma con historia, me la regaló un coronel de la Policía militar alemana, que a su vez se lo regaló a su padre un oficial ruso zarista en la guerra del 14.

—El revólver queda requisado, no admitimos regalos. Y tenga clara una cosa, tanto yo como mi equipo, que nos espera en la calle, cumpliremos con las órdenes recibidas. Aunque estemos en desacuerdo, que lo estamos, en nosotros prevalece la disciplina. Esta no va a ser una relación de fraternidad, señor Urraca.

—Entiendo. Aunque siempre he pensado que entre colegas, la afinidad profesional…

El norteamericano interrumpió bruscamente al español.

—Usted no es mi colega. Si fuera responsable de su suerte, ahora mismo lo llevaba ante un pelotón de fusilamiento.

—Siento que piense así —respondió Urraca sin perder la compostura.

—Mire, bastardo —rugió el militar—, hace una hora hemos abierto a la prensa las dependencias que usted frecuentaba casi a diario. El centro de tortura de la Gestapo en la rue des Saussaies, detrás del edificio del Ministerio del Interior, en la plaza Beauvau, y la central de la SS en la avenida Foch. Uno de los responsables de la Gestapo, detenido el día de la liberación, al preguntarle por usted, nos aseguró que jamás conoció a un agente extranjero tan eficaz y colaborador.

El oficial de inteligencia encendió un cigarrillo, que pareció atemperar el alterado estado de ánimo. Urraca permaneció callado.

Con voz pausada, pero acerada, el militar lanzó una advertencia.

—Antes de salir de aquí debo aclarar algo importante. Voy a llevarle hasta la frontera con España, porque así me lo han ordenado. Mientras dure nuestra obligada relación procure estar callado y no se despiste, pues ante cualquier movimiento que considere sospechoso lo dejaré como un colador —el oficial apoyó la mano derecha en la pistola que llevaba sujeta al cinto.

Urraca, demostrando aplomo, bajó la vista y asió una maleta, haciendo el ademán de salir del que durante una semana había sido su escondite.

Mientras el agregado policial de la embajada de España era custodiado hasta la frontera española, el suboficial Miguel Campos disfrutaba de las mieles de la victoria con un grupo de compañeros. La Nueve, con el resto de la 2ª DB, estaba acampada en el Bosque de Bolonia. La división francesa, con dieciséis mil hombres, durante aquellos días fue literalmente asaltada por una legión de mujeres de toda condición. La inesperada reacción femenina logró acabar en tiempo record con las existencias de preservativos, sembrando la alarma entre las autoridades sanitarias. Pronto tuvieron que intervenir los oficiales, pero resultó imposible frenar por completo semejante eclosión sexual. En busca de otros lugares más discretos, el grupo de Campos decidió saborear la noche de París. Por indicación de unos gendarmes que vigilaban la circulación en la zona de acampada, los españoles se dirigieron a la calle Lappe, en las inmediaciones de La Bastilla, donde había numerosas salas de baile y cafés que cerraban bien entrada la madrugada,

incluso algunos locales que no bajaban la persiana, dispuestos a recaudar los dólares del Ejército norteamericano.

Ya en la calle Lappe los españoles comprobaron que allí no cabía ni una aguja. Fueron abriendo paso hasta el garito situado en el sótano de un antiguo edificio al que accedieron por una tortuosa escalera. Estaba atestado de uniformados, con una atmósfera cargada de humo y un fuerte olor producto de la mezcla de diversos perfumes más el sudor agrio de soldados poco habituados a una adecuada higiene. Abundaban los norteamericanos, casi todos borrachos y con ganas de bronca. Una vocalista de edad indefinida, maquillada en exceso, con ropas que un día fueron elegantes interpretaba «L'Accordéoniste», el último éxito de Edith Piaf. Los españoles llegaron con dificultad a la barra y pidieron una botella de ginebra. De pronto Miguel Campos la vio. Estaba en un extremo del local debajo de una lámpara de pared y por momentos el corazón le dio un vuelco. Era como María, el amor de su vida, que una mañana del invierno de 1937 desapareció del lecho que compartían en una casa de vecinos de la calle Alcalá de Madrid. Sin pensar más se dirigido hacia la chica, la cogió suavemente de un brazo y la invitó a bailar.

—Me llamo Miguel. Es usted muy guapa —le dijo en francés.

—Gracias, yo soy Judit —respondió la chica con aparente timidez.

Miguel Campos había rechazado los favores de las mujeres que cada día asaltaban literalmente el campamento dela División Leclerc. Pese al tiempo transcurrido y los múltiples avatares vividos a lo largo de dos guerra, seguía enamorado de María pero hacía más de siete años que nada sabía de ella, y él era un hombre que se jugaba la vida, muy necesitado de experimentar el placer de un cuerpo femenino. En una reacción instintiva acercó la mejilla al rostro de Judit, posó la mano derecha en la cintura de avispa y, poco a poco, la siguió deslizando. Aquella hembra lo volvió loco. Desde la barra los compañeros de armas no dejaron de observar la escena mientras rieron intercambiando codazos. Y todo fue muy rápido.

—Vamos, conozco un sitio donde estaremos más cómodos —dijo la mujer.

Miguel Campos sorprendido por la rapidez del enamoramiento ofreció el brazo a la chica y salieron de la sala de fiestas. Recorrieron unos pocos metros y entraron en el zaguán de un edificio que olía a desinfectante. En la portería una *madame* solicitó dólares americanos, a Judit le dio unas toallas y una llave. Estaba claro, pero Miguel, ensimismado con el parecido de la joven dio rienda a la imaginación, deseando obviar que estaba con una prostituta. Una de las muchos miles que por aquellos días asediaban a las tropas aliadas. Con los ojos entrecerrados, muy pegado al cuerpo de la mujer, dejó que lo llevara por una escalera con peldaños de madera, que crujían con estrépito. En el segundo piso caminaron por un pasillo de paredes desconchadas y luz amarillenta, hasta que Judit comprobó el número de la habitación asignada. Abrió la puerta y pasaron dentro. Ambos permanecieron en silencio.

Una lamparilla junto a la cama iluminó tenuemente la alcoba, la única ventana permanecía abierta de par en par, penetrando en el interior el ruido de la calle. Judit escarbó en el bolso y sacó una caja de preservativos americanos que la sanidad militar repartía en grandes cantidades. Miguel, sin despegar los labios, observó detenidamente a la meretriz, cuyos movimientos delataron a los de una inexperta que realizaba aquel trabajo por pura necesidad. El español tuvo un momento de contradicción, Una punzada de remordimiento le hizo bacilar, pero el instinto masculino pudo más. Judit, aparentemente tímida y espléndida a la vez, en aquel sitio tan sórdido, a Miguel le provocó un gran deseo.

Pese al irrefrenable impulso que experimentó, quiso que el encuentro íntimo con una desconocida, que cobraba por un rato de sexo, fuera diferente. Decidió no precipitarse. Dejó la pistola encima de la mesilla de noche, desabrochó la guerrera y de los bolsillos interiores extrajo dos chocolatinas y un paquete de rubio americano que ofreció a Judit con las manos tendidas. No esperaba la reacción: le quitó las chocolatinas de un zarpazo y como un tesoro las guardó en el bolso. Miguel sorprendido volvió a revolver en la prenda y sacó otra chocolatina. Ella la cogió, esta vez con parsimonia, y sin mediar palabra tomó asiento en el borde de la cama y comió el chocolate con fruición. Con los labios embadurnados, se arrodilló, le bajó los pantalones, acercó su boca carnosa. Miguel jadeó.

Judit se incorporó, después de besarlo en la mejilla habló suavemente al oído.

—Cielo, espérame en la cama.

Miguel comenzó a desvestirse y ella desapareció detrás de un ajado biombo.

DIRECCIÓN GENERAL DE SEGURIDAD

La tarde era lluviosa y el comisario Laureano Buendía resentía una vieja lesión en la rodilla, producto de un accidente laboral, como a él le gustaba referirse al suceso que a punto estuvo de costarle la vida cuando era un joven inspector, destinado en la central de Policía de Vía Layetana en Barcelona. Aunque nunca solía perder las formas, aquel día de septiembre de 1944 estaba especialmente irascible. La humedad le afectaba provocándole una leve cojera y dolor persistente, no muy fuerte pero molesto, que le subía por el fémur hasta la nalga. Sentado en el sillón del escritorio, no sabía ya que posición adoptar por aquella maldita secuela, regalo de un pistolero anarquista. El informe que leyó contribuyó a incrementar el destartalo anímico. Años atrás conoció al funcionario objeto del documento oficial, que desgranó con tanto interés como desagrado: Pedro Urraca Rendueles, agregado policial en la embajada de España en París. Aquel tipo, con el que coincidió en Salamanca en el verano de 1938 nunca le ofreció confianza. Urraca era el indeseable ejemplo de cuanto estaba ocurriendo en la España de Franco, pensó Buendía una vez más. El Cuerpo General de Policía, en aquella época estaba trufado de individuos con camisa azul, una nueva estirpe de agentes procedentes de las filas vencedoras, peligrosamente politizados y escasamente cualificados. No obstante, de Urraca solo pudo cuestionar la oportunista politización, pues muy a su pesar, como él, había pasado por la academia del entonces denominado Cuerpo de Vigilancia e Investigación, siendo de los primeros de la promoción de 1929.

El comisario entonces tenía cincuenta años y llevaba treinta de servicio, siempre fiel a los mandatos de la Leyy del gobierno de turno. El golpe de estado de los generales contra la II República lo vivió prestando servicio en Sevilla, aquel día apareció en la capital andaluza el general Gonzalo Queipo de Llano, Inspector General del Cuerpo de Carabineros, que arrestó al gobernador militar y tomó el mando de las tropas golpistas. Buendía conocía la tendencia republicana de Queipo, consuegro del ex presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, y en los primeros instantes de la sublevación se presentó ante él, pensando que defendería la legalidad. La legalidad soy yo, le dijo el general, y usted queda bajo mis órdenes. El entonces inspector tuvo mucha suerte, el general mandó fusilar a doscientos guardias de Asalto. Soltero y con toda la familia en zona nacional, Buendía juró fidelidad, no sin cierto resquemor, al nuevo Estado que semanas después abanderó Francisco Franco.

Sonaron unos golpes en la puerta del despacho y asomó la figura recortada de un policía

uniformado.

—A sus órdenes, señor comisario. El director general requiere su presencia.

El teniente coronel Francisco Rodríguez leía las páginas culturales del diario *ABC* cuando el comisario Buendía solicitó permiso para entrar en la amplia estancia con vistas a la Puerta del Sol. Rodríguez era un militar de Estado Mayor, muy aficionado al teatro y a la música, ambientes en los que era conocido. Llevaba tres años ocupando el mando en la antigua Casa de Correos, entonces epicentro de la seguridad nacional. Afable, de cuidados modales, no obstante era estricto en la misión encomendada por el Caudillo, como solía recordar a sus subalternos. Buendía tenía buena relación con el jefe, ambos compartían gustos artísticos. Nada que ver con la temporada que hubo de estar bajo el mando del anterior responsable, José Finat, un aristócrata falangista admirador de Hitler y del modelo policial nazi que llegó a invitar a Himmler a visitar Madrid y conocer el funcionamiento de la policía española, perseverando en querer importar el modelo de la Gestapo. Finat dejó la Dirección General de Seguridad para ocupar el puesto de embajador en Berlín. Con el teniente coronel Rodríguez todo era diferente, aunque los sótanos de la Dirección General de Seguridad seguían siendo escenario de torturas y vejaciones a los enemigos políticos del régimen.

—Adelante, don Laureano —el director invitó a pasar al comisario, al tiempo que cerraba cuidadosamente el *ABC* y lo depositaba con suavidad en un extremo de la mesa, muy ordenada y con escasos papeles.

—Gracias, señor director.

—Por favor, tome asiento. Yo voy a pedir un café; ¿el suyo cortado?

Buendía asintió con la cabeza mientras esbozaba una sonrisa.

—Antes que nada, amigo mío, conociendo su pasión por el flamenco le recomiendo que no se pierda el estreno del espectáculo del teatro Calderón «Romería», en homenaje a Estrellita Castro.

El comisario volvió a sonreír antes de contestar.

—Gracias, director, ya tenía previsto asistir. Además de Estrellita me atraen mucho las actuaciones de El Niño Vélez y el gran guitarrista Eugenio González. Ya sabe usted que estuve unos años destinado en Sevilla, hasta que comenzó nuestra guerra.

El teniente coronel Rodríguez ofreció un cigarro puro canario a su subordinado, mientras un ordenanza servía los cafés. Durante unos segundos procedieron al ritual de prender el tabaco.

—¿Supongo que habrá leído el historial del agente Urraca? —espetó Rodríguez.

—Así es, señor. A Urraca ya lo conocía de Salamanca, cuando la ciudad era sede del primer Gobierno del Caudillo.

—¿Y? —preguntó el alto mando policial mientras soltó una voluta de humo.

—Ya sabe usted cual es mi opinión sobre ciertos policías.

El responsable de la seguridad del Estado observó a Buendía con condescendencia antes de pronunciarse.

—Mire, don Laureano, esas son cosas que ni usted ni yo podemos cambiar —afirmó Rodríguez—. Por lo tanto, hágame caso, no se complique la vida. Las circunstancias que desde el primer momento rodearon a la magna misión del Caudillo obligaron y obligan a adoptar medidas excepcionales. Y ello conlleva que no todos los elementos necesarios para que funcione el engranaje sean del agrado incluso del propio Franco.

—Con el máximo respeto, yo sigo prefiriendo policías de verdad, auténticos profesionales que

por un sueldo velen día y noche por el cumplimiento de la Ley y el orden. No soporto a aquellos que valiéndose del cargo no solo se aprovechan de él, sino que traicionan los principios, para mi sagrados, que deben prevalecer en todo funcionario público.

El director general apuró el café y dio por concluido el prolegómeno.

—Es una lástima que no me haga caso —dijo Rodríguez con tono paternalista—. Aún así lo considero un excelente colaborador y amigo, estando completamente seguro que esta misión que le encomiendo la llevará a cabo con la mayor efectividad. Mañana llega Urraca, que ha sido conducido por los Aliados hasta nuestro paso fronterizo de Irún. Durante unos días va a estar con usted. Necesitamos información de primera mano de Francia. Hay que prepararse para la reacción de los rojos que están contribuyendo a la liberación del país vecino y que ahora desean volver para ejercer el terrorismo en la patria.

—Puede contar conmigo —respondió el comisario—, aunque si le he de ser sincero, conociendo mi opinión, cuesta entender que haya decidido que sea yo el encargado de atender a Urraca…

—Sencillamente porque creo que es el mejor para la misión —aseguró el militar.

Buendía mostró una expresión de escepticismo, que fue contestada.

—Hemos decidido que usted se hará cargo de una nueva unidad dedicada a combatir el terrorismo en Madrid, principal objetivo de la guerrilla que parece se está pertrechando con abundante material aliado al otro lado de Los Pirineos, mediando la colaboración de la Francia Libre.

Aunque estamos reforzando el despliegue de vigilancia, es muy difícil permeabilizar toda la zona, de gran complejidad orográfica. Máxime cuando nuestros enemigos tienen la máxima colaboración de gran parte de franceses, incluida la Gendarmería.

El alto cargo dio una profunda calada al cigarro puro y continuó informando.

—Existen razones para creer que elementos de la denominada guerrilla, envalentonados por las victorias de los ejércitos aliados, preparan acciones en Madrid, corazón de la nueva España de Franco. En paralelo, como ya he dicho, nuestros servicios de información consideran que significados cabecillas que han actuado en la Resistencia o en el Ejército de De Gaulle podrían tratar de llegar clandestinamente hasta la capital para cometer acciones terroristas al más alto nivel.

—¿Con qué medios voy a contar? —preguntó el comisario.

—Dispondrá de cuanto necesite, el propio Caudillo ha dado prioridad, nombrando a su ayudante, el general Franco Salgado-Araujo, como enlace con la Dirección General de Seguridad y la Guardia Civil.

—¿La Guardia Civil? —exclamó Buendía.

—Sí, claro, será un dispositivo de colaboración. De momento exprima bien a Urraca en cuanto llegue mañana. La próxima semana tendremos una reunión de coordinación, ya le comunicaré la fecha exacta, en la que estará el general Pizarro, responsable de la Guardia Civil en las operaciones contra el maquis.

Anunciando que acababa la reunión, el teniente coronel Rodríguez entregó al comisario un sobre tamaño folio, mientras desplegaba una breve sonrisa.

—Ábralo, es un obsequio. El otro día encontré una reliquia que creo le gustará.

Sorprendido, Buendía abrió con delicadeza el sobre y extrajo un pergamino.

—Es original, y firmado por el propio Fernando VII —informó Rodríguez.

—No debería…

El director interrumpió al comisario.

—Creo que quien mejor lo va a conservar es usted —dijo el jefe con tono irónico—, un verdadero policía vocacional. Pero, por favor, lea, lea, en voz alta que igual el texto le inspira para la misión encomendada.

Buendía hizo una mueca de sorpresa al ver que era un fragmento del Real Decreto de la creación de la Policía General del Reino, rubricado por el entonces Rey y publicado el 13 de enero de 1824. En pocas líneas el monarca definió la función principal del nuevo cuerpo encargado de la seguridad del Estado.

—«Debe hacerme conocer la opinión —el comisario leyó en voz alta— y las necesidades de mis pueblos, e indicarme los medios de reprimir el espíritu de sedición, de extirpar los elementos de discordia y de desobstruir todos los manantiales de prosperidad».

—Como verá, don Laureano, seguimos en lo mismo.

EL DIPLOMÁTICO

John Graves, amante de Letizia, era un funcionario conocido en el servicio exterior norteamericano. Soltero empedernido, de cuarenta y cinco años muy bien llevados, tenía un largo recorrido de experiencias sentimentales en los diversos destinos por los que había pasado. En Berlín fue el culmen. La larga estancia en la entonces floreciente ciudad del nazismo abrió los caminos carnales y de las más diversas sensaciones del ya procaz diplomático. John llegó a la capital de Alemania en 1927 y pudo vivir las experiencias de la democrática República de Weimar y de la llegada al poder de Adolf Hitler, con el cambio que aquello supuso en todos los órdenes. En 1940 el FBI creó el Servicio Especial de Inteligencia para detectar las actividades del Eje en Sudamérica con ramificaciones en España y el entonces director J. Edgar Hoover captó al funcionario de la embajada berlinesa, que un año después, cuando los Estados Unidos declararon la guerra a Alemania, fue destinado a la legación norteamericana de Madrid.

En la recta final de la democracia floreciente de la República de Weimar, John descubrió un ambiente permisivo, que alentó sus instintos libertinos, ya cultivados en los tiempos de estudiante en Harvard y más tarde incentivados en el primer destino en exteriores: el París de mediados de los alegres años veinte, donde permaneció un corto periodo. En la capital de España pronto fue asiduo de los más selectos burdeles y de lugares de encuentro para buscavidas de alto copete, como la cafetería Chicote, en la Gran Vía. John era un auténtico crápula, que siempre presumió de que jamás mujer alguna había conseguido enamorarlo. Durante los primeros meses de estancia en Madrid, ciudad entristecida por las apreturas de la posguerra y la rígida moral impuesta por el Régimen de Franco, rememoraba con nostalgia los tiempos de diversión en Berlín, la capital del hedonismo, entonces a punto de quedar desintegrada por las bombas de los Aliados. Ciudad espléndida, víctima de la locura desatada de Hitler, al que la inmensa mayoría de alemanes seguía ciegamente en semejante paranoia criminal. Gustaba extasiarse recordando el ambiente nocturno y los numerosos *cabarets* de la calle Friedrichstrase, así como el concurrido Paseo de las Estrella de Postdamer Platz. Las correrías de John quedaron frenadas el día que conoció a Letizia.

John tenía cita con Letizia. La esperaba con una cena especial en el pabellón privado del diplomático en la embajada. John sabía que la dama, que lo tenía perdidamente enamorado, esos días no estaba en disposición de sexo Muy a su pesar, la velada estaba previsto que transcurriera con una animada conversación entre dos buenos amigos, muy lejos de los encuentros de alto voltaje de los amantes. John esperó a Letizia en el control de seguridad y ella apareció puntual,

con un vestido negro «petit robe noir», que fascinó al diplomático. Ya en la residencia privada, tomaron sendos Dry-Martini.

—Está buenísimo, una delicia —comentó Letizia, muy sonriente.

—Guárdame el secreto. Es el auténtico Dry-Martini que servían a Rockefeller en el bar del hotel Kilmanac de Nueva York.

—¡Vaya, John, no dejas de sorprenderme! Así se gana a una dama. ¡Ja, ja, ja!

—Eres un ser excepcional, Letizia.

—Ahórrate los cumplidos, ya sabes que nuestra relación es profesional y de vez en vez ponemos en práctica ciertas fantasías. Recuerda que tenemos un pacto —dijo ella sonriendo.

John no lograba asimilar aquella situación, que comenzó iniciada por él *como* un juego sexual. Pero el deseo, el morbo, para él fue a más, hasta ahondar en el corazón. En la cuarentena estaba atrapado por una mujer tan increíble como imprevisible.

—Sabes, Letizia, en la vida de todo hombre, aunque sea un libertino como yo, suele haber un momento en el que resplandece ese sol que siempre hemos negado…

—No sigas por ese camino —cortó tajante Letizia—, si quieres que mantengamos la amistad, olvida lo que estás pensando.

El norteamericano hizo un esfuerzo de autocontrol, forzó una sonrisa y fue a la cocina.

—Huele muy bien, John —dijo Letizia para distender la situación.

—Espero que te guste, la receta es de mi tío, un reputado lord inglés. Ah, no te he contado que mi madre nació en Londres —comentó John, ya con el ánimo recompuesto, mientras sacaba una botella de Château Lafite Rothschild de 1935.

—¡Estupendo Burdeos! —exclamó Letizia.

—Adquirido en mi última visita a París, en el verano del 39.

John descorchó la botella y la decantó en una jarra de fino cristal de Bohemia.

—Hay que dejar que oxigene, mientras tomamos otro combinado.

Letizia con una reveladora sonrisa le hizo saber que por muchas copas y buen vino, en esa ocasión John no lograría sus deseos.

El diplomático expresando una mueca burlona, en realidad forzada, se dio por enterado y preparó otros dos cócteles. Conociendo a la dama bromeó sobre las costumbre de las mujeres españolas de la época, tan recatadas. Y las comparó con las alemanas de sus años de servicio en aquella nación.

—Al llegar a España no entendí a esa sociedad tan oscura y encerrada en costumbres propias de otros siglos. Cuando te conocí pensé que no eras real.

—Supongo que pesa mi educación norteamericana y el haber vivido en países como Bélgica. Yo he confiado en el proyecto político que dirige Franco y, en general, sigo de acuerdo. Pero, sinceramente, albergo demasiadas dudas sobre cómo está evolucionando el Régimen y no comparto para nada la influencia que tiene la Iglesia Católica, cuya acción integrista está afectando negativamente en el libre desarrollo de las mujeres, incluso del conjunto de la sociedad.

—Colaboras con una dictadura militar.

Letizia miró a los ojos de John, apuró el Dry Martini y con el semblante serio respondió.

—Arriesgué la vida para que Franco ganara la guerra, y lo volvería a hacer. Pero después de cinco años de paz hay muchas cosas con las que nunca estaré de acuerdo. Ya es hora de que pongan punto final a los fusilamientos de presos políticos, este país no puede seguir soportando

tanto odio y derramamiento de sangre.

—Bueno, tú estás en el epicentro del Movimiento Nacional.

—Efectivamente, esforzándome para que mi país esté cada día más cerca de la democracia que representan los Estados Unidos. Sueño con un cambio de rumbo del general Franco, impulsado por la fuerza de los acontecimientos que están cambiando al mundo.

—Creo que eres demasiado idealista, esperas un milagro de un dictador.

—Nada de milagro, el final de la guerra mundial deberá impulsar un cambio en el sistema político español, de la mano de Franco. Ya escuchaste al coronel del OSS, ni Roosevelt ni Churchill permitirán una invasión aliada. Tampoco propiciarán el derrocamiento de Franco, bien al contrario, pues estamos ojo avizor ante cualquier posible intento de acabar físicamente con él.

—Yo no soy tan optimista, Letizia, desde la visión de un observador extranjero, creo que si los Aliados deciden mantener a Franco, este ejercerá sus formas de poder hasta que muera en la cama.

—Confío en que estés equivocado. La propia evolución de Europa en unos meses, como mucho en un año, arrastrará a Franco a ir abriendo cauces de diálogo y de mejora en las libertades.

—Veo muchos condicionantes en esa deseable evolución del Generalísimo. Fíjate, intuyo mayores obstáculos por parte de la Iglesia Católica que en el partido único, Falange, a la hora de establecer un aperturismo político que permita un deseado acercamiento con las democracias occidentales que pronto arbitrarán al conjunto de las naciones, tras vencer en la guerra.

—Ahí puede que tengas razón. Los cardenales y obispos españoles parecen sacados del Concilio de Trento. Es necesario apartar a los curas del poder, en eso puedo asegurarte que muchas voces del Movimiento Nacional, falangistas, naturalmente, claman por ese distanciamiento —informó Letizia.

—Cierto, pero Franco parece que está encantado con ir bajo palio y que en las monedas con su esfinge aparezca el lema «Caudillo de España por la gracia de Dios».

—Poco puedo rebatir al respecto. Solo cabe la esperanza de que cambien los jerarcas y la Iglesia sepa dar el ejemplo de perdonar cuanto sufrió por los desmanes de incontrolados que mataron a miles de religiosos, emprendiendo el camino de la piedad, de la generosidad. Como manda la ley de Cristo, en lugar de pasar cuentas con prácticas propias de la Inquisición, como tú apuntabas.

John recordó que la cena estaba lista, añadiendo que la conversación transcurría por caminos demasiado trascendentales.

—Letizia, vas a probar el mejor *roast beef* de tu vida, te lo garantizo.

—A ver si eres capaz de sorprenderme. ¡Ja, ja, ja!

—Sí, ya verás, pero antes tomaremos un salmón de primera de la despensa personal del embajador Hayes.

—Vaya, no sabía que además de diplomático y espía, eras ladrón de guante blanco —dijo Letizia con una risa fresca.

John sirvió el borgoña y Letizia, después de paladearlo, hizo un comentario de aprobación. Degustaron el salmón y el americano sirvió el *roast beef* en la vajilla Johnson Bros acompañado de una salsa con base de arándanos, cuya receta se negó a desvelar. El postre fue otra sorpresa, helado de frambuesa. John comentó con ironía que en las embajadas norteamericanas, al igual

que en los buques de la US Navy, nunca faltaba el helado, siempre en grandes cantidades.

El privilegio de poder tomar café auténtico, acompañado de una botella de güisqui Johnny Walker etiqueta negra, animó la velada. El americano aprovechó para rememorar sus años en Berlín, explayándose en la agitada vida nocturna de la capital en la última etapa de la República de Weimar y en el primer periodo de la llegada de Hitler al poder, a través de las urnas.

—Entristece ver ahora cómo está Europa, por culpa de Alemania, un gran país que en los últimos años ha sufrido un trastorno mental colectivo —dijo Letizia ante los primeros comentarios de John.

—Adolf Hitler y el nazismo han sido letales, los alemanes en masa han seguido esa tóxica forma de entender la política. La culpa de cuanto ocurre es colectiva, con el respaldo mayoritario.

—¿Cómo un pueblo inteligente y trabajador como el alemán ha llegado a seguir ciegamente a un loco que ha sembrado destrucción, la propia destrucción de su país, que ya tiene las horas contadas?

—Mira Letizia, hay pueblos con unos genes determinados. Los teutones han creído siempre que son una raza superior, con el derecho de someter al continente europeo y seguidamente dirigir al resto del orbe. En la Gran Guerra, hace ahora veintisiete años los norteamericanos ya tuvimos que venir con nuestro Ejército para derrotar al káiser Guillermo II, que creía poder ser el emperador de Europa. Los alemanes lo llevan en la sangre, y Hitler, un tipo tan listo como paranoico, ha sabido pulsar las sensibilidades y delirios de sus nacionales.

—Pero, según cuentas, cuando llegaste a Alemania allí el clima era muy diferente a como después evolucionó. ¿Tanto pueden cambiar las personas de un país en poco tiempo?

—Ciertamente, a finales de los años veinte y hasta la llegada al poder de Hitler, la vida en Berlín tenía dos vertientes un tanto contradictorias. Por una parte la gente estaba muy preocupada por una situación económica muy difícil, con una inflación insoportable. Producto de la gran deuda contraída con los países aliados que obligaron a Alemania a unas draconianas condiciones para la reparación de los daños causados en la Gran Guerra.

John hizo una breve pausa y saboreó una nueva taza de café que acababa de servir Letizia.

—Había crisis económica, pero el paréntesis de libertad de la República de Weimar provocó una explosión de ganas de diversión. El escritor Estefan Zweig, al que tuve el gusto de conocer, supo definir bien aquel fenómeno relatando que Berlín se convirtió en la Babel del mundo, parques de atracciones, tabernas, prostíbulos y, especialmente, *cabarets*, florecieron como setas.

—O sea, que durante los primeros años berlineses seguro que te divertiste de lo lindo —espetó irónica Letizia.

—Un libertino como yo estaba en su salsa. Era asiduo del Wintergarten, el más famoso y grandioso *cabaret* de Berlín, te habría gustado frecuentarlo. La ambigüedad y la permisividad sexual marcaron un estilo de vida avanzado. Allí conocí el transformismo, elegantes mujeres que en realidad eran hombres y viceversa. Muy interesante, muy morboso.

—Ya veo que adquiriste un buen repertorio de recursos amatorios, que yo conozco bien.

—Nadie como tú, nadie, Letizia —John avivó el deseo—. Nadie, ni entonces ni nunca.

—Para, nuestra relación es un mero juego, sin más. Te he dicho que hoy no estoy en disposición de nada —señaló ella en tono distendido.

El frustrado amante vaciló y quedó callado, observándola fijamente.

—Venga John, que somos mayorcitos, sigue contando tus veleidades alemanas.

El leve aturdimiento quedó disipado de inmediato.

—Además del *cabaret*, me encantaban los *night-club*, para mí el mejor era Eldorado donde podías encontrar mujeres bellísimas, muy desinhibidas. Era un lugar especial en el que programaban actuaciones estridentes de transformismo, dirigido a un público mayoritariamente heterosexual que acudía por morbo y curiosidad. Estaba considerado un local de baile de gran estilo. Sabes, allí conocí a Marlene Dietrich, pero iba con su pareja, Rudolf Sieber. No hubo manera de distraer al marido. ¡Ja, ja, ja!

—Como bien reconoces, eres un libertino, y ya te imagino hace quince años en aquella atmósfera de permisividad y lujuria. Pero me interesa saber cosas del *cabaret*. ¿Es tan transgresor como cuentan?

—En mis primeros años en la capital berlinesa descubrí una forma lúdica inédita en el *cabaret*. Los mejores espectáculos con artistas de gran nivel, eran conjugados con mensajes políticos, en los que la crítica estaba inherente. El *cabaret* de aquella época era un universo maravilloso, allí podías comer, beber, consumir cualquier cosa que pudieras pagar, en un clima de permanente sensualidad.

—John, intuyo un tinte de nostalgia en tu relato, de tono bastante poético —interrumpió riendo Letizia.

—Fueron tiempos gratificantes, hasta que llegó Hitler. En un primer momento parecía que no sería tan diferente, pero pronto quedó desvelada la triste realidad. Al igual que en otros órdenes de la vida de Alemania, por aclamación popular, las cosas comenzaron a cambiar. Los nazis ejercieron una férrea censura, obligando a los *cabarets* a producir espectáculos apolíticos para después establecer unos criterios que definieron de actuaciones artísticas positivas.

El norteamericano sirvió güisqui en dos vasos, llevó el suyo hasta los labios y tras paladear la bebida espirituosa prosiguió hablando.

—En 1937 Joseph Goebbels prohibió, con la aquiescencia del Führer, todas formas de expresión política en el Estado alemán. Excepto las del Partido Nazi, claro. Contó con el aplauso de la inmensa mayoría de los ciudadanos.

—¿Crees que son ciertas las cosas que se cuentan sobre la persecución masiva, incluso el exterminio, de la raza judía? Mi jefe, el ministro, que tiene gran afición a la antropología y goza de la amistad de científicos y jerarcas alemanes, asegura que el problema judío es producto de la propaganda aliada. Es decir, una pura mentira.

John puso el semblante serio antes de contestar.

—No tengo la menor duda de que ese rumor que circula por ahí, denominado la Solución Final, orquestada desde hace años, es un auténtico holocausto para el pueblo judío. El Pentágono tiene localizados numerosos campos de internamiento en Alemania y Polonia que, en realidad, podrían ser instalaciones de exterminio humano. Cuando los Aliados lleguen allí, sabremos la verdad. Ya falta poco.

—¿Y Hitler, qué opinas de él?

—Viví en directo el proceso de su escalada al poder. Logró arrastrar a los alemanes al callejón sin salida en el que se encuentran. Es muy complejo y largo referirse a cómo un hombre con la personalidad de Hitler ha conseguido el poder absoluto de Alemania y creerse el dueño de Europa.

El diplomático volvió a paladear el güisqui, mantuvo la mirada con la de Letizia y fue

concluyente.

—Un joven amigo, profesor de la universidad de Oxford, supo comentar certeramente el inquietante fondo del Führer, recordando las propias palabras del nazi: «no he venido al mundo para hacer a los hombres mejores, sino para aprovecharme de sus debilidades». H.R. Trevor-Roper, que así se llama el amigo, añadió que, Hitler, al igual que el César de Shakespeare, prefiere a los hombres corruptos, cuyas debilidades puede utilizar. Es el patrón de un monstruo, carente de humanidad.

HEMINGWAY Y CAPA

Los corresponsales de prensa que llegaron a París con las tropas libertadoras instalaron el cuartel general en el hotel Scribe, en el exclusivo distrito 9, cerca de la Opera Garnier y a escasos quinientos metros de la lujosa plaza Vendôme. La División Leclerc seguía acampada en el bosque de Bolonia. Los norteamericanos tuvieron que aceptar la decisión del general De Gaulle de permitir a sus soldados unos días de descanso, pese a que el Alto Mando aliado urgía la incorporación de las tropas francesas en el avance hacia Alemania. En uno de aquellos días de asueto, a principios de septiembre, Miguel Campos acompañó a su jefe, Amado Granell, hasta el Scribe. El teniente deseaba encontrarse con Ernest Hemingway, íntimo amigo del coronel Gustavo Durán, el músico e intelectual al que relevó como comandante de la Brigada Motorizada de Ametralladoras, en los primeros meses de la guerra civil española. Granell deseaba tener noticias de Durán, entonces funcionario de la Casa Blanca, y creyó que Hemingway le podría informar. Los militares españoles entraron en el bar del hotel. Ambos parecieron compartir sensaciones.

—¿Piensas lo mismo que yo, Miguel?

—Parece que hayamos regresado al Madrid sitiado. Veo caras conocidas de la cafetería del hotel Florida, en la Gran Vía.

—Así es. Por lo que observo, Hemingway sigue como entonces, agarrado a una botella de güisqui.

—Fíjate, Amado, viste uniforme y exhibe un revólver, como si fuera Patton.

—Siempre le han gustado las armas. En el frente de Teruel tenía su propio arsenal, entre crónica y crónica se liaba a pegar tiros.

—Ahí está, subido a una mesa, arengando a la tropa de periodistas. Con tu permiso me quedo en la barra, a tomar una cerveza bien fría.

—¿No quieres conocer personalmente al gran periodista norteamericano?

—Ni hablar. Dime, ¿qué pinta el señor Hemingway guerreando por su cuenta, al frente de una tropa de mercenarios, con el consentimiento del Alto Mando?

Robert Capa, que estaba de espaldas junto a ellos, se dio la vuelta al oír que los dos uniformados de la Francia Libre hablaban en español.

—Disculpen, ¿ustedes son españoles?

—Sí, señor Capa —respondió Granell.

—Veo que me conoce.

—La primera vez que coincidí con usted fue en el asedio al Alcázar de Toledo, en el 36.

El prestigioso reportero gráfico quedó sorprendido.

—¿Militares de la República Española?

—Efectivamente, yo era mayor del Ejército Popular. Estuve en Brunete —informó Granell.

Capa transmutó el gesto, asió el brazo del teniente y lo condujo a un rincón, buscando algo de intimidad. Ante la sorpresa de Miguel, que decidió instalarse en la barra del bar.

—En Brunete perdí una parte fundamental de mi ser.

La fotoperiodista Gerda Taro, pareja de Capa, murió en un accidente, atropellada por un tanque. Ambos formaron una pareja profesional y sentimental que llegó a ser un referente en los primeros meses de la contienda en España.

—Llegué a ver a Gerda —dijo Granell.

—¿Después del accidente?

—Sí. Puedo garantizarle que no sufrió, le inyectaron toda la morfina necesaria.

Robert Capa en realidad se llamaba Andrei Friedmann, era húngaro y no norteamericano como casi todo el mundo creía. Gerda fue la creadora de la nueva personalidad del ya mito del reporterismo bélico.

—Gracias, amigo —balbuceó Capa visiblemente afectado.

El reportero estrechó la mano del teniente Granell y salió a la calle. Necesitaba aire, estaba aturdido y pensó que la breve conversación que acababa de mantener con un español que vestía el uniforme de oficial del Ejército francés, tal vez había sido fruto de su mente, aún resentida por la masacre de Omaha Beach, que él captó en directo el día en que Normandía se convirtió en el fin del mundo.

Miguel Campos saboreaba una cerveza cuando Granell le hizo un gesto indicándole que iba al encuentro del encumbrado periodista norteamericano.

—¡Señor Hemingway!

Los ojos nublados del escritor quedaron fijos en el oficial de la División Leclerc.

—Yo a usted lo conozco, pero no con ese uniforme —gritó Hemingway.

—Nos presentó Gustavo Duran en Madrid, por eso he venido a verle —respondió Granell.

—Ya recuerdo, usted sustituyó a Gustavo en la Motorizada.

—Así es.

—Ahora veo que está enrolado con los franceses.

—Con la Francia Libre del general De Gaulle, que franceses hay de muchas clases. Para mí es un honor vestir este uniforme que, junto a la Cruz de Lorena, simboliza la causa por la que siempre he luchado: la libertad.

—¿Sabe una cosa, teniente? Mis hombres y yo fuimos los primeros en tomar el Ritz.

Amado Granell encendió un rubio americano, no respondió pero fulminó con la mirada al vehemente periodista, que continuó relatando la hazaña.

—En cuanto entramos en el Ritz nos recibió su director, Claude Auzello, viejo conocido mío, inmediatamente se puso a nuestra disposición. Como primera medida ocupamos el bar, del que había desaparecido el barman titular, pero Auzello se las ingenió para darnos servicio. En un santiamén prepararon cincuenta cócteles de vermú Martini, aunque no eran de la calidad acostumbrada.

Hemingway apuró un vaso de güisqui y continuó el relato.

—Eso sí, la cena que vino más tarde, tras muchos combinados, fue extraordinaria. ¡Ja, ja, ja! ¿Y usted, qué hacía ese día?

—Poca cosa: tomar la central telefónica de la rue des Archives, esquivando tiros de fusil, ráfagas de ametralladora y algún que otro proyectil de obús, viendo como caían algunos de mis hombres junto con civiles parisinos. Entre tanto, matábamos alemanes.

Granell dio una profunda calada al cigarrillo y miró de arriba a bajo a Hemingway, que iba uniformado y armado como un mercenario.

—¿Sirve usted en el Ejército norteamericano con algún grado?

—Dirijo un grupo militar profesional, lo que ustedes llaman cuerpos francos.

—Ya —contestó escuetamente el teniente.

—Tenga, beba —el americano le ofreció un vaso de güisqui.

—No, gracias, es muy temprano.

—¡Beba hombre y déjese de remilgos! ¡Hemos liberado París!

«¡Cómo que hemos!» pensó Granell, a punto de perder la paciencia. Un nuevo cigarrillo dio la tregua para templar la respuesta que le pedía el cuerpo.

—Señor Hemingway, he venido a verle por si puede darme noticias de Gustavo Durán. Sé que son muy amigos, qué en 1942 el gobierno de Roosevelt lo mandó a Cuba y allí estuvo con usted, residiendo en su casa. Hasta entonces tuve contacto con él.

El escritor tensó los músculos faciales, rellenó otra vez el vaso y encendió un cigarro puro. Empleó el minucioso ritual del experto fumador, con lentitud y recreándose en cada paso, hasta que el tabaco prendió con simétrica uniformidad. Al fin, tras unos minutos de silencio, respondió al español.

—Gustavo Durán sigue en La Habana, ocupando un alto cargo en la embajada de Estados Unidos. Con él están su mujer, Bonté, y la hija de ambos, Cheli. Me comentaron que Bonté está nuevamente embarazada.

—Por lo que dice, sigue bien situado. En el desembarco de Orán, en noviembre del 42, el nombre de Gustavo y su posición me fueron muy útiles en la relación con los Aliados.

—Precisamente en esas fechas le fue concedida la nacionalidad norteamericana. Desde entonces depende del Departamento de Estado, bajo la protección de Leonor Roosevelt. Es un tipo especial el coronel Durán. Poco le puedo contar más porque en Cuba discutimos y no mantengo correspondencia con él.

Desde la barra del bar, Miguel Campos contuvo las ganas de acercarse al periodista y decirle qué pensaba de él.

—Gracias por su atención, señor Hemingway.

El teniente Granell estrechó la mano del periodista y fue al encuentro del compañero de armas, que lo esperaba con una cerveza.

—¿Qué tal ha ido, Amado?

—Hemingway insoportable, pero he conseguido buenas noticias de Gustavo Durán. Ha valido la pena. Con Capa ha sido muy emotivo.

Un hombre de mediana edad, bien vestido y con un periódico debajo del brazo se dirigió a Miguel.

—¿Es usted el ayudante jefe Campos, verdad?

—Pues sí.

—Con el uniforme de paseo no estaba seguro, hablamos la mañana del 24 de agosto, en la entrada de Antony, usted iba cubierto de barro.

—Ah, ya recuerdo. Yo tampoco lo había reconocido, si no me equivoco usted lucía barba de varios días y otras ropas.

—Ja, ja… ja, aquel inolvidable día estábamos irreconocibles. Bueno, permítame que me vuelva a presentar. Soy Charles Kertembaker, corresponsal norteamericano.

—Le presento al teniente Amado Granell.

El oficial y el periodista estrecharon las manos.

—Precisamente llevo el ejemplar del *New York Times* en que viene publicada mi crónica sobre la liberación de París. Deseo que los franceses sepan reconocer la gesta que protagonizaron los españoles.

—Nosotros luchamos por la libertad, no por una bandera —aseguró Miguel.

—Eso está muy bien, igual que nosotros, los norteamericanos. Es la segunda vez que venimos a restaurar la libertad en Europa. Les honra el desapego a los méritos, pero es de justicia que sea reconocido el papel que han desempeñado. Los franceses son muy chovinistas.

ADMIRADORA DE BALENCIAGA

Letizia atesoraba una educación refinada. Antes de la guerra civil, desde temprana edad pudo desarrollar una vida cosmopolita. Los años pasados en Boston, la ciudad más elegante de los Estados Unidos, despertaron en ella un gran interés por la alta costura, entendida como gran creatividad y arte. Aunque presumida, no podía evitar reconocerlo en el ejercicio de autocrítica que realizaba a menudo, nunca fue caprichosa ni seguidora de modas pasajeras. Menos aún aficionada a ropas vistosas o complementos ostentosos. Basaba la elegancia en la naturalidad de la sencillez. Coco Chanel y Cristóbal Balenciaga eran sus ídolos. Al español tenía la gran suerte de conocerlo personalmente. Cuando este estaba en Madrid, algunas tardes compartía tertulia en el atelier que el modisto poseía en el número nueve de la avenida José Antonio, que para los madrileños seguía siendo la Gran Vía. A veces Letizia llegaba a la hora de plena actividad y de forma silenciosa se sentaba en un rincón para contemplar al maestro. Nunca dejaba de admirarse al ver a Balenciaga dirigiendo y trabajando como uno más del equipo, entregado personalmente en la confección: cortaba, cosía, deshacía las veces que fuera necesario un bies o una manga, hasta quedar perfecto.

Letizia se extasiaba con los colores que empleaba Balenciaga, destinados a dar tranquilidad a la vista, según le había explicado él, desvelando que esa plasticidad procedía de los lienzos de Zurbarán, aunque a quién realmente admiraba era a Goya. Así Letizia podía pasar horas. Después la recompensa aún era enorme, la charla prolongada con Balenciaga, en torno a un café, un güisqui o, según la hora, una buena botella de Borgoña o champán acompañada con alguna exquisitez fría. Solía recordar el día que Cristóbal, así lo llamaba ella, le ofreció participar en un desfile, no podía evitar un repentino ataque de risa. Letizia, en los últimos años, había logrado que el coutirier le profesara un especial afecto, compartido por la pareja de este, el apuesto aristócrata francés de raíces polacas, Vlazzio Zawrorowki d' Attainville. Una circunstancia nada menor contribuyó a cuajar la relación de amistad, la madre de Letizia fue amiga de Carmel Snow, la influyente editora de la edición norteamericana de la revista *Harpers Bazaar*, gran admiradora de Balenciaga.

El día después de haber recorrido los aposentos privados de Franco, Letizia visitó al modisto, aquella tarde de mal humor. Instantes antes había estado Carmen Polo. Balenciaga, que poseía gran olfato empresarial y, por tanto, sabía que tenía que estar a bien con el Régimen, le cabreaba profundamente la actitud de la primera dama española. Siempre le llevaba sus propias telas,

mucho más baratas que las del atelier. Muy reservado, de exquisita educación, en cuanto vio a Letizia dejó por un momento la fila de alfileres que llevaba alineados entre los labios y la besó cariñosamente en la mejilla.

—Si llegas a venir unos minutos antes te tropiezas con doña Carmen Polo, menudo ratito me ha dado. Menos mal que mañana la familia viaja a San Sebastián.

—Cristóbal, ya conoces a la señora. ¿Me invitas a tomar algo? —dijo Letizia con una risa fresca que tanto gustaba al modisto.

—Claro, hacía tiempo que no venías a verme. Ya que se ha ido la esposa del Caudillo y has llegado tú, lo vamos a celebrar con champán.

—Estupendo. Ha sido una sorpresa saber que estabas en Madrid, ahora que París ha sido liberada.

Balenciaga abrió una botella de Krug Rosé y sirvió el espumoso en sendas copas de fino cristal de Bohemia.

—La ocupación ha sido dura, más de lo que puedas imaginar. He tenido que defender el negocio con uñas y dientes. Los alemanes pretendían convertir Berlín en la capital de la moda. ¡Qué atrocidad!

—Ahora están acabados. Y tú, por suerte has podido ir y venir a París durante esos años tan difíciles. Aquí veo que te va fenomenal.

—Trabajando duro, y procurando que este taller y los de Barcelona y San Sebastián sean escuelas de modistos, dispuestos a llevar las enseñanzas y talentos a París, que después de la guerra resurgirá en su esplendor.

—¿Qué tal van tus clientas alemanas?

—En Francia ya no queda ni una. Aquí solo viene, de vez en cuando, la esposa del embajador y creo que pronto desaparecerá.

—La España de Franco vive una grave crisis, hay mucha necesidad, pero el lujo sigue en auge. ¡Qué gran contradicción!

—Letizia, es lamentable cómo vive la mayoría de la población, pasando verdaderas necesidades. En cambio hay unos cuantos que están amasando verdaderas fortunas, a costa de la desgracia de la mayoría. Así son las cosas.

—Injustas, muy injustas.

Balenciaga volvió a servir champán.

—Sabes que tengo fama de reservado, incluso de carácter, digamos que rarito. Para mí el trato con los clientes es de absoluta confidencialidad, pero a ti deseo contarte la visita de doña Carmen Polo de Franco.

—Ayer estuve en El Pardo y conocí a Nenuca.

—Ah, pues la visita de doña Carmen está relacionada con la hija. Está preparando una gran fiesta para su presentación en sociedad.

—Te sorprenderás, me han invitado.

—A mí también. Ya puedes imaginar cómo deberé corresponder a tamaño privilegio.

—Vestirás a la madre y a la hija.

—Claro, y el evento seguro que será un tostón insufrible. Doña Carmen quiere algo multitudinario, con lo que ella denomina la flor y nata de Madrid y el resto de España.

—Tendremos que ir, ¿no te parece?

—¡Qué remedio!

—Lástima que para ese día tenga que recurrir a otro modisto. Sabes cómo somos las mujeres, y ya ni te digo Doña Carmen.

—Hay un joven en Barcelona que apunta maneras, muy recomendable. Pertegaz.

—Tenía referencias y si lo aconsejas tú, en cuanto tenga ocasión, a él que voy —aseguró riendo Letizia.

La atildada figura de Vlazzio d' Attainville irrumpió exhibiendo la natural simpatía que caracterizaba al noble que compartía vida y negocios con Balenciaga.

—Querida Letizia, que gusto.

La pareja del modisto besó la mano de ella y se sentó en un canapé blanco, dispuesto a unirse a la conversación.

—Estábamos hablando de la fiesta que están preparando los Franco —informó Balenciaga.

—Una ordinariez más de la señora esposa del general —aseguró d' Attainville, acompañado de un delicado suspiro, mientras se servía una copa. Paladeó levemente el champán, antes de continuar.

—Traigo buenas noticias de París. La maison de la avenida Jorge V está intacta, no ha sufrido daños en la liberación y nuestra encargada ha atendido a unos españoles de la División Leclerc que preguntaban por ti, Cristóbal. Parece que vuestros compatriotas fueron los primeros en llegar al ayuntamiento.

A Letizia le sobrevino la imagen de Miguel, algo que le ocurría cada vez que oía noticias sobre la liberación de la capital de Francia. En aquel instante, observó cómo el maestro, desatendiendo las buenas noticias de su queridísimo Vlazzio, se levantó y como un poseso fue directo a un vestido al que no había quitado el ojo durante la conversación con Letizia. Agarró las dos mangas, estiró con fuerza y las arrancó de cuajo. Mientras tanto el noble francés sirvió champán.

—¡No soporto la imperfección! —proclamó Balenciaga.

EL RELATO DE URRACA

El teniente coronel Rodríguez recibió a Pedro Urraca, que llegó a la Dirección General de Seguridad acompañado por el jefe de Falange Exterior, Genaro Riestra. Extremo que no gustó al militar. Pensó en la contrariedad que ello iba a suponer para Buendía. Haciendo un ejercicio de templanza atendió con cordialidad a ambos y mandó llamar al comisario. En unos instantes el policía entró en el despacho y saludó con fría cortesía. Observó que Urraca vestía un traje perfectamente cortado, zapatos de calidad, guantes a juego y un sombrero de fieltro a la moda. Un tipo elegante, pensó Buendía. El jerarca falangista iba de uniforme, con la guerrera llena de condecoraciones. A Riestra también lo conocía de cuando falangistas y adeptos del recién creado Movimiento Nacional mostraban ganas de medrar en Salamanca, sede del primer gobierno de Franco. El comisario estuvo destinado allí durante unos meses, en plena guerra civil. Ninguno de los dos era plato de gusto. Efectuadas las presentaciones, el jefe falangista adoptó una pose un tanto teatral, que al comisario le recordó a Benito Mussolini, para entonar la voz y referirse al agente Urraca.

—El camarada Perico —enfatizó Riestra—, ha prestado los más altos servicios a la patria en su difícil puesto de París. Como ustedes conocen, el celo y buen hacer de este entregado funcionario hicieron posible la captura de importantes enemigos de España, algunos de ellos justamente pasados por las armas, tras el oportuno proceso sumarísimo.

Riestra hizo una premeditada pausa, carraspeó con suavidad y continuó:

—Por ello, en nombre de Falange Exterior, y del conjunto de la obra de José Antonio, solicito de la Dirección General de Seguridad la mayor deferencia con un hombre que no ha dudado en poner la vida en continuo peligro, merced esa generosidad que caracteriza a los mejores servidores de la patria. Debo anunciarles que he remitido una carta al Caudillo solicitando el más alto reconocimiento y recompensa para el señor Urraca.

Mostrando un rictus de cordialidad, el teniente coronel Rodríguez contestó al falangista.

—Conocemos perfectamente la trayectoria del inspector Urraca, al que tenemos en consideración. Durante el tiempo que pase entre nosotros colaborará con el comisario Buendía, al que ya conocen de los tiempos de Salamanca y Burgos.

Urraca y Riestra asintieron con un leve movimiento de cabeza. El director general prosiguió.

—En estos momentos la información que pueda ofrecer el señor Urraca es importante, pues los acontecimientos bélicos en Francia están propiciando un intento de entrada masiva de

guerrilleros rojos por Los Pirineos. Pero lo más preocupante es el envalentonamiento de los terroristas que viven escondidos aquí desde el final de la guerra.

—El camarada Urraca —intervino Riestra, en un tono un tanto molesto— debería estar disfrutando de un merecido descanso, después de todas las vicisitudes pasadas.

—Y tendrá ese descanso —aclaró el director general—, pero ahora es necesario que pase unos días entre nosotros, así lo ha ordenado personalmente el ministro de Gobernación.

El teniente coronel Rodríguez comenzó a inquietarse por la insólita actuación de aquel uniformado que parecía salido de una escena de opereta. Una cosa era ser hospitalario y otra tener que aguantar las ínfulas de un falangista megalómano que en su propio despacho quería orientarle en el trato al agente de Policía más controvertido del servicio exterior. Pulsó un interruptor oculto debajo de la mesa de trabajo. De inmediato, un subalterno abrió la puerta del despacho, pidió permiso y, siguiendo las instrucciones recibidas previamente, sirvió una botella de *brandy* en unas pequeñas copas de cristal tallado.

El responsable de la Dirección General de Seguridad ofreció cigarros puros y comenzó a interesarse por la situación en París, preguntando directamente a Pedro Urraca.

—Los primeros días de la liberación fueron de mucha confusión, y los elementos comunistas de las FFI han realizado tropelías. Cuando salí precipitadamente escoltado por los norteamericanos estos ya comenzaban a tener el control, pero va a ser difícil. Las FFI y la Resistencia, además de otros elementos subversivos, adivinan una oportunidad de oro para hacerse con poder. Pero confío en que al general De Gaulle, que es anticomunista, los Aliados le permitan pronto tomar decididamente las riendas.

—¿Qué hay de la participación de españoles en la liberación de París?

—Fueron los primeros en entrar. Durante unas horas protegieron nuestra embajada.

—Es sorprendente. Aquí no ha llegado esa información —dijo el teniente coronel Rodríguez.

El responsable de Falange Exterior puso cara de *poker*. Estaba enterado de la acción por el propio Urraca, pues oficialmente nada de ello había trascendido. Calló, aunque le era inevitable encorajinarse al tener que reconocer que un puñado de rojos enemigos del Régimen había tenido un caballeroso comportamiento, lejos del revanchismo. Miró de soslayo a Urraca, en evidente señal de que el tema le disgustaba.

—Es de cajón —argumentó Urraca, ajeno a la mirada de Riestra—. Ahora mismo a nadie le interesa que se sepa que los libertadores de París han sido unos cuantos ex militares de la República Española. Ni a De Gaulle, ni a los Aliados, y tampoco al Caudillo.

LA ROSALEDA

La primera semana de septiembre transcurría plácida. Miguel Campos contempló la formidable rosaleda del Bosque de Bolonia, en la que brotaban nueve mil rosales de mil cien variedades distintas. Respiró hondo para recibir las fragancias naturales, en el intento de desterrar el olor a guerra que llevaba impregnado en el cuerpo. Incluso tuvo el extraño privilegio de iniciar el enfrentamiento con las tropas alemanas que ocupaban París, fue el primero en abrir fuego desde su blindado rotulado con el nombre de Ebro. La suya, pensó, había sido una vida de lucha, de riesgo, en la que estuvo a punto de morir en numerosas ocasiones. El combate continuaba, musitó mientras alzó la vista hacia el radiante sol que aquel día de verano bañaba con sus rayos la ciudad de París, liberada tras cuatro años de ignominia nazi. Sí, el combate continuaba y él estaba resuelto a darlo todo en la búsqueda de una sociedad más igualitaria, más libre. Impregnado del aroma dulce de las flores, el entonces militar de la Francia Libre, rememoró las circunstancias que habían hecho de él un heroico soldado cuando, ironías de la vida, siempre renegó del militarismo.

Recordó cómo, siendo un adolescente, decidió huir de las estrecheces familiares y un barco lo llevó desde Santa Cruz de Tenerife hasta Barcelona. La gran ciudad industrial, convulsionada por la política, ofreció a Miguel trabajo y la inquietud por un modelo social: el anarquismo, representado por la Confederación Nacional del Trabajo, que en los años treinta agrupaba en Cataluña a cuatrocientos mil afiliados. Allí conoció a Buenaventura Durruti el hombre de acción cuya personalidad y dialéctica libertaria atraparon al joven Miguel. Con la fe ciega del mitómano siguió al carismático líder anarquista en los primeros días del golpe de estado contra la II República Española. Desde entonces no había dejado de empuñar las armas y presentía que jamás haría otra cosa distinta. Nunca acaba la lucha por la libertad, solía comentar convencido.

Miguel Campos, solo, religado, cogió con delicadeza una rosa roja y, utilizando la pequeña navaja que siempre llevaba encima, eliminó las espinas del tallo. Aspiró la fragancia de la flor y la puso en el bolsillo superior de la guerrera, después de desabotonarlo. Era su pequeño homenaje de celebración a la liberación de París, como cuando en España asistía a una fiesta y colocaba un clavel reventón en el ojal de la chaqueta. Odiaba las armas, pese a ello llevaba interminables años disparando, guerreando, matando, para sobrevivir y acabar con la tiranía. La contradictoria condición humana, pensó. El pensamiento fue seguido de una acción que siempre realizaba en solitario: buscó en el interior de la guerrera y sacó el retrato de María que acercó a la rosa rozando los pétalos. Llevó la foto a los labios y la besó con los ojos cerrados. «¡Amor mío!» susurró.

El teniente Amado Granell observó la escena y sonrió. Miguel, dada la configuración del jardín inspirado por María Antonieta, no pudo ver a su jefe hasta que este estuvo encima. Granell fue cauto y esperó a que el suboficial guardara el retrato.

—¡Miguel!

—Hola, mi teniente, no te esperaba por aquí.

—Soy valenciano, me encantan las flores —respondió Granell.

—Esto es el paraíso, muy merecido. Pero, sabes Amado, estoy deseando que den la orden de seguir avanzando. Nos queda mucha tarea.

El teniente Granell ofreció un cigarrillo a Miguel y decidieron dar un paseo por la vasta extensión forestal de ochocientas cuarenta y cinco hectáreas. El barón Haussmann, gran transformador del urbanismo de París, proyectó un informal trazado inspirado en el Hyde Parkde Londres. Los españoles dejaron la rosaleda y fueron admirando la diversidad botánica del Bosque de Bolonia, destacando magníficas plantaciones de roble, que ocupaban la mitad de la gran masa arbórea, complementada por otras especies como cedros, plátanos, ginkgos bilobes, además de un largo muestrario de plantas. En medio de aquel hábitat, animado por los sonidos de gran diversidad de aves, los compañeros de armas rememoraron alguna de las numerosas situaciones vividas en el latido de la guerra. De pronto, unos gritos de mujer llamaron la atención y dirigieron las miradas hacia un claro que distaba unos cien metros, podían distinguir las siluetas de un grupo de personas que parecían rodear a otras dos que estaban sentadas en unas sillas. Los gritos no cesaban, entremezclados con insultos procedentes de voces masculinas acompañados de risotadas.

Miguel y el teniente Granell aceleraron el paso. Cuando llegaron al lugar de donde procedían los gritos quedaron petrificados. Una docena de hombres armados, con brazaletes de las FFI, habían torturado a dos mujeres, que no tendrían más de veinte años. Una de las chicas tenía la cabeza rapada y por el rostro le caían goterones de sangre, procedentes de las heridas provocadas por las tijeras de esquilar ovejas con las que realizaban aquellas represalias. La otra joven estaba desmayada y conservaba el pelo, aunque la cara la tenía desfigurada por los golpes recibidos. Al ver aparecer a los dos militares el grupo de resistentes empuñó las armas.

—¿Qué es esto? —preguntó Granell.

Un tipo de unos cuarenta años que parecía ser el jefe mandó bajar las armas, antes de responder al oficial español.

—Este asunto a ustedes no les incumbe. La Francia Libre administra su propia justicia.

—¡Justicia, justicia! ¡Qué justicia es esa de abusar de mujeres indefensas! —gritó Miguel, mientras hizo ademán de sacar la pistola. Granell se interpuso entre los dos.

—Somos de la División Leclerc, y sí nos incumbe —advirtió el teniente al francés de las FFI.

—La otra noche ya tuvimos que rescatar a una pobre chica en pleno centro de París —dijo Miguel, empuñando la Colt automática del 45, reglamentaria del Ejército norteamericano.

El jefe de las FFI hizo un gesto a sus hombres para que estuvieran quietos.

—Es para nosotros un honor saludar personalmente a nuestros libertadores —anunció el francés con tono amigable.

—Si es así, les ruego dejen a las chicas. Nosotros nos haremos cargo —dijo enérgicamente Granell.

—Esta bien, no vamos a discutir por dos putas. Se las pueden quedar, pero es necesario seguir haciendo justicia —advirtió el resistente antes de escupir en el suelo.

Miguel Campos enfundó la pistola y se encaró con aquel nuevo juez Lynch.

—¡Estas brutales represalias son iguales a las practicadas por nazis y fascistas! —gritó el suboficial español.

Los de las FFI mostraron inquietud ante las palabras pronunciadas por un tipo vestido con uniforme francés pero que hablaba con un acento extraño. El más mayor del grupo avanzó hasta situarse junto a su jefe y con una mano lo cogió del brazo, conminándole a tranquilizarse.

—Señores, ustedes nos han salvado, pero entiendan que tras cuatro años de ocupación tengamos derecho a aplicar nuestra justicia con los traidores —habló con voz pausada el hombre mayor.

—Créanme, ese es un camino equivocado —terció el teniente Granell, mientras ofrecía tabaco a los dos interlocutores que, tras cruzar las miradas, aceptaron la invitación.

Granell les pasó su encendedor Zippo de gasolina. Los franceses sonrieron al prender y saborear los rubios americanos. Entonces el más maduro se percató de quién era aquel oficial que, igual que su compañero, hablaba un francés extraño.

—Teniente, usted ha aparecido en los periódicos junto al prefecto del Sena. Ahora lo acabo de reconocer —el FFI hizo un gesto de respeto cuadrándose e inclinando la cabeza.

El jefe y resto del piquete de resistentes quedaron perplejos. Tenían ante sí al mismísimo oficial que había protagonizado el histórico acto de la liberación al tomar posesión del ayuntamiento de París.

—Permítame que le presente mis respetos —dijo el responsable francés antes de saludar militarmente.

—Gracias pero yo, al igual que el suboficial Campos que ahora me acompaña, era uno más de la División Leclerc. Simplemente cumplimos con nuestro deber acatando las órdenes recibidas.

—Los parisienses y el resto de franceses siempre les deberemos agradecimiento —argüyó el civil armado.

—Miren les aconsejo que dejen de pasar cuentas de forma tan concluyente y arbitraria, reserven ese trabajo para los jueces. No sería bueno que, debido a excesivas represalias, el pueblo francés acabara enzarzado en un conflicto interno de insospechadas consecuencias —opinó Granell.

Los franceses cruzaron las miradas. El jefe hizo un gesto al resto del grupo. En silencio, los FFI desaparecieron en el bosque. Amado Granell y Miguel corrieron a socorrer a las chicas, malheridas.

LA DUDA

Letizia llegó al despacho de Alcalá más dicharachera que de costumbre, no solo había tenido una noche de goce con John, él mismo le había confirmado que los primeros soldados aliados en ocupar el ayuntamiento de París eran españoles, extremo ocultado por intereses políticos. La embajada de los Estados Unidos en Madrid tenía ejemplares de los periódicos parisinos editados el 25 y 26 de agosto, en los que publicaban las fotos de un oficial cuya identidad fue alterada, pero que en realidad era español. Letizia cuando vio las portadas en las que aparecía el teniente Granell quedó impresionada, conoció a aquel hombre en el invierno de 1937, en la audición de piano que ofreció Gustavo Durán en la sede de la Liga de Intelectuales Antifascistas, y a la que acudió acompañada de Miguel. Un pálpito interno, imposible de explicar, le decía que el amor de su vida estaba cerca de aquella gesta que, seguramente, nunca se daría a conocer. Entonces, pensó, nadie estaría dispuesto a reconocer el papel histórico de un puñado de ex militares de la República. La prensa española seguía ofreciendo noticias confusas sobre los acontecimientos bélicos que ocurrían en Francia, y ella sabía que en los días venideros tendría trabajo extra. El OSS mostraba especial interés en conocer qué se estaba cociendo entonces en el corazón ideológico del Régimen.

La primera semana de septiembre, de aquel convulso verano en Europa, propició una intensa actividad en la sede de la Secretaría General del Movimiento Nacional. El ministro José Luis Arrese decidió acortar las vacaciones en San Sebastian tras la liberación de París y los acontecimientos bélicos que semejante hecho hacían prever para el nuevo rumbo de la guerra, al otro lado de Los Pirineos. En contra de cualquier pronóstico, el general Franco prolongó el veraneo en la capital donostiarra, dando un claro mensaje de normalidad y falta de preocupación por las victorias de los Aliados. Comenzaba un nuevo tiempo, y la maquinaria del Régimen debía estar preparada, allanando cualquier reticencia interna a cerca del camino que, inequívocamente, señalaba el Caudillo. Y Arrese, desde la máxima responsabilidad política del sistema, comenzó a trabajar en el discurso que, de forma inminente, debería contribuir a un mayor acercamiento con los vencedores. Admirador de la cultura y la historia de Alemania, esperanzado durante tanto tiempo en la nueva doctrina nazi de la Gran Europa, desarrollada por Hitler, entonces el jerarca hubo de emplear todas las dosis de inteligencia emocional para transformar tanto ideas como pasiones a la realidad que comenzaba a despuntar en el mundo y la nueva situación que, de inmediato, supondría para el interés de España. Estaba decidido a colaborar con absoluta entrega

en los deseos de Franco.

El precipitado regreso del periodo vacacional del jefe, fue entendido por Letizia como un desenlace lógico, dadas las circunstancias. Pero desde el primer día del reencuentro en el trabajo, la mujer notó cierto distanciamiento. Continuaba departiendo con Arrese diariamente los asuntos de interés, y el político mostraba deferencia, pero ella intuía que algo estaba pasando. Los gestos de afecto de siempre brillaban por su ausencia, tampoco la mirada era la de siempre. El cambio de actitud se hizo patente a medida que pasaban los días. Ante tan inesperada situación Letizia decidió que tenía que actuar, encontrar el momento oportuno para preguntar directamente ¿qué sucedía? La oportunidad no tardó en llegar.

Letizia evidenció que el Movimiento Nacional pronto comenzaría a echar lastre en las relaciones con el III Reich y el Partido Nazi, al dictado de los deseos de Franco. Cualquier señal que ella consideraba significativa era transmitida al responsable del OSS en la embajada estadounidense. En ese cometido detectó que desde dentro le estaban facilitando el trabajo. El propio Arrese realizaba comentarios con claro fin informativo para los intereses de la inteligencia norteamericana. Una tarde, aún con los calores de la recta final del verano, el ministro volvió a mostrar proximidad, circunstancia que alegró a Letizia. Aunque enseguida observó la intención del renovado carácter de su querido José Luis. Tras ofrecer un refresco de limón, y mostrar un tono distendido, el máximo responsable del Movimiento Nacional, por delegación del Caudillo, habló de política en términos de elevada magnitud. Hizo una declaración sobre Falange. Y la agente del OSS supo enseguida que el jefe estaba al tanto del trabajo de inteligencia que ella realizaba.

—Sí, Letizia, el Caudillo está dirigiendo una ingente labor en estos tiempos tan difíciles para el destino de Europa. La gran construcción que pretendía el Führer quedará en una quimera de grandeza, que muchos llegamos a admirar, circunstancia que no podemos negar. Pero la realidad es tozuda, y los intereses de España siempre serán lo primero. ¿No te parece?

—Así es, José Luis. No debemos escatimar esfuerzos a la hora de salvaguardar a la patria.

—Con tu compromiso —los ojos de Arrese brillaron con la intensidad inteligente que tanto conocía ella—, y el de millones de patriotas que secundamos la obra de Franco, único camino posible.

Letizia saboreó la limonada antes de responder.

—El Caudillo está siendo un gran político y creo que las potencias aliadas sabrán apreciarlo.

—Estoy convencido, aunque para ello tengamos que renunciar a tantas cosas que durante una etapa prometedora pensábamos que eran las mejores para la construcción de la Gran Europa.

Arrese no pudo contener la vena germanófila, afloraba el dolor interno de quien creía en un modelo político a punto de desaparecer, tras un final que estaba adivinándose dramático. Con encarnizadas batallas que se prolongarían hasta la caída de Berlín y la desintegración del III Reich.

—José Luis —terció Letizia—, desarrollas un magnífico trabajo, no te tortures. Estamos asistiendo al final de un ciclo y pronto comenzará un tiempo nuevo, que el Caudillo está viendo claramente. Y no ahora, ya desde el primer momento vio que nuestro puesto estaba en la neutralidad, para el bien de la patria.

El ministro pareció dibujar en la mirada un rictus de tristeza.

—Tú lo has dicho, y me congratula, el sacrificio nunca es poco cuando se trata del bien de la

patria. Porque, uno solo tiene una patria. ¿No te parece?

Letizia encajó la pregunta y respondió con una sonrisa.

—Sí, y algunos nos jugamos la vida por ella, por la patria a la que tanto amamos —sin dejar de sonreír lo miró a los ojos—. Entre esos patriotas estás tú, José Luis. Y ahora sigues desempeñando con lealtad la voluntad del Caudillo. Para mí eres ejemplo inequívoco.

Arrese quedó sorprendido por la respuesta y que Letizia ni siquiera vacilara ante la intencionada preguntada. Corroboraba, pensó, la inteligencia de aquella mujer que sirviendo al Movimiento Nacional colaboraba con los servicios secretos de un país, los Estados Unidos, que pronto sería la mayor potencia mundial y ante el cual Franco mostraba inequívocos signos de acercamiento.

—Servimos a España desde el convencimiento, la entrega, por eso se nos exige lealtad, sin doblez —siguió hablando el ministro, cuyo carácter sereno comenzó a alterarse ante la sonrisa imperturbable de Letizia, que parecía no darse por aludida.

De pronto, ella decidió acabar con la situación.

—José Luis, gracias por la confianza que desde el primer momento has depositado en mí. Puedes estar convencido de que cuantos anhelos me alientan en el trabajo de servir a España siempre lo son desde la mayor lealtad hacia unos ideales que les costaron la vida a mi padre y único hermano.

El ministro sabía que la actividad de Letizia contaba con el respaldo de Franco. Los Estados Unidos eran enemigos de los comunistas, el embajador en Madrid de aquella gran potencia mantenía una estrecha relación con el jefe del Estado español, el cual deseaba el acercamiento entre ambos países. Pero, a Arrese, le resultaba difícil asumir que una de sus personas de confianza fuera espía al servicio del ejército, que estaba decidido a acabar con la nación que admiraba.

Letizia sirvió limonada y le acercó el vaso a Arrese. Ambos sorbieron la refrescante bebida, en una breve tregua. Entonces, inesperadamente, ella hizo un comentario que volvió a coger por sorpresa al ministro.

—El otro día, tomando una copa con un amigo de los duros días del Madrid rojo, ahora en un puesto militar de importancia, comentábamos que el estigma de espía se lleva el resto de la vida. Qué le vamos a hacer. Por ello, José Luis, doblemente gracias por tu confianza.

El jerarca del Movimiento Nacional quedó envarado. Volvió a beber limonada para reponerse de semejante directa y entonces sí decidió poner en práctica los consejos de María Teresa, su mujer. Cambió de táctica, pero sin perder la finalidad que tenía en mente.

—Ya sabes que cada uno es rehén de su pasado y hay situaciones muy injustas que nos vemos obligados a sobrellevar. En momentos determinados la labor de informar es vital, y quienes ostentan las máximas responsabilidades saben de cuan necesarias, requeridas de valor, son las personas que prestan tan notables servicios, que no suelen gozar del aprecio popular, esa es la verdad.

—A estas alturas, José Luis, ya nada de todo eso me quita el sueño. En julio del 36 era una señorita educada en Boston que pertenecía a una familia de militares españoles y diplomáticos norteamericanos que vivía cómodamente en Sevilla y la fatalidad quiso que, en el momento más inadecuado, estuviéramos en Madrid mi padre, mi hermano y yo. Tras la muerte de ellos, en mí hubo una transformación absoluta, desde entonces permanezco al servicio de España. Si bien es

cierto que en una parte del corazón llevo a los Estados Unidos.

—Y no solo aquí te valoramos, Letizia —aseguró Arrese dulcificando el tono—, sabes la consideración que se te tiene en El Pardo. Ciertamente conocemos la relación que mantienes con la embajada norteamericana, muy lógica por otra parte. Así como la amistad con el diplomático Graves, con el que sales de vez en cuando.

Letizia sonrió. Antes de contestar cruzó las piernas con arrolladora seguridad y desorientó al ministro. Que nunca dejaba de sorprenderse ante la osadía de aquella espléndida mujer.

—John es un buen amigo, pero no es novio oficial. Ja, ja, ja! ¡Qué atenta está la sociedad madrileña! Si por lo menos contribuye a disipar el infumable chisme de mi lío con el general Franco Salgado-Araujo, bien venido sea. El pobre Pacón está fatal tras la muerte de su único hijo.

Arrese admiraba a aquella mujer, tan diferente de las señoras de la alta sociedad que entonces copaban los influyentes círculos del Régimen. Aunque la condición de espía de Letizia le causaba una permanente sensación de desasosiego que le era difícil combatir. Entonces volvió a recordar las palabras de su mujer, y, conociendo a Franco, concluyó que no tenía más remedio que seguir luchando en su fuero interno para salvar la situación, que tanto le incomodaba.

—Deseo que el diplomático norteamericano esté a la altura de las circunstancias —comentó afable— mereces lo mejor, de verdad Letizia.

—Agradezco el cumplido. Como he dicho, somos amigos, sin más. Ya sé que en el contexto social en el que nos movemos esa definición de amigos entre un hombre y una mujer suena casi a escándalo, aunque ambos seamos solteros. Me conoces, José Luis, no soy una mujer al uso en la España actual.

—Comprendo, las raíces norteamericanas.

—Mi madre fue una señora que siempre nos inculcó la libertad, algo que, ahora mismo, y dicho tal cual, en nuestra sociedad sería motivo de crítica. Confío en que más bien pronto que tarde, la mujer española evolucione al compás de los tiempos.

Arrese sonrió, volvía a admirar a aquella dama espléndida. Lástima que trabaje para los norteamericanos, pensó resignado. Entonces creyó llegado el momento para hacer un comentario de calado político con la intención de que Letizia lo transmitiera a la embajada.

—Yo confío en que cada día, en cuanto vayamos saliendo de los graves problemas que afectan a la nación, veamos como alumbra un nuevo sol que nos permita seguir recorriendo el camino que nos indicó José Antonio y que el Caudillo, estoy convencido, está dispuesto a continuar.

—Estoy trabajando por ello, José Luis, y sé que tú eres fundamental en el paulatino cambio que necesita España, sin abandonar los principios del Movimiento Nacional y la obra de Franco —señaló cautelosa Letizia, aunque pensara que muchas cosas tendrían que cambiar en el Régimen para propiciar siquiera una leve apertura que pudiera aproximar el país a las democracias que estaban cerca de ganar la guerra en Europa y en el Pacífico.

—Letizia, llevamos juntos mucho tiempo, entregados al proyecto que permitirá que la patria vuelva a estar en los lugares de liderazgo que ocupó a lo largo de la historia. Nuestros amigos norteamericanos —Arrese subrayó aquello con medida premeditación—, deben saber que estamos trabajando para consolidar un sistema político propio, nacional y tradicional, pero absolutamente separado de lo que representa el Eje.

—En unos meses, como mucho un año, el mundo ya no será el mismo de ahora. Me parece

inteligente que maniobremos hacia un nuevo rumbo, pues corremos el peligro de quedarnos solos en el orden internacional que se avecina.

El ministro mostró una carpeta que contenía numerosos folios manuscritos.

—El Caudillo en persona está dirigiendo la transformación. Falange no aspira a la dictadura ni es un partido político, hay que transmutarla de un instrumento nacido para la lucha y la movilización a una organización con nuevas fórmulas para la eficacia de su función política, adaptada a la nueva realidad.

Letizia disimuló la sorpresa que le causaron aquellas palabras.

—Interesante. ¿En qué van a consistir las líneas maestras?

—Abandonar el totalitarismo en favor del militarismo, que es lo que realmente inspira al espíritu del Movimiento Nacional. Alejarnos de cualquier conexión con el nazismo y establecer signos evidentes de acercamiento a las democracias occidentales.

EL ENCUENTRO

Arturo Matas esperaba en un reservado del restaurante Lucas Cartón, en la plaza de La Madelaine. Eligió ese establecimiento por tener la mejor bodega de París, que se ramificaba por el subsuelo de la céntrica plaza, y que la propiedad tapió cuando las tropas de ocupación alemanas estaban a las puertas de la ciudad, en junio de 1940. Una forma de resistencia imitada por muy pocos, pensó el español. Consultó la hora en un Cartier de oro macizo y encendió un rubio americano. De porte impecable, muy educado y modales refinados, era la viva imagen de un hombre de mundo que no ocultaba su posición. Había conseguido amasar una inmensa fortuna desde que llegó a Francia huyendo de grupos libertarios de Barcelona que lo consideraron un estafador. Durante los primeros años de la guerra civil Matas realizó diversos negocios que le confirieron una sólida prosperidad económica. Al otro lado de Los Pirineos el sagaz empresario creó una empresa textil que sirvió cantidades ingentes de uniformes a L' Armée cuando el país entró en guerra con Alemania. Después continuó trabajando para los alemanes, estableciendo un centro de negocios en la parisina Rue Pasquier, con el nombre de Maison Matas.

Durante los años de ocupación el catalán logró levantar un importante entramado económico, fundamentado en operaciones mercantiles de todo tipo, auspiciadas por su buena relación con las autoridades nazis. Incluso mantuvo intensos contactos con oficiales de la División Azul que aprovechaban permisos en París para entregar bolsas de dinero negro a Matas que este cambiaba de marcos alemanes a pesetas, de forma muy favorable. Claro que él era un hombre de mundo, que tenía aplicado aquello tan español de que mi mano derecha no sepa lo que hace mi mano izquierda, y viceversa. Por ello prestó importante ayuda económica a la Resistencia y su hija incluso se aventuró a realizar misiones de enlace de ciertos servicios del general De Gaulle con Londres. Sobre todo se consideraba republicano, dispuesto a contribuir al derrocamiento del general Franco, por ello, ante la inminente derrota de Hitler y la posible extinción de Alemania, estaba decidido a apostar por los compatriotas que luchaban con Leclerc o en las partidas guerrilleras, cuyo objetivo era regresar a España y acabar con el dictador.

El *maître* interrumpió las cavilaciones de Arturo Matas, al anunciar la llegada del ayudante jefe Miguel Campos. El empresario se levantó como un resorte y fue a la búsqueda del amigo, al que obsequió con un fuerte abrazo. Ambos tomaron asiento, y Matas pidió una botella de champán Pol Roger. Llevaban mucho tiempo sin verse y tampoco se conocían demasiado. Pero Matas le debía la vida a Miguel, que llevaba guerreando sin parar desde el día que, junto a

Buenaventura Durruti, tomó el parque de artillería de Barcelona, en julio de 1936. Gracias a Miguel una patrulla anarquista no acabó con la vida del empresario, que llevaba tiempo obteniendo pingues beneficios realizando negocios con un alto cargo de la Generalitat de Cataluña. En los últimos dos años habían mantenido correspondencia, gracias a un sistema de mensajería ideado y financiado por Matas con el fin de esquivar la censura de los alemanes y de los servicios de inteligencia de Petain. Eran hombres de acción, decididos, siempre asumiendo riesgos, y desde aquella noche de verano en la que Miguel evitó la ejecución de Matas, entre ambos surgió un lazo de unión que había perdurado a lo largo de ocho años y dos guerras. En aquel momento de reencuentro en uno de los más prestigiosos restaurantes de París, atesoraban un deseo fundamental: acabar con el general Francisco Franco.

—¡Querido Miguel! —Matas abrazó efusivamente al suboficial Campos, que vestía uniforme de paseo.

—Veo que, como siempre, no te va nada mal —respondió riendo el militar.

—Vamos a la mesa, me muero de ganas por conocer detalles de cómo habéis llegado los primeros para liberar París.

Ambos tomaron asiento.

—Arturo, para nada ha sido un paseo militar. Los alemanes nos han puesto las cosas difíciles. Hubo un momento que pensamos seriamente que nos echaban de Normandía y teníamos que volver derrotados a Inglaterra —contó con aplomo Campos.

—¡Pero no ha sido así! —enfatizó el empresario—. ¡Y encima los españoles han sido los grandes protagonistas de la liberación de París! ¡Ahora toca Madrid!

—No corras tanto. La guerra sigue y aunque pueda parecer que Alemania tiene los días contados costará mucho esfuerzo y dolor llegar a Berlín. Los nazis son unos fanáticos —sentenció el suboficial de La Nueve.

Arturo Matas puso gesto abstraído, él conocía bien a los nazis, de forma especial a los altos cargos responsables de la ocupación de París, con quienes trabajó y obtuvo buenos beneficios. Sabía que millones de franceses habían vivido con complacencia el nuevo orden de Alemania instaurado en Francia. Y tenía curiosidad por conocer ciertos detalles.

—¿Cómo os recibieron en Normandía? —preguntó Matas.

—Cuando nosotros desembarcamos los normandos llevaban casi dos meses aguantando cruentos combates y el infernal machaqueo de la aviación, que no siempre elegía bien los objetivos. Debo confesarte que la acogida para nada fue cálida, más bien decepcionante. Podría contar numerosos episodios. Para que te hagas una idea, a los pocos días de iniciar el avance decidimos acampar en las proximidades del Mont Saint-Michel, en la orilla derecha del río Selene. Allí experimentamos uno de los primeros sinsabores que nos dejaron de piedra.

Miguel tomó tiempo para respirar hondo.

—El 6 de agosto recibimos la orden de situarnos en la retaguardia alemana, confiando en la experiencia militar de los españoles que integramos La Nueve, dos días antes reforzada por el teniente Amado Granell, un magnífico militar que ya dio sobradas pruebas en nuestra guerra y en África del Norte. Como ya he dicho, al anochecer el capitán decidió parar en los alrededores de Saint Michel. El sargento jefe Johann Reiter, un alemán de vida novelesca, mandó a un pelotón a comprar vino en unas granjas cercanas.

Matas comenzó a inquietarse por la parsimonia de Miguel, propia de su origen canario, que

hablaba pausadamente y marcando silencios de segundos, que al empresario le parecían eternos. Escuchando al suboficial de La Nueve, nadie diría que era un auténtico guerrero, un fuera de serie, como gustaba definirlo a su capitán, Raymond Dronne.

—¿Qué pasó? —preguntó Matas, mostrando cierta impaciencia.

—Lograron que un vinatero les rellenara las cantimploras, en total diez litros. En aquella aldea nadie salió a recibir a los soldados de la Francia Libre. Actitud que escamó a los compañeros. El sargento Baños preguntó por el precio, el tipo, muy serio, respondió que los alemanes pagaban el vino a doscientos cincuenta francos el litro.

El militar volvió a hacer una pausa, que provocó una nueva dosis de impaciencia en Arturo Matas, que insistió.

—¿Y…?

—El compañero Baños le dijo al granjero normando que el precio era demasiado elevado, y el sujeto, con gran descaro, le respondió que no iban a ser ellos, los últimos en llegar, quienes de repente cambiaran los precios, y todo ello levantando la voz con fiereza. La actitud indignó de sobremanera a Baños y al resto de compañeros, que decidieron llevarse el vino sin pagar.

Miguel quedó un instante absorto, rememorando, y siguió con la narración.

—Después hemos tenido situaciones parecidas, aunque en Ecouché, población a medio camino entre las playas del desembarco y París, las tornas cambiaron, experimentado una actitud próxima, de agradecimiento, por parte de la población. Y el recibimiento aquí, en la capital, fue extraordinario.

—Observo que los españoles de La Nueve van delante de la División Leclerc, y tú, mi entrañable amigo, seguro que eres la vanguardia imparable.

—Alguien tiene que ir abriendo el camino.

—No seas modesto, Miguel.

—Mira, Arturo, si al igual que yo llevaras tanto tiempo combatiendo y viendo como grandes amigos, hermanos de sangre, han ido cayendo, entregando la vida por la libertad, de verdad que no te darías ninguna importancia. Unicamente pensarías que eres un privilegiado, por estar vivo. Conoces bien a los nazis y sabes que son enemigos muy serios, pues el fanatismo que profesa la gran mayoría ha sido el fundamento de hasta dónde ha podido llegar la locura desatada por Hitler.

—Bueno, puedo decirte, por mis relaciones comerciales, que hay alemanes que no son así…

Esta vez Miguel dejó a un lado la parsimonia y contestó raudo.

—Yo diría que peores, pues no acogiéndose al nazismo colaboran decididamente, tanto con el silencio como con la complacencia. Cuando lleguemos a Alemania intuyo que descubriremos cosas verdaderamente monstruosas.

Matas, incómodo por la deriva de conversación, hizo un gesto al camarero y este sirvió champán.

—De momento vamos a pensar en nuestra patria. ¡Por la República Española! —el empresario alzó la copa.

—¡Por la libertad de España! —contestó Campos, correspondiendo al brindis.

—Sabes, Miguel, este restaurante me encanta por lo bien que se come y la excelente bodega. He querido citarte aquí porque además es un sitio histórico. En la mesa que ocupamos, muy espaciosa para nosotros dos, el 10 de noviembre de 1918, los mariscales franceses Joffre y Foch, el

general norteamericano Pershing y el mariscal británico French, señalaron la hora del Armisticio que daba final a la I Guerra Mundial, las once de la mañana del día siguiente.

—Siempre has sido un detallista romántico, Arturo.

—La vida está hecha de detalles y cuando esta sonríe hay que emplearse a fondo.

—Andate con cuidado, amigo —advirtió Miguel, con un rictus de seriedad.

—¿Qué quieres decir?

—Eres muy conocido en París, en estos momentos demasiado. La Resistencia no te ve con buenos ojos y hay comentarios de tu supuesta colaboración con los alemanes y los colaboracionistas de Petain.

El militar español creyó haber arrojado un jarro de agua fría sobre su amigo, pero pronto pudo percatarse de que no era así. Matas recibió la información con increíble aplomo.

—Estoy enterado. Y puedo asegurar que son habladurías, fruto de la envidia. Solo he hecho lo único que sé hacer: ¡trabajar, trabajar, trabajar…!

Matas elevó la voz y al darse cuenta de que era observado por los comensales de las mesas próximas bajó el tono.

—Miguel, durante los años de la ocupación en París ocurrieron muchas cosas, muchas. Algunos parisinos que ahora van por ahí pasando cuentas no han hecho más que cambiarse la chaqueta. Mi dedicación son los negocios, cosa que jamás ocultaré, y al tiempo que gano dinero colaboro con la Francia Libre. Sin ir más lejos mi hija ha realizado importantes labores para el general De Gaulle, con el riesgo de su propia vida.

—Simplemente te aviso de los comentarios que han llegado a mis oídos. El jefe de las FFI, Rol Tanguy, está interesado en echarte el guante.

—Esos comunistas siempre igual, solo están pensando en remover la mierda. Pero tranquilo, el propio jefe de gabinete de De Gaulle me ampara. Y ahora vamos a seguir celebrando este reencuentro, gracias a que tú y un puñado de compatriotas habéis protagonizado el gran hecho histórico de liberar París.

Matas hizo un gesto al camarero que, separado unos metros, permanecía atento a las demandas de los comensales. Con gran precisión llenó las copas de champán.

—¡Brindemos por los soldados españoles que luchan con la Francia Libre! —El empresario utilizó el francés y su énfasis fue seguido por el resto de clientes del restaurante, que se unieron al brindis.

Estaba claro que Arturo Matas no quería ahondar en los problemas que lo acuciaban. Sabía perfectamente que las FFI y la Policía iban tras él, pero ese era un asunto que le preocupaba relativamente, pues confiaba en controlar la situación gracias a sus contactos y al poder que le confería la gran fortuna acumulada.

—Eres admirable, Arturo. Otro, en tu lugar estaría temblando, pues ya sabes cómo son las cosas cuando llega el momento de pasar cuentas tras una guerra.

Esta vez Matas indicó al camarero que permaneciera quieto, él mismo rellenó las copas.

—Bebamos Miguel. Y cuéntame cómo van los preparativos para que la guerrilla pase al otro lado de la frontera. Puedes disponer de la financiación necesaria para llevar acabo nuestros planes en España —dijo Matas, mientras elevaban las copas iniciando un nuevo brindis.

—Falta poco para comenzar la operación, Arturo. En el avance hasta París he conseguido reunir importante material de guerra que ya está viajando rumbo a Los Pirineos para combatir al

dictador. La guerrilla necesita armas, pero yo he decidido dar un paso más allá.

—Cuenta conmigo para lo que sea, Miguel.

—En Inglaterra, como sabes, estuve con Marcus al que visitó tu hija.

—Un magnífico agente y un luchador de las Brigadas Internacionales. Colaboramos cuando lo mandaron aquí desde Londres.

—Ya me contó los detalles, y sé que quedaste impactado cuando te dijo que él y yo éramos hermanos de sangre en los Cuerpos Francos, en la campaña de África del Norte.

—Sí, claro, por eso le avisé de que estabas con la División Leclerc preparando el desembarco.

—Hay influyentes ingleses que no comparten el ánimo de Churchill por mantener a Franco, una vez concluya la guerra. Marcus perdió a parte de su familia, y está dispuesto a hacer lo que sea, con apoyo extraoficial del servicio secreto británico. Yo he decidido implicarme.

Arturo Matas, el viejo lince, esbozó una sonrisa.

—¿Y cuál es la decisión, Miguel?

—Voy a Madrid, para eliminar a Franco. Con tu ayuda.

Matas transfiguró el rostro en un rictus de seriedad y permaneció callado, sin dejar de mirar a los ojos de Miguel. Antes de hablar, sorbió la copa de champán.

—Me pondré en contacto con Marcus. Respecto a tu nueva identidad, déjalo en mis manos. En cuanto puedas regresar a París tendrás diseñado un plan para entrar en España y poder permanecer en Madrid, para lo cual idearemos un par de opciones. Allí tengo soportes de sobra. Déjalo en mis manos.

EL CAUDILLO EN AYETE

El Generalísimo Franco pasaba en San Sebastián el periodo final de descanso estival. En aquellos momentos mostraba satisfacción por el resultado de la entrevista con el embajador de los Estado Unidos, Carlton Hayes, celebrada en El Pardo antes de trasladarse al Palacio de Ayete. En las últimas jornadas del veraneo oficial Franco estaba acompañado por el general Francisco Franco Salgado-Araujo, Pacón, que en aquellos momentos vivía una difícil situación emocional, provocada por el fallecimiento del único hijo varón. Pacón estaba desolado, estado de ánimo que le hacía percibir una situación en España aún más difícil de la existente. Franco dedicaba largas horas a conversar con él, animándolo con calidez y distrayendo los pensamientos de su más íntimo colaborador, rememorando episodios anecdóticos de la vida militar de ambos. Salgado-Araujo recogía en el diario personal las grandes dosis de optimismo del Caudillo.

Una tarde nubosa con sirimiri, merendando horchata con ensaimadas, Franco, una vez más, quiso sincerarse con Pacón. El Palacio de Ayete olía a flores y a hierbas aromáticas, la temperatura era más bien fresca, conformando el marco ideal para el hombre que, por la fuerza de las armas, dirigía el destino de España. El laconismo que mantenía con los colaboradores en la tarea de dirigir el país con mano de hierro, desaparecía en las reuniones con personas que él consideraba íntimas. Los acontecimientos que estaban ocurriendo en Europa rememoraron en Franco cuestiones que desde hacía años venía confesando al leal Pacón quién, dentro y fuera de El Pardo, representaba sus ojos y oídos. Uno de los logros más apreciados de Salgado-Araujo era la estrecha relación que mantenía con el padre Molina, confesor del embajador de los Estados Unidos, mister Hayes. Con el diplomático aseguraba tener una buena amistad, por lo que la información que le llegaba sobre el criterio de los norteamericanos respecto al gobierno de Franco era realmente certera, especialmente con la inestimable ayuda del sacerdote.

—Pacón, ya verás como los deseos del embajador Hayes sobre la neutralidad de España para cuando acabe la guerra se verán cumplidos —dijo Franco, mientras sacudía azúcar de la solapa del *blazer* azul marino que lucía aquella tarde.

El secretario sorbió la horchata antes de responder con un semblante que denotaba pesimismo.

—Mi general, jamás he dudado de tu especial instinto y clarividencia pero, permíteme que, en estos momentos, siga albergando dudas. No logro disipar los malos sueños sobre la amenaza que se cierne sobre la patria. Los refugiados rojos que luchan contra las tropas de De Gaulle y

aquellos emigrados que forman parte de la Resistencia están deseosos de conseguir la revancha. Veremos, cuando todo acabe, cómo reaccionarán los Aliados.

Franco Salgado-Araujo mojó una ensaimada en la horchata y la saboreó.

—De momento, desde que el Ejército alemán ha abandonado la vigilancia del corredor fronterizo, estamos viendo un gran incremento de entradas ilegales por Los Pirineos de elementos armados, dispuestos a la guerra de guerrillas en nuestra nación.

Salgado-Araujo, que vestía el uniforme de general de brigada, volvió a sorber la horchata, sin mover ni un solo músculo del rostro.

—Disculpa, Paco, las pastillas me producen sequedad.

Franco asintió con gesto condescendiente y dejó hablar al incondicional colaborador.

—En estos años, como bien sabes, he realizado una intensa labor de captación de información entre diplomáticos y agregados militares de las potencias contendientes. No pocos de ellos llegaron a sondearme sobre la posibilidad de que tú, el Caudillo, dado el caso, permitirías el libre paso de las fuerzas alemanas para invadir Gibraltar y el Norte de África. Aquella hipótesis, que tanto complacía a alguno de los nuestros, logré desmentirla por completo, asegurando que ningún ejército extranjero contaría con la autorización para pisar el territorio nacional. Ni Franco ni el pueblo español lo permitirían.

Carraspeó el valido del Generalísimo y volvió a beber horchata, esta vez un largo trago que dejó vacío el vaso.

—Perdona otra vez, mi general.

—Nada, nada, pero no seas tan pesimista, Pacón —comentó Franco con voz atiplada al tiempo que acercaba los labios a una fina pajita por la que sorbió el dulce líquido.

Salgado-Araujo dejó el vaso sobre la mesa, estiró con desgana la guerrera y con unas pupilas perennemente brillantes miró al Caudillo.

—La política, Paco, nunca se sabe que derroteros puede tomar, especialmente cuando hablamos de democracias que están a punto de doblegar a la más grande nación, que ha fracasado en el intento de establecer un orden en Europa. Nosotros, no hay que olvidarlo, de cara al mundo hemos sido algo más que amigos de Hitler y Mussolini…

Franco, cambiando el afable tono, interrumpió a su primo.

—¡No sigas por ese camino, Pacón! Agradezco tu preocupación que desvelas con gran sinceridad, lo cual te honra. Pero estás equivocado. Churchill y Roosevelt, nunca consentirán que un puñado de republicanos perdedores arrastren a los Aliados a una nueva guerra carente de sentido.

—La política es siempre tan incierta, mi general —terció Franco Salgado-Araujo.

El Generalísimo movió la cabeza con indulgencia hacia el afligido primo al que apreciaba. Hizo sonar una campanilla y enseguida apareció uno de los asistentes portando una jarra de horchata fría. Después de cuadrarse, el funcionario relleno los vasos y dejó el recipiente sobre una mesilla auxiliar. Dio un taconazo y salió del salón con rapidez.

Franco volvió a hablar con ánimo paternalista.

—Venga Pacón, bebe que la horchata tiene mucha vitamina, además de refrescar. Debes ser más positivo, seguir mi ejemplo. Tengo fe ciega en el porvenir de la patria. No habrá más guerra, ni nadie nos va a invadir, te lo aseguro. Vamos a vencer todas las dificultades, que no son pocas. Los españoles, con su Caudillo al frente, están dispuestos a apretarse el cinturón y sabremos

superar el injusto embargo al que nos vemos sometidos por las circunstancias internacionales.

Pacón observaba con embeleso al dueño absoluto de España. Siempre le sorprendía el tono positivo de aquel enérgico militar, capaz de sortear las más serias dificultades. Acompañado por la suerte que, los uniformados africanistas como ellos, llamaban «baraka».

—Resulta un gran ejemplo —continuó Franco— ver a los generales en el tranvía o en el metro, como unos ciudadanos más, dando ejemplo, que es como hay que hacer las cosas. Tenemos muy poco combustible, nada mejor que cambiar el coche oficial por el transporte público.

El general Salgado-Araujo esbozó una tímida sonrisa y pareció unirse a la euforia del Caudillo, cuya voz atiplada adquiría velocidad, como dispuesto a pronunciar un mitin patriótico, ensalzando las virtudes de los españoles y poniendo el manido ejemplo de la reacción unánime en la rebelión contra la ocupación de las tropas de Napoleón.

—¡Como en 1808, Pacón! ¡Poseemos un pueblo de raza que sabe responder cuando tiene un Caudillo! Recuerda el Mío Cid: «que buen vasallo si tuviere buen señor». Ese es nuestro compromiso.

—Paco —intervino Salgado-Araujo— es cierto que la gente valora los gestos. Estarás enterado de que al teniente general Muñoz Grandes los viajeros del tranvía lo vitorean cada día que viaja con ellos, sin ningún tipo de privilegios.

—¡Nosotros, las autoridades, somos el núcleo del pueblo español! Los Aliados nos respetarán, ya lo hizo Hitler. No tuve ninguna duda en mandarle el recado: «si los alemanes pretenden cruzar Los Pirineos pondré todos los puertos españoles a disposición de las fuerzas de la coalición angloamericana».

Franco adquirió un tono que pretendía ser contundente, gesticulando con rotundidad. Forma espontánea de intentar minimizar el efecto de una voz atiplada, que tanto regodeo había producido desde siempre entre los compañeros de armas.

—El Führer sabía que hablaba en serio y no se atrevió a dar el paso que le aconsejaban algunos generales. Ya tuvo un error determinante, letal, al invadir la Unión Soviética. Entonces intuí que era el final de Alemania, pero, en prueba de agradecimiento a la colaboración prestada en nuestra guerra, decidí crear la División Azul. Como se pudo comprobar, una aportación que no iba contra los Aliados, que han sabido verlo como un episodio de lucha para combatir el comunismo. Lucha en la que ellos están comprometidos.

El Caudillo paró en seco, cerró los ojos un instante y volvió a enfatizar.

—Otra cosa es la reacción de los soviéticos, que son nuestros más acérrimos enemigos. Cuando dentro de unos meses llegue la paz, comenzará otra guerra: la contención del comunismo en Europa.

Atemperado, tras la diatriba, Franco sirvió horchata en los vasos.

—Bebe, Pacón, que tiene mucho alimento, y te hace falta un refuerzo para levantar el ánimo.

El colaborador del jefe del Estado dio unos pequeños sorbos, antes de contestar.

—Mi general, nadie como tú para levantarme el ánimo. Oyéndote parece que comienzo a ver las cosas de otra manera, con mayor esperanza…

—¡Con toda esperanza!

El Generalísimo paladeó la horchata.

—Mañana salgo con el Azor, jornada de pesca. Vienes conmigo, el aire del Cantábrico te

vendrá bien.

—Encantado, Paco.

—Por cierto —Franco bajó el tono de voz, dispuesto a hacer una confidencia—, aquello que pasó en África, en el 16, me está dando la lata.

—La bala de aquel moro iba envenenada, fue un milagro que no te matara. ¿Has hablado con tu médico?

—Sí, ya me ha dicho que tengo que ponerme en manos de un especialista.

—¿Y dónde está el problema?

—Como eres conocedor, ese tema siempre lo he llevado con la máxima discreción. El médico pretende que un renombrado urólogo con consulta en Serrano vaya a El Pardo para reconocerme. Ya una vez puesto en buenas manos quisiera que viera lo otro, ya sabes.

—¿Lo otro?

—Sí, hombre, sí, eso que tengo desde pequeño.

—Ah, pues no estaría mal. Igual pueden darte una buena solución. ¿Dónde está el problema?

—No quiero que el médico venga a El Pardo, ni que Carmen sepa nada.

—Entiendo.

—Pacón, te pasaré el nombre del inminente urólogo y en cuanto volvamos a Madrid vas a conocerlo y valoras si es de plena confianza, capaz de mantener la boca cerrada. Si resulta de fiar deberás preparar un operativo con las personas más leales para que, bajo el mayor secreto, pueda desplazarme a la consulta.

EL REMORDIMIENTO

Miguel pasó de la euforia de los primeros días de la liberación de París a una apatía que lo reconcomía. Necesitaba acción. No podía seguir perdiendo el tiempo, esperaba con anhelo la orden de continuar luchando contra el nazismo. Arriesgando la vida cada instante parecía querer purgar las heridas emocionales, las más duras de cuantas acumulaba, de la guerra civil española. Sentado en un banco de la plaza Dauphine, frente al Puente Nuevo del que sobresalía la estatua ecuestre de Enrique IV, en la Île de la Cité, disfrutando de la sensación de paz del espacio, Miguel recordó cómo llegó a Madrid con la Columna Durruti el 15 de noviembre de 1936. El presidente del Gobierno, Francisco Largo Caballero, solicitó la ayuda de los anarquistas catalanes que habían intentado ocupar Zaragoza, sin conseguirlo. Buenaventura Durruti acudió al auxilio de la capital de España con dos mil hombres. Aún parecían resonar en los oídos de Miguel los vítores de los madrileños cuando los camiones de la columna entraron por el puente de Vallecas. Aquel momento revistió una especial emoción, la población resistía heroicamente los ataques de las tropas del general Franco. Una semana antes los mismos vecinos recibieron con ovaciones y esperanza a los combatientes extranjeros de las Brigadas Internacionales. La entrada vibrante en la ciudad martirizada quedó empañada por los disparos de unos francotiradores parapetados en la embajada de Finlandia. Los anarquistas, con Miguel al frente, tomaron la legación al asalto y mataron a los hombres armados. Aquel no era un buen recuerdo.

Fueron jornadas duras, de tenaz resistencia y ataques, midiéndose con el organizado y bien pertrechado ejército nacionalista. Miguel rememoró con vergüenza la desbandada de efectivos de la Columna Durruti en el Parque del Oeste, a las cuarenta y ocho horas de llegar a Madrid. Recordó al general Miaja, presidente de la junta de Defensa, pistola en mano llamarles cobardes, ordenándoles que volvieran a las trincheras. Los anarquistas obedecieron.

Miguel era víctima de la mala conciencia por las muertes inútiles, injustas, cometidas por él mismo. Pero el mayor calvario de sus propios actos de sinrazón, eran provocados por un episodio tan desgraciado como indeseable. Una noche de finales de noviembre, enloquecido por la sed de venganza desatada ante la pérdida de numerosos compañeros en las encarnizadas luchas de la Ciudad Universitaria, decidió unirse a una de las sacas de Paracuellos del Jarama. Aquella masacre absurda, ocurrida entre el 1 de noviembre y el 4 de diciembre, provocó miles de asesinatos. Y él, el libertario que estaba en contra de la pena de muerte, llevado por la peor reacción humana, fue partícipe de la barbarie. Fantasma implacable que lo perseguía.

Un anciano avanzó hacia él, caminaba despacio, apoyado en un bastón, pero mantenía el cuerpo erguido. Los ojos, claros y acuosos, miraban a Miguel con la misma ternura que reflejaba el rostro pulcramente afeitado, surcado por arrugas. El padre Jean Pierre había dedicado una larga vida al cuidado de los cuerpos y almas de los más necesitados. Era un gran conocedor de las miserias de los llamados animales racionales, que conforman la propia condición de la especie más dañina del planeta Tierra: el ser humano. Cada día salía a la calle en busca de semejantes a los que atender. Como San Pedro, era un pescador de hombres.

—Buenos días, amigo —dijo el padre, en francés.

—Hola —contestó lacónico Miguel.

—¿Usted es extranjero, verdad?

Miguel asintió con un gesto.

—¿Puedo sentarme?

—Claro, señor, el banco es grande.

Lentamente el padre Jean Pierre tomó asiento junto a Miguel. Del bolsillo del pantalón sacó un pañuelo arrugado y fue secando el sudor de la frente.

—Bonito día de verano —comentó el sacerdote.

—Sí, y caluroso.

—¿Pertenece a la División Leclerc? —preguntó el clérigo al observar la Cruz de Lorena en el uniforme de Miguel.

—Efectivamente, soy voluntario desde el norte de África.

—Su acento es español. ¿Me equivoco?

—Es usted muy observador, señor.

—Permita que me presente, soy el padre Jean Pierre.

Miguel quedó sorprendido.

—¿Cura y no lleva hábito, ni coronilla?

El sacerdote sonrió.

—El hábito no hace al monje.

—En España sería imposible ver a un cura vestido así.

—Estamos en Francia. En mi juventud vestí sotana, hasta que decidí mezclarme con los obreros, llevando el mensaje de Jesucristo a los barrios más pobres. Comprobé que para hacer oír la palabra de Dios entre los escépticos es mucho mejor vestir como ellos. Llevo años retirado, por la edad, pero sigo interesado por el ser humano.

El militar español estaba atónito, él, que era un contumaz anticlerical, días atrás había entrado en la iglesia de Ecouché y colaborado en la restauración del Sagrado Corazón de Jesús. Una semana más tarde estaba hablando con un cura que no parecía cura en el centro de París. ¿Qué le estaba pasando?, pensó.

—Mire padre, soy anarquista, no creo en Dios y nunca he tenido una conversación con un sacerdote, por principios.

—Disculpe si lo he molestado, pensaba que podía charlar un instante con uno de los heroicos soldados que nos han liberado.

El padre Jean Pierre hizo ademán de levantarse. Miguel le puso una mano en el hombro.

—Por favor, si alguien tiene que irse soy yo. He visto que tiene cierta dificultad para mover la pierna. ¿Alguna dolencia?

—La esquirla de un obús alemán en el frente del Marne, en el invierno de 1915.—¿Luchó como soldado?

—Solicité una dispensa y serví como oficial. Antes de ir al seminario fui legionario.

Aquella declaración conmocionó a Miguel, que miró al anciano con admiración.

—Entonces somos compañeros de armas, cuando acabó la guerra de España hui a Argelia y, con otros muchos compañeros, me alisté en la Legión Extranjera.

El sacerdote esbozó una sonrisa, arremangó la manga y mostró el antebrazo derecho, llevaba tatuado el emblema de la Legión francesa. Seguidamente los dos hombres estrecharon las manos.

—Tratándose de antiguos legionarios, creo que podemos hablar como camaradas. ¿No le parece?

—Sí, padre.

—Por favor, llámeme Jean Pierre.

—Yo soy Miguel. Que la guerra haya servido para este encuentro, tal vez quiera decir algo.

—La guerra es el mayor fracaso del hombre pero, desgraciadamente, es inherente a él. Desde el comienzo de la humanidad la guerra ha estado siempre presente.

—Estoy cansado, cansado de tanta sangre y horror. Llevo ocho años empuñando las armas y sé que mis anhelos nunca serán del todo cumplidos.

—Las guerras siempre son terribles, pero usted ha pasado por una en su país de hermanos contra hermanos.

El español sintió aquellas palabras.

—Tiene razón, es una losa que siempre llevaré encima.

—Quienes hemos empuñado las armas debemos saber vivir con el remordimiento —contestó el cura.

—Es cierto —Miguel dijo aquello en voz baja y dudó en hablar de los recuerdos oscuros que lo atormentaban. Después de mostrarse como ausente, ante la azul mirada de Jean Pierre, decidió seguir.

—He participado en actos de los que no me siento orgulloso, bien al contrario.

—¿Está arrepentido?

—Si pudiera volver atrás borraría ciertos episodios.

—Eso está bien, indica que hay conciencia.

—En ocasiones es difícil vivir con ella —confesó Miguel.

El sacerdote habló de la fragilidad humana, de la que él mismo era ejemplo. Explicó las experiencias sobre las miles de personas a las que había conocido a lo largo de su vida.

—Miguel, la conciencia es importante, nos humaniza, incluso engrandece. El arrepentimiento sincero es el camino para sobrellevar los errores. Y no olvide que el hombre es el único animal que tropieza varias veces con la misma piedra. Pero hay que reconocer las debilidades propias, afrontarlas.

—A veces los errores cometidos son terribles, terribles.

—Amigo mío, sus palabras reconfortan mi corazón. Es una confesión sincera, que para un creyente supondría la absolución y la oportunidad de dejar atrás lo malo, procurando seguir adelante con el ejemplo del presente.

—Mire, desde muy joven he luchado por los ideales libertarios, empuñando las armas. En los frentes de guerra he matado a muchos enemigos, en enfrentamientos cara a cara. Pero hay dos

episodios en la retaguardia, uno sucedido en Barcelona y otro en Madrid que incesantemente me corroen.

—Tenemos que vivir con ello. Yo también he matado y cuando fui un joven legionario, casi adolescente, hice cosas horribles. Por suerte pude ver la luz de la fe y seguir el camino de Dios. Créame, quien esté libre de pecado que tire la primera piedra.

—Me gustaría que fuese tan fácil. Siento que soy presa de una gran contradicción que corroe al estado de ánimo. Estoy considerado un militar de acción, al que encomiendan las acciones más arriesgadas. Mis hombres me siguen ciegamente y ahora mismo estoy deseoso de entrar nuevamente en combate. Sin embargo soy antimilitarista y contrario a la pena de muerte. Estoy muy confundido.

—El hombre fue creado con la imperfección. Si fuese infalible sería Dios y eso es imposible. Deje de torturarse —aconsejó el padre Jean Pierre.

—A los católicos les es fácil, se confiesan y ya está. Para los que no somos creyentes es más duro, solo rendimos cuentas con nosotros mismos, con la propia conciencia y convicciones morales, nadie nos puede exonerar. Simplemente llevas la carga como puedes, esperando el final.

El sacerdote rebuscó en el bolsillo interior de la chaqueta, extrajo unas lentes y un papel que, con manos temblorosas, fue desdoblando despacio. Había un texto escrito a mano, con hermosa y precisa caligrafía. Se colocó las gafas y leyó.

—«No hay pecado tan grande, ni vicio tan apoderado que con el arrepentimiento no se borre o quite del todo». Estas palabras son de Miguel de Cervantes. Tal vez le sirvan.

—Tal vez.

EL DIARIO DE LETIZIA

El verano de 1944 estaba resultando intenso para Letizia, los acontecimientos que vivía Europa habían incrementado su trabajo en el ministerio pero, más notablemente, en la labor que desempeñaba como agente del OSS. Mujer de ideas avanzadas, dispuesta a gozar con libertad de la sexualidad, la figura de John para ella representaba la de un cómplice en lo que entendía como un mero juego. Un juego para el deleite, el goce, ejerciendo el derecho carnal que entonces solo parecía asistir a los hombres. Claro que en la inconfesable relación física que mantenía con el norteamericano subyacía un sentimiento de rebeldía, desafío, en el que buscaba el éxtasis como situación extrema. Era una especie de arrebato belicoso contra la sociedad oscura, represiva, que mantenía el Régimen para el que ella trabajaba. Contradictoriamente, en reiteradas ocasiones experimentaba dolor, con gritos que no eran orgásmicos. Sí, entonces se sentía más liberada que en los instantes de placer, pensó mientras pasaba las páginas del cuaderno en el que escribía la historia que la tenía atenazada, atribuida a un personaje ficticio. El relato en realidad era el diario de Letizia.

Podía disfrutar del sexo con John, pero este jamás ocuparía su corazón. Miguel estaba presente en cada momento, y ante los ojos de cualquier español del momento la relación con el diplomático, de conocer el interior de ella, sería considerada como una inmoralidad. ¡Ah, la moral! Escribió con trazo elegante, empleando una estilográfica Parker que había pertenecido a su madre. Antes de continuar recordó cómo descubrió a Nietzche en Harvard, donde estudió filosofía y literatura. Más tarde ahondó en el pensador alemán durante la estancia en Bélgica, país en el que su padre estuvo destinado un año antes de estallar la guerra civil. Con impecable caligrafía siguió volcando los pensamientos sobre el papel, refiriéndose al superhombre de Nietzche: «Cómo me recuerda a Miguel, cuando asegura que los seres humanos, encarnados en su superhombre, podemos llegar a vivir completamente libres, al margen de las cadenas que para él suponen la moral y la religión».

Miguel estaba presente en cada capítulo de una historia ficticia que era la propia verdad de Letizia. De pronto rio imaginando que los compañeros del Movimiento Nacional pudieran leer un relato que confesaba la gran mentira que ella misma representaba. Mentira osada, libertina, procaz, añadió en el pensamiento y, entonces, soltó una carcajada. Siguió escribiendo, poniendo en boca de Miguel algo que él jamás habría sido capaz de decir, por no conocer la obra del filósofo, pero a ella le gustaba idealizar al amor de su vida hasta en el aspecto cultural: «Para

Nietzche la moral es una fuerza terrible y engañadora que ha corrompido a la humanidad entera. La moral es la gran mentira de la vida de la historia, de la sociedad», concluyó con trazo elegante.

Sonaron unos conocidos golpes en la puerta de la habitación, era la doncella. Letizia cerró el cuaderno y lo guardo en el cajón de la escribanía.

—Señorita, una señora que habla muy mal el español y dice que es inglesa solicita verla. Está esperando en la puerta.

—Que pase a la salita, la recibiré en unos minutos. ¿Te ha dicho el nombre?

—Margaret, no sé qué…

—Está bien, voy en un momento.

Un tanto sorprendida por la inesperada visita, Letizia cambió la bata por un vestido de punto, adquirido en Nueva York dos años atrás, y tras unos minutos ante el tocador salió a recibir a la dama.

Margaret Kerrigan esperaba de pie. Era una señora elegante de mediana edad, alta y delgada, que intentó dulcificar el rostro en cuanto apareció Letizia que, al verla, se percató del estado de intranquilidad de aquella desconocida.

—Gracias por recibirme y disculpe el atrevimiento de presentarme sin previo aviso.

Letizia estudió a la mujer mientras se acercaba a ella.

—A quién tengo el placer…

—Soy Margaret Kerrigan, esposa de un funcionario de la embajada del Reino Unido.

—Podemos hablar en inglés —contestó Letizia en aquella lengua.

—Perfecto, se lo agradezco.

—Por favor tome asiento. ¿Le apetece un té?

—Gracias, pero mi visita debe ser breve.

—Usted dirá en que puedo ayudarla.

—Estoy aquí por iniciativa propia, nada tiene que ver la legación.

—Bueno yo no tengo relación con el mundo de la diplomacia, supongo que sabe dónde trabajo.

—Sí, en la Secretaria General del Movimiento Nacional —la mujer dudó unos segundos antes de continuar—, pero conocemos su relación con la embajada de los Estados Unidos.

—Es sabido en Madrid que allí tengo buenos amigos, yo misma pasé parte de la guerra civil escondida en esa representación. Mi madre, ya fallecida, era de Boston.

—Vengo a traerle un mensaje para el gobierno norteamericano.

Letizia dio muestras de sorpresa y sin responder ofreció un cigarrillo a Margaret que esta aceptó. La española dio una larga calada y volvió a radiografiar a la mujer que tenía delante.

—Este es un canal inapropiado, yo ni puedo ni debo asumir semejante papel.

—Señorita, mi marido trabaja para el MI6. Discúlpeme nuevamente por el atrevimiento, sabemos quién es usted y la verdadera relación que mantiene con los Estados Unidos.

—De amistad y admiración, la más importante familia que poseo está en aquel país al que también considero mi segunda casa —dijo Letizia sin asombrarse por las palabras de Margaret—. Y no sé que habrá oído usted de la inteligencia inglesa sobre mí, pero le aseguro que en estos momentos en Madrid hay tantos espías por metro cuadrado que cualquier persona es susceptible de ser confundida.

—Siento mucho haber podido molestarla —Margaret hizo ademán de levantarse.

—Por favor, no se vaya. Ya que está aquí, dígame que asunto deseaba contarme. Si está en mi mano haré lo posible para que llegue a oídos del embajador.

La inglesa pareció relajarse, apuró el cigarrillo y lo apagó en el cenicero de plata que había pertenecido al padre de Letizia.

—Se trata del general Antonio Aranda. Supongo que lo conoce.

—Claro, fue compañero de armas de mi padre en el Protectorado de Marruecos. En nuestra guerra era conocido como el héroe de Oviedo, siendo uno de los generales decisivos en la victoria dirigida por Franco. Últimamente oigo que está metido en líos políticos.

—Aranda es monárquico, mantiene estrecha relación con Don Juan de Borbón, y desde hace tiempo cuenta con el apoyo del embajador británico míster Hoare. Es un militar íntegro que, al igual que otros muchos generales, no está de acuerdo con el Régimen y desea que España tenga una monarquía parlamentaria como la del Reino Unido.

Letizia encendió un nuevo cigarrillo, antes de ofrecerle a Margaret, que volvió a fumar.

—¿Por qué me cuenta a mí las veleidades políticas de Aranda? ¿No se da usted cuenta que yo colaboro con el ministro secretario general del Movimiento? —señaló Letizia, teatralizando el tono de las palabras.

—Si estoy aquí es porque somos conocedores de su papel a favor de los Aliados.

—De amistad.

—Es una buena definición, Letizia. En aras a esa amistad estoy aquí. El general Aranda ha tenido apoyo del gobierno británico pero ahora el primer ministro, Winston Churchill, parece que está decidido a que Franco siga en el poder. En la embajada, secretamente, tienen órdenes que favorecen al Caudillo, en contra de la opinión del embajador. Por ello sería deseable que los Estados Unidos prestaran decidida cobertura a Aranda.

—¿Es en serio cuanto está diciendo, Margaret? ¿Tiene idea en la situación que me está poniendo? —Letizia volvió a impostar.

—Agradecemos el valiente compromiso que usted mantiene con las democracias —dijo la inglesa con seguridad—. Comprendo que me hable así. Convenza a los norteamericanos para que atiendan a Aranda, antes de que Franco lo encarcele definitivamente.

CAZADOR DE ROJOS

En Madrid el tiempo refrescó en la recta final del verano, avivando los achaques del comisario Laureano Buendía, esa mañana con cara de pocos amigos. En escasos minutos tenía que recibir al inspector Pedro Urraca para iniciar unas jornadas de trabajo que no le hacían la menor gracia. El que fuere agregado policial en la embajada española en París había remitido numerosos informes al Ministerio de Exteriores y a Falange, por tanto era conocida la labor de probo funcionario, que desde hacía años tenía, entre otros, el sobrenombre de «cazador de rojos». Aunque Urraca era un funcionario altamente considerado, con la especial protección del ministro José Félix de Lequerica, el general Franco quiso que las actuaciones desarrolladas en los últimos meses, desde el desembarco aliado en las playas de Normandía hasta la liberación de París, fueran informadas a la Dirección General de Seguridad. Durante años Urraca estuvo prestando una valiosa labor para los intereses del dictador y ahora era el momento de confirmar la confianza depositada en tan extraordinario agente, en palabras del propio Generalísimo. Por ello se apostó por una entrevista personal, que debía realizar y evaluar Buendía, bajo la supervisión directa del teniente coronel Rodríguez, hombre de máxima confianza en El Pardo. Meses antes, el comisario tuvo ocasión de interrogar a un buen amigo de Urraca, el periodista y escritor César González Ruano, liberado de la prisión parisiense de Cher-Midi, en la que estuvo recluido por orden de la autoridad militar alemana, acusado de estafador. Al veterano policía, aquel tipo excéntrico, carente de escrúpulos y ensombrecido por las adicciones, le causó asco.

Buendía recordó la impostura de César González Ruano, el endiosamiento frívolo y, al tiempo, la corrección exasperante, de las que hizo gala a lo largo de las varias sesiones de amistoso interrogatorio, pues fue tratado como una autoridad del Régimen. El periodista, sobre el que se cernían serias sospechas de acciones ilegales en el París ocupado, algunas de ellas situadas en la ignominia, contó que una mañana se presentaron en la prisión de Cher-Midi el coronel Rado, de la Gestapo, con Pedro Urraca y lo liberaron. González Ruano habló de la amistad con el policía, una relación que iba más allá para compartir negocios y diversiones en la capital de Francia, entonces bajo la égida nazi. El periodista, curiosamente, mostró interés en comentar la relación con el alto oficial de la policía secreta del Reich en la ciudad de la Luz, que en realidad se llamaba Radomir Smerka y era checo. González Ruano explayó los comentarios referidos a Rado, asegurando que aquel tipo tenía una biografía novelesca, iniciada en la guerra civil española como miembro de las Brigadas Internacionales. En España adquirió prestigio como hábil interrogador

de los prisioneros de la División Cóndor, pues hablaba perfectamente el alemán. Finalizada la contienda regresó a Praga, donde estaba en el momento en que entraron las tropas alemanas y lo detuvieron, pero enseguida fue captado por el mando de las SS Karl Bómelburg, más tarde jefe de la Gestapo en territorio francés. Buendía tomó especial nota de aquel peculiar tipo que había pasado de interrogar a militares alemanes a formar parte del sistema de represión del nazismo, pues González Ruano comentó que Urraca colaboraba estrechamente con Rado en la persecución e interrogatorio de republicanos españoles, misión encomendada por Bómelburg, pues hablaba bien el castellano. El cóctel Ruano, Urraca, Rado, inquietó al comisario.

En punto, a la hora convenida, apareció Pedro Urraca. Al igual que en el día anterior, el policía lucía unas ropas carísimas, de las mejores sastrerías de París, pensó Buendía, mientras hizo esfuerzos por mantener la templanza, saludó educadamente.

—¿Un café, Urraca? —Puede llamarme Perico, como todo el mundo que me conoce.

—No se moleste, pero soy más de apellidos —añadió Buendía, sarcástico.

El agente de Exteriores encajó bien, estaba acostumbrado a lidiar en las más diversas situaciones. Respondió con una sonrisa.

—Si le parece —dijo Buendía—, nos saltamos los formalismos y vamos al grano.

—Fenomenal, comisario. ¿Por dónde quiere que empecemos?

—Usted tiene una brillante de hoja de servicios. Ha trabajado con denuedo, cumpliendo las órdenes encomendadas con gran celo y buenos resultados.

Pedro Urraca mostró un leve rictus de satisfacción.

—Sin embargo —continuó el comisario— estamos interesados en conocer ciertos detalles que, *a priori*, aparentan menos grandeza.

El agente miró fijamente al interlocutor y habló con aparente calma.

—He pasado cuatro años jugándome la vida por los intereses de España. ¿A qué se refiere?

Laureano Buendía abrió una carpeta de piel y apareció la fotografía del periodista César González Ruano junto a varios folios mecanografiados.

—El bueno de César —comentó Urraca, si saber a qué venía aquello.

—Ustedes son amigos, muy buenos amigos. ¿Es cierto?

—Compartimos días intensos en París. González Ruano siempre colaboró con nosotros. Es un intelectual de talla, fiel a la obra de Franco —la última frase Urraca la pronunció con énfasis.

—¿También fiel a la Gestapo?

—No entiendo este interrogatorio —el agente comenzó a mostrarse molesto—. Desde el primer momento hemos trabajado con la policía secreta del Reich. La embajada y yo mismo, mantuvimos excelentes relaciones de colaboración con los máximos responsables de la seguridad alemana en Francia, pero especialmente en la capital del Sena. César es de los nuestros y respondió cuando se le necesitó.

—¿Qué sabe de los negocios del señor Ruano durante el periodo en que es estuvo instalado en París?

—Como conoce, comisario, el año pasado elaboré un informe al respecto…

Buendía no dejó acabar al agente.

—Me refiero a ciertos negocios que usted omitió en su informe.

—¿De qué habla?

—Sabemos que su amigo periodista llevaba una rutilante vida de lujo y que logró enriquecerse

con engaños. Desplumaba a familias judías a las que prometía gestionar la huida a España. Cuando estas llegaban a los pasos fronterizos de Los Pirineos, allí nadie las esperaba y automáticamente eran detenidas por la policía alemana, para ser deportadas a campos de concentración. Edificante. ¿No le parece?

—¡Habladurías, porquería de gente interesada! —exclamó Urraca.

El comisario prendió lentamente el tabaco de una pipa que cogió de encima de la mesa del despacho, dejando que pasaran unos cuantos segundos antes de responder.

—Esas habladurías proceden de la jefatura del SIFNE, que como usted debe saber es el Servicio de Información de la Frontera del Nordeste de España. Incluso la Guardia Civil tiene un informe al respecto.

Pedro Urraca pareció desconcertado y removió el cuerpo en la butaca, pero se limitó a mirar al comisario como esperando más respuestas.

—González Ruano, su amigo, deja mucho que desear en el terreno moral. Podemos decir que es un estafador, un delincuente en toda regla. Pero tranquilo, Urraca, que el Régimen está dispuesto a pasar un tupido velo. No en balde es un insigne intelectual fiel a la causa.

—Mire comisario —terció el agente—, le juro que desconocía semejante actitud. César es un tipo especial, inteligente y culto, pero con una personalidad excesivamente hedonista. Para nada comparto un comportamiento que siempre estaré dispuesto a perseguir. Pero si quiere que le sea sincero, el que haya sableado a unos cuantos judíos que pretendían escaparse de las leyes alemanas, tampoco lo veo un crimen monstruoso.

—¡Seres humanos, querrá decir! —contestó soliviantado Buendía.

Ahí surgió la verdadera fibra del fiel colaborador de las SS y la Gestapo. Urraca lanzó una mirada de desafío y habló con rotundidad.

—¡Más bien semitas, ratas semitas!

Laureano Buendía siguió fumando con aparente deleite manteniendo la mirada de Urraca. Con parsimonia fue a la mesa de trabajo y regresó con una nueva carpeta. Volvió a sentarse frente al agregado policial en París, extrajo unos folios mecanografiados y leyó lentamente.

—Según informe elaborado por el Servicio de Información Militar su esposa, Héléne Cornette, de nacionalidad francesa, es de origen judío…

—¡Cómo se atreve! —el cazador de rojos en suelo francés pareció perder los estribos.

—Tranquilícese, Urraca, solo le estoy poniendo al día de la información que obra en nuestro poder, y lo que acabo de leer es una afirmación, no una sospecha. ¿Me equivoco?

El inspector hizo una mueca de desagrado por toda contestación.

—Bien, observo que no hay desmentido. Según reza en el informe usted consiguió que la Gestapo confiscara un apartamento en la 113 de la rue de l'Université, propiedad de la pintora Antoinette K. Sachs…

—¡Una colaboracionista de los terroristas de la Resistencia! —rugió Urraca mientras irguió el cuerpo y el rostro comenzó a desencajarse.

—Por segunda vez le ruego tranquilidad. Nadie va a tomar en cuenta las indecencias que se le atribuyen. Pero quiero que sepa que ni usted ni nadie campa a sus anchas sin que la seguridad del Estado lo conozca —dijo Buendía con gesto retador.

—¡Soy un fiel servidor de la patria y del Movimiento Nacional! ¡No estoy dispuesto a que me humille con insidias y mentiras…! —¡Usted es un funcionario del Estado que en estos momentos

está bajo mis órdenes! ¡Y ahora cállese y escuche! ¡Ni se le ocurra volver a interrumpirme!

Urraca no daba crédito, en la propia Dirección General de Seguridad estaba siendo tratado como uno de aquellos rojos que con tanto celo él había perseguido, siguiendo al pie de la letra las órdenes recibidas. Por disciplina, seguramente incluso por precaución, decidió callar, pensando que sus valedores, el ministro Lequerica y el jefe de Falange Exterior, sabrían resarcirlo de semejante trance. Una cosa estaba clara, el comisario que le había tocado en suerte mostraba especial inquina por él.

—Hablábamos del apartamento que tras sus oportunas gestiones le fue cedido por la Gestapo en París. Al lado del citado inmueble tenía usted un despacho donde, de forma opaca, gestionaba visados y salvoconductos para judíos que querían pasar a España.

—Con el debido respeto —Urraca cambió el tono para hablar al comisario—, la información es errónea, yo nunca he tenido capacidad para expedir semejantes documentos.

—Cierto —terció Buendía—, pero usted mantenía una estrecha relación con uno de los responsables de la Gestapo de los denominados asuntos españoles en París. Me refiero a Ernst Alisch, que también era el representante en España de la Oficina Central de la Seguridad del Reich.

—Mire comisario, el señor Alisch es un magnífico policía con el que mantenía una estrecha y obligada relación profesional.

—Ya, por eso ese alto cargo de la Gestapo le proporcionaba la documentación referida, destinada a las personas adineradas de raza judía que tras entrevistarse con su esposa, de la misma raza, eran convencidas de que, tras pagar considerables cantidades, podrían pasar tranquilamente la frontera española. Sin embargo el destino de esos incautos era la detención de la policía alemana. Vamos, mismo método de su amigo el periodista González Ruano.

—¡Todas esas mentiras tendrán que demostrarlas! —Urraca volvió a perder los nervios.

—Ya le he dicho que nadie le va a molestar. Ni por las estafas a los judíos ni siquiera por la exhaustiva labor realizada en la Comisión de Recuperación de Bienes Españoles en Francia. Parece que usted era un verdadero experto en descubrir fortunas ocultas.

—Estaba bajo las órdenes del coronel Antonio Barroso, y nuestro trabajo siempre fue realizado bajo el más escrupuloso protocolo oficial.

—Ya.

LETIZIA INFORMA AL OSS

Una cosa era trabajar para OSS desde la Secretaría General del Movimiento Nacional, analizando la evolución del Régimen, e informando sobre cuestiones que interesaban al propio Franco, para un acercamiento con la Casa Blanca, mediante contactos con los servicios de inteligencia militar. Otra muy distinta entrar en el plano político de las conspiraciones, con un significado general, Antonio Aranda, y los ingleses de por medio. Letizia llevaba dos noches sin poder conciliar el sueño. No le gustaba nada aquel asunto, pero tenía la obligación de contar a la embajada de los Estados Unidos el encuentro con la esposa de un agente británico. Aranda deseaba la instauración de la monarquía en la figura de Don Juán de Borbón, y como él pensaba un destacado grupo de generales que fue clave en la victoria nacionalista de la guerra civil.

El teniente coronel Ebright escuchó a Letizia y decidió que el momento aconsejaba mantenerse al margen. Conocía el carácter del embajador Carlton Hayes, y era consciente de las encontradas corrientes de opinión que respecto al Gobierno de Franco existían en el seno de la inteligencia norteamericana. Más aún, tanto en las cúpula militar de El Pentágono como en parte del entorno de Franklin Delano Roosevelt existían grandes reservas sobre la conveniencia de acabar con la dictadura. Por el contrario, la primera dama norteamericana, Eleanor, consideraba necesario restablecer la democracia en España. Luchadora por los derechos humanos, tenía como uno de sus asesores al intelectual Gustavo Durán, coronel del Ejército Popular de la República Española. Eleanor, dos años antes, no dudó en oponerse a la decisión de su marido de internar en campos a más de cien mil ciudadanos de origen japonés. En aquella ocasión le fue imposible convencer a su marido. Ebright barruntaba que en el caso español ocurriría igual.

—Hay que contemporizar con la señora inglesa, dándole largas, pero sin perder el contacto. Vamos a ver cómo van sucediendo los acontecimientos en los próximos meses —indicó el agente del OSS.

—Hoy mismo tengo una cita con ella, por lo que pudiera contar de nuevo —señaló Letizia.

—Eres lista, muy lista.

—Simplemente lógica. Conociendo cómo están las cosas, intuía cuál sería tu respuesta.

—Los acontecimientos en Francia están inquietando a muchos, aunque por diferentes razones.

—Vivimos momentos complicados. La derrota de los alemanes en Francia aquí abre tantas esperanzas como miedos —comentó Letizia.

—Hasta que la guerra acabe es descabellado apostar por la caída de Franco.

—Eso es difícil explicárselo al embajador británico.

—*Sir* Samuel Hoare es de una belicosidad diplomática extraordinaria. Está seriamente contrariado por la postura de Winston Churchill respecto a España. Conocíamos la relación de Aranda con los ingleses y es cierto que existen varios generales de relevancia que están conspirando para que vuelva la Monarquía —informó Ebright.

—Franco es un hueso duro de roer, oportunista.

—Ya falta menos para saberlo.

Letizia asintió con la cabeza, tendió la mano al teniente coronel en señal de despedida.

—Voy al Embassy, el santuario de los británicos en la avenida del Generalísimo. He quedado para tomar un té con la enviada del MI6.

Cuando salió de la embajada varios pares de ojos la siguieron hasta que cogió un taxi. Letizia era consciente de que en las inmediaciones de la legación de los Estados Unidos merodeaban agentes de diversa procedencia, pendientes de qué personas ajenas al cuerpo diplomático entraban y salían cada día. Ella era visitante habitual, los servicios de inteligencias conocían su relación con el OSS. En aquel convulso septiembre de 1944, con Europa en proceso de cambio, por el empuje de los ejércitos angloamericanos desde Francia e Italia y las tropas soviéticas avanzando por el norte, ingleses, alemanes y españoles permanecían atentos a los pasos de la *Mademoiselle* Doctor nacional.

En pocos minutos el taxi dejó a Letizia en la puerta de Embassy, lugar en el que los espías llevaban años confundiéndose como clientes habituales. Después de tanto tiempo todos se conocían, y si alguno nuevo aparecía era detectado por la propietaria Margarita Kearney, una inglesa que en 1931 abrió el local para dar un servicio diferente al de los más prestigiosos de Madrid. El sofisticado salón de té estaba situado en la avenida Generalísimo esquina con la calle Ayala, a pocos metros de la embajada alemana y a un par de manzanas de la británica, situada en la calle de Fernando El Santo.

Letizia entró en el local, vio que Margaret la esperaba sentada en una mesa situada al fondo, en un punto aparentemente discreto. Le fue imposible evitar sonreír al pensar que allí nada era discreto, aspecto que le convenía en aquella misión. Las mujeres se saludaron, Letizia se quitó la chaqueta Cardigan y tomó asiento. El camarero dio las buenas tardes y preguntó qué querían tomar. Por la hora Margaret sugirió té, con el acompañamiento de dulces que correspondía a la auténtica merienda británica. Letizia aceptó, aunque habría preferido un Blody-Mary, especialidad de la casa. Un hombre de aspecto cultivado las observó desde un extremo de la barra, disimulaba leer un ejemplar del *The Times* fechado en la semana anterior. Era el alemán Karl Arnold, empleado de las oficinas de la Compañía General de Lanas, con sede en el número 10 de la calle Ayala. En realidad Arnold dirigía una red de correos nazis entre Sudamérica y Berlín. Conocía a Letizia, como el resto de sus compatriotas dedicados al espionaje en Madrid, y le llamó la atención que mantuviera un encuentro con la esposa de un agente del MI6. De inmediato informaría al jefe de la inteligencia militar alemana en España.

Letizia y Margaret hablaron de cosas banales mientras esperaban a que el camarero las sirviera. Ya con el té y las pastas, comenzaron a tratar el tema que las había reunido, empleando el inglés.

—¿Ha podido hablar con el embajador Hayes?

—Estas cosas requieren su tiempo, Margaret. El asunto me tiene sin dormir y estoy dándole muchas vueltas. Entiéndame.

—Debe decidirse cuanto antes.

—¿Por qué, tanta prisa? En unos meses la guerra habrá terminado y sabremos realmente a qué atenernos.

Margaret dio signos de inquietud.

—Ya le comenté que la decisión de los Aliados tras la guerra es una incógnita. Y, vuelvo a repetir, Churchill prefiere mantener a Franco en el poder.

—Pues no parece que su embajador en España sea muy condescendiente con el Caudillo.

—*Sir* Hoare odia a Franco y su Régimen, especialmente a Falange. Él no puede hacer más que protestar. Otros, desde la sombra, hemos tomado la decisión de actuar. Los Estados Unidos deben dar soporte al general Aranda que, junto a otros compañeros de armas, desea el regreso de la Monarquía.

Letizia quedó alarmada por la revelación de la inglesa.

—¿Qué significa, hemos decidido actuar?

—Propiciar que los norteamericanos den el soporte a Aranda que nosotros oficialmente no podemos.

—Me es difícil de entender cuanto expone. Mientras esté Franco en el poder y no haya una intervención exterior para desalojarlo, ¿qué sentido tiene apoyar en estos momentos a un general sedicioso?

—Imagine que el jefe del Estado Español sufre un percance y hay que relevarlo. En ese momento la fuerza de los militares monárquicos debería ser decisiva.

Letizia mostró su sorpresa por la hipótesis tan descabellada. Aunque pensó que, tal vez, llegado el caso no fuese tan descabellada. Un escalofrío interior le recorrió el cuerpo.

—¿Cuándo habla de percance, se refiere a lo que estoy imaginando?

La inglesa se dio cuenta de que había ido demasiado lejos.

—En ningún momento hemos pensado en nada irreversible. Ese no es nuestro estilo. Disculpe si me he expresado mal.

—Creo que lo ha hecho de forma meridiana.

Letizia, asombrada, colocó un cigarrillo Dunhill entre los labios y lo encendió, ganando tiempo antes de hablar.

—Entenderá que esta situación me supera. Le aconsejo que borren de la cabeza semejante idea descabellada.

LA OCUPACIÓN EN PARÍS

Miguel inició el ritual diario de escribir la carta dirigida a María. Como en otras ocasiones, y haciendo honor a sus ideales libertarios, confesaba que en París había tenido necesidad de desahogarse con una mujer de las que cobraban. Era un hombre, decía, que cada día ponía en riesgo la vida. Un hombre joven, viril que tal vez no llegara a ver acabada la guerra, al igual que tantos compañeros caídos. Estaba recostado en el camastro de la tienda de campaña, cientos de ellas instaladas en el Bosque de Bolonia. Aquel día de principios de septiembre estaba de guardia, atento a la conducta de los hombres de La Nueve. El alto mando aliado mantenía una rigurosa vigilancia ante la incesante presencia de mujeres de toda condición que en los primeros días de la liberación habían convertido aquel grandioso espacio natural en el mayor burdel del mundo, según la expresión de un coronel médico enviado por el propio general Patton para redactar el informe de la situación epidemiológica.

Finalizada la redacción de la carta, Miguel salió de la tienda y con el encendedor Zippo de siempre prendió fuego al papel. Extasiado dejó que las cenizas volaran arrastradas por una repentina racha de viento que presagiaba un cambio radical del tiempo y que propició que el suboficial elevara la mirada al cielo.

—Es París, el tiempo cambia rápido. En ocasiones hasta tres o cuatro veces en el mismo día —dijo a sus espaldas una voz femenina.

Miguel se volvió con rapidez poniendo cara de pocos amigos, pensando que era una buscona. Pero estaba equivocado. Anne era una oficial de las FFI, uniformada y con pistola al cinto. Sorprendido, la mujer no le dio tiempo a preguntar.

—Estoy aquí, con otras compañeras, a ver si colaboramos en poner un poco de orden.

—Encantado, ayudante jefe Campos, para servirla —dijo Miguel.

—Compruebo con gusto que es merecida la fama de que los españoles son muy galantes.

Tendría unos treinta años y era realmente atractiva.

—Y las francesas muy guapas.

Sonrió la resistente agradeciendo el cumplido.

—¿Le apetece un poco de café? —preguntó Miguel.

—Encantada, hace tanto tiempo que no pruebo el buen café.

—Pues el nuestro tiene fama de ser el mejor. Acompáñeme, por favor.

A pocos metros estaba instalada la cocina de La Nueve y antes de llegar ya percibieron el

inconfundible olor del café hirviendo. El cocinero les sirvió dos tazas humeantes, ofreciéndoles una azucarera, que Miguel declinó, en cambió la mujer echó varias cucharadas en el café, ante el asombro de varios soldados.

—Ustedes no saben lo que han sido estos años de restricciones para quienes luchábamos contra los nazis —comentó Anne al percatarse de las miradas.

—Disculpe, señora. Sírvase cuanto azúcar guste y puede llevarse a casa. Los norteamericanos son muy golosos y no nos falta ni el azúcar ni el chocolate.

—Agradezco la deferencia, pero he venido a cumplir una misión y en cuanto acabemos el café, nos ponemos en marcha.

—Estoy de guardia, así que la acompañaré en la inspección.

—Bien, pero hay que emplearse a fondo con alguna de las golfas que vienen a venderse a los soldados, muchas de ellas hacían lo mismo con los nazis. A esas perras hay que cortarles las alas.

Miguel recordó el reciente episodio en las proximidades de la rosaleda y entendió que las represalias contra mujeres continuarían en la capital de Francia. Con gesto comprensivo ofreció a Anne un cigarrillo Lucky Strike, que ella acepto con gusto. Iniciaron la inspección en la que ocurrieron diversas situaciones en las que se vieron involucradas numerosas chicas de París, incluso llegadas de otras ciudades y pueblos. La gran mayoría no eran prostitutas, simplemente tenían necesidad de llenar la despensa de sus casas. Después de varias horas compartiendo tan peculiar patrulla, Miguel invitó a comer a la miembro de las FFI en el comedor de La Nueve.

—Tenemos un cocinero español que hace maravillas con el rancho —aseguró el suboficial.

—Parece tentador, vamos a probar esos platos.

Antes de dar acopio a las raciones Miguel y Anne tomaron unas cervezas, ella comentó su filiación comunista, algo que no gustó demasiado al militar. Desde que se enroló en la Legión Extranjera compartió fatigas con comunistas españoles, pero ante una desconocida que decía admirar a Stalin mostró cierto reparo. Ella pareció advertir la incomodidad del anfitrión y cambió de tema. Del bolso sacó un ejemplar de *L'Humanité*, lo puso sobre la mesa y buscó la página en la que venía publicada una detallada información sobre los centros de tortura de las SS y la Gestapo en París.

—El relato del periódico es solo un esbozo de cuanto ocurrió en los cuatro años de ocupación. Conocemos muy bien a los carniceros nazis, y para su información le diré que los más sanguinarios son franceses —aseguró Anne.

—Ciertamente hemos oído comentarios al respecto, y cuando desembarcamos en Normandía nos llevamos sorpresas con el comportamiento de algunos lugareños.

—El jefe de la Gestapo francesa, conocida como Carlingue, es Henri Lafont, capo del crimen organizado, con él colaboran delincuentes sin escrúpulos. Los indeseables de Francia han tenido vía ancha con Hitler.

—Mire, Anne, llevo muchos años luchando para acabar con el nazismo y el fascismo.

—En Francia anidó el nazismo. Durante la ocupación más de treinta mil franceses pertenecían o colaboraban con la Gestapo. En París, los nazis hicieron un llamamiento para cubrir dos mil puestos de auxiliar de policía alemana y se presentaron seis mil. Además están los asesinos de la Milicia y los fanáticos alistados en las SS y en la Wehrmacht, que siguen combatiendo bajo la bandera de Alemania.

—Por lo que dice, muchos fueron los franceses que recibieron complacidos a las tropas de

Hitler.

—Es evidente, incluso generales que ahora están contribuyendo en la liberación de Francia, aceptaron encantados el Armisticio y permanecieron en sus cargos al lado de Petain, por lo menos en los dos primeros años de la ocupación.

LETIZIA INFORMA SOBRE LA INGLESA

Letizia tenía el día libre, el ministro secretario general del Movimiento Nacional estaba acompañando al ministro de Gobernación, el jurista Blas Pérez, en la visita a las obras de construcción de casas sociales en la periferia de Madrid. La jornada anterior Letizia había facilitado a José Luis Arrese un informe sobre la situación de la vivienda, una de las grandes losas del Régimen, debido a la penuria económica de España, tras la devastación de la guerra civil y la aguda crisis en la que estaba sumido el país. Situación complicada por la contienda mundial, además del bloqueo económico, que afectaba al suministro de materias primas y de productos alimenticios. A los datos proporcionados por los organismos oficiales Letizia añadió una realista información del diario *Ya*, cuyas cifras eran reveladoras. El rotativo madrileño aseguraba que solo el veinticuatro por ciento de las viviendas españolas podían considerarse como buenas, el resto eran insalubres o defectuosas. Letizia mostraba gran sensibilidad por la falta de moradas dignas. Durante una temporada se dedicó a conocer los arrabales de la capital, trufados de enjambres de chabolas y edificaciones precarias, en los que iban asentándose colonias de familias procedentes de diversas regiones, que huían del hambre. La Dirección General de Seguridad estaba vetando la llegada de emigrantes, estableciendo controles policiales en las estaciones ferroviarias y de autobuses.

Durante tres días Letizia trabajó con denuedo para que el ministro Arrese contara con la más objetiva información, al margen de la versión oficial descrita por el Instituto Nacional de la Vivienda, cuyos objetivos estaban siendo frustrados por la delicada coyuntura económica. «No podemos caer en el papismo ni guiarnos por los maquillajes de las cifras», le había dicho al jerarca para el que trabajaba. Arrese, una vez más, la felicitó. Letizia recordó las palabras de reconocimiento, que la llenaron de satisfacción, cuando llegó a la embajada norteamericana. El marine al mando de la seguridad le dedicó una sonrisa de afecto y bromeando le dijo que ya conocía el camino. La sede diplomática era más que su segunda casa, como a veces ella la definía. Aquel minúsculo territorio de los Estados Unidos de América decidió la nueva vida de la doble agente. Entre las paredes del noble edificio sucedieron acontecimientos que la marcaron definitivamente y que representaban el más grande secreto de Letizia.

Subió las escaleras y llegó a la planta en la que trabajaban los servicios de inteligencia. La secretaria del teniente coronel Ebright recibió a Letizia con dos cariñosos besos y le informó que, en ese momento, él estaba con el agregado militar. Mientras esperaba, un asistente le ofreció té

helado, bebida que le encantaba. Pasados unos minutos apareció el responsable del OSS que, mostrando la jovialidad de siempre, la invitó a pasar al despacho. El oficial abrió un bloc de notas sobre la mesa en el que fue tomando apuntes del pormenorizado relato sobre la entrevista mantenida con Margaret, la enviada de la embajada británica.

—Una actuación muy poco profesional —culminó Letizia.

—Tal vez no, igual pretenden distraernos —opinó Ebright.

—Es un hecho que destacados generales como Kindelán, Alfonso de Orleans, Varela, Solchaga, incluso el falangista Juan Yagüe están hartos de Franco. Antonio Aranda es el más conspirador y disimula poco.

—Aranda contactó con nosotros hace dos años para pedir armas en el caso de que hubiera un golpe de Estado contra Franco, que encabezaría él. En realidad ese general está en nómina del MI6, gracias al plan que en 1940 diseñó el embajador Hoare. Es conocido con el nombre en clave de Doctor.

Antes de responder, Letizia mojó los labios en el té helado, paladeó y dio un pequeño sorbo. El refresco le recordaba las largas tertulias en la casa familiar de Boston.

—¿Qué crees que está pasando?

—Hace cuatro años las cosas eran muy diferentes. Hoare logró convencer a Churchill para alimentar una oposición interna contra Franco, pensaba que él sería quien propiciaría la caída del jefe del Estado español. Es posible que el embajador regrese a las islas de un momento a otro y el relevo tenga otra disposición.

Ebright ofreció un cigarrillo a Letizia, le dio fuego y después encendió el suyo. Antes de continuar hablando inhaló una placentera calada y soltó despacio el humo.

—Tanto Hoare como los altos cargos británicos que desean acabar con el Caudillo, parece que tienen prisa. Creo que están intentando manejarnos, pretenden endilgarnos a Aranda mientras ellos traman algo.

—¿Como qué? —preguntó Letizia.

—Con lo que me has contado y estando involucrado el MI6, podemos esperar cualquier cosa, ya sabes cómo son los ingleses. Deberemos permanecer con los ojos bien abiertos. Mantén el contacto con la esposa del agente inglés.

—Te tendré informado.

John esperaba en el vestíbulo de la embajada, sabía de la visita de su amante al responsable del OSS. En cuanto lo vio, Letizia sintió alegría. Apreciaba al norteamericano, con quien podía experimentar sensaciones que creía imposibles con los hombres españoles. Para ella, el diplomático representaba una isla de libertad y placer, incluso de desenvoltura intelectual. Estaba a gusto con él, aunque jamás podría darle el amor que últimamente reclamaba. Su corazón seguía siendo de Miguel, seguramente enterrado en una fosa común próxima a un campo de batalla de la guerra civil. O, tal vez, no. El dilema de la esperanza nunca dejaría de pervivir en el pensamiento. Espontáneamente, con la mano Letizia lanzó un beso a John, que respondió con la sonrisa franca de enamorado, acompañada de un especial brillo en los ojos. La mañana era radiante y decidieron ir paseando hasta la Puerta del Sol.

LA CENA

El primer encuentro entre Laureano Buendía y Pedro Urraca provocó una avalancha de protestas, la más inquietante procedente del secretario personal del Caudillo, general Franco Salgado-Araujo, que con severidad militar llamó a la cordura. El director general recordó al comisario el deber de cumplir con la disciplina y le ordenó que dejara de apretar al agente de Exteriores en cuestiones sobre las que todo el mundo, «desde El Pardo a mí mismo», dijo tajante el teniente coronel Rodríguez, «deseaba hacer oídos sordos, pues así lo demanda el servicio», culminó el responsable de Seguridad. Buendía, no tuvo alternativa y rectificó.

En el transcurso de varias sesiones, el agregado policial de la embajada de España en París realizó un pormenorizado relato de la participación de republicanos españoles en las Fuerzas de Interior Francesas, tanto en la capital del Sena como en otras ciudades de importancia, incluso en el medio rural, donde para la Resistencia resultaba muy valiosa la experiencia de combate de los ex militares de la II República. Con las aguas más apaciguadas, Urraca aprovechó para abordar la parte más humana, con el deseo evidente de influir en la opinión personal que sobre él tenía el comisario Buendía. La última sesión tuvo una segunda parte diferente. Después de repasar el informe redactado por el ayudante del comisario, merced a las notas de este, efectuadas las oportunas rectificaciones y añadidos, ambos policías firmaron el documento. Entonces Urraca tuvo una reacción inesperada.

—Comisario, me gustaría invitarlo a cenar.

Buendía estuvo a punto de rechazar el ofrecimiento, pero la curiosidad de viejo policía pudo más. Intuía que Urraca deseaba encontrarse con él en terreno neutral y, tal vez, mostrar la parte más desconocida, despojado de la careta de celoso agente cazador de rojos al otro lado de Los Pirineos.

—Me parece bien, pero pago yo.

—Ya había reservado —dijo Urraca.

—Estupendo, sigo pagando yo.

—No quisiera…

Buendía no dejó acabar al agente.

—Tranquilo, soy conocedor de que usted no frecuenta sitios de cuchara.

—Hombre, comisario, tampoco es eso.

—No se preocupe, soy soltero y el sueldo me cunde. Venga, vamos a Lhardy.

—¿Cómo sabe…?

—Es mi obligación, Urraca. ¿No le parece?

El comisario sonrió satisfecho mientras cogía la gabardina colgada en el perchero.

Decidieron ir paseando hasta el restaurante. El recorrido desde la Dirección General de Seguridad hasta la Carrera de San Jerónimo lo hicieron hablando del aspecto triste que a esas horas del fin del verano presentaba Madrid, con un más que tenue alumbrado público, debido a las restricciones de electricidad. El comisario Buendía tuvo su primer destino en la capital en abril de 1939. Entró con los efectivos de las tropas nacionales que dieron culminada la guerra civil. Aunque enamorado de la ciudad, comentó que le habría gustado conocerla en tiempos mejores. Urraca se explayó contando cómo era la capital quince años atrás, cuando graduado en la Escuela de Policía fue destinado al Gabinete Central de Identificación. En la breve tregua del trayecto que les conducía a Lhardy, la conversación transcurrió como la de dos compañeros que rememoraban anécdotas del servicio.

Pedro Urraca había insistido en contar con un espacio muy reservado, para así poder hablar tranquilamente. La gerencia del restaurante, conocedora de la identidad de los comensales, dispuso el pequeño salón japonés, de paredes decoradas con telas del país del sol naciente, al igual que las lámparas y objetos decorativos. Situado en la primera planta, aquel espacio era mitificado por la alta sociedad madrileña como punto de reunión de conspiraciones y conciliábulos, desde que el establecimiento abrió las puertas en 1839, de la mano del francés Emilio Huguenin.

—¿Nota usted, Urraca, los espíritus de los generales Espartero, Prim y Serrano?

—¡Si las paredes de este lugar hablaran, señor comisario!

Las duras restricciones de productos alimenticios y de todo tipo que sufría el país, se hacían sentir en Lhardy y los demás restaurantes de altura. Pero aún así, la cocina y el servicio de aquel altar de la gastronomía mantenían un nivel espléndido. Y pudieron comprobarlo ambos policías cuando el *maître* les ofreció la carta, un acto que podía considerarse ilegal, los restaurantes, en aquellos momentos, solo estaban autorizados a servir dos tipos de menús, por razones del racionamiento. La escasez de alimentos, llevó al Gobierno a prohibir la elaboración de bocadillos, algo realmente significativo en una sociedad para la que el pan era más que una necesidad, un auténtico símbolo. Aunque volvía a aplicarse el dicho popular español: hecha la Ley, hecha la trampa.

—¡Quién diría que estamos en el país de las cartillas de racionamiento! —exclamó Buendía.

El comisario Laureano Buendía y el agente Pedro Urraca estaban sentados, frente a frente, en el restaurante Lhardy. Una extraña reunión, pensó Buendía, que guiado por la curiosidad de policía de raza aceptó la invitación de cenar con Urraca, pero decidido a pagar él, como ya le adelantó. Una cosa era intentar cosechar más información en unos momentos distendidos, lejos del despacho de la Dirección General de Seguridad, y otra deberle algo a quién consideraba la cara más detestable de un servidor público, aunque solo fuera una cena en el mejor restaurante de Madrid. Aparentemente ambos mantenían una actitud cordial, mientras consumían con deleite un caldo de carne servido en samovar de plata y comentaban las experiencias en los años de servicio en el desaparecido Cuerpo de Vigilancia, antes de la guerra civil. Urraca parecía otro, afable, comunicativo, desplegando un indudable don de gentes, y eso complacía al comisario, acostumbrado a indagar en lo más hondo de las personalidades ajenas.

El camarero solicitó permiso para retirar los samovares y sirvió uno de los platos

emblemáticos del local: el lenguado al vino blanco. Aquello provocó un comentario de admiración de Urraca, asegurando que dicho plato podía encontrarse en los más renombrados restaurantes de París como Lenguado Lhardy. Enseguida interpeló al comisario.

—¿Conoce la Ciudad de la Luz, don Laureano?

—Pues no, y me gustaría.

—Cuando todo esto pase, mi mujer y yo estaremos encantados en recibirlo en nuestra casa.

Aquel tipo no dejaba de sorprender a Buendía. Después de las tensas jornadas de interrogatorio, Urraca parecía que había decidido aquello tan español de «pelillos a la mar», para intentar establecer empatía con quién debía considerar su enemigo. El comisario decidió entrar en el juego.

—Quedo agradecido. Pero considero que todavía pasará un tiempo para poder visitar París. Y creo que para usted también.

—La guerra finalizará en pocos meses, aunque todavía queda mucha sangre por derramar. Conozco bien a los alemanes y a los Aliados les costará llegar a Berlín. Pero yo vuelvo pronto a casa.

Nueva sorpresa para Buendía, que miró a Urraca con expresión interrogante.

—A mil quinientos kilómetros de aquí tengo a lo que más quiero en esta vida, mi mujer y nuestro hijo.

—Pero usted ha sido conducido hasta la frontera por la Policía Militar aliada. Expulsado de Francia.

—Bueno, técnicamente no es exacto. El Ministerio de Exteriores no ha revocado mi destino en la embajada, oficialmente sigo siendo el agregado policial y mantengo el pasaporte diplomático. A día de hoy el gobierno provisional francés no ha validado oficialmente mi supuesta expulsión.

—No deja usted de sorprenderme.

—Las circunstancias, en esta ocasión cosas de la guerra, me benefician. Pero puedo asegurarle que aunque no fuera así, de igual forma regresaría para reunirme con mi familia.

—Pero su apartamento parisino estará vigilado, eso si no ha sido ocupado por las FFI que, al parecer, le tienen especial cariño. ¿Sabe algo de la familia?

—Está perfectamente, en casa de mi suegra en Sèvres, donde pienso reunirme en pocos días con Elena y el pequeño Juan Luis.

—¿Cómo va a viajar hasta París?

—Eso es cosa mía, tengo importantes contactos aquí y al otro lado de la frontera, dispuestos a cubrirme las espaldas.

Buendía apuró el lenguado, bebió un sorbo de vino, Marqués de Riscal reserva de 1934, secó la comisura de los labios con la servilleta y fue directo.

—Aquí Serrano Suñer y el ministro Lequerica. Y en París parece que tiene mano hasta con el diablo, incluido el empresario catalán Arturo Matas, que juega a todas las cartas y al que, curiosamente, igual que a usted, se la tienen jurada los de las FFI. ¿Me equivoco?

—Está muy bien informado.

Buendía escanció el vino en ambas copas. Habían prescindido del camarero, solo presente en los momentos de servir los platos.

—Ya le dije en la Dirección General que estamos al tanto de sus movimientos. Usted hace

muy bien el trabajo, pero nosotros también.

El comisario paladeó el rioja y cambió la conversación.

—A propósito del trabajo bien hecho, creo que pasará a la historia como la persona que detuvo al presidente de la Generalitat de Cataluña, Lluís Companys.

Urraca tensó los músculos faciales y clavó la mirada en Buendía. Sin inquietarse y con la voz aplomada del hombre peligroso que era habló con seguridad.

—Aquello no fue plato de gusto, se lo aseguro. Ese servicio le podría haber tocado a usted, a cualquier policía. Se trató de una orden procedente de las más altas instancias. Tanto el en aquel momento embajador Lequerica, como el entonces responsable de la Dirección General de Seguridad, conde de Mayalde, intervinieron directamente en la coordinación del operativo. Apoyado por la Policía Militar Alemana detuve a Companys en su residencia veraniega de La Baule, en Bretaña, el 13 de agosto de 1940. Y fue trasladado a la prisión de La Santé, en la capital, donde dirigí los interrogatorios.

El agente hizo una pausa para apurar la copa de vino.

—Mire, le diré algo que le puede sorprender. Ramón Serrano Suñer montó en cólera cuando los alemanes autorizaron la extradición de Companys, pues sabía que en España acabaría ante un pelotón de fusilamiento. Al fin y al cabo se trataba del presidente de Cataluña democráticamente elegido. Y si quiere que le dé mi opinión, aquel sacrificio creo que resultó innecesario.

—Esa no es la versión que he podido leer en el informe que redactó usted sobre el caso.

Urraca mantuvo la mirada al comisario y respondió elevando el tono.

—Parece mentira que un policía veterano diga eso. Usted conoce perfectamente con que lenguaje hay que escribir un informe oficial, máxime en la España de Franco.

Buendía, asintió con un esbozo de sonrisa.

—Con Companys —siguió Urraca— mantuve una buena relación durante el viaje de extradición. Él sabía cuál iba a ser su destino, en todo momento demostró entereza, y yo procuré hacerle agradables aquellas jornadas. Me limitaba a cumplir órdenes, pero aquel hombre, siempre digno, se hacía respetar. Puedo asegurarle que llegó a Madrid en perfecto estado.

—¿Por qué cuenta esos detalles? —inquirió el comisario.

—Los dos somos policías. Usted está en un puesto confortable, en la Dirección General, pero a otros muchos nos toca arremangarnos y hacer el trabajo, digamos, mássucio. Cumplimos con profesionalidad, aunque a veces tengamos que vomitar y seguir adelante. Somos los ejecutores que apuntalamos al sistema y a usted tal vez le llegue el momento, cuando la España de Franco lo necesite.

Incómodo por la apreciación de Urraca, el comisario cambió el rumbo de la conversación.

—Usted acompañó al ministro Serrano Suñer en su viaje a Berlín y después mantuvo contactos informativos con él, hasta que el cuñado de este, el Generalísimo, decidió cesarlo al frente de Gobernación. Entonces los informes que emitía desde París mantenían con firmeza que Alemania ganaría la guerra. En tres meses las cosas han cambiado. ¿No le parece?

—El Tercer Reich tiene los días contados, eso lo sabe cualquiera. Cuando yo emitía los informes hasta el propio Franco pensaba que Hitler acabaría siendo el gran gobernante del nuevo orden europeo. Pero, una vez más, los norteamericanos han decidido que Alemania no sea quien dirija a Europa. Y espero que las potencias aliadas, esas autodenominadas democracias, se den cuenta del gran peligro de la victoria de la Unión Soviética, decidida a expandir el comunismo.

—¿Vencida Alemania, cree que puede producirse el intento de invadir España?

—Franco colaborará con ingleses y norteamericanos, olvide el peligro de una nueva guerra. Sin embargo —el agente de exteriores saboreó el vino antes de continuar—, como ya le he dicho en las conversaciones mantenidas en su despacho, ahora mismo el peligro latente para nuestra patria es el terrorismo.

Urraca, creando un paréntesis de silencio, dobló y desdobló la servilleta antes de concluir.

—La euforia de la liberación de París y el avance de las tropas aliadas por todo el territorio francés han motivado un gran entusiasmo en muchos combatientes republicanos que ahora mismo, provistos de dinero y material de guerra, están deseosos de entrar clandestinamente para atentar contra el Movimiento Nacional.

Laureano Buendía acabó de servir el vino en las copas de ambos y antes de volver a paladearlo hizo una pregunta.

—¿A esa gente la ve decidida de verdad?

Urraca clavó en el rostro del comisario la mirada de despiadado funcionario de seguridad, y respondió con visible satisfacción.

—Muchos están dispuestos a dar la vida por unos ideales que nosotros jamás lograremos entender. Los Pirineos son muy grandes y no hay forma de pararlos, seguro que llegarán hasta Madrid, el corazón del Régimen. Me temo que en la Dirección General van a tener trabajo.

El agente apuró el rioja antes de concluir.

—Van a ir a por Franco, seguro.

LA NIÑA PILARÍN

Pilarín esperaba con anhelo, como cada domingo por la mañana, la llegada de Letizia. En el patio interior del hospicio observaba con ojillos vivarachos cómo unos jóvenes vestidos con camisa azul, subidos en un andamio, colocaban en el muro exterior de la capilla, un gran emblema de Falange. La pequeña, levantó el brazo a la romana, a modo de saludo. Los falangistas correspondieron entre risas. Uno de ellos entonó el Cara al Sol. La actividad en el patio quedó detenida, adultos y niños cantaron las estrofas del himno. En los centros del Auxilio Social miles de huérfanos o hijos de familias sumidas en la absoluta pobreza recibían atención, al tiempo que eran adoctrinados en el papel de seguidores ejemplares del Régimen. Pilarín tenía padres, pero no la podían alimentar. Cuando llegó al centro de beneficencia lo hizo en un estado lamentable, con signos evidentes de desnutrición y la cabeza infestada por el piojo verde. Enseguida hubo que raparle el hermoso pelo negro, pero tuvo más suerte que su hermano Paquito, dos años menor, que murió víctima del tifus exantemático, la más virulenta de las variedades de esta epidemia, producida por la picadura del piojo verde o la pulga de la rata. Cada día los arrabales de Madrid y otras grandes ciudades eran escenarios del drama de la enfermedad producido por la miseria. Cuando no se llegaba a tiempo el proceso era terrible. Los niños afectados sufrían fuertes dolores de cabeza y musculares, escalofríos, trastornos cerebrales con fiebres muy altas, acabando en un coma terminal.

Letizia conoció a Pilarín en un reportaje de la revista *Y* de la Sección Femenina. Nunca llegó a explicarse por qué resultó impactada al ver el rostro angelical de la niña en una fotografía. Siendo fiel a los impulsos de un carácter tan indómito como decidido, quiso conocer a la personita de la imagen que tanto la enterneció. Era consciente de que existían miles de historias como la de Pilarín, pero en aquella niña intuía algo especial.

—¡Señorita, señorita, señorita! —gritó alegre Pilarín en cuanto vio a Letizia.

El corazón de Letizia dio un vuelco, la niña la tenía atrapada en el instinto maternal que destellaba en su interior. Le habría gustado llevarla a su casa para darle el cariño y las comodidades que Pilarín nunca había tenido. La realidad era tozuda, su actividad resultaba incompatible con la educación de una niña de cinco años, conclusión a la que no le fue fácil llegar. En la alegría de encontrarse con la pequeña era inevitable que sintiera una punzada de desazón. Pilarín siempre parecía alegre, nunca se quejaba, procuraba mostrarse agradable. En cambio, los ojos delataban la tristeza interior.

—Hola, Pilarín —Letizia besó la frente de la niña y la cogió de la mano— hoy vamos a tu casa.

—¿A mi casa, señorita? —preguntó extrañada la pequeña.

—Sí, comeremos con tus padres.

—Ellos no tienen comida. Yo quiero ir al Retiro.

—También iremos al parque —dijo Letizia sonriendo.

Los padres de Pilarín, Antonio y Rosa, ocupaban una casita *baja*, de treinta metros cuadrados en la barriada de Las Ventillas, al final de la Avenida del Generalísimo, en Tetuán. Aquel era uno de los núcleos urbanos más pobres y degradados de Madrid. Letizia conducía el coche de John Graves, cuya presencia armó un auténtico alboroto entre el vecindario. Una nube de niños gritando corrió tras el automóvil de matrícula diplomática, mientras Pilarín saludaba encantada, convertida en reina por un día. Letizia acababa de entrar en un mundo desconocido que despertó en ella tanto estupor como incredulidad. Una cosa era haber visitado las zonas más degradadas de la capital para elaborar un informe, pulsando a personas anónimas con penetrar en la realidad del último rincón más miserable en el que intentaban sobrevivir los padres de Pilarín. De existir el infierno, Las Ventillas sería un adelanto en la tierra.

Frisando la una de la tarde, llegaron a la casa de Pilarín. Más que la insalubridad, que podía olerse, Letizia quedó impactada por el gélido recibimiento de los padres a la pequeña, que ni siquiera quiso soltarse de su mano. En el comedor, un cuartucho carente de luz natural, una joven pareja amiga de visita intentaba calentarse junto al brasero. Al ver entrar a Letizia, que iba cargada con varias bolsas, ambos hicieron ademán de irse, pero ella les rogó que permanecieran sentados, pues traía comida suficiente. Los jóvenes miraron a Rosa, la madre, que les hizo un gesto de aprobación, y volvieron a ocupar los taburetes de cáñamo deshilachado, permaneciendo en silencio. La humedad y el frío convertían la precaria vivienda en un lugar aún más inhóspito. En semejante sitio era imposible que pudiera crecer Pilarín, pensó Letizia. Pero la realidad que estaba experimentando era generalizada en los arrabales de las grandes ciudades, convertidos en *ghettos* de miseria.

Letizia puso sobre la mesa las bolsas de comida, manjares para aquellos seres vapuleados por la pobreza. Rosa quedó atónita cuando descubrió una gran hogaza de pan blanco. ¡Pan blanco!, exclamó al borde del llanto emocionado. El pan era un bien muy preciado en aquellos momentos. Solo al alcance de las clases privilegiadas. La mayoría de españoles tenía que conformarse con pan negro, en el que el trigo era sustituido por maíz o algarrobas. El pan blanco, con tanta hambre y necesidad, en una posguerra que parecía infinita, era el mejor regalo. La reacción de la madre de Pilarín impactó a Letizia. Más aún cuando observó atónita la forma de cortar la hogaza. La mujer, con sumo cuidado, preparó varias rebanadas y las fue convirtiendo en pequeñas porciones, casi milimétricas, presa de un evidente embeleso que convirtió en ritual el acto común de repartir el pan.

La joven amiga de Rosa no pudo evitar un primer impulso de ansia ante la presencia de los alimentos, para ella era un auténtico sueño. Letizia, afectada, les dijo que comieran tranquilos.

Letizia estaba sorprendida por las pobres ropas que vestían los padres de Pilarín y sus amigos, en especial estos últimos, a los que tuvo que frenar en la desaforada manera de comer. Y quiso saber dónde vivían.

—¿Vuestra casa está cerca de aquí?

—Vivimos en un blocao, sin agua, ni luz —contestó el chico que presentaba signos evidentes de malnutrición.

—¡Pero si la guerra acabó hace más de cuatro años! —exclamó Letizia, pese a ser consciente de la situación.

—Señorita, somos muchos los que malvivimos en las trincheras de las afueras de Madrid. Como animales, entre las ratas y los piojos.

—Eso es terrible —le contestó ella al chico, en un hilo de voz.

La compañera del joven, casi una adolescente, con la boca llena de pan, intervino.

—Mi hermana pequeña ha muerto de tuberculosis, y cada día la Cruz Roja se lleva a gente moribunda. Aunque son más los que van directamente al cementerio. Nadie se acuerda de nosotros —aseguró sin dejar de comer.

Letizia no tenía palabras.

—Cuando ganó la guerra, Franco prometió que no habría ningún hogar sin lumbre ni ningún español sin pan. Ahora resulta que no hay ni hogar —protestó el padre de Pilarín, evidentemente excitado.

—Me consta que el Gobierno hace esfuerzos en la construcción de viviendas sociales —comentó Letizia, con poca convicción.

—De vez en cuando vienen unos tíos con corbata y dicen que Franco está construyendo viviendas para los pobres. Y digo yo que, ahora mismo, de lo que más hay en España son pobres. Nosotros los pobres de los pobres. Así que para cuando nos llegue el turno de esos pisos que prometen ya nos habremos muerto de frío o de enfermedad —comentó la muchacha.

El dueño de la casa volvió a terciar en la conversación.

—Las cárceles están llenas, por eso Franco no para de conceder amnistías y recorte de penas por redención. Es pura propaganda, no sabe qué hacer con tanto preso político y tampoco los puede fusilar a todos.

—¡Por favor, Antonio! —gritó alarmada Rosa.

El marido bajó la mirada y calló.

—Disculpe, señorita, antes de venir usted ha tomado unos chatos de vino. No sabe lo que dice.

Pilarín empezó a llorar. Deseaba salir de aquella casa. Letizia quedó envarada por la situación. Pensó que era buena idea visitar a los padres de la niña y comer con ellos. Resultó una equivocación.

—Mejor llévese a la niña, este no es lugar para ella. Ojalá le encuentren una buena casa, nosotros nunca podremos mantenerla —dijo la madre con voz queda y los ojos poblados de lágrimas.

Letizia sacó fuerzas para responder.

—Nunca hay que rendirse, tienen que luchar por su hija. Dejen que intente ayudarles, ustedes aún son jóvenes. Tal vez pueda encontrar un trabajo estable para su marido.

—Déjelo, señorita. Mi Antonio está siempre como ahora, las cuatro pesetas que consigue con apaños que le salen, las gasta en vino. Yo solo sirvo para fregar, no sé leer ni escribir.

—Prometo que voy a ayudarles a salir del pozo en el que han caído.

—Igual en lugar de caer, nos han arrojado. ¿No le parece?

EL URÓLOGO DE FRANCO

Anochecía en Madrid, cuando dos coches negros aparcaron frente a la consulta del doctor Ángel María de Leza, en la calle Serrano, reputado urólogo que había trabajado en varios hospitales de los Estados Unidos. Al finalizar la guerra civil decidió regresar a España para recuperar las propiedades familiares incautadas por milicianos y por falangistas. En un primer momento, atraído por la figura de Franco y la doctrina del Movimiento Nacional, decidió establecerse definitivamente en el país de nacimiento. De gran reputación en la comunidad científica internacional, de Leza era un hombre de mundo, al que en aquel momento ya comenzó a pesarle la decisión de no regresar a la clínica de San Francisco y a impartir clases en la facultad de medicina de la Universidad de California. La visita recibida una semana antes avivó los deseos de regresar cuanto antes a las cálidas tierras norteamericanas de la costa del Pacífico. El secretario de Franco había mantenido una larga entrevista con él y, dada la situación, no tuvo más remedio que comprometer la palabra de galeno, además de persona afecta al Régimen. Desde el primer instante estuvo dispuesto a guardar el máximo secreto, intuía que con aquello le podía ir la vida.

El Generalísimo Francisco Franco entró en la consulta sonriendo y saludó afectuosamente al doctor de Leza, que tenía órdenes de estar él solo. Ninguna persona del equipo debía saber nada. Varios agentes de paisano de la escolta personal estaban discretamente desplegados en el acceso y alrededores de la consulta. La Policía no estaba al corriente.

—Mi general, por favor, tome asiento —dijo solícito el doctor.

—Gracias, Leza, es usted muy amable.

—Excelencia, es para mí un honor.

—Agradezco su lealtad. Me han comentado que al acabar nuestra cruzada decidió establecerse en la patria. Eso le honra.

—Así es —el urólogo estaba bastante envarado.

—Necesitamos hombres como usted en la nueva España que estamos construyendo.

Franco buscó en el bolsillo de la chaqueta, sacó un caramelo de café con leche y se lo ofreció al doctor de Leza.

—¿Le apetece? Me los manda desde Logroño un antiguo asistente que tuve en África.

—Por favor, Excelencia, no se moleste…

—No hombre, no me molesto, al contrario. Venga pruébelo, aclaran mucho la garganta.

El Generalísimo quitó el envoltorio del caramelo y lo colocó en la mano del médico que,

atónito, se lo puso en la boca.

—Mire Leza, yo también voy a tomar uno. Hay que endulzar la vida. ¿No le parece?

—Efectivamente, mi general —dijo el urólogo aún sorprendido por la actitud de Franco.

—¿Bueno le han merecido la pena los nuevos aires? Me refiero a cambiar San Francisco por Madrid.

El doctor de Leza tragó saliva. A Franco no podía decirle que estaba desengañado y que cada día soñaba más con regresar a California donde la luminosidad del cielo era directamente proporcional a la libertad y a la prosperidad. Tampoco podía contarle la angustia provocada por la realidad: España era un lugar en blanco y negro, donde se pasaba hambre, mientras anidaba el odio.

—Uno siempre es feliz cuando regresa a casa y es bien recibido, Excelencia —concluyó de Leza.

—Bien dicho. Algún día los muchos equivocados que han abandonado la patria por mor de la guerra volverán y se darán cuenta de que nunca debieron irse.

—Así es, mi general.

—Por cierto, usted que habla idiomas y mantiene relaciones con el mundo anglosajón, ¿qué se dice por ahí de nosotros? —preguntó Franco en tono afable.

El médico tardó unos segundos en responder, nunca pensó que la visita de aquel poderoso paciente pudiera transcurrir de tamaña forma.

—La guerra mundial que vivimos condiciona mucho la opinión, esa es la verdad. Sin embargo, cada día observo una mayor comprensión entre amigos y colegas de las democracias…

De Leza creyó que había cometido una torpeza al mentar a las democracias y se trabó ante Franco, que lo miraba con ojillos paternales, pero sin dejar de radiografiarlo.

—Continúe, continúe. Nosotros —el Caudillo sonrió—, estamos con las democracias, que después de esta grandiosa conflagración mundial deberán plantar cara al comunismo.

Respiró aliviado el urólogo, que había llegado a olvidar el motivo de la visita y tenía la sensación de que el paciente era él, en manos de Franco.

—Nunca los grandes países como Estados Unidos y Reino Unido permitirán que anide el comunismo en Europa, de eso puede estar seguro, mi general. Y el ejemplo de usted, como Caudillo de España, es ejemplarizante y va calando en la opinión pública internacional —de Leza estaba traicionando sus propias convicciones, pero creía que no podía decir otra cosa.

—Es muy entusiasta, doctor. Un buen patriota, sin duda. Y ojalá las potencias que nos bloquean entendieran tan nítidamente cuanto usted dice. Pero estoy convencido que más bien pronto que tarde, gracias al ejemplo del pueblo español, nuestros detractores tendrán que darnos la razón. Ya verá usted como el mundo reconocerá el sacrificio que estamos haciendo en bien de la civilización occidental.

Franco dejó de hablar sin perder la sonrisa, volvió a extraer del bolsillo dos caramelos de café con leche mientras se levantaba de la silla y los depositó en el escritorio del urólogo.

—Estos para la mesilla de noche, van muy bien para la sequedad —dijo el generalísimo al tiempo que tendió la mano en señal de despedida.

El doctor, sorprendido no supo que decir tras el apretón de manos.

—Leza ya nos hemos conocido y me voy satisfecho.

Ángel María de Leza, reputado urólogo, siguió al Caudillo hasta la salida sin atreverse a

pronunciar palabra. Solo se adelantó unos pasos para abrir la puerta.

—Bueno, doctor, hasta la próxima semana, el mismo día a la misma hora.

—Sí, mi general.

A la mañana siguiente Franco hizo llamar al general Franco Salgado-Araujo. Ese día el Caudillo vestía el uniforme de almirante general de la Armada, pues tenía un acto en el Ministerio de Marina. Acababa de leer la prensa de Madrid y el ejemplar de *La Vanguardia* que, puntualmente al amanecer, un motorista recogía en el aeropuerto militar de Getafe. Un periódico predilecto del que Franco ensalzaba el excelente trabajo de los corresponsales que seguían los acontecimientos bélicos en Europa. Durante varios días había leído con tanta atención como decepción las crónicas de César González Ruano, enviado por el rotativo barcelonés a la frontera catalana de Los Pirineos. «Mucha paja y poco grano», durante aquellas jornadas fue el comentario matutino a sus colaboradores al referirse a los escritos del encumbrado periodista del Régimen. Desde que se conocieron los turbios asuntos que le habían costado la estancia en una de las cárceles de París, el jefe del Estado ya no veía con los mismos ojos al, otrora, intelectual predilecto.

Sobre la mesa de despacho Franco tenía desplegado el último ejemplar de la revista alemana *Signal* en versión española, en cuyas páginas subrayaba titulares y párrafos, efectuando anotaciones en una letra pequeña de trazo meticuloso. Desde la pared, Isabel La Católica parecía observar la tarea del Caudillo, que tenía en la reina de Castilla el más grande referente político. El único retrato existente de la monarca, obra de Juan de Flandes, pintado en 1485, siete años antes del descubrimiento de América, presidía la estancia. Y junto a una gran bola del mundo, inspiraba al dueño absoluto de España en sus delirios imperiales, proyectados en la recuperación simbólica del águila de San Juan a la que orlaba la cabeza el lema: Una, Grande y Libre. Así como el yugo y las flechas, todos ellos símbolos de la admirada reina de Castilla, a los que el Régimen añadió las columnas de Hércules con la inscripción «Plus Ultra».

—Excelencia, el general Franco Salgado-Araujo —anunció un edecán, tras abrir la puerta principal del despacho.

Franco dejó la estilográfica que estaba usando en las páginas de *Signal* y permaneció sentado.

—A tus órdenes, mi general —el colaborador se cuadró mientras hizo una inclinación de cabeza.

—Siéntate, Pacón. Voy a tomar un poleo, ¿te apetece?

El hombre de máxima confianza movió la cabeza en signo afirmativo.

El Generalísimo descolgó un telefonillo interior.

—Que sean dos. Uno con sacarina.

Francisco Franco Salgado-Araujo, como siempre, permaneció paciente a la espera de conocer los deseos de su poderoso primo, que permaneció en silencio durante unos largos segundos, mientras desenvolvía un caramelo de menta.

—Ayer estuve en la consulta del urólogo —informó Franco.

—¿Todo bien?

—Ah, sí. El médico fenomenal, creo que acertaste plenamente.

—Me alegro. A veces, con la mejor intención, uno corre el peligro de equivocarse. Ya sabes cómo es el género humano.

—Nosotros somos líderes, en la Academia nos enseñaron a conocer y mandar a los hombres.

Una gran enseñanza que ahora aplicamos para el bien y engrandecimiento de la patria —dijo Franco con cierta vehemencia.

—¿Ya se ha pronunciado sobre el diagnóstico?

—No, primero tendrá que verme.

—¿Pero no estuviste ayer, Paco?

—Una cosa es estar y otra que el primer día, sin yo conocerlo, me bajara los pantalones ante él.

El más cercano colaborador del Caudillo permaneció en silencio.

—Pero vamos bien, y en breve creo que el doctor podrá tener elementos determinantes para diagnosticar.

Franco Salgado-Araujo asintió con un leve movimiento de la cabeza.

—En un momento presido un acto en el Ministerio de Marina y sé que estará el embajador de los Estados Unidos. Con mister Hayes mantengo una buena relación que debemos fomentar. Ya te comenté que en la embajada tienen mucho interés en obtener información sobre las actividades de los alemanes que tenemos aquí. Vamos, sobre el espionaje. Y recordarás que convenimos la necesidad de facilitar la máxima información posible, desde la más absoluta discreción.

—El agregado militar norteamericano posee casi toda la información de la que somos conocedores. Una de mis personas de confianza mantiene buena relación con el asistente del agregado militar, el teniente coronel Albert Ebright.

—Ese es el camino a seguir.

El general Franco Salgado-Araujo observó que el Caudillo ya no tenía las fotos de Hitler y Mussolini, en su lugar había puesto los retratos del Papa Pío XII y del presidente de Portugal, Antonio Oscar Carmona.

CONDECORADO POR DE GAULLE

Miguel Campos giró el cuerpo en el puesto de mando del blindado que encabezaba la tercera sección de La Nueve y miró la Torre Eiffel, ya en la lejanía. Esta vez coronada, de forma definitiva, por la bandera tricolor de la República francesa. Habían pasado poco más de dos semanas de la liberación de París y la División Leclerc transitaba, formando una caravana de varios kilómetros, por las carreteras de la Champaña. Aún resonaban en los oídos de Miguel las campanas de Notre Dame y del resto de templos de la capital de Francia, despidiendo a los libertadores. El viernes 8 de septiembre, los parisinos dijeron adiós a los soldados que debían acabar el trabajo de expulsar al ejército invasor y seguir hasta Berlín.

La División Leclerc aceleró la marcha rumbo a Estrasburgo, la capital de Alsacia, territorio francés históricamente disputado por Alemania. El general Leclerc estaba dispuesto a cumplir el juramento pronunciado el 12 de marzo de 1941 tras izar la enseña francesa en el fuerte italiano de El Tag, en el oasis de Kufra, al sudoeste de Libia. Allí, con numerosos españoles como testigos, el entonces coronel de la Francia Libre aseguró a sus hombres: «No nos detendremos hasta que la bandera de nuestra patria ondee en Estrasburgo y Metz».

La gran unidad de combate de la Francia Libre, como siempre, iba encabezada por el Regimiento de Marcha del Chad cuya punta de lanza era La Nueve, la compañía de los españoles. Los experimentados militares de la II República siempre eran los primeros, abriendo camino, como escribe en su diario el ayudante jefe Miguel Campos, responsable de la sección de vanguardia. Para el capitán de la compañía, Raymond Dronne, Campos era un auténtico guerrero, el mejor de los soldados. Cierto es, reconoció Dronne, ante el propio general Leclerc, que combatientes de tamaño calibre no siempre son bien entendidos entre los altos mandos franceses. El suboficial español, al igual que el resto de compatriotas, gozaba de un estatus especial, ganado a pulso en el campo de batalla.

La interminable formación de vehículos de la 2ª División Blindada detuvo la marcha en las inmediaciones de Troyes. La Nueve estableció el perímetro de seguridad de la vanguardia de la división. La sección del ayudante jefe Miguel Campos fue la encargada de ocupar las posiciones más avanzadas. La noche era estrellada y más cálida de lo habitual en la segunda semana de septiembre. De forma inesperada Miguel recibió la visita del teniente coronel La Horie, acompañado por el teniente Granell.

Jean La Horie, era compañero de promoción de Leclerc en el arma de caballería, y ocupaba la

jefatura del Regimiento de Marcha del Chad. Cultivado, de gran vocación militar, conectaba con el alma combativa de los españoles. Después de la cena quiso estar con los soldados que velaban por la seguridad de la división. Reconociendo, así, el constante esfuerzo de la 3ª sección de combate de La Nueve, al mando de Miguel Campos.

Mientras tomaban café, el teniente coronel La Horie comentó que estaban en tierras de Chrétien de Troyes, poeta del siglo XII, considerado el primer novelista de Francia y padre de la novela occidental. La Horie contó que el escritor medieval reflejó en sus textos la leyenda del Rey Arturo y los caballeros de la Mesa Redonda.

—Algo parecido al general Leclerc y nosotros —dijo Miguel Campos.

—Así es —aseveró el teniente Granell, con tono jocoso.

Cuantos asistían a aquella improvisada reunión rompieron a reír.

—Mi teniente coronel —intervino el ayudante jefe Campos, mostrando una amplia sonrisa —, creo que debería investirnos caballeros, ahora que estamos en Troyes y que el regimiento adoptara el estandarte del Rey Arturo.

—No es mala idea —enfatizó el jefe del regimiento—, como ustedes deben saber el nazismo está fundamentado en corrientes esotéricas y mitos. Hitler y su recua de dementes van detrás del Santo Grial y tienen al Rey Arturo como una figura de su mitología. ¡Que los nuevos caballeros de la Mesa Redonda seamos nosotros, les puede desconcertar!

Estalló un aluvión de risas entre los presentes.

—Ahora, hablando en serio —intervino el mando francés—, el nazismo es una secta criminal. En los combates mantenidos desde Normandía hemos podido comprobar la diferencia entre las tropas del ejército regular alemán, la Wehrmacht, y las Waffen SS. Las primeras están integradas por oficiales de carrera y soldados de reemplazo o recluta forzosa, mientras que las segundas son voluntarios fanáticos del Partido Nazi.

Granell, Campos y el resto de militares de La Nueve escuchaban con atención a su comandante en jefe.

—Los estados mayores aliados aseguran que al comienzo de la guerra las SS tenían doscientos cincuenta mil miembros, organizados por Himler, tomando como modelos la Orden del Temple, la Compañía de Jesús y los Camisas Negras italianos. Un cóctel que ha dado como resultado una arrolladora maquinaria de psicópatas y paranoicos. A medida que nos vayamos acercando a Alemania aumentarán los encuentros con esa guardia pretoriana de Hitler.

—¿Recuerda en Ecouché —preguntó Granell— aquel capitán de las SS que sacamos de su tanque, achicharrado de cintura para abajo?

—Tomé nota de sus últimas palabras —contestó La Horie, al tiempo que sacó una libreta del bolsillo interior de la guerra— que me sobrecogieron: «Yo te juro, Adolf Hitler, Führer caudillo del Reich, fidelidad y valor. Prometo obediencia hasta la muerte a ti y a los superiores por ti designados. Que Dios me ayude». El último aliento lo empleó en repetir su juramento como SS.

A la mañana siguiente, la 2ª DB emprendió la marcha, siguiendo por Bar-sur-Aube y Reynet, que comenzó a ser dificultosa en los primeros kilómetros, por los encontronazos con fuerzas alemanas, que surgían al paso. El 12 de septiembre la resistencia de las tropas en retirada, con fuego de artillería escalonada en diversas zonas boscosas, frenó el avance de los soldados de la Francia Libre. La Nueve estableció una cabeza de puente sobre el río Mosela, en Châtel, pequeña población lorenesa, con una fortaleza de la Edad Media. Mientras, el grueso de la División

Leclerc libraba una dura batalla con tanques de las Waffen SS.

Un obús perdido impactó en el blindado de vanguardia de la compañía española. Miguel Campos soltó la metralleta Thomson y dejó en el suelo las granadas de mano que llevaba prendidas en la guerrera. Sus hombres lo imitaron con automatismo, sin cruzar una palabra, y corrieron a socorrer a los compañeros atrapados por las llamas. Con la pericia adquirida en tantos años de guerras, los españoles lograron rescatar a cuatro de los cinco tripulantes, malheridos. La situación comenzó a complicarse. Una lluvia de proyectiles obligó el repliegue, liderado por Miguel, al caer herido el subteniente Montoya. En aquel instante dramático aparecieron varios Panzer, los temibles tanques alemanes. Entonces, el cabo Cortés saltó desde la posición defensiva portando un bazuca y varias granadas anticarro. «¡Es suicida!», gritó el sargento Fermín Pujol, que, al inclinarse para seguir la carrera de Cortés, sintió cómo una esquirla de metralla le rasgó el hombro. Con una mano taponó la herida sin perder de vista al compañero, que disparó varias veces sobre el Panzer, logrando averiarlo. El sargento Diez cayó abatido por una ráfaga de ametralladora. Atendido por el sanitario de La Nueve, Pujol no quiso ser evacuado y regresó a su puesto. Los españoles habían logrado frenar a las Waffen SS.

En la madrugada del 17 septiembre, La Nueve recibió la orden de volver a cruzar el Mosela, dejando desprotegidos a los habitantes de Châtel. La indignación brotó entre los veteranos republicanos, con la sensación de haber entregado al enemigo una victoria. Veinticuatro horas más tarde la compañía vadeó el cauce del río, requerida como fuerza de infantería. Cuando recuperaron Châtel, la realidad que encontraron fue dantesca. La Milicia, fuerza paramilitar de franceses que auxiliaba a las SS, había asesinado al alcalde y a varios de los pocos vecinos que en aquellos momentos quedaban en el pueblo. Preso de tanta rabia como impotencia, Miguel Campos permaneció largo rato frente a los cuerpos inertes de dos mujeres, una tendría setenta años y la otra era adolescente. Alguien dijo que eran abuela y nieta.

El teniente Granell cogió por el hombro al compañero de armas.

—Los peores siempre son los conversos, los advenedizos —dijo el oficial, en tono casi susurrante.

Miguel siguió callado, sin dejar de observar los cadáveres.

—Los canallas de la Milicia, cuando esto acabe no tendrán lugar en el que esconderse —añadió Granell.

El suboficial Campos miró a su superior mostrando unos ojos enrojecidos y húmedos, inéditos en él. Muy despacio despegó los labios, fijando la mirada en Granell, para lanzar un lacónico interrogante.

—No lo tengo claro, Amado. Cuando llegue la paz con ella vendrá la política y ya veremos si también la Justicia —hizo una pausa, profirió una maldición.

—Vamos, Miguel, aquí ya no podemos hacer nada.

—Voy a ir a por ellos, a esos perros asesinos de la Milicia hay que ajusticiarlos ahora.

La imagen de las calles de Châtel era espectral. Cadáveres de todas las edades jalonaban aceras y calzadas, algunos con visibles signos de tortura y de abusos, en el caso de las mujeres. La mayoría con la misma señal característica: el tiro de gracia en la nuca.

—¡Esto es lo peor de la guerra, la crueldad gratuita con los más débiles! —dijo Miguel gritando. Por fin pareció desahogarse, mientras caminaba junto al teniente Granell.

—Por desgracia, ya lo hemos visto otras veces. En nuestra guerra estas canalladas ocurrían en

los dos bandos. Es la condición humana, Miguel.

El capitán Raymond Dronne estaba deslumbrado por el anarquista español al que consideraba un ser excepcional, especialmente dotado para el combate. Administrador civil del Estado francés en Camerún y oficial de la reserva, Dronne acudió de inmediato a la llamada de De Gaulle, alistándose en la columna L de la Francia Libre creada por el general Leclerc, del que fue ayudante en la campaña de África. Además de hablar español, el Patrón vio en el fiel colaborador el carácter ideal para dirigir al grupo más aguerrido de las filas francesas, convertido en la élite de la 2ª DB, conocido como La Nueve.

Dronne, con el uniforme cubierto de polvo, la barba pelirroja ennegrecida por el barro y el humo de los tubos de escape de los blindados, fue al encuentro de Granell y Campos, sus más valiosos colaboradores. El capitán estaba desolado ante las criminales represalias sufridas por los vecinos de Châtel, población que habían tenido que dejar a su suerte, obligados a obedecer las órdenes del Alto Mando. Todos en La Nueve estaban conmocionados. El teniente Granell dio la novedad a Dronne. De pronto alguien disparó desde una de las casas y un soldado español resultó levemente herido, la bala solo le rozó el glúteo izquierdo. Los militares de la 2ª DB lograron ponerse a cubierto. Mientras, sonaron más disparos.

—Un francotirador, por suerte con mala puntería —gritó Miguel Campos, antes de ordenar a cuatro soldados que lo siguieran, en cuanto sonaron las detonaciones.

Durante unos instantes, el silencio más absoluto envolvió al pueblo, al poco, roto por las descargas de los efectivos de La Nueve sobre el edificio desde el que surgieron los tiros de fusil. El teniente Granell ordenó alto el fuego y con los prismáticos siguió el avance del grupo de Campos que al poco desapareció por una calle adyacente. Ya no se oyó ningún disparo.

Miguel Campos indicó a sus hombres que lo cubrieran, desplegándose por los alrededores de la casa en la que debía de estar el francotirador. Con un gesto mandó silencio y decidió entrar por la puerta de acceso al corral. Una escalera de madera conducía a la planta superior. Antes de iniciar el ascenso decidió ocultarse en el hueco de la escalera, agudizando el oído y atento a cualquier atisbo de sombra que pudiera proyectarse. Pasados unos minutos escuchó pasos en dirección contraria de donde estaba. Pensó que el enemigo pretendía huir y decidió ir a por él. Sentía como el corazón bombeaba la sangre cuando salió del escondite. Puso un pie en el primer peldaño y este crujió. Entonces fue sorprendido por el fogonazo, acompañado de un estruendo seco. Sintió un agudo dolor en el brazo izquierdo. La bala impactó en el pasamano y una astilla atravesó el uniforme. La reacción sobrevino en milésimas de segundo, realizó un movimiento con habilidad innata, esquivando un nuevo disparo y abrió fuego con la metralleta, vaciando el cargador. El cuerpo, totalmente destrozado, cayó rodando. Miguel recargó la Thomson y dijo a los compañeros que permanecieran atentos, arriba había alguien más. Ordenó a tres de sus hombres que rodearan la vivienda. Otro lo asistió con el botiquín de combate.

El compañero extrajo el trozo de madera y aplicó un vendaje a Miguel, entonces, pese a estar herido, decidió volver a subir la escalera. El sargento catalán Ramón Estartit, que entró en París conduciendo el blindado Santander, fue detrás y llegaron al primer piso con las armas listas para disparar. Revisaron habitación por habitación. De pronto oyeron un tenue sollozo. Miguel señaló una puerta de lo que debía ser un escusado. En máxima tensión y apuntando las metralletas abrieron despacio. Encontraron a un tipo con el uniforme de la Milicia sentado en la taza del váter, sollozando y con las dos manos ocultando el rostro.

—¡Muéstrame la cara, cerdo! —gritó Miguel en francés.

El chico bajó los brazos temblando, y rompió a llorar. No tendría más de quince años.

Miguel, aún aturdido, intentó tranquilizarlo.

El capitán Dronne interrogó al joven detenido, que confesó tener catorce años. El francotirador abatido era el padre. Causó sorpresa que aquel adolescente dijera desconocer por qué pertenecía a la Milicia. Solo acertó a comentar que el progenitor admiraba a Hitler y desde que pertenecía a la organización paramilitar comían mejor, tenían coche nuevo, además de recibir numerosos regalos. El chico hacía una semana que vestía el uniforme azul con camisa marrón, ni siquiera sabía manejar la pistola que le habían incautado.

Raymond Dronne era un hombre cultivado, estudió derecho, ciencias políticas y periodismo. Conocía España. En 1928 realizó un curso de verano en Burgos, y le gustaba relacionarse con la tropa de españoles a la que todos temían. Para suerte de Dronne, el jefe del III Batallón del Regimiento de Marcha del Chad, al que pertenecía La Nueve, era el comandante Josep Putz, un experimentado militar que había combatido en la guerra civil española con las Brigadas Internacionales. Putz decidió asignar al teniente Amado Granell como adjunto de Dronne, conocedor de la valía del oficial que había comandado varias brigadas mixtas del Ejército Popular de la República. Aquel cambio efectuado en los primeros días de agosto, poco antes de iniciar el avance desde Normandía, resultó de gran efectividad. Granell era un líder nato que arrastraba en el combate a los peculiares guerreros de La Nueve, muchos de ellos declarados antimilitaristas, como Miguel.

El jefe de La Nueve, Dronne, nunca dejaba de sorprenderse con el comportamiento de los españoles. En la acción militar cada día descubría facetas de aquellos especiales combatientes que lo fascinaban, incluso en el aspecto personal. Siempre que tenía ocasión contaba a los compañeros de armas franceses la actitud de los españoles en Ecouché. Aquella población normanda fue escenario de una cruenta batalla, decisiva para lograr expedito el camino hasta París, que causó grandes daños en las viviendas. La iglesia resultó muy dañada, siendo destruido el Sagrado Corazón de Jesús, por el que los vecinos sentían gran devoción. Dronne, contaba y no acababa, cómo el teniente Granell promovió una colecta en la que recogió los fondos suficientes para sufragar una nueva imagen. Aquella tarde de septiembre, recuperado Châtel, y reunidos los oficiales con el coronel jefe Cantarel, mientras tomaban unas copas de aguardiente de ciruelas, típico de la región, Dronne volvió a rememorar el episodio de Ecouché, que llamó poderosamente la atención del alto mando francés.

—Teniente, pensaba que ustedes eran anticlericales —dijo el coronel Cantarel, dirigiéndose a Granell.

—Hay de todo. Entre nosotros puede encontrar gente con diferentes creencias religiosas y políticas. Desgraciadamente somos víctimas de determinado cliché. Personalmente le diré que mi esposa es católica, muy devota. Nuestros hijos, un chico y dos chicas, asisten con ella a los cultos, yo mismo los he acompañado en ocasiones.

—Los republicanos españoles son un tanto desconcertantes —añadió el coronel.

—Con todo el respeto, está usted mal informado —Granell adquirió un tono serio—, fruto de las muchas cosas inexactas que dicen de nosotros.

Silencio sepulcral en la reunión de oficiales.

—Pues le agradecería que nos sacara de dudas —dijo el jefe francés—. ¿La quema de

conventos, iglesias, el asesinato masivo de religiosos, es todo mentira?

—Esas cosas pasaron, nadie puede negarlo. En los primeros meses de la guerra, elementos descontrolados cometieron actos de barbarie. El odio, la ignorancia, la pobreza, pero también la venganza y la pillería conformaron un cóctel explosivo que al estallar arrasó.

El teniente Granell, en quién estaban puestas las miradas de los militares reunidos, encendió un cigarrillo y continuó con el semblante adusto.

—Puedo asegurarle, mi coronel, que el gobierno de la República española, en cuanto pudo puso freno. Y es cierto que en unas zonas de España tuvo más efectividad que en otras, pues la situación política creada en el bando republicano era realmente compleja. No pretendo justificar unas acciones criminales ejecutadas por elementos incontrolados, en unos momentos en los que el golpe de Estado de los militares propició un periodo incalificable, de descontrol y falta de autoridad.

El oficial español dio una profunda calada al rubio americano, mientras el silencio seguía siendo absoluto. Siguió hablando con el aplomo que lo caracterizaba.

—Los verdaderos republicanos españoles nunca fuimos asesinos de curas y monjas, ni destruimos edificios religiosos ni el valioso patrimonio artístico que obra en poder de la Iglesia Católica. Yo mismo me encargué de impedir semejantes tropelías en Orihuela, la ciudad de la que era responsable de seguridad al producirse el golpe de los generales.

—En ningún momento deseaba molestarle —terció el coronel.

Granell relajó los músculos faciales y apuró el cigarrillo.

—La rotundidad en mis palabras, entenderá, se debe a que el tema es extremadamente serio, largo de explicar y no siempre fácil de entender. Cuando luchábamos en España no éramos monstruos, éramos los mismos de ahora. Luchábamos por la misma causa: la libertad.

—La guerra civil es el peor de los sufrimientos para un país —opinó Cantarel.

—Así es —sentenció Granell—. En nuestro caso es todavía más grave, por cuanto el vencedor es seguidor de fascistas y nazis, perpetuado en el poder absoluto, gracias a una maquinaria de represión. Parece que nadie quiere acordarse de que al otro lado de los Pirineos hay una dictadura militar, colaboracionista de Hitler.

El coronel Cantarel rellenó la copa de aguardiente y dio un pequeño sorbo antes de tomar la palabra.

—En nombre de la Francia Libre, deseo agradecer el esfuerzo, que va más allá del heroísmo, de los combatientes españoles. Ahora mismo fieles camaradas de armas que nos honran con su valor. Debo anunciarles que el general De Gaulle desea recibir a una representación de La Nueve que ha sido merecedora de altas distinciones de la República Francesa ¡Alzo la copa por todos ellos!

El general Charles De Gaulle impuso la Medalla Militar a Miguel Campos, en Nancy. Una condecoración en reconocimiento de conducta excepcional en combate siendo la concesión suprema por liderazgo destinada a soldados y suboficiales, que no pueden alcanzar los oficiales. Con la salvedad de generales y almirantes que hayan conseguido el rango de comandantes en jefe, otorgada de forma excepcional a extranjeros. En la ciudad lorenesa De Gaulle, después de felicitar al ayudante jefe Campos repitió la frase del mariscal Canrobert al condecorar con la misma medalla a un cabo, en la guerra franco-prusiana: «ahora eres tanto como yo, somos iguales». Aquel 26 de septiembre Miguel compartió honores con el sargento Fermín Pujol y el

cabo Cariño López, este último recompensado con la Cruz de Guerra. El capitán de La Nueve, Raymond Dronne, fue distinguido con la Medalla de la Liberación.

HUYENDO DEL AMOR

Letizia era una mujer libre, obligada a moverse en una sociedad comprimida por unos códigos de comportamiento sometidos a la moralidad impuesta desde la Iglesia Católica. Entonces, en España imperaba la trilogía nacionalsocialista de niños, hogar, iglesia, que los alemanes de Hitler definían como Kinder, Küche, Kirche. Desde el final de la guerra civil el mundo femenino fue sometido a un férreo control. Letizia era una isla en medio de aquel mar adverso. Así lo volvió a reflexionar, mientras acababa de maquillarse, frente al espejo del cuarto de baño. Estaba espléndida. Vestía un bolero de Balenciaga, chaqueta generosamente bordada que le llegaba a altura del pecho, conjuntado con una falda de tubo hasta la rodilla y unos altísimos stilettos negros. En unos minutos la recogería John para cenar en casa del matrimonio Poe, una pareja norteamericana afincada en Madrid. Edgar, el cabeza de familia, dirigía varias empresas dedicadas a la importación y exportación, operando en diversas provincias españolas, Portugal y el norte de África. Jacqueline, la esposa, era una refinada dama de Boston, al igual que la madre de Letizia. John estaba empeñado en presentarle a los Poe, que residían en la calle Serrano.

El matrimonio Poe resultó encantador. Edgar, de cuarenta años, tenía a gala ser familiar directo del escritor Edgar Alan Poe. La biblioteca de la casa estaba presidida por las obras del insigne autor. Jacqueline tenía treinta y ocho años, tres más que Letizia y, como ella, pasó por las aulas de Harvard, circunstancia que enseguida las unió. A la cena asistió otra pareja, Murray e Elizabeth Collins, de Londres. Mister Collins era enólogo y trabajaba para varias firmas británicas en la compra de vinos en Jerez, Cádiz, El Puerto de Santamaría y Sanlúcar de Barrameda. Actividad mermada por la guerra, que compaginaba con operaciones de dudosa legalidad en el mercado negro español. Elizabeth, al igual que el marido, frisaba la cincuentena, y desplegaba un porte distinguido. Una velada mundana, adivinó Letizia.

El aperitivo que precedió a la cena, manzanilla fría de Sanlúcar y lomo embuchado de Jabugo, deferencia del inglés, estuvo marcado por la cortesía de las presentaciones, en un tono de deferencia por parte de los anfitriones que, a través de John, conocían parte de la historia de Letizia como espía de Franco y, entonces, colaboradora del ministro secretario del Movimiento Nacional. Una mujer de historia apasionante, señaló Edgar Poe, asegurando que sería merecedora de una novela de su antepasado. La esposa, Jacqueline, estaba fascinada y los británicos guardaban las formas mientras realizaban medidos gestos de aprobación ante las apreciaciones de Edgar sobre la bella y misteriosa mujer que arriesgó la vida en la guerra civil española. Estaba

claro que la atracción de la velada era Letizia.

—Los comunistas son un peligro letal; usted demostró algo más que valor infiltrándose entre las milicias rojas —aseguró Edgar, con vehemencia.

—Cumplí con la misión encomendada y lo hice de forma voluntaria. Poco hay de extraordinario en ello —contestó Letizia, tras secar la comisura de los labios, mientras con la mano derecha sostenía el catavinos con manzanilla.

—Ah —añadió la española—, y no todos los combatientes de la República eran comunistas. La mayoría querían una democracia para este país.

Murray, el caballero inglés expresó una leve mueca de desaprobación y habló con tanta suavidad como contundencia.

—Desde fuera, si me lo permite, muchos pensábamos que aquí los republicanos pretendían una revolución bolchevique, para que España acabara siendo un satélite de la Unión Soviética de Stalin —argumentó mister Collins.

Letizia, cansada de tan peculiar visión por parte de muchos extranjeros, sonrió y sorbió un poco de manzanilla.

—Bueno, es una forma de analizar aquellos años en los que nos matamos los españoles, mientras Alemania y la URSS tuvieron sus primeras cuitas bélicas en nuestro suelo. Además de robarnos el oro.

El inglés pensó que iba a encontrar en Letizia a un aliado de su fobia a cuanto sonara a izquierda, que para él era desorden y caos económico. Estaba sorprendido, aquella mujer parecía una de las desvergonzadas universitarias que osaban manifestarse con carteles ante los palacios de Buckingham y Westminster, este último sede las cámaras de representación.

—¿Desde el puesto privilegiado que ocupa, cómo ve la obra del Caudillo? —preguntó perspicaz míster Collins, dispuesto a seguir hurgando.

Letizia volvió a sonreír al británico, cogió con delicadeza un largo cigarrillo Dunhill y cuando hizo el ademán de acercarlo a los labios, los tres caballeros, solícitos, ofrecieron fuego con sus encendedores. Ella sonrió agradecida y acercó el tabaco a la llama que sostenía míster Collins, al que lanzó una mirada retadora, antes de contestarle.

—Los españoles somos un pueblo complicado, zaherido por las guerras civiles. La última ha sido la peor. Trabajo en la obra política de Franco creyendo que estamos en un trascendental momento de transición, en el que es preciso cimentar los valores sociales de nuestra sociedad. Y estoy convencida que, en estos momentos, no existe alternativa mejor. Aunque el futuro debe ir por la senda democrática que defienden Reino Unido y Estados Unidos.

—Interesante, Letizia —terció Edgar—. Pero, ¿cree usted que el Generalísimo estaría dispuesto a ceder el poder absoluto en aras a una transformación política mediante las urnas?

—De no ser así, le aseguro que yo habría dejado el puesto. Miren, les invito a conocer los aspectos sociales y de defensa de los trabajadores que inspiran la doctrina del Movimiento Nacional. Cada día acudo al ministerio con el ánimo de conseguir una verdadera justicia social.

—Permítame, eso suena a romanticismo —opinó mister Collins.

—Una legión de románticos estamos convencidos de que es posible un modelo distinto al capitalismo y al comunismo. Con esa ilusión trabajamos —confesó Letizia antes de apurar la manzanilla. No estaba siendo fiel a la verdad, en realidad llevaba un tiempo desencantada. Pero sentía escasa simpatía por la actitud del general de los ingleses, y el tono del comerciante de vinos

empezaba a rebelaría.

Percatada de que Letizia estaba incómoda, Jacqueline, exhibiendo inteligentes maneras de mujer cosmopolita, cambió el tercio de la conversación. Contó una anécdota sobre el romanticismo en el campus de Harvard, cuando las mujeres universitarias eran auténticas heroínas, debiendo de salvar los escollos de una sociedad eminentemente machista. La risa fue general y la anfitriona aprovechó para acompañar a los invitados a la mesa, dispuesta con una fina vajilla inglesa, cubertería de Solingen y cristalería de Bohemia, sobre la mantelería de hilo blanco. En el centro unas flores naturales.

Tres doncellas servían la cena, iniciada con una crema de almejas. Letizia celebró la elección de Jacqueline y comentó que la receta era obligada en las celebraciones de la casa familiar de Boston, donde residía el hermano de su madre. Continuando con la tradición norteamericana, degustaron un asado de buey al que acompañaba un gratín de patatas que causó comentarios de aprobación. La anfitriona, llena de satisfacción, explicó que diez años antes, en uno de los viajes de negocios de Edgar a Viena descubrieron el restaurante La Pirámide, regentado por el francés Fernand Point, conocido como el emperador de la cocina moderna. Los Poe quedaron sorprendidos por el gratín y quisieron conocer al coloso chef. Medía más de un metro noventa y pesaba ciento sesenta kilos. Jacqueline logró que Point le enseñara a preparar el gratín, en la cocina del local vienés.

—Cada año procurábamos viajar a Viena para comer en La Pirámide, hasta que estalló la guerra —comentó Jacqueline.

Las doncellas escanciaron un Cabernet Sauvignon del Valle de Sonoma, California. Un nuevo guiño a Norteamérica. Letizia estaba a gusto, mientras sentía como su interior comenzaba a revolucionarse. Recordaba la tentadora imagen que vio reflejada en el gran espejo de la habitación cuando acabó de vestirse con el bolero, la falda de tubo y los stilettos. Las hormonas las tenía desatadas y John, que había permanecido discreto, notó un cosquilleo al percatarse de las miradas libidinosas que le dirigía Letizia. En ese terreno el diplomático creía conocerla tanto.

La conversación fue fluctuando. El obligado repaso sobre el transcurso de la contienda mundial, con apuesta incluida sobre el tiempo que le quedaba a Alemania, dio paso a una encendida discusión entre Edgar y mister Collins. El norteamericano hizo referencia a la genialidad de su querido familiar, Edgar Alian Poe, asegurando que el personaje ficticio del detective Auguste Dupin estaba muy por encima de Sherlock Holmes. Y llegó más allá, opinando que la talla intelectual de Poe dejaba anulado a Arthur Conan Doyle. La rotunda declaración surtió los efectos de afrenta para el inglés que, dejando a un lado la flemática actitud adoptada durante la cena, volvió a al comportamiento que había mantenido con Letizia y comenzó con preguntas cargadas de intención para finalizar con una encendida defensa de *Sir* Arthur. Una vez más, la diligente intervención de Jacqueline distendió el ambiente. Oportunamente ordenó al servicio que descorchara un magnum de champán Moet Chandon, asegurando que el chef Point tenía por costumbre beberse una de aquellas botellas cada día. De ahí que le salieran tan bien las recetas sencillas como el gratín, añadió. Todos rieron la ocurrencia y aplaudieron cuando llegó el postre: tarta de queso con frutas. Para entonces, Letizia ya había logrado acariciar las piernas de John con los pies descalzos.

En la sobremesa sirvieron auténtico café, Bourbon y cigarros puros de Cuba. Letizia encendió un habano, las otras dos damas fumaron cigarrillos Pall Mall. El fin de la velada resultó de lo más

convencional. Las mujeres charlando de la moda y de los últimos chismes sobre la alta sociedad madrileña y la colonia internacional. Los hombres especularon sobre las consecuencias que para sus negocios tendría el final de la guerra. Letizia sentía un irrefrenable deseo de estar a solas con John, pero se contuvo, en parte porque aumentaba el placer de la espera.

Entrada la madrugada Letizia pensó que ya era suficiente, alegando que estaba cansada pidió el bolso y el abrigo. Cuando iban a salir dijo que necesitaba ir al servicio. Se quitó la falda y la guardó en el bolso, seguidamente se puso el abrigo. Tras despedirse salieron a la calle. Subieron al coche que con matrícula diplomática conducía John. Letizia decidió sentarse en el asiento de atrás, ante la sorpresa del norteamericano, que recibió la sugerencia de ella de dirigirse al chalé de Argüelles. Durante el trayecto no hablaron. John estacionó el coche en el aparcamiento cubierto por el que se accedía directamente al interior de la vivienda.

—Nos quedamos aquí —anunció Letizia.

John alzó la mirada y quedó sorprendido al verla por el retrovisor interior del coche. Letizia estaba reclinada en un extremo y con las piernas estiradas a lo largo de la banqueta trasera Llevaba puestas las bragas, las medias de seda con liguero y los stilettos, nada más.

—Me encanta —dijo el diplomático, que arrojó la chaqueta al asiento del acompañante y con inusitada agilidad fue al encuentro de ella.

Con delicadeza John desenganchó, poco a poco, las medias del liguero. Cada movimiento iba acompañado de una caricia, provocando un latente jadeo en ella. Repentinamente el americano cambió de actitud, con sus fuertes manos rasgó las bragas de puntillas y hundió los labios entre las piernas de Letizia. El reducido espacio del Cadillac pareció ahormarse a los cuerpos pictóricos, en celo, de la pareja.

EL PERIODISTA AMORAL

La placidez mediterránea de Sitges encandiló a César González Ruano, y al regresar precipitadamente de Francia, un año antes, decidió instalarse allí. La fortuna acumulada en el periplo europeo de la guerra pronto la agotó. Afanándose en el diario disfrute de los placeres de la vida, que en el caso de CGR eran de lo más diversos. En los primeros días de septiembre de aquel convulso 1944 regresó a la villa marinera, tras realizar una serie de crónicas de alcance desde la frontera catalana de Los Pirineos, enviado por *La Vanguardia*. Las colaboraciones con el periódico y el prolífico trabajo literario eran sus medios de subsistencia. La economía, desde siempre, tenía al escritor en el filo de la navaja. Cada mañana, a las nueve y media en punto, se dejaba caer literalmente de la cama, afectado por los excesos de la noche anterior. Con el cuerpo destemplado, en ocasiones enfermo y con temblores, hacía el esfuerzo titánico de asearse para conducir sus pasos decadentes hasta el Café Chiringuito, a pie de playa, donde trabajaba creando novelas y artículos, sobre una mesa con la superficie revestida con azulejos. A la una de la tarde dejaba la labor para unirse a la tertulia con un grupo de amigos que, a menudo, solía prolongarse bien entrada la madrugada.

Esa mañana de finales de verano asomó espléndida, con el cielo luminoso y las aguas del mar transformadas en lámina azul de calma chicha. César González Ruano escribía con la estilográfica una colaboración para la revista *Destino*, del editor Ignacio Agustí. El periodista estaba ensimismado con la escritura, ajeno a las miradas de los habituales que no dejaban de comentar un rasgo característico de aquel tipo culto, de mundo. Las largas uñas, afiladas y lacadas que se antojaban gráciles garras manejando la pluma. Los detractores atribuían a aquellas uñas un origen demoníaco.

—¡César!

El caballero pronunció el nombre del periodista desde el umbral de la puerta del Café Chiringuito. De unos cuarenta años, bien vestido y con el semblante risueño, para CGR resultó toda una inesperada aparición.

—¡Tú, Perico, increíble!

Ambos quedaron fundidos en un largo abrazo.

Los amigos pasearon por la playa de Sitges, disfrutando de la maravillosa temperatura que en aquellas horas beneficiaba a la población catalana.

—Pensaba que no podrías salir de París —comentó González Ruano mientras sacaba un

cigarrillo de la pitillera de oro con el escudo real, regalo personal de Alfonso XIII.

—Yo también, pero me han traído los Aliados.

—Resulta difícil de creer.

—Pues créelo César, fui detenido y en lugar de encarcelarme, un equipo de la Policía Militar norteamericana me dejó en Irún.

—¿Y eso?

—Nadie ha sabido dar respuesta, pero voy a volver enseguida.

González Ruano dio una larga calada al cigarrillo, las uñas largas y esmaltadas brillaron al sol.

—¿Pero hombre, Perico cómo vas a hacer semejante tontería? Si te cogen los de las FFI, igual te llevan a la guillotina.

El policía paró bruscamente y, con el contorno de los ojos sudoroso, miró fijamente al amigo.

—En París tengo a lo que más quiero en esta vida: mi mujer y mi hijo.

—Espéralos aquí, a ellos no tienen por qué hacerles nada.

—Dentro de tres días espero estar en Servés, en la casona familiar de mi suegra.

—Siempre has sido un valiente, Perico. Te admiro, ya sabes que yo…

Urraca cortó la palabra a CGR.

—Tú ándate con cuidado.

—¿Qué quieres decir?

El bigotillo fino, perfectamente recortado y tintado del periodista sufrió un leve temblor, que dio paso a una media sonrisa que exhibió la dentadura bien reconstruida por los mejores dentistas de Berlín.

—En la Dirección General de Seguridad hay un comisario que te tiene ganas.

—Hay tanta gente, Perico, que me quiere mal.

CGR abrió la chaqueta del traje blanco de lino, confeccionado a medida en Roma. Necesitaba aire.

—Sí pero Buendía, que así se llama, manda mucho y no tiene ni un pelo de tonto.

—Aquí en Sitges estoy tranquilo, a Madrid no voy para nada y puedo decirte que en El Pardo sigo estando considerado.

El agregado policial en la embajada de España en Francia volvió a detener el paso. Sacó un pañuelo del bolsillo superior de la americana y enjugó el sudor del rostro.

—Las cosas están cambiando a pasos agigantados, Franco ya no quiere saber nada de Hitler.

—Pero aún no está todo perdido. He oído hablar de las armas secretas que en unos meses pueden dar un giro a la guerra…

—No te hagas ilusiones, César, es el fin de Alemania.

—Ah, qué desagradable. Europa vuelve a equivocarse.

Urraca asió de un brazo al amigo y este lo miró con ojos vidriosos, congestionados por los excesos de la noche anterior.

—Buendía tiene mucha información sobre las gestiones de los pasaportes. Procura pasar una larga temporada aquí.

—Será muy difícil que pueda demostrarse nada, yo me limitaba a gestionar pero siempre no salían bien las cosas —dijo cínicamente CGR.

—Qué cuajo tienes, César.

PASE DE MODELOS EN EL RITZ

El salón principal del hotel Ritz reunió a lo mejor de la sociedad de Madrid. El modisto parisino Jacques Heim, presentó una colección de sesenta modelos exclusivos, exhibidos por sus propios maniquís, que siempre viajaban con él. Toda una proeza, cuando solo dos meses antes París era liberado por la División Leclerc y Francia continuaba en estado de guerra. Para la ocasión, Letizia lució un vestido de tarde en crepe de China negro. Acudió con Sagrario, la secretaria, ilusionada por asistir a tan señalado acontecimiento social. En España la necesidad seguía siendo la tónica general entre la mayoría de ciudadanos, obligados a realizar malabarismos de subsistencia. Aquellas burbujas de lujo, esplendor, derroche, existían entre una clase dominante que además de ganar la guerra civil tenía el control económico del país y, algunos, incluso, encontraron la fórmula para enriquecerse rápidamente a través del mercado negro.

Letizia y Sagrario ocuparon un lugar de privilegio junto a la pasarela, por la que desfilaron las maniquís que lucieron prendas de *sport* y noche, mientras una dependienta de la maison Heim cantaba el nombre y número de cada modelo. Tampoco faltaron los abrigos de pieles y complementos como sombreros, guantes, cinturones, de la prestigiosa firma Roxy. Entre el nutrido público, en lugares preferentes, podía verse a varias damas de la colonia alemana, consortes de empresarios y diplomáticos, la mayoría de ellos miembros de algún servicio de inteligencia del III Reich. Personas que manejaban fortunas, haciendo alarde de un nivel de vida que provocaba la envidia de las propias señoras del Régimen.

Uno de los vestidos de noche encandiló a Letizia, dispuesta a adquirirlo para asistir a la presentación en sociedad en Carmen Franco Polo Nenuca, la única hija de Franco. Días antes había recibido la invitación oficial, cuando aún faltaban dos meses para tan destacado evento que, seguro, reuniría a la más exclusiva casta del nuevo orden dirigido por el Generalísimo. No dejaba de sorprenderse por las atenciones de El Pardo, pero nunca creyó que pensaran en ella para un acontecimiento social al que la primera dama, Carmen Polo, estaba dispuesta a dar el mayor esplendor.

Aquel martes, 24 de octubre, Letizia hizo esfuerzos por concentrarse en el espectáculo de moda del Ritz. Su cabeza estaba en las operaciones militares que, desde varios días antes, realizaba el Ejército para parar la invasión de cuatro mil guerrilleros republicanos en el Valle de Arán. La idea de que Miguel pudiera participar en aquella acción, tan descabellada como romántica, le creaba desasosiego. En la Secretaria General del Movimiento llegaban noticias a

cada instante de los hechos que ocurrían en una zona de Los Pirineos catalanes provocados por iniciativa del Partido Comunista de España y cuyo responsable militar, el coronel Vicente López Tovar, creyó imposible desde el primer momento, pero que acató por disciplina. Mientras la flor y nata de la burguesía madrileña disfrutaba del espectáculo del modisto Heim, la denominada operación Reconquista de España tocaba a su fin. Los efectivos guerrilleros preparaban el repliegue, una vez llegados a las puertas de Viella, ciudad protegida por un fuerte contingente militar. Letizia no lograba quitarse de la cabeza la posible participación de Miguel, aunque su adscripción anarquista, pensó, tal vez fuera motivo para descartar que pudiera estar en una estéril acción orquestada por el Partido Comunista, contra la que Franco había mandado a cincuenta mil soldados.

—Letizia, no te duermas —susurró Sagrario, al percibir la ausencia momentánea de su jefa.

—Ah, tienes razón. Estaba ensimismada en mis cosas.

—Con lo interesante que está el desfile. Ay, ojalá dispusiera de unos ahorrillos.

Una señora cincuentona que vestía un llamativo vestido estampado, cargada de joyas y maquillaje en exceso, de aspecto rollizo, hizo una mueca de desagrado al oír el espontáneo comentario de Sagrario. Estaba sentada junto a Letizia, y desde el inicio de la muestra de moda hablaba como un papagayo con el grupo de amigas que la acompañaban. A las exclamaciones y comentario de cada modelo seguía una perorata sobre los grandes modistos y mejores tiendas que conocía en las principales capitales europeas, visitadas antes de que estallara la guerra mundial. Incesantemente la mujer hacía gala de posición social y de la influencia de su marido, alto funcionario de la embajada de Argentina.

—¡Mira, Letizia, que maravilla de abrigo de pieles! ¡Quién pudiera comprarlo! —exclamó emocionada Sagrario, provocando la risa de la jefa.

La argentina miró con descaro a la joven y realizó un comentario en voz alta, cargado de desprecio.

—¡Qué vergüenza, dónde vamos a llegar si en el Ritz ya dejan entrar a cualquiera!

El grupo de amigas, de aspecto similar, con nada disimulados gestos corroboraron las palabras que quién llevaba la voz cantante. La estridente mujer, animada por los signos de aprobación de la camarilla, ahondó en la crítica empleando palabras ofensivas.

—Os habéis fijado en la mosquita muerta, no sé cómo habrá logrado colarse aquí y ocupar una silla en primera fila. Debe ser la criada íntima de algún poderoso, el mundo está perdido.

Sagrario estuvo a punto de llorar, la estaban menospreciando por la sencillez en el vestir. Entonces Letizia, que hasta el momento ni había mirado a la ostentosa argentina, la abordó.

—Disculpe, la veo muy puesta en la moda internacional. No hay más que verla para darse cuenta de que goza de un gusto particular, con personalidad.

La señorona quedó desconcertada, sin saber cómo interpretar las palabras de una mujer elegante, que mostraba el indudable poso de la buena educación.

—Procuro estar al día y no me duelen prendas a la hora de comprar ropa y accesorios, al nivel que exige la posición social que ocupamos. Ya me entiende. Estamos acostumbrados a movernos en determinados ambientes, por eso existen las clases sociales bien diferenciadas, que es ley natural —aseguró la argentina con un gesto dirigido a Sagrario.

—Tan viajada como es usted, conocerá a Coco Chanel, una auténtica autoridad en el mundo de la moda.

—Sí claro, aunque no es de mi gusto. Demasiados sencillos y rectilíneos su modelos, poco femeninos.

—Comprendo, con el concepto que usted tiene del lujo es lógico que esté alejada de la tendencia creada por Chanel.

—¿Qué quiere decir? —preguntó la señorona mostrándose inquieta.

—Sobre el lujo Coco ha dicho algo de lo que estoy completamente de acuerdo: «El lujo no es lo contrario de la pobreza, sino de la vulgaridad».

—¡Cómo se atreve, cómo se atreve!

Con el rostro enrojecido y haciendo aspavientos la mujer papagayo llamó la atención de la selecta concurrencia, que en aquel momento disfrutaba de una copa champán en el receso del desfile. Asistida por las amigas, que perjuraban sobre la insolencia de la desconocida, en pocos minutos pareció repuesta. Letizia la seguía mirando impasible, retadora. Esperó a que secara las lágrimas de cocodrilo y en el momento en el que la oronda mujer decidió levantarse con cierta dificultad para ir al tocador de los servicios del hotel, acompañada por la cohorte, Letizia lanzó la última puya.

—Por cierto, creo que Coco acuñó otra de sus famosas frases pensando en personas como usted. También se la regalo: «La moda es como la arquitectura, se trata de una cuestión de proporciones».

EL ATRIBUTO DE FRANCO

El doctor Ángel María de Leza recibió al general Franco en la puerta de la consulta. Esta vez el Caudillo apareció vestido con un corriente traje gris, camisa blanca y corbata negra. Al médico le recordó al cobrador del Ocaso, la firma dedicada a garantizar un sepelio digno, féretro incluido, por una módica cuota mensual. De Leza permaneció expectante, mientras ofreció asiento y un café.

—Si no es molestia, prefiero una infusión. ¿Tiene boldo?

—Excelencia, siento…

Franco cortó la palabra del urólogo.

—Imaginaba que no tendría. ¿Sabe usted qué es el boldo?

De Leza, tras mostrarse dubitativo, dijo que se trataba de una especie botánica, que podía encontrarse en los arbolarios.

—Pues le recomiendo que lo tome entre comidas, ayuda a la digestión. Es muy depurativo. Y tiene más propiedades. ¿Usted duerme bien?

Asombrado, el médico no supo que contestar.

—No se apure, De Leza, con sus preocupaciones y delicado trabajo resulta lógico que le cueste conciliar el sueño. En el boldo encontrará gran mejoría, incluso sirve para atemperar las tensiones de la responsabilidad, eso que los modernos doctores denominan estrés. Vamos, los nervios de toda la vida.

—Mi general, le agradezco la información.

Franco miró con ojillos de hurón al doctor, dispuesto a seguir llevando la voz cantante.

—Si no tiene otra cosa, aceptaré un café.

De Leza pidió permiso para acercarse al oficce de la consulta donde cogió una humeante cafetera y sirvió una taza, después la depositó en la mesa del despacho, junto a una azucarera. Franco esbozó una sonrisa antes de hablar.

—¿Usted no me acompaña?

El urólogo quedó un tanto envarado.

—Encantado mi general, disculpe.

Volvió a por otra taza de café y regresó con rapidez.

—Excelente café, el que tenemos en El Pardo es de menor calidad. Y el azúcar, bueno de verdad.

—La asistenta es la encargada de hacer la compra, excelencia —explicó el médico con signos de nerviosismo.

—Ah, el servicio es un pilar fundamental de nuestra nación, tan resolutivo como imaginativo. Y teniendo un jefe con posibles, pues todo resulta más fácil —Franco acerco la taza a los labios y dio un sorbo con deleite—. Bueno, francamente bueno.

—Celebro que le guste, mi general —dijo De Leza mientras saboreaba su café.

—Desde luego un café de tanta calidad debe de costar un Potosí, al que no alcanzamos la mayoría de los españoles.

—Excelencia, es cierto que es un producto caro, pero nunca he preguntado a la asistenta dónde lo compra.

El Caudillo percibió el tono de preocupación del urólogo.

—Hace bien, ciertas cosas es mejor desconocerlas. A mí me llegan rumores sobre eso que llaman estraperlo y procuro hacerme el sordo.

De Leza estaba perplejo, pensó que debía retomar la iniciativa para llevar la situación al terreno médico.

—¿Mi general, cómo se encuentra? ¿Qué síntomas tiene?

—¿Síntomas? ¿A qué se refiere doctor?

El urólogo volvió a asombrarse.

—Bueno, el motivo de su visita, excelencia.

—Ah, claro. Eso en su momento, ahora estoy a gusto conversando con usted. ¿Practica algún deporte?

Resignado a dejarse llevar por la impronta de Franco, contestó.

—En la universidad pertenecía al equipo de atletismo. Con los años me he aficionado al golf.

—¿Nada de caza o pesca?

—Pues no.

—A mí me gusta más la pesca que la caza. Estaría encantado de que me acompañara en una de las jornadas de pesca en el Cantábrico, seguro que le coge afición.

—Para mí sería un honor. Y el mar me encanta.

—El mar tiene un poderoso imán, en la niñez soñaba con ser marino. Ciertamente estoy feliz ejercitando cualquier actividad al aire libre.

Ya más distendido, De Leza comenzó a dar chance al Caudillo.

—En eso coincidimos, excelencia. Los domingos suelo hacer largos recorridos a pie por la sierra de Madrid, respirando aire puro y contemplando la riqueza forestal de nuestros bosques.

—Felicito esa afición. Mire, debo confesarle que en mis continuos viajes por la geografía nacional siempre llevo un cuaderno en el que voy tomando notas sobre el paisaje y características forestales de las tierras que visito. Estoy empeñado en repoblar nuestros bosques.

—Esa iniciativa es encomiable.

—Entra en la obligación de un gobernante. Mire, De Leza, la ecología es fundamental para asegurar el crecimiento futuro de un país.

Gratamente sorprendido por la revelación, el médico volvió a ofrecer café.

—Gracias, pero ya no soy el joven oficial de la guerra de África, que consumía café a toda hora. Esa bebida me salvó la vida. Mientras otros compañeros de armas comían opíparamente antes de entrar en combate yo solo tomaba café, el estómago vacío es de gran utilidad si resultas

herido. Y de eso precisamente he venido a hablarle.

¡Por fin! Pensó el urólogo, antes de preguntar.

—¿A qué herida se refiere, mi general?

—En el verano de 1916, siendo yo un bisoño capitán de veintitrés años, recibí un disparo en la reconquista de El Buitz, un poblado a ocho kilómetros de Ceuta. La herida fue en el bajo vientre, muy grave. El páter del regimiento me dio la extremaunción, pues los médicos veían difícil salvarme la vida.

—¿Qué órganos quedaron afectados por la bala?

—Perdí un testículo.

De Leza suspiró para sus adentros. El Caudillo acababa de revelar el por qué de su presencia. Antes de pronunciarse, el urólogo carraspeó.

—Mi general, esa lesión, una vez recuperada, no suele afectar en el normal funcionamiento del aparato reproductor. Y, con todo el respeto, su excelencia tiene una hija.

—Cierto, pero últimamente siento ciertas molestias, así como una sensación de hinchazón. Además querría que usted revisara otro pequeño problema en la misma zona.

—¿De qué se trata?

—Me sería difícil explicarlo.

—Bien, con su permiso, le ruego se quite los pantalones y ropa interior. A continuación, excelencia, debe acostarse en la camilla.

La vista de Franco pareció nublarse, pero hizo caso a las indicaciones. De espaldas al médico procedió a desvestirse lentamente. Sin mirar al urólogo se tendió, puso las dos manos sobre el pecho y cerró los ojos.

De Leza ajustó los guantes quirúrgicos y encendió un potente flexo que alumbró los atributos del Generalísimo. Con cuidado tacto cogió el único testículo y lo manipuló suavemente.

—¿Molesta, excelencia?

—Sí.

Seguidamente el médico observó con detenimiento el pene de Franco y procedió a realizar unas maniobras de manipulación sobre el órgano.

—Mi general, las afecciones no deben preocuparle. Tienen fácil solución. Para el testículo le prescribiré un tratamiento. Sin embargo, el estado que afecta al prepucio solo es posible solventarlo mediante cirugía. Es una intervención menor aunque molesta.

Franco taladró con la mirada a De Leza, y el urólogo sintió que el cuerpo comenzaba a quebrarse.

—Las molestias del bajo vientre es lo más prioritario. Cuando monto siento unas punzadas muy desagradables. En los próximos meses necesito practicar la equitación. En el desfile del Día de la Victoria he decidido, por primera vez, pasar revista a caballo. La operación puede esperar. Llegado el momento deberá revestir el máximo secreto.

El urólogo, más aliviado, hizo ademán de cuadrarse.

—Confío en usted, De Leza —concluyó el Caudillo.

UNITED PRESS

Letizia llevaba en el bolso la transcripción completa de la entrevista realizada a Franco un día antes, el 6 de noviembre por A.L. Bradford, director del servicio exterior de la agencia United Press. Acababa de mantener una reunión con el embajador Carlton Hayes, el cual le adelantó que esperaba ser relevado en poco más de mes y medio. Esa información ya la conocían en El Pardo, el confesor de mister Hayes, el padre Molina, hacía efectiva la estrecha amistad con el general Franco Salgado-Araujo. El sacerdote era una vía importante de comunicación entre la legación de los Estados Unidos y el Régimen. Letizia entró en la sede de la Secretaría General del Movimiento Nacional y fue directa al despacho del ministro José Luis Arrese. Saludó a las secretarias y personal de seguridad que prestaba servicio en la antesala. Nadie se atrevió a preguntar ni a detener el decidido paso de la dama. Arrese la estaba esperando, sin llamar abrió la puerta y entró. Como de costumbre, la recibió con deferencia, aunque ella notó que la actitud del ministro seguía alejada de la franca naturalidad de unos meses antes. Dispuesto a contribuir en la metamorfosis que pretendía el Caudillo para acercarse definitivamente a los Aliados, Arrese intentaba ocultar el dolor que le proporcionaba dejar de lado a Alemania, el país que más admiraba.

—José Luis, traigo la entrevista completa realizada al Caudillo por United Press, me la ha facilitado el propio embajador Hayes. Supuse que te gustaría tenerla, por supuesto que está traducida al castellano. Mañana será publicada en la prensa nacional.

El ministro agradeció el gesto de Letizia que, pensó, corroboraba la gran cercanía con los norteamericanos, evidencia que ya ni siquiera disimulaba. En el fondo no pudo evitar la sensación de molestia. La exquisita educación de Arrese, una vez más, supo controlar sus verdaderos sentimientos.

—Será un gusto leer detenidamente la literalidad de la conversación que mantuvo Franco con tan influyente agencia de noticias —aseguró para, seguidamente invitar a Letizia a tomar asiento. En esa ocasión en una de las sillas situadas frente a la mesa de trabajo, detrás de la cual ocupó su lugar el ministro. A Letizia no se le escapó el detalle, pues era habitual que hablaran en otra zona más informal del despacho.

Letizia abrió el bolso y sacó un sobre, contenía varios folios mecanografiados e hizo el gesto de entregárselo al ministro.

—Por favor, como seguramente habrás leído la entrevista, sería un placer que hicieras un

resumen. En unos minutos debo salir hacia El Pardo, ya sabes que Franco valora mucho la puntualidad.

José Luis Arrese vestía el uniforme de Falange, con todas las condecoraciones. Como ya había observado Letizia nada más verlo, estaba serio y distante. Era mucho el esfuerzo que realizaba para digerir la nueva situación de Europa con el esperado desenlace de la derrota de Alemania. Llevaban años trabajando juntos, Letizia sabía cómo debía comenzar el resumen.

—El Generalísimo deja claro que los principios básicos del Régimen siguen siendo los tres pilares fundamentales: «Dios, Patria y Justicia, siempre bajo la inspiración de la fe católica».

Arrese asintió.

—No podía ser de otra forma. Continúa, por favor.

—Aprovecha para asegurar la voluntad de acercamiento con las potencias aliadas, a excepción de la Unión Soviética, por supuesto.

—Nosotros estamos preparados para frenar, una vez más, al comunismo. Eso los angloamericanos lo saben.

Como saben también que, llegado el caso, la figura de Franco sería decisiva en la lucha contra la marea roja que puede surgir tras el hundimiento del III Reich.

Letizia sabía que poco le iba a gustar al ministro una de las declaraciones principales de jefe del Estado.

—Es categórico en rechazar las acusaciones de haber colaborado con las potencias del Eje.

—¿Cómo? —Arrese no pudo evitar un destello de inquietud.

—Ya sabes que últimamente el Generalísimo recuerda a menudo que la División Azul la incorporó al Ejército alemán, única y exclusivamente, para luchar contra el comunismo. La neutralidad de España y su oposición a que las tropas de Hitler cruzaran los Pirineos, son razones que viene esgrimiendo Franco, que no deben sorprender.

Con cierto deje de amargura el ministro contestó.

—Hay evidencias que son imposibles de ocultar, excepto en el mundo de la política. Pero así están las cosas. Franco es nuestro guía, el Caudillo indiscutible, aunque a veces nos pese que, pensando en el bien general de España, olvidemos ciertos compromisos enraizados con la doctrina que nos caracteriza.

—Es la hora de los grandes líderes y de la política en mayúsculas. Creo, José Luis, que la habilidad de Franco está sorprendiendo en todo el mundo civilizado. Los hechos vienen a desmentir a aquellos, que, dentro de la patria y fuera de sus fronteras, cuestionan la capacidad de nuestro líder.

—Recientemente un camarada de gran prestigio y responsabilidad me contó una anécdota que hoy me viene a la memoria con especial sorna. Cierto día el referido amigo puso en conocimiento del Caudillo unas cuestiones sobre el funcionamiento interno de determinado organismo y este fue contundente: «usted haga como yo, no se meta en política».

Letizia no pudo evitar soltar una carcajada que provocó la sonrisa en el, hasta ese momento, inconmovible rostro del ministro secretario del Movimiento Nacional.

—Franco es mucho Franco —añadió Arrese.

—Y tanto. Te voy a leer textualmente la contestación a la pregunta de si está preparando una Constitución. «Sorprenderá a algunos, pero no a quienes conozcan al mundo hispanoamericano, donde experiencias parecidas han tenido y tienen lugar entre nuestros hermanos de raza, la

afirmación de que España es una verdadera democracia. Y, sin embargo, esa es la realidad: democracia orgánica, donde la suma de voluntades individuales se manifiesta por caminos distintos de los ensayados en pasados tiempos».

—Por supuesto que el Caudillo se refiere a una democracia diferente a la liberal. La participación del pueblo en las tareas del Estado se hará a través de la familia, el sindicato y el municipio —matizó el ministro.

—Democracia orgánica.

—Eso es, Letizia.

OTOÑO EN LOS VOSGOS

El frente estaba estacionado en Los Vosgos y los Aliados sorprendidos por la férrea resistencia del Ejército alemán, que seguía acatando las órdenes de Hitler de luchar hasta el final. Las batallas habían sido de gran intensidad, con muchas pérdidas humanas y todos temían las dramáticas consecuencias de la decisiva ofensiva que el Estado Mayor conjunto estaba preparando. Era preciso romper la bolsa de Colmar y seguir avanzando en dirección a Estrasburgo, a solo ciento veinte kilómetros de las posiciones aliadas. El general Leclerc anhelaba cumplir el juramento realizado en el norte de África: la bandera de la República volverá a ondear en la capital de Alsacia, varias veces anexionada por los alemanes. Así lo recordó el teniente coronel Jean La Horie mientras compartía mesa con su amigo, el teniente Amado Granell y un grupo de suboficiales españoles de La Nueve, en la Brasserie Excelsior de Nancy, una joya arquitectónica del Art Nouveau. Miguel Campos llevaba el brazo en cabestrillo y cojeaba levemente. Resultó herido en los combates de Vacqueville, en los que él y Granell capturaron a trescientos soldados de las SS. Completaban la mesa los sargentos Martín Bernal y Fermín Pujol. El primero, convaleciente de una herida sufrida en el Mosela. Los comensales degustaron un buen «quiche», la tarta lorenesa de tocino y jamón, mostachones y ciruelas mirabel. Regado con vino de la región. El aguardiente animó la sobremesa.

—Estamos en la tierra cuyo símbolo, la Cruz de Lorena, es el de la Francia Libre. ¡Brindemos por ello! —dijo enfático el teniente coronel, levantando el vaso de *schnapps*.

—¡Por la Cruz de Lorena! —respondieron los españoles.

La Horie, amigo personal del general Leclerc, era tan próximo con la tropa como resolutivo en el combate. Virtudes que granjeaban la admiración de los veteranos luchadores de la República Española.

—¿Conocen ustedes el origen de nuestro símbolo? —preguntó La Horie mientras encendió un cigarrillo y pasó el paquete.

Los españoles pusieron cara de póquer, excepto Granell, que habló con claridad.

—No tenemos ni idea y nos gustaría saberlo.

—Godofredo de Bouillon —comenzó a narrar La Horie—, duque de Lorena, inscribió la cruz en su estandarte cuando participó en la Primera Cruzada. Bouillon está considerado fundador de la Orden del Santo Sepulcro, encargada de proteger Jerusalén.

El oficial hizo una breve pausa para apurar la copita de licor.

—Como habrán observado, es una cruz latina con un pequeño travesaño horizontal que trata de emular la inscripción que los romanos pusieron en el madero donde fue cruficado Jesús con las letras INRI, ubicado paralelamente en el travesaño mayor.

—Con su permiso. Yo la llevo tatuada con orgullo y soy anarquista. Desde siempre contrario a las cruces —dijo riendo Miguel Campos.

—¡Eso sí es un milagro! —exclamó el catalán Pujol, provocando la risa general.

—Caballeros, la Cruz de Lorena —continuó La Horie—, iba impresa en las banderas de los ejércitos de Juana de Arco, nacida en esta región, en su lucha contra los ingleses, en el siglo XIV. Ahora es el símbolo del pueblo francés contra el nazismo. El símbolo de la libertad, la antítesis de la Cruz Gamada.

Un mando de la Policía Militar interrumpió la velada, comunicando que el general Leclerc tenía órdenes de la máxima urgencia para el jefe del Regimiento de Marcha del Chad. La Horie dijo sentir el contratiempo y pagó la cuenta, ante las protestas de los españoles, que pretendían invitarlo. De inmediato, emprendieron el regreso al cuartel general.

En el trayecto Miguel Campos comenzó a inquietarse y lanzó una advertencia.

—Seguro que «El Patrón» manda una ofensiva. ¡Si hay tomate yo voy!

—Ni hablar —contestó Granell—, estás convaleciente. Ni te acerques a la compañía, es una orden.

—Mi teniente, no es más que el rasguño de una esquirla de mortero —protestó Campos.

—Miguel, te necesitamos al cien por cien, así que recupérate y vuelve. Ahora toca descansar. ¡No se hable más!

El general Leclerc ordenó el inmediato ataque contra las posiciones alemanas. Una vez más, La Nueve debía ser la punta de lanza del regimiento que siempre abría paso a la división. El teniente Granell, en ese momento jefe accidental de la compañía, tuvo que solicitar veinticuatro horas para poder incorporar a los soldados que estaban disfrutando de un merecido permiso en Nancy y al tiempo poner a punto los vehículos, bastantes de ellos averiados. Sabía que los combates serían muy cruentos, pues el enemigo estaba dando muestras de una insospechada resistencia. Así fue. Durante varios días el camino a Estrasburgo pudo compararse con el mismísimo infierno. Muchos compañeros cayeron, entre ellos el teniente coronel La Horie. Pérdida que supuso un duro golpe para el oficial español, muy cansado de tanta muerte y destrucción.

Trasladado al Estado Mayor del Regimiento de Marcha del Chad, el ánimo del teniente Granell estaba por los suelos. El café y el tabaco eran las medicinas que cada día administraba con mayores dosis mientras intentaba borrar del pensamiento la angustia que le producía recordar a tantos compañeros muertos en tres guerras. Los huesos los tenía entumecidos. El frío, el maldito frío que penetraba en el cuerpo como cuchillas que no querían salir. Era finales de noviembre de 1944, las temperaturas seguían bajando en Estrasburgo, ya liberado. Amado Granell repasaba, un tanto aburrido, los estadillos de las provisiones cuando, de pronto, enmudeció el sonoro teclear de los mecanógrafos.

Alzó la vista y vio a un sargento que, fuera de sí, requería la presencia de un oficial en un balbuceo. Apenas podía articular una palabra. Aquel militar estaba muy afectado.

—Era una patrulla rutinaria, mi teniente —dijo al fin el sargento—, buscábamos documentos…

—Tranquilícese, ¿dónde efectuaban el registro?

—En el Instituto Anatómico Forense. Creí posible que pudiéramos encontrar algún dato valioso. Ya sabe usted los comentarios que corren sobre los experimentos y barbaridades de los nazis…

El sargento, poseído por una fuerte agitación, comenzó a gritar:

—¡Es verdad, es verdad, es verdad!

Granell, con aplomo pero con autoridad, increpó al compañero.

—¡Cálmese y diga qué ha visto!

—Mis soldados están llorando como niños. Tras registrar las dependencias administrativas decidimos echar una mirada a los sótanos y encontramos decenas de personas muertas, desnudas. Muchas de ellas con grandes amputaciones…

El sargento paró para tomar aire y continuar.

—También vimos cubos en los que hay sumergidas partes de cuerpos humanos, incluso recipientes de cristal con órganos. Entre los muertos los hay de todas las edades. ¡Un horror, un horror!

Amado Granell ofreció un cigarrillo al sargento «Contra eso estoy luchando, y no a favor de nadie», pensó el español antes de responder.

—Me temo que lo que acaba de encontrar es una pequeña muestra de cuanto nos espera.

Los sótanos del Instituto Anatómico Forense de Estrasburgo acogían la colección personal del doctor August Hirt, que durante años experimentó con los cuerpos de prisioneros asesinados en el campo de concentración de Struthof-Natzweiler. Granell y un grupo de oficiales aliados tuvieron el dramático privilegio de ver las primeras pruebas evidentes del delirio criminal nazi. El doctor Hirts siguió los pasos de otros colegas, auspiciados por la reglamentación de las llamadas prácticas científicas de la Ahnenerbe Forschungsund Lehrgemeinschaft (Comunidad para la Investigación y la Enseñanza sobre la Herencia Ancestral) pilar fundamental del sistema nazi inspirado por Heinrich Himmler, encuadrado en las SS. La metódica operación dirigida por Hirts tenía como fin crear una muestra de esqueletos que sirviera de testimonio a las generaciones futuras de lo que había sido la raza judía una vez exterminada.

EL AVISPERO NAZI

Heinrich Singer, enlace de la Policía alemana en España, vigilaba día y noche con unos prismáticos Leitz Beh de gran alcance, utilizados por la Kriegsmarine. Pasaba largas horas oculto detrás de uno de los ventanales del chalet que ocupaba en la calle Guadiana, en El Viso. Miraba sin cesar cuanto podía acontecer en una casa próxima, objetivo del departamento de contraespionaje del III Reich. Semanas antes, una tarde, casualmente, Singer vio entrar en dicha residencia a una mujer conocida en Madrid y de especial interés para la Abwehr: Letizia Heredia-Espinosa Jefferson, colaboradora del ministro secretario general del Movimiento Nacional y considerada por la inteligencia de Berlín agente del OSS norteamericano. El azar quiso que el policía nazi propiciara una operación sobre la que pudieran abrirse estimulantes posibilidades, en palabras de Karl Arnold, en apariencia un pacífico hombre de negocios de la firma Sofindus, una tapadera del entramado financiero nazi en la capital de España. Arnold era miembro del SD (Der Sicherheitsdienst), el servicio de seguridad de las SS que operaba junto a la Gestapo.

Solo unos días antes del casual hallazgo, Heinrich Singer residía en la céntrica calle Serrano. Singer estaba empezando a perder la paciencia, pues en las últimas tres semanas la joven espía y su amante, el diplomático John Graves, no habían aparecido. Un equipo de la Abwehr estuvo instalando micrófonos en las estancias de la casa que servía de encuentro a los amantes. Un mal presentimiento le atravesó el cuerpo. Nunca estuvo de acuerdo en la colaboración tan estrecha con los servicios de inteligencia militar españoles puesta en práctica por el comandante Lenz von Rohrscheidt. Esos malditos oficiales del OKW tan apegados a sus estúpidas normas, pensaba Singer. Él era un hombre del Führer, fiel al partido y no cejaba de ver traidores entre los militares. Esa misma opinión era compartida por su colega del SD, Arnold.

Singer dejó los pesados prismáticos de la Marina sobre una pequeña mesa, fue al teléfono y marcó el número de la Sociedad Financiera Industrial S.A, más conocida como Sofindus, con domicilio en el 1 de la Avenida del Generalísimo. Al otro lado del hilo contestó Karl Arnold, director de aquella tapadera que proporcionaba grandes beneficios a la organización nazi asentada en España.

—Los palomos han volado —informó Singer.

—Nos vemos esta tarde, a las cinco, en el despacho de Ayala.

—Bien.

En la calle Ayala número 10 tenía su sede la Compañía General de Lanas, filial de Sofindus. En aquellas instalaciones el jefe de la sección española del SD dirigía una red de correos entre Sudamérica y Berlín. Una estructura vital para la maquinaria de inteligencia nazi que estaba a punto de tambalearse. Franco daba la espalda a Alemania y apostaba a caballo ganador.

Karl Arnold estaba en mangas de camisa y mostraba cierta inquietud, estado emocional desconocido en él. Sobre la mesa del despacho tenía desmontada una pistola Luger P08, de nueve milímetros *Parabellum*, cuyas piezas limpiaba metódicamente. Era aficionado a las armas y aquel trabajo manual le servía de distracción para rebajar la tensión.

La secretaria anunció la llegada de Heinrich Singer.

—Querido amigo —Arnold tendió la mano al compañero nazi.

—Me temo que vivimos momentos de extrema dificultad —dijo Singer, lacónico.

Tomaron asiento en un tresillo de piel y Arnold pidió que les sirvieran café.

—Así que los palomos han volado. ¿Podemos confirmar plenamente?

—Efectivamente, *herr* Arnold. En tres semanas ni rastro, y ambos tortolitos, nos consta, que se siguen viendo, ahora en sociedad, sin ocultarse.

—Alguien ha dado el soplo de que estábamos encima —aseguro Arnold.

—No creo que tengamos ningún topo. Me inclino por una indiscreción del responsable de la Abwehr, nuestro querido comandante von Rohrscheidt —las últimas palabras las pronunció con intencionada carga de ironía.

—Pienso igual. Estos militares están en un mundo aparte. Ya le he dicho al comandante que no hay que compartir tanta información con el Estado Mayor español. Estamos en una situación muy delicada, nos ven débiles, y eso es muy peligroso —Arnold mintió, no se fiaba de aquel enlace de la Policía alemana.

—Franco está traicionando al Führer. En cuanto las nuevas armas secretas destruyan Inglaterra y los Aliados no tengan más remedio que sentarse a negociar, será diferente —argumentó con vehemencia el incondicional nazi.

El responsable del SD miró al compatriota con una mueca de estupor. Él no estaba tan ciego. Sabía que llegaba el final para el III Reich. Entonces lo mejor era colaborar con sus colegas españoles ayudando, si fuera necesario, en el mantenimiento de Franco en el poder. Otra solución sería de letales consecuencias para la nutrida colonia de espías alemanes asentada en España.

Arnold desvió el tema y fue al grano.

—Habría sido muy útil contar con grabaciones y fotografías de los encuentros de la agente del OSS. El servicio prestado por Letizia en la guerra civil aún tiene conmovido a Franco, y el papel que desempeña al servicio de los norteamericanos, ahora también le conviene al Caudillo. Esa mujer resulta un gran estorbo.

—Sinceramente, no creo que tengamos una nueva ocasión —comentó Singer, con tono de desaliento.

—Me temo que tiene razón, querido colega. Acabo de recibir un mensaje cifrado de la OKW, advirtiendo que los norteamericanos podrían poseer un amplio *dossier* con nombres y direcciones de nuestras organizaciones secretasen España. Letizia Heredia-Espinosa es el correo entre los españoles y la embajada de los Estados Unidos.

El policía Singer enrojeció de golpe y apretó los puños con fuerza.

—¿Qué está pasando? ¡No podemos tolerarlo, es preciso dar una respuesta!

—Cálmese, ahora mismo no estamos en condiciones de ejercer represalias en territorio español y menos contra una pieza valiosa del Régimen.

—¡Hay que acabar con esa mujer! ¡Yo mismo me ocuparé!

—Usted no hará nada, me oye, nada.

—¡No puedo creer cuánto estoy oyendo, *herr* Arnold! ¡En qué nos hemos convertido!

—En perdedores, que necesitamos del apoyo de nuestros amigos españoles. Esa es la realidad.

El nazi Singer se puso en pie, irguió el cuerpo y levantó el brazo a la romana.

—¡Heil Hitler! ¡Yo no me rindo! ¡Y pronto las armas secretas del Führer nos darán la victoria!

El anuncio de Hitler de que estaban ultimando ingenios de destrucción masiva tenía escaso efecto en el pueblo alemán, que contemplaba como los Aliados machacaban por aire las ciudades, mientras las tropas de tierra avanzaban hacia Berlín. Solo los ingenuos y aquellos nazis más fanáticos albergaban la esperanza de unas armas definitivamente letales.

—¡Tranquilícese y guarde eso! —ordenó en tono imperativo el jefe del SD, al comprobar que Singer, en la mano izquierda mantenía una pistola de pequeñas dimensiones, mientras permanecía inmóvil realizando el saludo hitleriano.

—¡Reaccione, reaccione! —volvió a insistir Arnold mientras de un manotazo desarmó a Singer.

El policía del Reich dejó caer el corpachón sobre una butaca, muy excitado.

Karl Arnold abrió el mueble bar y escanció güisqui en dos copas. Una se la ofreció a Singer.

—Beba y tranquilícese. Nosotros estamos cumpliendo fielmente las órdenes del Führer. Pero las circunstancias son las que son y debemos ser conscientes.

Singer pareció dar signos de recuperación, pero continuó ofuscado.

—¡Traición, eso es derrotismo y traición! ¡Informaré a Berlín!

Aquel hombre había perdido la capacidad de razonar, pensó Arnold. Él mismo era un nazi convencido, nada menos que oficial del servicio de seguridad creado por Himler, pero mantenía el juicio. En aquellos días de ocaso del Reich, Hitler era un lobo herido y respondía con dentelladas de muerte ante cualquier sospecha. Una denuncia de Singer contra él por derrotismo traería consecuencias insospechadas, poniendo en peligro su propia vida.

Arnold reaccionó como un auténtico agente, puso en marcha las dotes de emulación. Confesó a Singer que, seguramente por miedo, había dudado de la grandeza del Führer y que estaba arrepentido. El policía nazi se creció ante la situación y adquirió el rol de jefe.

—La actitud de usted, Arnold (le apeó del *herr*), representa un vergonzoso crimen a nuestra causa. Tendrá que responder por ello. Ahora sírvame otra copa de güisqui.

El responsable en España del SD conocía la afición de Singer a la bebida espiritosa inventada por los escoceses. Con actitud sumisa, Arnold se dirigió al mueble bar, situado a espaldas del sillón en que estaba sentado el policía.

—Voy a obsequiarlo con un reserva especial de veinticinco años —anunció Arnold, que, mientras buscaba la botella, extrajo una píldora que tenía escondida en un pequeño cajón camuflado en el mueble bar. Partió la píldora y vertió el contenido en la copa que iba a servir a Singer.

Con la copa en una mano y la botella en la otra, Arnold se acercó a Singer.

—Es una auténtica joya, le dejo la botella para que se sirva.

El policía nazi observó la etiqueta con deleite. Puso la copa en la comisura en los labios,

olfateó con placer y antes de beber habló.

—Esta deferencia no le va a librar. Tengo el deber de informar y así lo haré.

Singer dio un largo sorbo al güisqui, Arnold de espaldas al tipo fue a la mesa del despacho, donde tenía la pistola desmontada. Cogió las piezas metálicas y con los ojos cerrados las fue ensamblando con una rapidez endiablada, era un ejercicio que practicaba casi a diario. Enseguida oyó el sonido del cristal al estallar contra el suelo. Giró el cuerpo y vio la figura inmóvil de Singer. Tenía los labios azules y emitía leves estertores de agonía. Cuando llegó hasta él estaba muerto. Con la mano derecha le cerró los ojos.

EL DISFRUTE

Letizia retozaba con John Graves, en un chalet que el norteamericano consiguió alquilar a un empresario interesado en el mercado de los Estados Unidos. Tras la advertencia del comandante Gutiérrez Mellado, la pareja dejó el palacete de El Viso. La nueva vivienda, situada en una calle poco concurrida del barrio de Argüelles, disponía de garaje, por el que accedían directamente al interior. Cambiaron de lugar para, con absoluta discreción, seguir dando rienda suelta a los deseos más apasionados, imposibles de entender para gran parte de la sociedad a la que pertenecían. Nunca sabrían el peligro que habían corrido.

Tenían un pacto, aquella relación estaría limitada, mientras durara, al disfrute físico. Nada de enamoramiento. Después de dos años de encuentros, la salud afectiva de John estaba a punto de quebrase. Rendido ante la espléndida mujer, que lo tenía plenamente absorbido, el diplomático experimentaba una imparable transformación anímica que mermaba la capacidad de discernir. Estaba atrapado por Letizia En un principio él pensó que había conseguido captar a una atractiva dama necesitada de amor, afecto y sexo. Introducido desde muy joven en una sociedad secreta de su California natal, John creyó que sería el maestro ideal para que la atractiva española descubriera nuevos horizontes de placer. Las tornas pronto cambiaron y era él, desde mucho tiempo atrás, quien descubría aspectos fascinantes de la mano de Letizia.

John permanecía sentado en una silla, los ojos cubiertos por un antifaz, y las manos esposadas por detrás del respaldo. El sonido de unas espuelas al chocar entre sí tensaron los músculos de él, completamente desnudo. Sabía que aquel chasquido metálico era el preludio de una acción intensa en la que el castigo físico y el placer encontraban un punto inexplicable que no cejaba de anhelar. De inmediato notó el contacto del cuero de la fusta en el torso y emitió un leve gemido. La sesión transcurrió durante una hora en la que jadeos y gritos fueron confundiéndose en las notas de «Las valquirias» de Wagner, que sonaban a todo volumen en una gramola.

Exhausto, lacerado, pero feliz como nunca, liberado de las esposas y del antifaz, John observó complacido a Letizia, que entonces, hembra pletórica estaba acurrucada, sudorosa, en una cama turca, destellando un rictus de satisfacción. El diplomático fue acercándose lentamente, la cogió de una mano y se puso de rodillas.

—¡Te amo, te amo con toda mi alma!

Aquella súbita declaración para nada estaba en el guión previsto. El compromiso que los unía acababa de romperse. Letizia apartó la mano del amante y saltó de la cama.

—¡Hemos terminado! —dijo ella mientras caminaba hacia el cuarto de baño.

John la siguió, lívido, descompuesto. En fracciones de segundos el diplomático había pasado de ser un tipo resuelto a un auténtico guiñapo.

—Por favor Letizia, escucha, escucha…

—¡Calla!

—¡No me hagas esto por favor!

—Teníamos un pacto, lo acabas de romper.

Letizia entró en el baño, cerró con furia la puerta y puso el pestillo. John dio varios golpes, suplicando que abriera, necesitaba hablar con ella. Pero no hubo respuesta. Como un niño herido, el norteamericano regresó a la cama. Con el cuerpo hecho un ovillo permaneció en silencio.

Letizia estaba transfigurada. Vestida y maquillada apareció en la puerta del dormitorio en el que John permanecía encogido sobre la cama.

—Desde este instante solo nos une el deber por el servicio y nuestra lealtad con los Estados Unidos de América —anunció Letizia.

El diplomático levantó levemente la cabeza, quiso decir algo, ella lo cortó.

—Recompon la cabeza, John. Mi corazón estuvo ocupado una vez, nunca volverá a tener espacio para nadie más.

Ella miró con frialdad al amante, antes de hacerle una recomendación.

—Los dramas están de sobra. Pórtate como un hombre, pasa página.

—¡Te amo Letizia, estoy loco por ti! —contestó John, al tiempo que dejó la cama impelido por una inesperada fuerza que lo arrojaba hacia ella.

Letizia retrocedió y empuñó la pistola que llevaba en el bolso y apuntó al sorprendido diplomático.

—¡Quieto, ni me roces!

—Pero Letizia, ¿qué haces?

—Lo mejor para los dos.

—Yo pensaba…

—Equivocadamente. Los acuerdos están para cumplirse.

John permaneció quieto a escasa distancia de Letizia, tan confundido como asustado.

—Por favor, baja la pistola.

Ella permaneció inmutable, apuntando con el arma.

—Entre un hombre y una mujer los acuerdos en ciertos terrenos… —intentó razonar el norteamericano.

—¡Punto final! ¡Se acabó! ¡Me voy, ni se te ocurra seguirme!

John apretó los puños con fuerza, mientras las lágrimas volvieron a empañar los ojos.

—¡Maldita seas Letizia, maldita!

DESAPARECIDO EN COMBATE

El teniente Amado Granell estaba fatigado, demasiados años de guerra. Acababa de despuntar el día y en Los Vosgos el frío nunca dejaba de ser intenso. En el despiadado mes de noviembre de 1944, las bajas temperaturas causaban más estragos que las tropas alemanas, atrincheradas en la bolsa de Colmar. Las divisiones blindadas de la Wehrmacht y de las Waffen SS defendían encarnizadamente sus posiciones. En el intento desesperado por cumplir las órdenes de Hitler de resistir hasta el final. Con el ánimo alterado, al borde de la depresión, Granell balbuceó una maldición mientras consumía el tercer café de la mañana y prendía un nuevo cigarrillo. El paisaje que observaba era especialmente desolador para un soldado español nacido a orillas del Mediterráneo, forjado en la guerra colonial de Marruecos, la contienda civil y la reconquista aliada del norte de África. El frío representaba un mal enemigo para el oficial y los compatriotas que luchaban con el Ejército de la Francia Libre. La situación era mucho peor para los goumiers argelinos que habían sido mandados a combatir con el equipo de verano y calzados con zapatillas. El militar quedó absorto mirando el inmenso blanco que teñía el exterior, confundido con la bruma. Así, fijó la mirada en la única ventana del improvisado puesto de mando del Regimiento de Marcha del Chad. Acabó el cigarrillo y apartó la vista de aquel despiadado pequeño mural, tan real como hiriente.

Granell regresó a la mesa de trabajo e intuitivamente pasó una mano por la tapa dura del cuaderno en el que recogía sus vivencias desde el día que recibió a las tropas norteamericanas en las puertas de Orán, en noviembre de 1942. En aquella histórica jornada protagonizó un singular episodio que motivó el comentario admirado del general Patton. Delante de los blindados, a pecho descubierto, los condujo hasta el puerto, mientras esquivaba las balas de los franceses fieles al gobierno del general Petain, atrincherados en la defensa de la ciudad. Poco después se alistó en los Cuerpos Francos y, junto al ejército británico, participó en la toma de Bizerta. Más tarde, como miles de españoles, acudió a la llamada de Leclerc para crear la 2ª División Blindada.

Mientras repasaba la trayectoria que le concedió el privilegio de haber liberado París, Amado Granell acariciaba las páginas del diario en el que dedicaba especial espacio a los compañeros caídos en tierra extranjera. Recordando, a menudo, que ellos y él no luchaban por Francia, sino por la libertad. Sí, la libertad, ese don vital para el ser humano que seguía siendo el motor de su vida. En la primera página del diario hizo suya la frase de Voltarie: «De entre todas las cosas de la vida, siempre he preferido la libertad». Los camaradas muertos en aquellos parajes gélidos,

inhóspitos, eran luchadores por la libertad en una interminable escalada iniciada en España el ya lejano 18 de julio de 1936. Él, que había sido sargento del Tercio de Extranjeros, se alistó en las milicias de Alicante y terminó la contienda mandando una división del Ejército republicano, con el grado de mayor. Estuvo en todas la operaciones importantes, excepto en la batalla del Ebro, pues en aquel momento guarnecía Valencia al mando de la 49 Brigada Mixta. Hasta el final defendió con las armas la legalidad republicana. El 28 de marzo del 39, dos días antes de que Franco emitiera el parte del final de la guerra, en el puerto de Alicante logró subir a bordo del último barco que zarpó repleto de refugiados rumbo a la costa argelina. Pasado tanto tiempo de combates y exilio Granell estaba agotado, con el abatimiento metido en el cuerpo.

Unos golpes en la puerta del despacho sacaron al teniente del ensimismamiento.

—Mi teniente, el sargento Blanco desea verle.

El ordenanza dio paso al suboficial.

El sargento Blanco llevaba el uniforme de campaña cubierto de barro. El rostro, deteriorado por la fatiga, con barba crecida y profundas ojeras, presentaba una imagen espectral. La natural jovialidad del español estaba totalmente apagada y entró en la estancia arrastrando los pies hasta situarse delante del oficial e hizo ademán de cuadrarse.

—Amado, a tus órdenes. Miguel Campos ha desaparecido, no encontramos ningún tipo de rastro. He querido venir a decírtelo personalmente.

Granell encajó la noticia con una punzada en el bajo vientre. En un sobrehumano esfuerzo supo mantener la templaza.

—Siéntate, Blanco. ¡Ordenanza!

—¡A sus órdenes!

—Dos cafés bien cargados.

El ex jefe de La Nueve abrió el último cajón de la mesa de trabajo y extrajo una botella de güisqui Vat 69 y dos vasos de metal que llenó a la mitad, ofreciéndole uno al sargento.

—Mientras viene el café nos irá bien un trago. Tengo entendido que Campos no estaba recuperado de las heridas sufridas en Vacqueville, a finales de octubre. Ese día estábamos juntos en el ataque, fallaba el bazooka y nos las vimos moradas con un tanque alemán, un Phanter; para finalmente caer herido a mi lado. ¿Qué ha pasado ahora?

El ordenanza solicitó permiso para entrar. Conociendo a su superior, sirvió los cafés y dejó la cafetera bien repleta. Después de un sorbo de aquel elixir caliente, habló Blanco.

—Ya sabes cómo es ese anarquista testarudo, valiente hasta la temeridad. Cogió el alta voluntaria, sin estar en condiciones físicas, y se incorporó a La Nueve, de cuyo espíritu ya va quedando poco. El capitán, consciente de que no estaba bien, se negó a devolverle el mando de la tercera sección y le prohibió misiones de combate. Hace tres días, como ya nos tiene acostumbrados, la maldita niebla nos privaba de visibilidad en nuestra posición y tuvimos un fuerte ataque de los boches, con tanques e infantería que logramos rechazar.

Blanco hizo una pausa para poner un poco de güisqui en el café y sorberlo despacio. Fue como un acto de reposición de fuerzas, tras el cual miró al compañero para proseguir el relato.

—Desde aquel momento nadie ha visto a Miguel Campos. Las patrullas de reconocimiento han rastreado inútilmente cada palmo de terreno.

—¿Solo falta él? —preguntó Granell.

—Sí, eso es lo raro. Como bien conoces, de vez en cuando le daba por hacer su guerra

particular. Solía desaparecer unas horas con gente de confianza, para regresar triunfante con prisioneros o material alemán.

—Es posible que no soportara la inactividad y haya aprovechado el momento para irse. Me cuesta creer que haya caído prisionero, antes se pegaba un tiro —aseveró el teniente.

—Los veteranos de La Nueve pensamos igual. ¿Dónde crees que habrá ido?

—Estará camino de España —dijo rotundo Granell.

—Ese es capaz. En los últimos meses no dejaba de hablar sobre el trabajo pendiente en la patria —añadió Blanco.

—Dronne, nuestro jefe, siempre admiró la personalidad y la capacidad combativa de Campos, era su niño bonito. El capitán, con buen criterio, hizo la vista gorda cuando descubrió que Miguel desviaba las armas incautadas a los nazis para la lucha de la guerrilla anarquista española. Ahora Dronne debe estar conmocionado.

—Todos lo estamos. Ya sabes, Amado, lo que Miguel Campos significa para La Nueve.

—Yo también siento profundamente la desaparición de tan gran compañero y magnífico militar —dijo Granell mientras encendía un nuevo cigarrillo americano, antes de continuar.

—Confío, amigo Blanco, que Miguel Campos esté camino de Los Pirineos y no enterrado bajo la nieve de algún lugar de estas tierras sombrías.

JACQUELINE Y PILARÍN

El domingo 26 de noviembre de 1944 Letizia se levantó temprano y preparó un desayuno a la americana, beicon, huevos revueltos, zumo de naranja y café. El portero subió el *ABC*, que recogió ella, pues el servicio estaba de descanso. Los domingos le gustaba estar sola en casa y las doncellas lo agradecían. Después de desayunar sirvió una taza de café bien cargado, encendió un cigarrillo Dunhill y comenzó a leer el periódico. Eran las nueve de la mañana, a las once saldría para recoger a Pilarín. Tenía tiempo para recrearse en las noticias, antes de un buen baño. *ABC* habría la información con un gran titular a toda página: «Sigue la encarnizada batalla en todo el frente del oeste con gran resistencia alemana». La crónica de urgencia anunciaba que los alemanes estaban cruzando el río Rhin por Estrasburgo y Bruselas era «escenario de sangrientos incidentes». El recuerdo del amor adquirió fuerza. Volvió a la mente la permanente pregunta: ¿dónde estará Miguel? Dio una larga calada al rubio inglés y lo aplastó en el cenicero.

Prendió otro cigarrillo y detuvo la mirada en un artículo firmado por Carlos Sentís, periodista barcelonés, corresponsal de guerra, que había estado con De Gaulle en Centro África. El titular de opinión le llamó la atención: «Europa sin parapetos, o De Gaulle en el fiel de la balanza». «¿Quién es capaz de decir dónde va y qué es lo que propone De Gaulle?» preguntaba Sentís con ocasión del viaje a la Unión Soviética del líder francés, para seguidamente afirmar que «yo personalmente solo le saludé una vez, en la capital del Moyen-Congo, pero los que han hablado largamente con él no han sabido de su despecho, con más conocimiento de este hombre, que mira fríamente desde lo alto de una gran nariz, que mantiene inhiesta con gesto orgulloso, ya que, por lo menos, la vanidad no sabe lo que es». Letizia leía con atención el comentario en el que el cronista argumentaba que con el general, Francia no sería colaboradora del país comunista del que alertaba sus ínfulas expansionistas. Finalmente preguntaba cómo quedarían las fronteras una vez finalizada la contienda. «¿Hasta dónde alcanzarán las de la llamada Europa Occidental? Quien supiera contestar a esto último habría dado sencillamente, con la clave de esta guerra tan eminentemente política». Letizia hizo una mueca. Varias incertidumbres comenzaban a proyectarse sobre el territorio europeo, una vez aniquilado el nazismo. Cualquier alternativa, pensó ella, sería mejor que la locura desatada por Hitler. Con ese convencimiento fue al cuarto de baño y preparó la bañera con agua bien caliente. Después entró en la habitación contigua y puso en el gramófono un disco de Frank Sinatra.

Letizia disfrutó del baño de espuma. Estaba contenta, por fin había convencido a Jacqueline

para que conociera a Pilarín, aunque el encuentro fuese en un lugar un tanto peculiar para una niña de cinco años: el Hipódromo de la Zarzuela. Comerían en el club social. Algo le decía que los Poe quedarían prendados con la pequeña. La directora del centro de acogida estaba al corriente y la madre le había rogado a Letizia que buscara un buen hogar para Pilarín. Si el encuentro cuajaba por ambas partes, ya se encargaría de allanar los obstáculos legales que permitieran un periodo de prueba en casa del matrimonio norteamericano y finalmente la adopción. Aquella criatura que le tenía robado el corazón merecía lo mejor y con Jacqueline y Edgar estaba convencida que sería feliz y que tendría el futuro asegurado. Con una sonrisa en los labios se sumergió en el agua caliente, mientras sonaba el éxito de Sinatra, «I'll never smile again».

La cena en casa de los Poe propició el inicio de la amistad con Jacqueline. La pareja no tenía hijos. La mujer estaba deseosa de realizarse como madre, pero mostraba gran indecisión en dar el paso de la adopción. Así se lo comentó a Letizia, que no dudó en hablarle de Pilarín, incluso le enseñó varias fotos. La norteamericana, en medio de una crisis de autoestima, se creía incapaz de asumir el papel de madre. Aunque el instinto maternal continuaba más y más poderoso, estuvo sorteando durante semanas las propuestas para conocer a la niña, presa del miedo a asumir una responsabilidad tan grande. Por fin la había convencido.

Pilarín fue corriendo al encuentro de Letizia. Las cuidadoras la habían acicalado para la ocasión, con vestido y abrigo nuevos, que días antes le había comprado su hada madrina en una de las tiendas de la calle Preciados. Por lo temprano de la hora Letizia decidió ir al paseo de Recoletos, en el Café Gijón tomaron un refrigerio. La niña un *croissant* y un refresco de cola, ella un oloroso con aceitunas. A Pilarín le encantaba que le enseñara palabras en inglés, era buena para los idiomas. Cuando supo que iba a conocer a una señora muy simpática que hablaba esa lengua, la pequeña comenzó a recitar los vocablos aprendidos y ambas rieron.

Llegaron al Hipódromo de la Zarzuela en el momento del aperitivo, allí estaba lo más granado de la sociedad madrileña. Letizia recordó la inauguración de aquel emblemático recinto en mayo de 1941, merecedor del aplauso de especialistas que lo elogiaron como ejemplo de racionalidad. El diseño y la amplitud lograban una acertada belleza arquitectónica, con clara inspiración en el Hipódromo de San Siró, en Milán. La cubierta de la tribuna era un portento de la ingeniería, hecha con láminas de hormigón armado en forma de hiperboloides que, con solo cinco centímetros de espesor en el extremo de los voladizos de trece metros, soportaban los esfuerzos con un simple anclaje posterior. Tecnología y diseño iban de la mano en un ejemplo español que tenía resonancia internacional.

Una vez más Letizia, con Pilarín de la mano, resultó objeto de las miradas más indiscretas. Ella, sonriente y muy elegante, solo estaba pendiente de localizar al matrimonio Poe. Al momento vio a Jacqueline, detrás iba Edgar. La mujer sonreía, aunque denotaba nerviosismo, el marido hizo una señal con la mano dirigida a Letizia que, junto al rictus de la cara, denotaba felicidad. Realizadas las presentaciones, enseguida se intuyó una buena sintonía por parte de todos. La niña mostraba felicidad, ante la expectativa de poder ver de cerca a los caballos.

—Es una niña estupenda —comentó Jacqueline en el momento que Edgar llevó a Pilarín a visitar las cuadras.

—Encantadora y muy inteligente, ya verás como os entenderéis —aseguró Letizia.

CADÁVER EN LA CASA DE CAMPO

El cadáver apareció reclinado contra un árbol de la Casa de Campo. Olía a alcohol y en uno de los bolsillos de la gabardina llevaba una botella con dos dedos de güisqui reserva de veinticinco años. Un guarda lo descubrió al amanecer. La patrulla de la Policía Armada que llegó al lugar informó que un borracho había muerto, seguramente a causa del frío de la noche. El juez levantó el cuerpo y en el registro de las ropas apareció una cartera con documentación. La víctima era un ciudadano alemán. La comisaría del distrito pasó la información a la Dirección General de Seguridad. Aquella mañana de otoño el comisario Laureano Buendía estaba pletórico, los huesos no le dolían y el día anterior el director le había comunicado que, a propuesta suya, recibiría una compensación económica por los servicios prestados. Se sentía realmente afortunado y, con la sensación de bienestar que dan los instantes de felicidad, se dispuso a leer el diario *Arriba*, órgano del Régimen. Siempre comenzaba por la contraportada.

Unos golpes en la puerta del despacho interrumpieron los momentos de goce de Buendía. Por el sonido de los mismos supo que era su ayudante, el inspector Ibáñez.

—Pasa.

El joven policía entró con cierta excitación.

—Tenemos un fiambre alemán.

El comisario dejó el periódico y levantó las gafas de lectura.

—¿Dónde?

—En la Casa de Campo, y parece que iba borracho. Posiblemente haya muerto de frío o de un infarto, o de las dos cosas —el ayudante pareció atolondrarse.

—Te veo inquieto, Ibáñez. ¿Algún problema familiar?

—Ayer no tuve el mejor día con Maruja.

—Ya. Por qué crees que sigo soltero. A los policías nos tendría que estar prohibido casarnos y crear una familia.

—Tampoco exagere, don Laureano.

—Yo sé lo que me digo. Pero, vamos al asunto. ¿Es algún tipo conocido?

—En la Brigada de Información Político Social dicen que es un hombre de negocios muy relacionado con la embajada de Alemania.

—Menudos linces los de la Brigada Político Social. No hay ni un solo alemán en Madrid que no esté muy relacionado con su embajada. Y casi todos están en nómina, vaya colección de espías

y farsantes tenemos aquí. ¿Cuál es el nombre del difunto?

—Heinrich Singer, domiciliado en la calle Guadiana, número 12, de la colonia de El Viso. Anteriormente residió en la calle Serrano, número 149.

El comisario saltó literalmente del sillón.

—¿Cómo un tipo con esos domicilios aparece muerto en la Casa de Campo oliendo a alcohol? Este asunto es muy raro. ¿Dónde tienen el cadáver?

—En el Anatómico Forense.

—Que nadie toque al alemán, hasta que no lo veamos nosotros.

—Ya he dado las instrucciones oportunas al forense.

—Muy bien, nos vamos.

El doctor Roberto Fuenseca era orondo, calvo, fumaba puros Farias y pasaba el día contando chistes. Incluso cuando atendía a los familiares después de una autopsia no podía evitar algún chascarrillo. Semejante actitud le causaba numerosos disgustos y quebraderos de cabeza. Él decía que siempre había sido así y no iba a cambiar cuando le faltaban escasos dos meses para la jubilación. En contrapunto, era la mayor eminencia en medicina forense legal. Un sabio al que acudían colegas, catedráticos, jueces y policías, en busca de respuestas que nadie acertaba a contestar. Estaba de guardia cuando llegó el cadáver de Singer.

Laureano Buendía entró en el despacho del doctor Fuenseca sacudiendo las dos manos por el espeso humo del puro depositado sobre un cenicero. El forense desayunaba unas tostadas con aceite y un vaso grande de algo oscuro, espeso y humeante: achicoria. El café no llegaba hasta aquellas humildes instalaciones.

—¡Qué gusto verte, Roberto! —exclamó el comisario.

—¡Hombre, Laureano, cuánto tiempo!

Quedaron estrechados en un abrazo.

—¿Oye, te he contado el de las dos monjas que dormían en un ataúd? —preguntó Fuenseca al tiempo que soltó una atronadora risotada.

—No cambiarás nunca. Tal vez sea el más eficaz antídoto para pasar cuarenta años entre cadáveres.

—Tengo a los mejores pacientes, nunca se quejan.

El forense ofreció asiento a Buendía y al inspector ayudante. Señaló la cafetera, pero ambos, reconociendo el aroma que desprendía, negaron con la cabeza. Sin perder la simpatía correspondió con una mueca burlona de aprobación y prendió de nuevo el cigarro, tras limpiar de ceniza los documentos que tenía sobre la mesa.

—¿Supongo que quieres que vaya al grano, Laureano?

—Pues sí, ahórrate relatos científicos innecesarios.

—Al alemán le han dado matarile.

—El informe que he visto señala que no se advierten signos de violencia…

—Estaba sobrio cuando murió. Le administraron cianuro.

LOS PIRINEOS FRANCESES

La joven mostraba una sonrisa fresca, que acompañaba a unos ojos grandes que también parecían risueños. Los rasgos faciales destilaban personalidad, de notable atractivo. Vestía un mono de trabajo por cuya parte superior asomaba el cuello de cisne de un grueso jersey de lana. El pelo, azabache y liso, recogido, quedaba semi oculto por un gorro con los colores negro y rojo de los anarquistas de la CNT-FAI. Aquella fotografía gastada por los años, acompañaba siempre a Miguel Campos; con ella hizo dos guerras y ahora se disponía a acometer la tercera, tal vez la más peligrosa. En el reverso, escrito con el fino trazo de una estilográfica, podía leerse: «María, Madrid, diciembre de 1936». Nadie supo de aquel retrato, que Miguel llevaba siempre bien oculto, cerca del corazón. El amor de su vida, el desvelo y pasión ya nunca más saciados, era aquella muchacha anarquista, con la que gozó los mejores momentos de una vida tan azarosa.

La historia ocurrió en la capital de España, sitiada por las tropas rebeldes del general Franco, atrozmente atacada por tierra y aire. El ejército golpista bombardeaba la ciudad, con cientos de miles de civiles atrapados, y la aviación alemana dejaba caer sus bombas, mientras en los edificios y calles brotaban pancartas con la consigna: «No pasarán». Madrid martirizada, golpeada mortalmente, y, sin embargo, aquel infierno resultó un momento dichoso para él. Ese pensamiento lo tenía atrapado en los últimos siete años, y le provocaba una angustia insoportable, cada vez que recordaba el último día que, piel con piel, compartió sentimientos y sexo con el amor de su vida. La imagen no lograba borrarla del pensamiento, bien al contrario, cada día la veía con mayor nitidez: allí aparecía aquel lecho tibio en el que despertó una mañana en la que, extrañamente, aún no habían sonado las sirenas ni el estruendo de las explosiones. María no estaba, en la almohada encontró una nota manuscrita con lápiz, de caligrafía irregular, sin duda hilvanada por un pulso trémulo, con tres escuetas frases: «Adiós amor, me voy al frente. Es mejor así. Siempre te amaré». La buscó, primero con esperanza, pronto con desesperación y finalmente con el dolor de lo imposible, pero nunca se dio por vencido, ni cuando le aseguraron, meses más tarde, que María había caído defendiendo una trinchera. No, ella seguía viviendo, lo estaba esperando en algún lugar de Madrid, se decía una y otra vez.

Antes de salir de la habitación en la que había descansado la última noche, Miguel sostuvo la foto de María y con delicadeza la llevó a los labios, «pronto nos veremos, amor», musitó. Repasó las pertenencias y salió al encuentro de quienes tenían la misión de conducirlo a territorio español.

En la puerta de la estancia la niña esperaba a Miguel, en las manos llevaba un pequeño ramo de flores que momentos antes había cogido del jardín. Elizabet era risueña, miraba con ojos vivarachos. Detrás estaba la madre, Helen, una mujer en la cuarentena, espigada, con el pelo largo, bien cuidado, a quien las ojeras delataban desvelos y sufrimientos. Elizabet llamó la atención del español, de puntillas elevó el cuerpecito y entregó las flores. Miguel, emocionado, la alzó y le besó la frente con suavidad. Una vez en el suelo, Elizabet cogió la mano del militar y miró a su madre. Helen, en un ademán cargado de timidez le tendió un reloj de cadena.

—Por favor —dijo Helen en un español aceptable—, llévelo cerca del corazón. Era de mi hermano Pierre. Murió en España, luchando por la libertad.

Miguel dudó, pero en una acción rápida la mujer depositó el reloj en su mano.

—Le ruego que lo acepte —insistió Helen.

—No sé qué decir, señora.

—Nada, no diga nada. Perteneció a un héroe que entregó su vida por la defensa del bien más preciado del ser humano.

El grupo de franceses armados que esperaba a Miguel lucía brazaletes de las Fuerzas Francesas del Interior. Colocaron las maletas del español en el cofre de un vehículo que llevaba los laterales pintados con las letras FFI y emprendieron el recorrido que los debía llevar a una zona de Los Pirineos, poco vigilada por la Guardia Civil y el Ejército español. Los gendarmes encargados del control fronterizo informaban puntualmente a las nuevas autoridades del Gobierno provisional del general De Gaulle.

A Miguel Campos, después del frío sufrido en los combates de Los Vosgos, le pareció liviano el aguanieve que le salpicó el rostro aquel día gris de diciembre de 1944, en Los Pirineos. Vestía ropas y calzado de calidad, iba tocado con sombrero de fieltro que ocultaba una cabeza rotunda, poblada por un pelo negro intenso, fuerte, cincelado en un corte militar. Debajo de la chaqueta ocultaba dos pistolas Colt 45, y cada bolsillo del abrigo contenía sendas granadas explosivas. En la mano derecha asía un maletín concebido para el transporte de instrumentos musicales, y en la otra mano una maleta de medianas dimensiones confeccionada por la firma Vuitton. El aspecto era el de un pacífico hombre de negocios o músico de relieve. A punto de pisar suelo español, la mente bullía. Estaba decidido a realizar una misión de alto riesgo, tal vez la última de su vida, pero antes, lo había jurado, encontraría a María. Recordaba a cada instante el cuerpo femenino, apasionado, que lo hizo vibrar como nadie. ¡Aquella cena! Le vino a la cabeza la última vez que cenaron los dos, en Casa Labra, el santuario de los socialistas madrileños. Quiso pagar ella, la miliciana belicosa, que transmutaba en espléndida hembra cuando llegaba el momento de la intimidad. Los instantes que precedieron a aquella cita fueron de los que dejan huella. ¡Ah, María! Su recuerdo le quemaba como lava incandescente. Pero no podía olvidar que la secreta visita a España tenía otro fin primordial. Palpó las armas ocultas en sus ropas.

EL AGENTE EXTRANJERO

El pailebote «Flor de Mayo» hacía el cabotaje entre Valencia, las Baleares y Barcelona. Antonio Balfagó, era el patrón y armador. El nombre del barco se debía a su pasión por la figura de Vicente Blasco Ibáñez, que como aquel Balfagó era republicano. El transporte de mercancías lo compaginaba con pequeñas operaciones de contrabando de tabaco y productos de alimentación que vendía en el mercado negro, entonces coloquialmente denominado estraperlo. Desde la ocupación de los puertos franceses por los Aliados, solía arrumbarse a Séte, donde decía sentirse el hombre más feliz del mundo. Allí, sermoneaba a la tripulación sobre los beneficios de la República, basados, repetía una y otra vez, en los principios de libertad, igualdad y fraternidad. Balfagó era un experimentado lobo de mar que anhelaba el fin del general Franco. Una tarde de principios de otoño, en una taberna del valenciano poblado marítimo de El Cabañal, recibió una oferta que aceptó en seguida, tal vez por el ímpetu que en aquellos momentos le conferían los muchos vasos de vino metidos en el cuerpo.

Asimilada la dimensión del trato, tumbado en la litera del pequeño camarote anexo al puente de mando, Balfagó pasó varios días sin poder conciliar el sueño. El dinero ofrecido era mucho, una fortuna para su lastrada economía. El riesgo aún era más alto. Tenía que recoger a un pasajero en alta mar, en un punto cuyas coordenadas le dieron anotadas en un papel. Debía mantener el pailebote al pairo a unas cuantas millas del punto calculado en la carta náutica, hasta detectar determinadas señales luminosas. Desconocía el tipo de embarcación con la que debía encontrarse. La fecha exacta le sería comunicada en su momento, atendiendo al plan de navegación previsto para el «Flor de Mayo» durante el mes de diciembre.

El «Flor de Mayo» partió del puerto de Castellón cargado de algarrobas con destino a Barcelona. A la altura de las islas Columbretes, el patrón Balfagó divisó destellos y comprobó que eran las señales luminosas previstas. Corrigió el rumbo y en poco menos de una hora el barco estuvo abarloado al costado de un submarino británico, en medio del Mediterráneo. Un joven moreno, de estatura media, corpulento, saltó a bordo. Marineros británicos, con gran rapidez, pasaron una maleta y un petate a los tripulantes del pailebote, antes de que el sumergible iniciara la maniobra de inmersión. El agente del MI6 nada tenía que ver con los rasgos físicos del común de los ingleses. De madre española y padre escocés, Marcus Fergusson, podía mimetizarse en cualquier país de habla castellana. Considerado uno de los agentes más opacos, acostumbrado a misiones de contrainteligencia, estaba a bordo del mercante de cabotaje español solo con el

conocimiento de su jefe y de un alto responsable de operaciones submarinas de la Royal Navy.

Marcus tenía una biografía de tintes cinematográficos: era ingeniero químico, experto en explosivos, pero a lo largo de sus treinta y cinco años se había ganado la vida de mil maneras. Fue boxeador, corrió con coches en Le Mans y en La Milia italiana, y fue piloto de combate de la aviación republicana en la guerra civil española. Ya como agente británico, operando en el norte de África después del desembarco aliado desapareció unos meses porque decidió alistarse en los Cuerpos Francos de la Francia libre, con los que participó en la toma de Bizerta. De aquella experiencia conservaba varios amigos españoles, que él denominaba hermanos de sangre, y un tatuaje en el antebrazo izquierdo: la Cruz de Lorena. Marcus creció con la lengua materna, la hablaba y escribía como si hubiera nacido en España. Además, dominaba el francés y el alemán.

—Patrón, soy Juan Fernández Ledesma —dijo Marcus estrechando la mano del viejo lobo de mar.

—¿Es usted español? —preguntó Antonio Balfagó con tono de extrañeza.

—Efectivamente, ahí tiene mi pasaporte y la cartilla de embarque de la Marina Mercante española.

El agente tendió los documentos al patrón, que no cejaba en la sorpresa.

—Esto es increíble…

Marcus no dejó acabar al marino.

—Olvidaba algo importante —abrió un portafolios y extrajo un nuevo documento—, el rol de la tripulación, en el que estoy incluido.

—¡Increíble, increíble! —exclamó Balfagó.

—Vamos al puente de mando, arreglamos estas cosas de la burocracia y después me presenta a la tripulación como el nuevo segundo piloto —bromeó Marcus.

—Nunca he tenido segundo piloto. Yo y mi timonel nos valemos —dijo solemne el patrón.

—Pues ahora lo tiene, por lo menos hasta que lleguemos al puerto de Barcelona.

—¡Ustedes los ingleses son la repera!

—El engaño y la piratería son cosas que llevamos en los genes —contestó jocoso Marcus, y guiñando el ojo dijo—. Pero recuerde que soy español, del Puerto de Pasajes.

—Ya me parecía a mí ese acento… ¡Ja, ja, ja!

Una vez en el interior de la pequeña caseta del puente de mando, el patrón ofreció un vaso de ron al nuevo tripulante.

—¡Por la libertad! —Marcus inició el brindis.

—¡Y que logremos engañar a los franquistas!

De un trago consumieron el alcohol. El patrón indicó a Marcus que tomara asiento en torno a la mesa de derrota. El agente británico fue directamente al grano.

—La tripulación supongo que es de total confianza.

—¡Como si fueran mis hijos! —proclamó Balfagó con rotundidad.

El viejo volvió a servir ron.

—Todos han empezado de grumete, el más veterano es el timonel que lleva veinticinco años navegando conmigo.

Pertenecen a familias de El Cabañal de Valencia, de gran tradición marinera. La confianza es absoluta.

—Ahora que usted hace referencia al barrio marítimo de Valencia, leí una novela cuyo

protagonista era un marino mercante y armador de allí: el capitán Ferragut al mando del «Mare Nostrum», del escritor Vicente Blasco Ibáñez…

El patrón cortó con ímpetu al agente del MI6.

—¡Disculpe, disculpe, querrá usted decir Don, Don Vicente Blasco Ibáñez! ¡En mi tierra no hay más Don que Don Vicente!

—En los Estados Unidos y en Francia ese autor español tiene un gran prestigio, en cambio aquí en España es poco conocido, de hecho mi madre nunca me habló él. Pero he de confesarle que Blasco me gusta. *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* es una obra conocida en todo el mundo, cuya publicación jugó un notable papel en el final de la Gran Guerra.

Balfagó incorporó el corpachón y abrazó a Marcus.

—Amigo mío, considérese en su barco, que lleva el nombre de una de las novelas del insigne valenciano, el más universal de los escritores españoles. Y, sobre todo, un republicano de verdad.

Apuraron los vasos de ron y salieron a cubierta para hablar con la tripulación, que permanecía expectante.

La noche era oscura, sin luna, y el «Flor de Mayo» cabeceaba dócilmente en un mar levemente encrespado por el viento de Levante, que soplaba moderado. Marcus dejó vagar la imaginación, recostado en la amura de babor, y aunque la noche era fría tenía ganas de respirar aire puro, después del obligado encierro en el submarino. Ciertamente aquella misión era increíble, siempre había soñado con ella. El 28 de octubre de 1938 desfiló en Barcelona junto a cientos de veteranos de las Brigadas Internacionales, antes de embarcar rumbo al Reino Unido. Entonces Marcus juró que regresaría para ajustar cuentas.

El agente del MI6 recordó la emocionante jornada y maldijo la decisión del presidente del gobierno republicano Juan Negrín. Aquel bienintencionado hombre cayó en la trampa, escribió entonces Marcus en el diario personal. Negrín aceptó la decisión del Comité de No Intervención de la Sociedad de Naciones que exigió la retirada de los brigadistas. Mussolini repatrió a diez mil soldados. Quedaron en España varias divisiones italianas, unos treinta mil efectivos, luchando en el bando de Franco, además de la División Cóndor de Hitler. Más tarde llegó la conflagración mundial, que ahora estaban ganando los Aliados. En el norte de África Marcus pudo reencontrarse con un grupo de guerreros inigualables, con los que había combatido en el país de su madre. Aquella maldita guerra entre hermanos, recordaba, resultó el preludio del horror más descomunal de cuantos ha conocido la humanidad.

El pailebote iba a plena carga, por lo que la línea de flotación estaba muy baja, provocando salpicaduras de rociaban con agua helada el rostro de Marcus, pero estaba a gusto recostado en la borda, respirando aire puro y rememorando los acontecimientos que lo habían llevado allí. Una semana antes del desembarco de Normandía Marcus acababa de regresar de una arriesgada misión en Francia, directamente relacionada con la mayor operación militar de la historia que el Día D comenzó a cambiar decisivamente el curso de la guerra en Europa. En cuanto llegó a Londres supo que la División Leclerc recibía adiestramiento en una base del condado de Yorkshire, al norte de Inglaterra. Muchos de sus camaradas de los Cuerpos Francos, con los que participó en la liberación de Túnez, estaban alistados en la unidad de la Francia Libre, entre ellos su hermano de sangre Miguel Campos. El regimiento de Miguel tenía la base en Pocklington, sonrió Marcus al recordar el reencuentro con el valiente anarquista canario y las pintas de cerveza compartidas en un *pub* de Hull, la capital del condado.

Pronto amanecería. Marcus estaba aterido de frío, las salpicaduras de las olas eran como agujas clavadas en el rostro. Decidió bajar al sollado donde tenía una litera dispuesta en el compartimento de la tripulación. Cuando puso el pie en la escalerilla para iniciar el descenso al interior del barco oyó un inconfundible sonido que se amplificaba rápidamente. Paralizado permaneció en cubierta intentando divisar la nave que se acercaba, pero la noche era cerrada. De pronto, vio una gran sombra por la banda de estribor y una luz cegadora le impidió ver más. Los potentes reflectores del minador «Vulcano» de la Armada Española enfocaron al «Flor de Mayo». Una voz imperativa ordenó, a través de la megafonía del buque de guerra, que parara las máquinas y estuviera toda la tripulación en cubiertas, avisando que iban a ser abordados por un piquete de inspección. Marcus decidió dirigirse al puente de mando.

El patrón Balfagó estaba preparando el rol de la tripulación, la documentación del barco y los papeles oficiales que garantizaban el tipo de carga que transportaba, cuando Marcus entró en el pequeño habitáculo de derrota.

—Ya ha llegado el momento de convertirme en Juan Fernández.

—Coja la caña, es el papel de un segundo en este tipo de situaciones. Normalmente al timonel no le preguntan.

—Parece usted acostumbrado a estas visitas, patrón.

—Desde luego, son continuas las inspecciones para la lucha contra el contrabando y los productos destinados al mercado negro, lo que aquí es conocido como estraperlo. Es un paripé. El contrabando y el estraperlo funcionan gracias a la implicación de ciertos jerarcas del Régimen, que en pocos años ya han amasado grandes fortunas. ¡Malditos cabrones!

Balfagó pronunció varias blasfemias antes de continuar hablando.

—Cuando entren los de la Marina usted permanezca callado, atento al gobierno del barco. Ya me encargo de que se vayan pronto y contentos. Ve esa caja junto a la puerta de acceso al puente, es güisqui del mejor, para el comandante y los oficiales. En función de la carga suelen llevarse otras cosas, pero esta vez no creo que les interesen unos kilos de algarrobas.

El patrón se caló la gorra con marcialidad. Vestía un chaquetón azul marino con un galón en cada bocamanga, que algún día fue dorado. Antes de salir a cubierta volvió a instruir a Marcus.

—Juan, atento a la maniobra, que esos son unos bestias, en cualquier despiste colisionan con nosotros y nos mandan al fondo del mar. Gregorio, el timonel, permanecerá a su lado, siga al pie de la letra las indicaciones.

Marcus estaba acostumbrado a situaciones de máximo riesgo, aquella desde luego que lo era.

El equipo de abordaje, compuesto por seis marineros armados con fusiles Mauser y un sargento al mando de un alférez de Navio, irrumpió en la cubierta del «Flor de Mayo». Desde el buque de guerra varias ametralladoras pesadas apuntaron a la popa y a la proa del pailebote.

El patrón Balfagó recibió al oficial, un hombre entrado en años bastante voluminoso, con cara de cansancio, al que el ejercicio del abordaje pareció haber hecho mella.

—¿Cuál es el destino del barco? —preguntó el oficial.

—Barcelona.

—¿Carga?

—Doscientas toneladas de algarrobas.

—Que abran las bodegas, vamos a verificarlo.

Antonio Balfagó ordenó al contramaestre del «Flor de Mayo» que procediera a cumplir las

órdenes del oficial de la Armada. El sargento y dos marineros inspeccionaron las bodegas y en pocos minutos pudo comprobarse que todo estaba en orden.

—Aquí hace frío, vamos dentro a revisar la documentación —dijo el mando militar.

Marcus y el timonel estaban pendientes de la maniobra en el puente de mando. Cuando entró Balfagó con el oficial que se mostró afectado por el frío acentuado del amanecer. El patrón ofreció café caliente que el militar aceptó de buena gana.

—Usted y yo —dijo el oficial—, tenemos edad para estar calentitos en casa. Venga déjeme la documentación, a ver si acabamos pronto que hoy mi comandante está en plan guerrero y llevamos toda la noche sin parar.

El alférez de Navio revisó minuciosamente los documentos y cuando llegó al rol de la tripulación alzó la vista e hizo un comentario.

—Veo que tiene a un piloto como segundo, algo poco habitual en este tipo de embarcaciones de cabotaje.

—La edad no perdona —terció Balfagó—. Pronto me quedaré en tierra, ejerciendo como armador, y el barco necesita un nuevo patrón.

—Bien hecho, yo también pienso en el retiro. ¿Quién es el sustituto?

El viejo sintió un retortijón de alarma en el estómago, pero antes de que respondiera sonó la voz de Marcus.

—Yo, oficial —dijo el agente sin soltar la caña—, Juan Fernández, para servirle.

—Ah, bien. Que tengan buena navegación. Nosotros nos vamos.

El oficial de Marina salió con prisa, seguido de un marinero que apenas podía manejar la caja de güisqui. Subieron a la chalupa y regresaron al minador Vulcano que con gran estruendo de motores hizo una temeraria maniobra para alejarse, provocando un intenso oleaje que zarandeó al mercante.

—¡Malditos militares de la dictadura! —gritó al viento el patrón apretando los puños.

Balfagó se quitó la gorra e indicó al agente británico que lo siguiera. Entraron en el camarote anejo al puente de mando, un minúsculo cubículo con una litera y una mesa asida al mamparo orlada por dos desvencijados taburetes. Comenzó a amanecer mientras la costa catalana dibujaba el contorno a pocas millas. El patrón dispuso dos vasos de metal, abrió un termo y ofreció café.

—¿No tendrá té? —preguntó irónico Marcus.

—¿Cómo que té? ¿Se ha vuelto loco?

El marino español puso cara de enfado irguiendo el cuerpo en señal de autoridad.

—¿Dónde ha visto usted a un piloto español beber el insoportable brebaje de los ingleses?

Marcus soltó una espontánea carcajada.

—Tiene razón, patrón, a veces me es difícil olvidar ciertas costumbres.

—Pues ándese con ojo. Debe comportarse como un auténtico hombre de mar español. ¿Tomará o no el café?

—Por supuesto, me encanta.

—Pues va a probar usted un torrefacto auténtico. Si los de la Marina llegan a encontrar los cien kilos que llevo escondidos entre la estiba de algarrobas, no dejan ni un gramo —rio socarrón Balfagó.

—Disculpe, ¿desde cuándo el café es contrabando?

—Veo que está usted poco informado. Cuando acabó la guerra, Franco creó una organización

mañosa llamada Comisaría General de Abastecimiento y Transportes, encargada del control de las libretas de racionamiento. Una auténtica cabronada que siembra el hambre en España, mientras cuatro listos del Régimen engordan cada día más, a costa de chupar la sangre de los más débiles.

El patrón sirvió el café y le pasó una cucharilla a Marcus.

—¿El café le gusta con azúcar?

—Sí, con bastante cantidad.

—Pues está usted de suerte, porque el azúcar es otro producto al alcance de pocos.

Mientras hablaba, Balfagó alargó el brazo y abrió un cajón situado al pie de la litera del que extrajo una azucarera de plata que llevaba décadas por limpiar y la dejó sobre la mesa.

—Sírvase, sírvase, en cuanto pise suelo español va a tener pocas ocasiones de saborear semejantes placeres. Ese es otro de los cargamentos que se les pasó a los sabuesos de la Armada. ¡Ja, ja!

—Quedo sorprendido. ¿Tanta escasez hay ahora mismo en España?

—¡Hambre, hambre, auténtica hambre es lo que pasan gran parte de españoles! ¡Y este año que acaba, 1944, ha sido de los peores!

—Las consecuencias de la política. Los bloqueos no castigan a los malos gobiernos, son los ciudadanos indefensos quienes sufren las consecuencias —dijo Marcus mientras removía el café, tras echar en el vaso tres cucharadas de azúcar.

—En nuestro caso sufrimos doblemente esas consecuencias a las que usted se refiere. Algunos jerarcas del aparato creado por Franco, el Movimiento Nacional, mueven los hilos del mercado negro. Después organizan el paripé con la Guardia Civil y la Marina para hacer creer que desean acabar con el estraperlo, pero es mentira, solo van en serio a por los más desgraciados. Es asqueroso.

Balfagó abrió un pequeño mueble bar y cogió una botella de coñac Tres Cepas e hizo el ademán de servir a Marcus en el vaso en el que consumía el café. El británico dio el visto bueno con un gesto y el patrón escanció un buen chorro de licor.

—Al día siguiente de acabar la guerra, Franco dijo que garantizaba la alimentación de todos los españoles, sin distinción. ¡Ja, ja! —rio el veterano marino—. Y puso en marcha el racionamiento, creando cartillas de tres tipos, según la capacidad económica. Desde el principio la fórmula del dictador ha sido un fiasco, provocando más desigualdades y corruptelas.

ESTACIÓN DE ATOCHA

El empleado de ferrocarriles abrió la puerta del vagón de primera clase y los pocos viajeros que ocupaban las cabinas fueron bajando con parsimonia. Miguel Campos esquivó el ademán del revisor, en la pretensión de ayudarle con el maletín confeccionado para instrumentos musicales. Dejó que cogiera la maleta. En el andén lo obsequió con una propina, ante la mirada de dos parejas de la Guardia Civil, atentas al resto de viajeros de segunda y tercera clase. Un músico distinguido, debió pensar el sargento que mandaba el control, que saludó militarmente cuando, con seguridad, Miguel les deseó buen servicio, dirigiéndose a la salida. La adrenalina la tenía desatada.

En la calle, volvió a inquietarse al observar que numerosos policías patrullaban en los accesos y alrededores de la estación. Sin perder la soltura paró un taxi y rehusó que el conductor cogiera el maletín.

—Siempre lo llevo en brazos, es como un hijo, un violín que vale una fortuna —dijo Miguel.

El taxista, perplejo, hizo un movimiento con el palillo que llevaba entre los dientes y sentenció con seriedad:

—Disculpe, debe ser un stradi… no se qué. ¿Verdad?

Miguel asintió, e indicó que debían ir a la Gran Vía esquina con Fuencarral. Mientras circulaban por el Paseo del Prado las imágenes de Madrid le causaron un nudo en la garganta. Al llegar a Neptuno el taxi detuvo la marcha, la Policía Armada inspeccionaba los vehículos. Un agente metió la cabeza por la ventanilla del conductor y dijo que podían seguir.

—Algo pasa, no es normal tanto guardia. Se lo dice un falangista, ex combatiente de la División Azul —dijo orgulloso el tipo.

Menuda ironía, pensó Miguel, un falangista que había combatido con los alemanes lo llevaba en su coche y le hablaba con un respeto que, por momentos, se tornaba en admiración, al creer que podía ser un concertista de renombre.

El taxista tenía razón, un acontecimiento singular estaba a punto de ocurrir en Madrid. Al día siguiente, 22 de diciembre, el Generalísimo Francisco Franco ofrecía, en la residencia oficial de El Pardo, una fastuosa fiesta para presentar en sociedad a su única hija, Carmen, a la que él llamaba Nenuca. Más de dos mil invitados, la mayoría altos mandos militares y jerarcas del nuevo orden, disfrutaban del acontecimiento, que quería ser una llamada de atención a los sectores monárquicos. Franco se comportaba como un absolutista, con el pensamiento puesto en

perpetuar el poder.

La Gran Vía ya no era el castigado espacio que conoció Miguel, aunque la tenue luz natural del atardecer invernal y la escasa iluminación de las farolas, producto de las restricciones, lo transportaron a los duros momentos de asedio del primer otoño de la guerra. Entonces la arteria urbana quedó popularmente denominada Avenida de los Obuses, por el bombardeo intenso al que era sometida. Pese a ello, rememoró Miguel esbozando una nostálgica sonrisa, los proyectiles de la artillería de Franco que nunca lograron parar la actividad, ni a la hora de ir al cine. Recuerdos que comenzaron a fluir. Las veladas de copas en Chicote, nido de espías y punto de encuentro de las más selectas buscavidas. El bar del hotel Florida, lugar de reunión de los corresponsales de guerra. En la barra de aquel local tuvo el gusto de conocer a un tal Saint-Exupery, al que años después reencontró en África del Norte como piloto de la Francia Libre. También recordaba a dos norteamericanos muy amigos que acabaron discutiendo, Hemingway y Dos Passos, a él le caía mejor el último, le pareció un hombre más equilibrado. En París empeoró la opinión sobre Hemingway.

La Gran Vía le trajo la imagen sonriente de María, a la que conoció en la puerta del edificio de Telefónica, que con sus trece plantas quedó convertida en el bastión de la información, donde periodistas de diversas nacionalidades emitían sus crónicas, bajo la censura de Arturo Barea, un intelectual socialista que se granjeó el respeto de los enviados de periódicos y emisoras de radio de buena parte del mundo.

Ah, María, el amor de su vida, tan culta como aguerrida. Introducida en los círculos de la cultura revolucionaria. Con ella tuvo ocasión de asistir a un concierto de piano de Gustavo Durán, el intelectual que llegó a mandar una división. Durante años Miguel conservó un ejemplar de *El Mono Azul*, la revista que repartió José Bergamín con ocasión de la audición ofrecida por Durán en el palacete sede de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, en la calle Marqués del Duero. El periódico era la única pertenencia que había dejado María. Contenía el monográfico *Romances de la Guerra Civil* en homenaje a Federico García Lorca. En aquellas páginas escribió anotaciones la mujer que le había robado el corazón, con una caligrafía impecable. En el barco que le llevó como exiliado a la colonia francesa perdió el macuto en el que conservaba la publicación. Tantos recuerdos confluyeron en la mente que, absorto, tuvo que ser advertido por el taxista de que habían llegado al destino.

Al despedirse del taxista este insistió en llevarle la maleta hasta el domicilio, pero Miguel hábilmente se deshizo de él. Había memorizado una dirección, próxima a la calle Fuencarral, donde los compañeros de la guerrilla tenían un piso franco. Cuando Miguel comenzó a remontar la conocida calle tuvo un presentimiento. Volvió a la Gran Vía, paró a un taxi y pidió que lo llevara al hotel Palace. Tenía dinero en abundancia, dólares americanos, un pasaporte como ciudadano chileno confeccionado en la propia embajada de Chile en la capital de Francia y estampillado el sello oficial de entrada en España, tan perfectamente falsificado que el más veterano de los funcionarios de aduanas habría certificado su autenticidad. Llamaría menos la atención de la Policía en un buen hotel representando el papel de hombre de mundo, en busca de negocios. Era una de las alternativas del plan diseñado en París con Arturo Matas. Esa opción le pareció la más acertada. Ya contactaría con el enlace en Madrid, sabía dónde encontrarlo, pero no debía precipitarse. Miles de ojos y oídos al servicio del Régimen estaban atentos.

Miguel Campos entró en el Palace seguido por uno de los botones, pulcramente uniformado

de azul, que cargaba con la maleta. Al otro asistente que pretendía hacerse cargo del maletín, tras decirle que no amablemente, lo obsequió con una sonrisa y unas pesetas de propina. Acusó un golpe de emoción cuando entró en el *hall* del hotel, convertido en hospital de sangre durante la guerra civil. En el murmullo de clientes y empleados creyó oír la voz apagada de Buenaventura Durruti, para él, ejemplo libertario, al que siguió desde Barcelona para defender Madrid. En uno de los salones del Palace, tendido en una cama y desahuciado por los médicos, Miguel escuchó las últimas palabras del admirado camarada libertario. El día antes, 19 de noviembre de 1936, fue alcanzado por una bala en la avenida del Valle, arteria próxima al Hospital Clínico de la Ciudad Universitaria, entonces tomado por las tropas rebeldes al mando del general Varela. En aquel momento corrió el rumor de que la herida mortal fue provocada por el disparo accidental del fusil ametrallador del propio Durruti. Pero en esa ocasión, recordaba siempre Miguel, el líder anarquista solo llevaba un revólver Colt oculto debajo del chaquetón de piel. Quien sí portaba un arma automática en bandolera era su asesor personal, el sargento José Manzana. Miguel sabía aquello porque los había despedido en la puerta del cuartel general de la columna, el palacio de los duques de Sotomayor, en el 27 de la calle Miguel Ángel, y él a punto estuvo de subir al Packard negro de Durruti. Los recuerdos pasaron fugaces, sin que alteraran el semblante risueño, dispuesto a representar el episodio más trascendental de una vida de acción.

Ascendió por la escalinata del *hall* hasta llegar a la recepción, donde fue atendido por un empleado pulcramente vestido que derrochaba amabilidad. Al ver el pasaporte de Miguel, el recepcionista hizo un gesto a un tipo de baja estatura, delgado, con traje gris de grandes almacenes. El individuo cogió el pasaporte y desapareció. En una pequeña estancia el policía Andrés Ramírez miró detenidamente el documento de la República de Chile, abrió el cajón de una mesa auxiliar y extrajo una cámara fotográfica Leica. Metódicamente fue fotografiando las hojas.

El empleado del hotel, de perenne sonrisa, pidió disculpas por la tardanza en devolverle el pasaporte, informando que, al tratarse de un ciudadano extranjero, la Policía tenía que realizar las comprobaciones pertinentes. Miguel devolvió la sonrisa, como quien está acostumbrado a semejantes formalismos. Pasados unos minutos apareció el funcionario y anunció que el documento estaba en regla. El inspector Ramírez con la mirada radiografió a Miguel y le hizo algunas preguntas de trámite: de dónde venía, el paso fronterizo por el que había entrado en España, que actividad desarrollaba y cuanto tiempo pensaba quedarse. El mayor momento de tensión sobrevino cuando el policía preguntó por el contenido del maletín para instrumentos musicales del que Miguel no se había separado ni un instante.

—Se trata de un violín de gran valor, que siempre viaja conmigo —respondió al inspector.

—¿Es usted músico?

—De joven intenté dedicarme a la música, pero carecía del talento necesario —dijo Miguel mientras el corazón parecía que deseaba salir de la caja torácica, acelerado como nunca.

—Siempre he admirado a los músicos —terció el policía, dándose por satisfecho de que el acento de aquel viajero era del castellano que se hablaba en Chile, o de cualquier otro país sudamericano, creyó él.

—Agradezco su amabilidad, pero soy un mero aficionado que necesita del embrujo de la interpretación musical para disipar la tensión de tanto viaje de negocios. Lástima que hora me veo obligado a estar una temporada sin poder acariciar el instrumento, debido a una lesión en la

mano derecha —Miguel hizo un gesto haciendo ver que tenía dificultad para mover los dedos.

—Deseo que mejore pronto. Bienvenido a España, señor. Necesitamos gente como usted, que crea en las posibilidades de nuestra patria. Para cualquier problema o duda que pudiera surgir durante su estancia, relacionado con la seguridad, estoy a su disposición —el inspector entregó a Miguel una tarjeta oficial en la que rezaba su condición de miembro de la Brigada Político Social.

Salvado el escollo del encuentro con el policía y cumplimentado el trámite de admisión, el botones condujo a Miguel hasta el ascensor que los llevó a la tercera planta. El empleado abrió la habitación, dejó el equipaje sobre el mueble maletero y explicó el funcionamiento del teléfono. Seguidamente mostró el cuarto de baño, con ducha y bañera, y recordó que el hotel disponía de servicio de habitaciones las veinticuatro horas. Miguel hizo un esfuerzo titánico por no denotar impaciencia, y en cuanto el empleado culminó el característico protocolo lo despidió con una propina. Ya solo, respiró aliviado y se dejó caer sobre la cama con el abrigo puesto. Así permaneció un largo rato, hasta que el ritmo cardiaco volvió a la normalidad. Calmado, tras desvestirse, guardó las pistolas, la munición, las granadas de mano, así como un sobre con varios miles de pesetas y dólares americanos en la caja fuerte instalada en el interior del armario. Llenó la bañera con agua caliente y se sumergió invadido por una sensación de placer.

Recuperado de la tensión acumulada, Miguel decidió salir del hotel. Había memorizado un número de teléfono proporcionado por Arturo Matas, con un nombre: Fidel. Ese contacto debía servirle de coartada en la supuesta búsqueda de negocios en la España arruinada y sometida a grandes carencias en la que, pese a ello, cada día afloraban nuevas fortunas al socaire de actividades oscuras, casi todas relacionadas con el mercado negro. Creyó conveniente efectuar la llamada desde un teléfono público, fuera del hotel. Antes de salir de la habitación abrió la caja fuerte, cogió una pistola, dos cargadores y una granada de mano que ocultó en los bolsillos interiores del abrigo. En la cartera llevaba dinero suficiente. Asió el maletín y dirigió sus pasos al ascensor, donde un empleado encargado de subir y bajar a los huéspedes intentó aligerarle del peso, a lo que Miguel se opuso muy amablemente.

En la recepción solicitó la posibilidad de depositar el valioso instrumento en la caja de caudales de la que disponía el Palace para objetos de cierto tamaño. En ese momento no vio al inspector Ramírez y respiró aliviado. El recepcionista con gran diligencia condujo a Miguel hasta la caja fuerte, comentando que allí cualquier cosa estaba más segura que en el propio Banco de España. El ex combatiente de La Nueve dijo que era preciso que bajo ningún concepto nadie tocara el maletín, pues el interior albergaba una pieza única, de gran valor, mostrando un billete de veinticinco pesetas. El empleado, tras guiñar el ojo, procedió a precintar el cierre acompañado de un aparatoso letrero: «No tocar, material muy sensible», e indicó a Miguel que colocara tan preciado objeto en el fondo de la gran caja, para que nadie tuviera la tentación de moverlo. Era mejor aquello que arriesgarse a dejarlo en la habitación, pensó.

Salió a la calle por la entrada principal del Palace, recayente a la Carrera de San Jerónimo y al edificio de Las Cortes. Era de noche y el frío apretaba, respiró hondo y miró a su alrededor. Madrid en aquel momento estaba poco más iluminado que en los días de la guerra, los cortes eléctricos eran habituales. Varios taxi propulsados con gasógeno hicieron el ademán de parar, pero Miguel con gestos les indicó que siguieran. La última vez que estuvo allí el sonido de los obuses de la artillería del ejército sublevado podía oírse al caer en la Gran Vía, y en ese mismo lugar, centro neurálgico de la capital, recordaba el zumbido de los motores de las escuadrillas

alemanas de la División Cóndor bombardeando de forma inmisericorde. De pronto vio con nitidez las dantescas escenas vividas el día que los aviones nazis lanzaron bombas incendiarias sobre un circo instalado en el cercano paseo del Prado, las mismas que alcanzaron los edificios del Museo, cuyas obras habían sido evacuadas a Valencia, y de la Biblioteca Nacional. Con tantos episodios dramáticos acumulados a lo largo de varios años de conflagraciones, Miguel guardaba un especial recuerdo, cargado de horror, de la destrucción del circo, con animales despavoridos huyendo por las calles adyacentes. Él mató, con el fusil ametrallador, a una cebra y a su cría que corrían envueltas en llamas.

FIESTA DE NENUCA

El 22 de diciembre, fecha del sorteo de la lotería de Navidad, un puñado de españoles pudo celebrar la suerte en forma de miles de pesetas. Para la inmensa mayoría, la esperanza de salir de la pobreza duró unas horas, después de grandes esfuerzos para tentar al azar. El año que acababa, 1944, sería recordado por la necesidad extrema de millones de familias golpeadas por la dureza de la posguerra. Pero el general Franco, tan austero en las costumbres personales, quiso que aquella señalada jornada lo fuera aún más en boato y esplendor en su residencia de El Pardo. Arrastrado por la egocéntrica personalidad de Carmen Polo y ante la desbordante ilusión de Nenuca, la única hija del matrimonio, dejó que la primera dama del Régimen diera rienda suelta a los deseos organizando una fastuosa fiesta. Carmen Franco acababa de cumplir dieciocho años y tenía que ser presentada en sociedad como una auténtica princesa. Más de dos mil invitados cuidadosamente elegidos fueron recibidos en la residencia oficial del jefe del Estado español, que seguía sin materializar una de sus más populares promesas: «ni un hogar sin lumbre, ni un español sin pan». Entonces el hambre, la miseria y la discriminación por condición política o social, afectaban a gran parte de los españoles, que recibieron atónitos la noticia del festín de la hija del dictador, en palabras del general Antonio Aranda, decidido conspirador a favor de la restauración de la Monarquía en la figura de Don Juan de Borbón.

Anochecía cuando Letizia llegó a El Pardo acompañada por John Graves. Llevaba el pelo, negro azabache, suelto y peinado con ondas. Un vestido negro de seda del modisto Heim resaltaba la esbelta figura, conjuntada elegantemente con una gargantilla de pequeñas esmeraldas, que perteneció a la abuela paterna y del mismo color de sus ojos. Letizia, irresistible, robó las miradas de mujeres y hombres. La fascinante dama paseaba la atrayente personalidad por el corazón del Régimen, fingiendo una relación inexistente. La dolorosa ruptura sentimental propiciada por Letizia no impidió que ambos siguieran manteniendo un vínculo a ojos de los demás, por el interés del servicio. Alertada de que el supuesto romance había sido detectado, convinieron que lo mejor era aparecer juntos ante la alta sociedad madrileña. Ambos eran solteros y tenían todo el derecho a relacionarse. Esa situación convenía a Letizia, pues podía contribuir a disipar el infundio sobre su supuesta relación con Franco Salgado-Araujo Pacón. Aquella disposición de la dama fue asumida por Graves como un rayo de esperanza. Él estaba perdidamente enamorado.

El Caudillo invitó al responsable de la legación de Estados Unidos en Madrid, Carlton H.

Hayes, único representante del cuerpo diplomático presente en la fiesta de Carmen Franco Polo Nenuca. Franco, que en la vida cotidiana era austero, en esa ocasión buscó el boato de un decimonónico emperador y reunió para ello a lo más granado de las clases dirigentes que le eran fieles. El año anterior el Duque de Alba, al que había nombrado embajador en Londres, rechazó el ofrecimiento de Franco de realizar una presentación en sociedad con su hija Cayetana. Estaba claro que con Nenuca, su única hija, el Generalísimo no aplicaba las estrictas normas que requería para él y sus colaboradores. La niña de sus ojos debía aparecer como una auténtica princesa y así fue.

En el baile de apertura, con un vals interpretado por las orquestas Tejada e Ibáñez, diversas damas de la alta sociedad dirigieron las miradas, no exentas de maledicencia, a Letizia, que lucía espléndida un traje de noche del modisto parisino Jacques Heim. Y los comentarios de corrillos adquirieron el momento álgido cuando Nenuca, acompañada siempre por una cohorte de jóvenes amigas de la misma edad, dedicó un cariñoso saludo a Letizia y esta le presentó al diplomático norteamericano. La hija de Franco lucía un vestido blanco de tul y encaje, del modisto Cristóbal Balenciaga, complementado con uno de los valiosos collares de perlas de su madre.

Letizia avanzó por el gran salón acompañada de John irradiando una seguridad de la que carecía en aquel momento. Estaba incómoda, veía cómo numerosos ojos se cernían sobre ella y su pareja. Y si bien Nenuca la saludó efusivamente, percibió que doña Carmen Polo marcó distancia. Algo estaba cambiando en la esposa del Caudillo, siempre proclive a creer y magnificar los chismes. Nunca entendió la proximidad de la primera dama con ella, seguramente influenciada, cuando no obligada, por el interés de Estado al que solía apelar Franco. El ministro José Luis Arrese le había dicho horas antes que la primera dama estaba un tanto inquieta por los comentarios que le llegaban sobre quién ella entonces definía como esa chica medio americana, apeándola del nombre. Curiosamente ya no era Letizia, la valiente colaboradora del Movimiento Nacional, la heroína que arriesgó tantas veces la vida para salvar a muchas personas en peligro y pasar información vital a las tropas nacionales, desde el Madrid sitiado. En evidente desdén, para la mujer más poderosa de España era simplemente «esa chica medio americana». Acudió al evento por orden expresa de Arrese, pues de no hacerlo, le dijo el ministro, podría tomarse esa actitud como una afrenta, asegurándole que el Caudillo seguía teniéndola en gran estima y que era plenamente conocedor del influenciable carácter de doña Carmen, especialmente en ciertos temas. El infundio sobre el primo Pacón y Letizia logró un acercamiento de solidaridad, pero las noticias sobre el *affaire* sentimental con un norteamericano de la embajada y sus encuentros libertinos tenían escandalizada a doña Carmen. El servicio secreto alemán, en la recta final de su existencia, estaba logrando el efecto deseado al filtrar información.

El Gobierno en pleno, encumbrados generales, jerarcas de Falange, empresarios y banqueros, asistieron al fasto en honor de Nenuca. Tras los bailes de salón sirvieron una cena fría en la que no faltaron el caviar, jamón serrano y champán francés. Los dulces y la tarta de celebración pusieron el colofón. Franco tiró la casa por la ventana para obsequiar a los numerosos invitados que como cortesanos de un rey sin trono, rindieron pleitesía al vencedor de la guerra civil. Aquellas ínfulas de emperador, seguramente siempre soñó con emular a Napoleón Bonaparte, ocasionaban nuevas grietas entre no pocos de sus compañeros de armas que veían cómo el poder del Generalísimo llevaba camino de perpetuarse.

Letizia comentó a John la gran falacia que representaba Franco, exigiendo austeridad al

pueblo español y a cuantos le rodeaban, pero capaz de hacer una exhibición de derroche mientras el hambre más atroz azotaba a millones de compatriotas. Letizia estaba desengañada, sin embargo se veía obligada a seguir el juego. Los Estados Unidos tenían demasiados intereses en España, y ella estaba para contribuir al éxito de los mismos. Al contrario de la versión empleada por la propaganda oficial norteamericana y de cuanto pudieran hacer o decir significados políticos próximos a la Casa Blanca, la verdad era que el presidente Roosevelt creía conveniente mantener al dictador español, como garante del freno al comunismo en el Mediterráneo. Así pensaba también el primer ministro inglés, Winston Churchill, aseguró John a Letizia, en la conversación que mantenían en inglés, casi en un susurro, mientras tomaban una copa de champán.

—Letizia —sonó una voz familiar—, qué gusto verte.

La dama sonrió con dulzura.

—Hola, Pacón.

El general con el habitual rictus de seriedad miró a Letizia con ojos brillantes, galantemente le besó la mano.

—Cada vez que nos encontramos veo en ti a tu padre, mi amigo del alma. Asesinado, junto a tu hermano, por defender a España.

—Pacón, los que permanecemos en este mundo tenemos la obligación de seguir adelante, honrando así a las personas más queridas que se han ido —aseguró Letizia mientras apretaba cariñosamente las manos del más directo colaborador de Franco.

La agente del OSS presentó a John como directo colaborador del embajador Hayes.

—Un placer, mister Graves. Tenemos muy buenas referencias suyas y celebro que mantenga tan cordial relación con la señorita Letizia. Cuídela bien.

El funcionario norteamericano sintió un golpe interior de euforia. Eso quería él, cuidar a la mujer de la que estaba perdidamente enamorado.

—General, puede estar convencido de ello.

Franco Salgado-Araujo asió a ambos jóvenes por el brazo y adelantando el rostro habló en voz muy baja.

—Están haciendo un muy valioso trabajo. El Caudillo sabrá recompensarles.

PUERTO DE BARCELONA

Despuntó la mañana, soleada pero fresca, que iniciaba el invierno. El pailebote «Flor de Mayo» enfiló la bocana del puerto de Barcelona. En el puente, Balfagó dirigía la maniobra, a su lado, muy atento, el falso segundo piloto. Marcus vestía ropa de calle, listo para desembarcar, en cuanto el buque culminara el atraque en la dársena comercial, ocupada por numerosos navíos en la actividad fabril de carga y descarga de mercancías, parte de ellas destinadas a las tropas aliadas estacionadas en el sur de Francia. Desde septiembre, las instalaciones portuarias de la Ciudad Condal eran zona franca, merced un acuerdo entre los gobiernos de España y Estados Unidos, que permitía operar a la flota norteamericana. Con anterioridad, en el último año y medio, aquellos muelles fueron escenario para el intercambio de prisioneros entre el Reino Unido y Alemania. Era pues, entonces, un espacio muy concurrido y al que las fuerzas de seguridad dedicaban especial atención.

Los primeros rayos de sol, gratificantes en el inicio de un delicioso día mediterráneo, penetraron en el asiento delantero del Peugueot negro, ocupado por el comandante Manuel Estrada, uno de los responsables de los servicios de inteligencia militar de Cataluña. El oficial observó con unos prismáticos al «Flor de Mayo» aproximándose por la amura de estribor al muelle asignado. En cuanto quedaron sujetas las amarras en los norayes, Estrada vio cómo un hombre moreno de mediana estatura y complexión fuerte saltó a tierra. Dio una palmada en el hombro del conductor, este arrancó el motor y sacó lentamente el coche del lugar elegido para la vigilancia. Dos coches más, de la misma marca y color, hicieron similar maniobra, procurando mantener la necesaria distancia entre ellos para no llamar la atención. En aquella hora el puerto era un hervidero de vehículos.

Con los prismáticos, el agente de inteligencia militar siguió la trayectoria del tripulante del pailebote, que caminaba a buen paso, llamándole la atención que los movimientos eran más bien desgarbados. El detalle desató la intuición del comandante y pronunció un exabrupto. El hombre, que portaba una maleta y una especie de hatillo, giró por un amplio pasadizo entre dos enormes tinglados, entonces Estrada dio la orden al conductor: «¡Ahora!». El coche aceleró y cerró el paso al marinero. Los otros vehículos oficiales confluyeron en el lugar en cuestión de segundos. Dos agentes salieron del asiento trasero del primer automóvil, pistola en mano, y encañonaron al sorprendido tipo que dejó caer al suelo el equipaje, levantando las manos. Tras conminarlo a ponerse de rodillas, fue esposado. De forma brusca lo introdujeron en el interior del

coche y le colocaron una capucha.

—¡Alto, un momento! —gritó Estrada cuando el chófer engranó la marcha para salir disparado hacia las dependencias de Capitanía General, en el Paseo de Colón.

—¡Quitadle la ropa! ¡Quiero el torso y los brazos al descubierto! —volvió a ordenar el comandante.

Los agentes despojaron al detenido de la ropa.

—¡No es él! ¡Este no lleva tatuaje! ¡Rápido, hay que ir al barco! —gritó Estrada.

Los coches del Servicio de Información Militar aceleraron en dirección al muelle en el que acababa de atracar el «Flor de Mayo». Abordaron el pailebote varios agentes fuertemente armados con metralletas, al mando del comandante Estrada que empuñaba un revólver de grueso calibre. Efectivos de la Guardia Civil acudieron alarmados, pero un oficial de inteligencia les dijo que aquella era una operación secreta, ordenándoles que permanecieran apartados de la embarcación, formando un cordón de seguridad que impidiera el paso de curiosos.

Los hombres de Estrada revisaron minuciosamente la pequeña embarcación sin encontrar rastro de la persona que buscaban. El patrón Balfagó permaneció callado en todo momento, mientras el comandante insistía en preguntar por el paradero de quién aparecía en el rol como segundo piloto, con el nombre de Juan Fernández. El marino entregó el documento oficial en el que aparecía la relación de tripulantes en la que dicho piloto no figuraba.

—Deje de fingir, es inútil. La pasada noche recibimos un mensaje cifrado del minador Vulcano en el que confirmaba la presencia del tal piloto, con una descripción física.

Balfagó quedó desconcertado.

—No ponga esa cara, patrón, que ya hace tiempo que peina canas —dijo el comandante mientras movía el revólver con la mano derecha.

El militar estaba perdiendo la paciencia, pero intentó nuevamente que aquel viejo lobo de mar, en edad de estar retirado, colaborara por las buenas.

—¿Cree que la visita del buque de la Armada fue casual? Pues no. Sabíamos que usted recogería a una persona en aguas próximas al Golfo de Valencia.

El propietario del «Flor de Mayo» pareció convertirse en una estatua de mármol. Ni pestañeó.

—Tengo prisa, así que ¡comience a colaborar! ¡Se lo aconsejo!

Por toda respuesta el marino escupió en el suelo. La reacción de Estrada fue instantánea, con la culata del arma propinó un golpe en el rostro de Balfagó que lo hizo precipitarse al suelo del puente de mando y le abrió una brecha en el pómulo derecho.

—Esto no es más que un aperitivo de lo que va a venir si sigue tan obstinado.

Incorporado con gran dificultad y con el rostro ensangrentado con un pequeño reguero que manchó el chaquetón con dos desgastados galones en las bocamangas, el anciano logró erguirse, apretando los dientes por el intenso dolor. Antes de hablar lanzó una mirada de desafió al comandante.

—¡Máteme ahora mismo, qué más da!

Estrada hizo ademán de descargar un nuevo golpe sobre el rostro de Balfagó. Soltó una carcajada y guardó el revólver en la funda sobaquera que llevaba debajo de la chaqueta.

—Ya quisiera usted que el trance que voluntariamente ha elegido resultara tan rápido —espetó el agente—. Si sigue empecinado, sabrá en carne propia cuánto puede resistir un cuerpo humano en manos expertas. Continuaremos hablando en mi despacho.

Resistió horas de interrogatorio, pero el agotado cuerpo de Antonio Balfagó, curtido por mil temporales y varias guerras, se dio por vencido en la segunda descarga eléctrica, efectuada con precisión por uno de los expertos torturadores de los sótanos de Capitanía General. El brutal choque de los voltios aplicados en los testículos acabó con los años de entereza y consciente de que no era más que un guiñapo, en manos de gentes sin escrúpulos, dijo que diría cuanto sabía, que era bien poco. Y lloró con amargura. La mente, cosas de los seres humanos, lo transportó cuarenta y seis años atrás, asido a un madero luchando por la vida, en medio de un mar ardiendo con hombres gritando y el estrépito de los cañones disparando a la flota del almirante Cervera. En Santiago de Cuba los norteamericanos mandaron a pique a los mejores barcos de la Armada Real, mientras los gobernantes ineptos invertían el esfuerzo asistiendo a teatros, plazas de toros y bailes de alta sociedad, dando la espalda a la realidad de los desastres de aquel fatídico año de 1898, y a la gran crisis que asolaba al país. Después de escapar milagrosamente de la muerte, Balfagó decidió hacerse republicano y luchar por una sociedad más justa, en la que primara la igualdad.

El médico militar examinó al patrón y dio órdenes a unos sanitarios para que primero lo asearan y después procedieran a curar las heridas. Balfagó, apenas podía ponerse en pie y no daba pábulo a la inesperada atención. Los interrogadores desaparecieron, sustituidos por asistentes, con impecables batas blancas, que sirvieron un café con leche y le dieron los puros toscanos que llevaba en el interior de la chaqueta cuando fue detenido a bordo del «Flor de Mayo». Tomó poco a poco el café con leche y encendió un toscano que lo transportó a la gloria.

«¿Y ahora qué?», pensó, sin fuerzas para incrementar la intranquilidad. No iba a tardar en tener respuesta.

Dos agentes de paisano entraron en la celda, cogieron a Balfagó por los brazos y, prácticamente en volandas, lo llevaron hasta un montacargas que ascendió a la última planta del histórico edificio, sede del capitán general de la IV Región Militar. Tras recorrer un pasillo, que al patrón le pareció interminable, llegaron ante una puerta de despacho que uno de los agentes abrió sin llamar previamente. El comandante Estrada vestía de uniforme, estaba acompañado por su ayudante, el teniente Luis Bayona y un capitán jurídico con las atribuciones de fiscal que dijo llamarse López.

—Adelante, patrón, celebro que haya reconsiderado la postura —comentó irónico el mando militar.

Balfagó estaba destrozado, el cinismo de aquel militar, que para él tenía el poder de Dios, apenas le afectó. Solo deseaba descansar.

—Por favor, sienten a don Antonio en este sillón —ordenó Estrada, al tiempo que acercaba a Balfagó una copita de licor.

—Es coñac, el mismo que usted bebe, pues lo hemos cogido de su barco.

El viejo mojó los labios lacerados con el alcohol y soltó un tenue lamento antes de engullir el coñac.

—Para su total garantía, le vamos a tomar declaración con la presencia del fiscal militar. Sabemos que usted es un patriota, un héroe de la guerra de Cuba. Así consta en su expediente de la Armada.

Balfagó miró al comandante con los ojillos casi cerrados por la hinchazón de los golpes y no contestó. Estaba sentado junto a un ventanal con vistas a la fachada marítima de Barcelona.

Podía ver el monumento a Colón, símbolo de la capital de Cataluña desde que fue inaugurado con ocasión de la exposición universal de 1888.

—Vamos a empezar, así que releyese. Conteste con claridad y todo irá bien —informó el comandante.

—Necesito aire, me ahogo —dijo Balfagó con un hilo de voz.

Estrada miró al teniente ayudante y este abrió el ventanal.

Un teniente coronel de Estado Mayor apareció por la puerta.

—Comandante, el general Moscardó requiere su presencia.

—A sus órdenes, voy con usted. Caballeros —Estrada se dirigió a los otros oficiales—, esperen a que regrese, no creo que tarde mucho.

En aquel instante, Balfagó solicitó ir al baño y los agentes de paisano que lo habían conducido hasta el despacho hicieron el ademán de levantarlo, ante el gesto positivo del teniente Bayona. Pero el patrón, con gran esfuerzo, logró incorporarse sin ayuda.

—Dejen que me mueva solo —pidió mientras arrastraba las piernas—, el aire fresco del mar ha logrado reanimarme —dijo situándose frente al ventanal, respirando y cerrando los ojos.

Impelido por una fuerza que nadie logró explicar, el republicano héroe de Cuba, saltó desde la planta superior de Capitanía estrellando el cuerpo y la vida a pocos metros de un puerto que conocía desde niño, cuando comenzó a navegar al cabotaje con su padre.

PREOCUPADA CON CARMEN POLO

Letizia dio permiso a la asistenta, deseaba estar sola. Siquiera habían transcurrido unas horas desde la fastuosa presentación en sociedad de Nenuca, y aún resonaban en sus oídos los comentarios de admiración hacia la hija del general Franco y sus padres. Aquella fue una fiesta fuera de lugar, pensó mientras saboreaba un café con leche y azúcar auténticos, ventajas de trabajar para la embajada norteamericana. En El Pardo estuvo lo más granado y poderoso de la sociedad española, aunque ella observó ausencias significativas, de monárquicos notables e intelectuales de altura, bajo sospecha por estar considerados como no afectos al Movimiento Nacional. Letizia estuvo muy incómoda en aquella demostración de boato, en la que encontró a una Carmen Polo fría y distante, siempre acompañada por la inseparable Pura Huétor, mujer con acreditada fama de chismosa, a la que muchas señoras de la alta sociedad madrileña consideraban una auténtica arpía.

Letizia intuía que los servicios de inteligencia alemanes estaban haciendo la labor de intoxicar sobre la relación personal que mantenía con John. La advertencia del comandante Gutiérrez Mellado tal vez llegó tarde. Los espías nazis algo tenían sobre la vida privada de Letizia y lo utilizaban para deteriorar su imagen ante la mujer más poderosa de España. Doña Carmen era muy devota, y la elegancia mundana que pretendía transmitir carecía de consistencia. Influenciada por el estrecho círculo de amigas, siempre pendiente de tenerla informada sobre cuanto acontecía en el elitista ambiente social que envolvía a El Pardo, conformado en una especie de Corte vacua. Los chismes sobre relaciones entre parejas eran uno de los temas a los que daba prioridad, aplicando implacable los prejuicios adquiridos en una educación tan conservadora como provinciana. En cuestiones de moral, aunque afectaran a una heroína de la causa nacional, doña Carmen era implacable. Bastaba que alguna persona próxima le hiciera un comentario, en muchas ocasiones carente de veracidad, para que la esposa de Franco reaccionara de forma desmedida. El propio confesor del Caudillo, el padre José María Bulart, no dejaba de asombrarse ante la facilidad con la que daba veracidad a los chismes, según le contó a Letizia el ministro Arrese. Contradictoriamente, doña Carmen mantuvo una actitud muy diferente ante el bulo que afectaba al primo de Franco. Relacionar a Pacón con Letizia era demasiado, incluso para la primera dama de la nación encargada de salvaguardar las sacrosantas tradiciones, máxime en un momento en el que la mano derecha del jefe del Estado había perdido a su único hijo varón.

La nueva actitud de Carmen Polo creaba en Letizia cierta preocupación, por cuanto pudiera afectar en el trabajo que realizaba en la Secretaría General del Movimiento Nacional, puesto estratégico en la labor de información como agente del OSS. Pensó qué podía hacer para intentar reconducir semejante situación. Llegó al convencimiento de que era conveniente dar apariencia de serio compromiso a la relación con John. Presentaría al diplomático como su prometido, anunciando que en breve pasarían por el altar y, seguramente, las aguas volverían a su cauce. Ciertamente, esa solución le disgustaba profundamente, ella nunca podría enamorarse del norteamericano. Estaba a gusto con él, lo apreciaba y ambos compartían juegos sexuales, comportamiento imposible de entender en un país sometido a la particular y férrea moral de la facción más tridentina de la Iglesia Católica que, por deseo de Franco, ejercía un férreo poder social. Jamás pudo hablar con las amigas españolas, de la misma edad, sobre la plena libertad de la mujer, el deseo que desatan las hormonas, la experiencia sexual fuera del matrimonio. En fin, el libre albedrío femenino, equiparable al del hombre. Vivía en un mundo aislado, que en pocos años había sufrido un retroceso de más de cien años respecto a los países occidentales que gozaban de la democracia y que, entonces, luchaban a sangre y fuego por devolver a Europa la mayor de las grandezas del hombre.

Cuando acabó la guerra civil, Letizia pensó que la dureza con la que fueron tratados los perdedores pronto sería abolida. En aquel momento creyó que después de una transición corta, Franco, con la aquiescencia de los generales que lo apoyaron lealmente en la victoria, daría paso a una monarquía parlamentaria como la de Gran Bretaña o, incluso, una república al estilo de los Estados Unidos. Al igual que muchos de los que arriesgaron sus vidas para el triunfo del golpe militar, pronto comprobó que la represión seguía durante años. El Caudillo, a medida que pasaba el tiempo, iba consolidando las tesis dictatoriales, dispuesto a seguir aferrado al poder. Mientras tanto, depuraba a quienes, desde el seno del Régimen, cuestionaban el apoltronamiento. Pese a semejante evidencia, Letizia seguía viendo cosas buenas en la obra que desarrollaba el Movimiento Nacional, y José Luis Arrese pretendía contagiarle el optimismo romántico de quién aún creía en el ideario falangista de José Antonio Primo de Rivera. Pero, entonces, después de que ella había tenido oportunidad de conocer El Pardo por dentro, tenía la certeza de que Franco jamás traspasaría el poder. Quien sustituyera al general lo haría una vez muerto este.

Letizia encendió un rubio americano y sirvió otro café, esta vez sin leche. Los pensamientos la transportaron al Madrid sitiado, en la casa de la calle de Alcalá, donde conoció la felicidad con Miguel. Aquel amor, a ojos de los demás, seguramente fuese la evidencia más inexplicable de una vida tan poco común. De pronto sintió la necesidad. Apuró el café dio una profunda calada al cigarrillo, que apagó en un cenicero de plata con el escudo del regimiento que mandó su padre y fue a la habitación. Abrió con llave un cajón de la cómoda y cogió el relicario, oculto debajo de la ropa íntima que solo ella colocaba, el servicio tenía prohibido el acceso. Extrajo la foto de Miguel y, como hacía siempre, la besó durante unos instantes antes de llevarla al corazón tendida sobre la cama. La pregunta volvía a ser la misma. ¿Dónde estás, amor? Pese a los años pasados, ni ella lograba entender cómo aquel sentimiento seguía quemándole el interior. «¡Las mujeres, qué universo tan complicado!», gritó desde la cama, con los ojos cerrados. Entonces sonó el teléfono. Era John, la invitaba a comer en la embajada.

A la una y media de la tarde Letizia llegó con un taxi a la puerta de la legación de los Estados Unidos. John la esperaba en la calle, franquearon el control de seguridad y fueron directamente al

pabellón del diplomático, que estaba especialmente jovial. Ya en el salón, él preparó sendos Dry-Martini sin aceituna, al gusto de la mujer que lo tenía encandilado. Conversaron derrochando ironía sobre la fiesta de la noche anterior, en El Pardo. Rieron recordando algunos de los episodios protagonizados por ciertos altos cargos y algún banquero, que adularon con desmesura a la familia Franco. Durante la comida continuaron rememorando los momentos, históricos subrayó Letizia, mientras reía de buena gana, de una noche tan especial.

—La frustración de Franco es no ser emperador —comentó John.

—Dale tiempo y verás —contestó Letizia, jocosa.

—El espectáculo de presentar en sociedad a la niña fue más que patético. Y parece que hoy seguían con el juego.

La conversación transcurría en inglés.

—Sí, John, para expiar el remordimiento de tirar la casa por la ventana, con el hambre que hay en España, el Caudillo ha mandado a Nenuca, acompañada de las amigas que ayer también actuaron, a realizar una obra de caridad invitando a comer a los ancianos de un asilo. Según pude saber anoche, la chica donará al obispo de Madrid-Alcalá su automóvil Fiat Topolino, regalo de Benito Mussolini, al objeto de que sea incluido en una rifa benéfica destinada a las familias más necesitadas de los suburbios.

—Este país tuyo va a seguir sufriendo, tardará mucho tiempo en recobrar la democracia. Y me temo que los Estados Unidos colaborarán decididamente en el mantenimiento del dictador.

—Tienes razón, yo si albergaba alguna duda la disipé totalmente en la fiesta de Nenuca. Creo que es más ambiciosa doña Carmen Polo que Franco. Ella hará cuanto esté en su mano para que el Caudillo nunca ceda el poder. En estos momentos no hay nadie capaz de descabalgarlo.

Estaban comiendo una dorada a la sal a la que John había logrado encontrar el punto exacto de cocción, algo que alabó Letizia. Acompañaban el pescado con champán Taittinger, puesto a enfriar en una cubitera de alpaca.

—Letizia, te veo tan distinta de tus compatriotas. Anoche brillabas en aquella reunión de cortesanos de pacotilla.

—¡Qué crítico estás! Y no te pases adulándome, que nos conocemos.

—Nada de adulación, es la verdad. Eres una mujer increíble —el norteamericano puso cara de enamorado y cogió la mano de Letizia.

La dama, conociendo los sentimientos de John, aprovechó la situación.

—¿Estarías dispuesto a comprometerte conmigo, de forma oficial, con presentación social incluida?

El diplomático estuvo a punto de atragantarse. Atónito, cogió la copa de champán y la bebió de un trago.

—Esa es una broma muy cruel.

—Va en serio.

—¿Te estás declarando, después de rechazarme?

—Las mujeres tenemos grandes cambios, el factor hormonal.

John sirvió champán con las manos temblorosas.

—¡Letizia, amor mío! ¡Estoy dispuesto a casarme contigo por la Iglesia Católica!

Ella prendió un cigarrillo, exhaló con fuerza el humo, observó con detenimiento a su enamorado y habló con claridad.

—Es por el OSS, necesito conservar mi puesto en el ministerio, y ahora mismo peligra. Seremos novios de forma oficial, pero ni sueñes con que nos casemos. Aquí los noviazgos son muy largos y nosotros, como quien dice, nos acabamos de conocer.

El norteamericano quedó mudo, absolutamente bloqueado, sin saber qué decir.

—Venga hombre, que ya tienes experiencia sobrada como para entender el asunto. Así, de vez en cuando, podremos expandirnos con algunos de nuestros juegos.

—Nunca dejarás de sorprenderme —aseguró John antes de levantarse de la mesa y dirigirse al aparador, donde guardaba varias cajas de cigarros puros. Extrajo un Romeo y Julieta, la marca favorita de Winston Churchill. El primer ministro británico desde joven fumaba una media de ocho al día. Prendió el tabaco y volvió junto a Letizia.

—La propuesta que me haces, bien merece un buen habano —comentó flemático.

—Es necesario para el servicio. Estamos en el punto de mira de doña Carmen Polo. Nos ve como una pareja de libertinos. Es preciso que seamos novios, así son las cosas en la España actual, en la que la esposa del Caudillo manda tanto, o más, que él.

—De acuerdo. ¡Mañana mismo encargo el anillo de compromiso!

—Espero que vayas a una buena joyería. ¡Ja, ja, ja! —Letizia rio con ganas.

—Por supuesto, la novia de un representante de la Administración de los Estados Unidos merece lo mejor —comentó John con gran ironía.

—No esperaba menos de un caballero. Aunque la fiesta de compromiso habrá que hacerla menos multitudinaria que la de Nenuca, a la que invitaremos. A ver si la madre vuelve a mirarme con buenos ojos, ¡Ja, ja, ja!

John descorchó otra botella de Taittinger y llenó las copas.

—¡Vamos a comenzar ya la celebración! ¡Por la mujer más maravillosa del planeta, que hasta pidiéndome la mano me da calabazas!

—Gracias, eres todo un caballero.

La velada transcurrió hasta bien entrada la tarde. Al champán siguió el güisqui, y cuando el clima parecía ser el propicio, John intentó llevar a Letizia a la cama. Pero ella no quiso.

—En otro momento, hoy tengo la mente demasiado ocupada. Es mejor que me vaya.

Letizia fue a coger el abrigo que había dejado en un sofá y observó que en una mesilla baja estaban apiladas varias publicaciones con fotografías en las portadas de episodios bélicos. Preguntó a John.

—¿De qué son estas revistas?

—Nos las manda el Ejército, en ellas recogen las crónicas de las batallas y hechos más relevantes de la guerra en Francia y el Pacífico.

—¿Hay alguna que hace referencia a la liberación de París?

—Sí, claro. Ahora la busco.

John comenzó a mirar entre el montón y enseguida dio con la publicación por la que preguntaba Letizia.

—Ahí tienes, toda una cronología con muchas fotos de aquellos días tan señalados en los que logramos liberar la capital de Francia.

—¿Logramos? ¿Pero no fue la División Leclerc quien entró primero?

—Sí, pero los franceses estaban bajo las órdenes de Patton, encuadrados en el Ejército norteamericano, que les proporcionó todo el material.

—Ya, los yanquis sois tan chovinistas como los franceses. ¡Ja, ja, ja!
—¡Cómo eres, Letizia!
—¿Me puedo llevar la revista?
—Por supuesto, esta y cuantas desees.
—Gracias, con la de París es suficiente.

EL HOMBRE DE MATAS

Fidel Gutiérrez del Aro era un ex oficial de la División Azul que había realizado importantes negocios con Arturo Matas en el París ocupado. Entonces llevaba varias líneas de negocios del empresario catalán en Argentina y Chile. La información que tenía de Miguel Campos concluía que era ciudadano chileno, encargado de operaciones internacionales de una de las explotaciones mineras participadas por la Maison Matas, firma con sede en el 1001 de la rue Faubourg Saint-Honoré, de la capital de Francia. Tenía órdenes taxativas de prestar la colaboración necesaria al chileno Augusto Méndez Fernández, además de introducirlo en los más altos sectores empresariales madrileños. La misión de Méndez, le había dicho Matas, era intentar vender materia prima, pues estaban en el momento propicio que suponía el inminente final de una guerra mundial. Gutiérrez del Aro dejó en el frente ruso el idealismo que le había llevado a afiliarse a Falange de la mano del propio José Antonio Primo de Rivera. Era un camisa vieja que veía con creciente preocupación el rumbo que adquiría el gobierno de Franco y la evolución servil, según él, de su adorado partido. Abogado de formación, fue compañero de José Antonio en la facultad de derecho de la Complutense, y cada día pedía al cielo que obrara el milagro en forma de resurrección del líder falangista.

La mañana de Nochebuena el centro de Madrid era un hervidero de gentes haciendo las últimas compras. Miguel Campos iba a conocer a Fidel Gutiérrez del Aro en la cafetería del hotel Ritz. La descripción era exacta: cuarenta años muy bien llevados, delgado, alto, pelo con entradas peinado hacia atrás y rostro risueño, sin el típico bigotillo fino y recortado, entonces tan en boga. Miguel sabía por Arturo Matas que Fidel era un falangista de primera hora, desencantado por el transcurso de los acontecimientos políticos en España, pero que no dudaría en denunciarlo si albergara cualquier sospecha. Matas le había advertido que debía ser absolutamente cauto, señalando que el hombre que le gestionaba los negocios desde la capital de España era honesto, noble, muy agradecido con el empresario que le confería toda la confianza. Por Matas, Fidel sería capaz de cualquier cosa, pero era íntegro con sus principios, además de inteligente, y para él no cabía la palabra traición a la patria, aunque no estuviese de acuerdo con el Caudillo.

Enseguida lo vio. Fidel estaba sentado en un velador junto a uno de los ventanales, vestido con un traje a medida, muy elegante. Fumaba utilizando una boquilla de marfil y oro, mientras leía el periódico *Arriba*. Miguel fue directo a él. Estrecharon las manos y Fidel mostró gran efusividad. Era un tipo simpático, cultivado, que caía bien.

—Cuánto gusto conocerlo —dijo Fidel al tiempo que invitaba a Miguel a que se sentara.

—El gusto es mío. Augusto Méndez, para servirle.

—Si te parece, ahora mismo nos tuteamos.

—Encantado.

El camarero hizo acto de presencia, preguntando qué iban a tomar.

—Un Negroni. ¿Te apuntas Augusto?

—Por supuesto.

—¿Conoces París? —preguntó Fidel.

Aquella pregunta sacudió el interior del ex soldado de La Nueve.

—No, pero me gustaría.

—¡Una gran ciudad, y qué mujeres! En la Place Vendôme tomé los mejores Negroni del mundo. Gracias a nuestro jefe, Arturo Matas.

—Un gran tipo, el patrón —comentó Miguel.

—La vida daba por él, pero es más rojo que la sangre. ¡Qué le vamos a hacer, nadie es perfecto!

Miguel estaba incómodo, pendiente de cualquier actitud que pudiera adivinar sospechosa.

—Ya, pero, según confiesa, mantenía muy buena relación con las autoridades alemanas de la ocupación —informó el republicano.

—Como buen catalán, ya sabes aquello de que «la pela es la pela». ¡Ja, ja! Arturo es un tipo legal, del que uno puede confiar.

—Sí, asegura que contigo en Madrid puedo estar tranquilo.

—Seguro que haremos grandes cosas. Eso sí, más adelante, pues en las Navidades los negocios quedan paralizados. No sé por qué has venido tan pronto —comentó Fidel.

Miguel activó una respuesta que pudiera ser coherente.

—Estoy solo, no tengo familia. Arturo consideró que pasar las Navidades en Madrid me vendría bien…

—Desde ahora nada de soledad, aquí estoy yo con mi familia. Esta noche cenas con nosotros.

—Por favor, Fidel, no debo. Nos acabamos de conocer…

—Déjate de monsergas, ambos somos empleados de Maison Matas y amigos de Arturo.

—Pero yo no puedo…

—¡Nada, nada, o vienes a buenas o a punta de sable! ¡Jajaja!

—Hombre, si te pones así —cedió al fin Miguel, sabedor que era injustificable rechazar la invitación.

—Ya verás qué bien lo vamos a pasar. ¿Tú sabes cantar villancicos?

—Claro, en Chile celebramos la Navidad, aunque sea verano.

—¡Pero qué raros sois los chilenos! ¡Ja, ja!

Fidel pidió otros dos Negroni.

—Me comentó Arturo que estuviste sirviendo en el Ejército chileno.

—Así es.

—¿En qué empleo?

—Suboficial mayor.

—¿Alguna experiencia de combate?

Miguel estaba un tanto inquieto por la deriva de la conversación, pero quiso pensar que se

debía al carácter extrovertido de Fidel.

—Nunca he estado en un escenario de guerra —mintió Miguel.

—Pues no te has perdido nada —dijo Fidel, cambiando la permanente sonrisa por un semblante serio. Sorbió un poco del combinado y continuó.

—Yo he vivido tres guerras: la de África, la nuestra de Liberación y el frente ruso. Es una mierda, una auténtica mierda. Camaradas muertos, enemigos muertos, que son seres humanos. Miseria, traición, cobardía, lo peor.

Miguel decidió arriesgarse en el momento de preguntar.

—Quedo sorprendido, en el extranjero a los falangistas os conocen por vuestra beligerancia.

—Falangistas, ahora mismo, hay de los más diversos. Yo fui a luchar voluntario contra la dictadura del comunismo. En el frente ruso perdí los últimos rayos de esperanza con el ser humano. La guerra es el mayor fracaso del hombre.

—Estoy de acuerdo. ¿Desde tu experiencia, crees que en el mundo actual es posible un cambio social radical sin derramar sangre?

Fidel apuró el Negroni.

—Creo que no, Augusto.

EL ESCONDITE

Marcus logró salir del puerto y ocultarse en la bodega de una casa de comidas en La Barceloneta. La colaboración del tripulante del «Flor de Mayo» le ofreció un tiempo decisivo para poder escapar. En su casa londinense estudió los planos del puerto y antes de arribar a Barcelona el patrón le informó del punto exacto donde atracarían, estableciendo un plan de escape para salir del recinto comercial y acudir a uno de los lugares de acogida previstos. La misión, fuera de la legalidad del servicio secreto exterior británico, debía contar con las mayores garantías de discrecionalidad. Aunque en el trabajo de Marcus nunca debía darse nada por seguro. Los nazis tenían topos en los lugares más insospechados, incluso en el MI6. De momento, debía permanecer escondido en una especie de zulo alumbrado por velas y lámparas de petróleo. Tenía perfectamente diseñado cómo reaparecería convertido en ciudadano español y que medios utilizaría para llegar a Madrid, con una nueva identidad.

Mientras Marcus pasaba la primera jornada escondido, Gottfried Paul Taboschat, máximo oficial del servicio secreto alemán en Barcelona, mantenía una reunión con Bertie Kopke, alias Don Pedro, colega de la Abwehr, en su despacho situado en el número 4 de la plaza de Cataluña. Desde allí Taboschat controlaba diversas empresas, entre ellas Comercial Española y La Prensa. En realidad tapaderas legales para el blanqueo de dinero. Ambos estaban al corriente del fallo cometido por sus amigos del Servicio de Inteligencia Militar aquella misma mañana en el puerto. Kopke estaba especialmente malhumorado, uno de los agentes reclutado por él y enviado a Gran Bretaña había facilitado la información, la más brillantes de cuantas podía aportar y que en ese caso afectaba a la seguridad de España. El cenicero desbordaba de colillas, el humo impregnaba la estancia y una botella de aguardiente de pera, Birnenwasser, estaba a punto de ser finiquitada. Los dos nazis no entendían cómo a los españoles se les escapó el espía inglés.

—¡Una operación de niños! —exclamó colérico Kopke.

—Ya sabe, querido compañero, cómo son estas clases inferiores que necesitan de la tutela de la Gran Alemania —terció Taboschat.

—Querrá decir, de la Alemania nazi, liderada por nuestro guía, Adolf Hitler.

—Eso mismo quería decir, *herr* Kopke.

La secretaria interrumpió la conversación para anunciar la llegada de Kart Andrés Mosser, miembro del Partido Nazi y director general de unos laboratorios farmacéuticos ubicados en el Paseo Pujades. En aquellas instalaciones eran formados los agentes reclutados por Kopke, que

desde Barcelona la Abwehr los infiltraba en buques con destino a los países de interés para el III Reich, sobre todo Estados Unidos, Inglaterra y Argentina. Mosser era un nazi oportunista, que vivía opulentamente instalado en el hotel Ritz de la rebautizada avenida José Antonio. El lujoso establecimiento era un nido de espías, en el que los empleados agudizaban el oído para el mejor postor, que solía ser la inteligencia alemana.

—¡Heil, Hitler! —gritó Mosser desde la entrada del despacho, alzando el brazo derecho.

—¡Heil, Hitler! —contestaron Taboschat y Kopke, incorporándose y respondiendo con el saludo hitleriano, taconazos incluidos.

—Señores, vengo de ver a nuestro cónsul, el coronel Resenberg, y está indignado. Después del esfuerzo realizado para neutralizar a un peligroso terrorista británico los españoles han fallado. ¡Maldita sea!

—Tranquilícese, *herr* Mosser, en estos momentos estábamos diciendo lo mismo. Pero hay que asumir la realidad. Tenemos que seguir colaborando en la búsqueda y captura del terrorista. Hace unos instantes he comunicado al jefe de la Gestapo en Barcelona, Hermann Hamfler, la necesidad de coordinar a todos los agentes de los que disponemos en Cataluña, unos quinientos, para que trabajen conjuntamente con la inteligencia militar española y la Policía.

Carraspeó Mosser antes de saborear la copa de licor que le pasó Kopke y hacer uso de la palabra.

—Es cierto que disponemos de unos medios potentes, pero debemos ser realistas. En el último año y medio los Aliados cuentan aquí con tantos agentes como nosotros. Incluso, yo diría que más. El propio Caudillo, al que deseamos proteger, acordó con los norteamericanos declarar el puerto de Barcelona zona franca y esto ya va pareciendo un atraque permanente de la US Navy. El inglés seguro que tiene una buena cobertura.

El máximo responsable de la Abwehr en territorio catalán cortó el discurso del gerifalte nazi.

—Teniendo usted razón en cuanto ha dicho, quiero recordar que el tipo al que buscamos, aunque sea agente del MI6, no está en misión oficial, por consiguiente tampoco puede delatarse ante los suyos.

Kopke, que había permanecido callado, decidió intervenir.

—Será difícil dar con él, mi agente en Londres asegura que habla perfectamente español, sin ningún tipo de acento que pueda delatarlo. Conoce el país y la documentación que lleva es tan perfecta que ni en la Dirección General de Seguridad serían capaces descubrir que es falsa. Es necesario darle caza, pues la información que tenemos indica que el inglés no sería el único implicado en una operación a espaldas de los Aliados, encaminada a atentar contra Franco.

—Señores, pongámonos a trabajar, nuestros hombres deben remover cielo y tierra —indicó Taboschat, comandante de la Abwehr.

A escasos kilómetros de la plaza de Cataluña Marcus dormitaba en el camastro dispuesto en una galería oculta del sótano de La Ballena, casa de comidas propiedad de una familia de pescadores de tradición nacionalista, que había perdido a dos de sus hijos cuando las tropas del general Franco entraron en la Ciudad Condal, y los fusilamientos fueron el macabro ritual durante varios días. Marcus oyó un inconfundible ruido sobre su cabeza, estaban abriendo la trampilla de acceso. Apuntó con la pistola mientras enfocaba con una linterna que llevaba siempre en el equipo de viaje. Una voz femenina con fuerte acento catalán anunció que iba a bajar, Marcus guardó el arma y sonrió.

—Señor, le traigo comida. Espero que le guste —dijo Montse, una joven, casi adolescente, de pelo trigueño y piel blanca finísima, cuya belleza impactó en Marcus.

—Muy amable, señorita. Nunca podré pagar lo que están haciendo por mí.

—No se preocupe por nada, nosotros luchamos como podemos contra Franco. Ojalá su país y los demás Aliados se acuerden de nosotros cuando acaben con Hitler.

—Ojalá, señorita, ojalá.

—Puede llamarme Montse.

—Encantado, yo soy Marcus.

—Mire —la muchacha quitó un mantel que cubría la cesta en la que iba la comida—, le he traído unos canelones hechos por mi madre, longaniza de payés, queso, una hogaza de pan blanco, vino del Priorat y un termo con café.

—Esto es demasiado, no puedo aceptar tanto…

La chica, impetuosa, cortó al agente del MI6.

—Tómelo como un obsequio muy especial, una deferencia de mi padre en reconocimiento a quien él cree que representa la verdadera lucha por la libertad en la más extensa acepción de la palabra.

—Insisto, en el corto viaje por mar fui informado de las penalidades que les toca vivir a los españoles. Las carencias de alimentos, el funcionamiento del mercado negro.

—Coma con gusto, de verdad. Nosotros tenemos el restaurante y un barco de pesca, nos va bien. En cuanto pueda, mi padre bajará a estar con usted, ya verá como le cae estupendamente —dijo riendo la jovencita, consciente de que aquel inglés apuesto y misterioso la miraba con embeleso.

Marcus no pudo evitar cierto rubor, aquella chica tenía algo que lo estaba perturbando. Apartó la vista en un gesto instintivo de concentrar el pensamiento.

—Por favor, señorita, dígale a su padre que tengo que verle cuanto antes. Ahora mismo, si es posible.

—Él está en el puerto, en la lonja del pescado, después de la subasta vendrá a verle.

—Sentiría mucho que mi presencia aquí les pudiera a causar graves problemas.

—Mi padre dice que cuando acabe la Guerra Mundial, España volverá a ser una democracia con la III República.

Marcus volvió a mirar a la muchacha, esta vez con ternura.

—Mire, el mundo de las democracias, el que representan los Aliados, no es algo idílico como pueda pensarse en estos momentos en los que, por suerte, está a punto de acabar con el nazismo. Yo de ustedes no me haría demasiadas ilusiones.

La muchacha hizo una mueca de estupor y el rostro pareció transparentarse a la luz de la linterna.

—¿Cómo dice eso señor? ¿Los americanos y los ingleses no vendrán a salvarnos?

—Me temo que no. Mientras esté Franco al frente, hay poco que hacer.

Montse quiso contener el llanto. El inglés había disipado la ilusión de creer que la libertad estaba cerca. Que la muerte de sus hermanos no había sido inútil. La chica fue encogiéndose y unos gruesos lagrimones recorrieron el rostro.

Marcus solo supo consolarla.

—Tranquila, usted es muy joven, y Franco ya va siendo mayor —dijo sin saber demasiado

bien qué decía.

—Así no podemos seguir viviendo, tal vez para usted sea difícil de comprender. Pero desde que acabó la guerra nos sentimos vigilados, intimidados, tenemos miedo cuando hablamos, siempre hay oídos atentos.

Montse hizo una pausa para secarse las lágrimas y sonarse.

—Lo peor son las muertes de mis hermanos: Jordi y Josep.

—Siento mucho. ¿Qué ocurrió?

—El 26 de enero del 39, por la mañana, Jordi y Josep, sin atender las tajantes advertencias de mis padres fueron hasta las inmediaciones de Montjuïc para ver como entraba el Ejército de Franco. En el castillo se produjeron enfrentamientos hasta que hondeó la bandera blanca.

La chica, evidenciando congoja, paró en seco y con las dos manos cubrió el rostro.

—Tranquila, si le hace daño hablar no lo haga. Déjelo —dijo Marcus con voz pausada.

—Quiero contarlo —afirmó Montse intentando reponerse.

—Como usted desee.

—Mis hermanos según hemos podido saber, se sitúa ron en la carretera del Port por donde accedieron las tropas moras del general Yagüe. Al parecer el más pequeño, Josep, de quince años, gritó ¡Arriba España!, pero levantó el brazo con el puño cerrado y unos moros los detuvieron.

Montse rompió a llorar.

—Tranquilícese, tranquilícese —dijo Marcus mientras la abrazaba tiernamente.

—Recordar aquello es muy duro, muy duro ¡Eran dos niños! Mi otro hermano, Jordi, tenía diecisiete años…

Marcus, secó las lágrimas de Montse y la apretó contra su pecho, intentando reconfortarla.

—No quería reavivar los recuerdos…

Un poco más calmada la joven volvió a insistir en que deseaba contarle lo ocurrido.

—Pues si le sirve de desahogo, por favor…

—Al día siguiente, 27 de enero, los dos cuerpos aparecieron desnudos y vejados en el Campo de la Bota.

Montse volvió a realizar un esfuerzo para acabar el relato.

—Mucho más tarde supimos que los militares entregaron a los chicos a unos falangistas. Ahí acabó el asunto. Las vidas de dos adolescentes segadas por nada.

—Es la barbarie de la guerra, he visto muchos de esos actos, inhumanos, inexplicables, pero que están en la parte más oscura del ser humano y que, en ocasiones, acaban surgiendo. Yo mismo he hecho cosas que las llevaré en la conciencia hasta el momento de la muerte.

De pronto Montse pareció no entender nada. ¿Qué estaba diciendo aquel inglés por el que arriesgaban su vida? Acaso los asesinos de sus hermanos no eran el mal, la más absoluta excrecencia. ¿Por qué hacía aquel hombre semejantes reflexiones?

El rostro afligido de la chica se tornó en una furibunda expresión de rabia.

—¡Hay malos y buenos, y ahora mismo quienes gobiernan España son los mismos que asesinaron a mis hermanos! ¡Mataron a dos inocentes, a dos ángeles!

Marcus abrazó a Montse y esta hizo ademán de resistirse.

—Estoy con usted señorita y luchamos contra los mismos. Las guerras, especialmente las civiles, no son más que una atrocidad en la que cualquiera puede convertirse en el monstruo que el ser humano lleva dentro.

LETIZIA RECONOCE A MIGUEL

Letizia quería llegar a casa cuanto antes, en el bolso llevaba la revista del Ejército expedicionario norteamericano que luchaba en Francia. La decisiva participación de los republicanos españoles en la liberación de París fue silenciada, pero las noticias que le habían llegado en los últimos meses confirmaban que un grupo de ex militares de II República Española fueron los primeros en llegar al ayuntamiento de la capital gala, al mando del teniente Amado Granell. Ella misma reconoció al oficial español en las portadas de los periódicos parisinos. Pero necesitaba saber más de la gesta, sobre todo acceder a fotografías de aquellas jornadas. Intuía que Miguel podía haber estado allí. Por los comentarios oídos en el ministerio y confirmados por José Luis Arrese, pudo saber que en la División Leclerc estaban alistados cientos de españoles, unidos a las tropas de De Gaulle. Mientras pensaba paró a un taxi.

Letizia abrió la puerta de casa, entró y fue directamente a la habitación. Encendió el flexo de la escribanía, tomó asiento y comenzó a mirar detenidamente las fotos del reportaje sobre la liberación de la capital de Francia. Al principio no veía más que tropas norteamericanas, incluso una fotografía del escritor Hemingway en el hotel Ritz, rodeado de uniformados armados. Siguió pasando páginas, hasta que encontró una crónica sobre el desfile de la victoria del 26 de agosto, en los Campos Elíseos. Las pulsaciones comenzaron a desbocarse. Cogió una lupa y empezó a mirar minuciosamente cada una de las instantáneas que acompañaban al texto. Entonces lo vio, en el puesto de mando de un blindado de los que encabezaban el desfile, erguido, solemne. Era Miguel. La corazonada que siempre tuvo la acababa de confirmar. El amor de su vida combatía con la Francia Libre y era uno de los libertadores de París. De aquella gesta habían pasado cuatro meses y la guerra seguía con gran crudeza. Estaba convencida que él seguía sobreviviendo a los combates. Un sexto sentido le decía que acabarían reuniéndose y recobrarían la felicidad perdida. Con la revista entre las manos se tumbó en la cama y cerró los ojos. Deseaba gritar a los cuatro vientos cuan feliz era en ese instante. Lloró, rio, estrechó contra el pecho la página en la que aparecía Miguel. Al rato, con tanto derroche de emociones, quedó dormida.

Letizia despertó con los primeros rayos de un gratificante sol invernal que aquella mañana tiñó de luz la habitación. Había dormido abrazada a la revista del Ejército norteamericano en la que aparecía Miguel a bordo del blindado Ebro. Apretó la publicación contra el pecho, consciente de que el hallazgo era una realidad, no un sueño. Volvió a mirar la fotografía en la que podía verlo a él, junto a los soldaos de La Nueve. Ella desconocía por qué un puñado de

republicanos españoles tuvieron el honor de encabezar el primer desfile de la liberación de París. El general De Gaulle así lo quiso, en reconocimiento por haber sido los primeros en penetrar en la capital y llegar al ayuntamiento, entonces bastión de la Resistencia. Aquel fue el primero y único reconocimiento de la Francia Libre a la gesta de los perdedores de la República Española, que tanto contribuían en la lucha contra el nazismo con la experiencia militar atesorada en la guerra civil de su país. Demostrando tal arrojo en el campo de batalla que admiraba a los Aliados. Desconocía cualquier detalle, pero Letizia estaba feliz, con la ilusión desbordada. Pletórica, saltó de la cama con la agilidad de una jovencita enamorada. Abrió la ventana, cerró los ojos deslumbrada, respiró hondo y dio gracias al destino. Un soplo de aire frío la estremeció y fue riendo a la ducha.

Llegó al despacho de la Secretaría General de Movimiento con desbordante vitalidad. Sagrario, la secretaria, percibió que algo bueno le ocurría a la jefa. Como cada mañana le sirvió un café, que Letizia bebió despacio mientras repasó los titulares de la prensa, antes de comenzar la tarea. El ministro estaba de viaje oficial por varias provincias españolas y ella aprovechó para redactar las conclusiones de un informe emitido por el Patronato de Protección de la Mujer. La posguerra estaba siendo dura en extremo, las secuelas de la contienda civil, el aislacionismo de las potencias, en aquellos momentos combatiendo en Europa y en el Pacífico, en una conflagración mundial brutal, conformaban una situación de gran penuria para los españoles.

Letizia estaba sorprendida por el realismo del informe del Patronato de Protección de la Mujer, pensó que tenía que hilar fino en las conclusiones que debía presentar al ministro José Luis Arrese, responsable de supervisar la política social que pretendía impulsar el Movimiento Nacional. Cada día llegaban familias muy necesitadas, procedentes de diversos puntos del país, buscando desesperadamente una mejor forma de vida. Los suburbios de la capital conformaban un submundo, que era calificado por el Régimen como un peligroso cinturón rojo, localizado en Vallecas, Tetuán, Usera y la carretera de Extremadura, donde podían contabilizarse cuatro mil viviendas ilegales, muchas de ellas chabolas, carentes de las mínimas condiciones de salubridad. Letizia cogió un lápiz rojo y comenzó a subrayar fragmentos del texto oficial: «La miseria y la escasez de todo tipo es tan enorme que difícilmente se puede explicar. Sin muebles, sin vestidos, sin casi comida: así viven muchas miles de almas de las afueras de Madrid, dedicadas a la busca, a la ratería y a la mendicidad, depauperados y recelosos: masa en la que se ceba la tuberculosis». Continuó leyendo y subrayando, al tiempo que pensaba en cómo enfocar el análisis que lograra sensibilizar a Arrese y así activar la maquinaria que acometiera un efectivo plan para dar solución a una situación que debería avergonzar a los mandatarios de la denominada Nueva España.

El gozo de saber que Miguel era uno de los libertadores de París, quedó momentáneamente oscurecido por la realidad que atenazaba a miles de familias. Tras consumir varios cafés y numerosos cigarrillos, sin atender al teléfono, acabó de leer la reveladora información elaborada por el Patronato de la Mujer. Comenzó a escribir el borrador que debería mecanografiar Sagrario. «Aconsejo la inmediata asunción de medidas para paliar la situación infrahumana de una gran cantidad de compatriotas que malviven en los arrabales, algunos incluso han consolidado unos mal llamados hogares en trincheras y búnkeres, aún vestigios de nuestra guerra». Letizia estaba concentrada en la redacción. Tres golpes en la puerta anunciaban que la secretaria iba a entrar.

—Jefa, perdona que te interrumpa.

—Espero que sea algo importante.

—Debe serlo. He dicho que no podía molestarte por necesidad del servicio, pero una vez oído al comunicante he creído oportuno que debía decírtelo. Está al teléfono.

—¿Quién es?

—El comandante Gutiérrez Mellado.

—Has hecho bien, Pásalo.

—Enseguida.

Letizia encendió un nuevo cigarrillo y en breves segundos atendió la llamada.

—¿Qué tal Manolo?

—Disculpa que te llame con tanta premura, pero me gustaría invitarte a comer hoy mismo.

—Bien, en una hora estaré disponible.

—Estupendo, nos vemos en La Bola.

Comer en la mayoría de restaurantes de Madrid en aquellos días de 1944 era sinónimo de escasez, excepto contadas excepciones que disponían de suministros procedentes del mercado negro y la permisividad de las autoridades. La falta de alimentos obligó al Gobierno a decretar la retirada de la carta, imponiendo dos tipos de menús: el económico y el de lujo, con un límite de tres platos para el almuerzo y dos a la hora de la cena. En La Bola, local situado en la calle del mismo nombre, esquina con la de Las Rejas, en el barrio de Santo Domingo, mantenían el cocido en el menú de mediodía, aunque en la cocina echaban imaginación para lograr algo parecido ala castiza receta. Eso sí, como era tradición, se servía en pucheros de barro individuales. Inaugurado por la familia Verdasco en 1870 no cerró las puertas ni en la guerra civil, la decoración permanecía inalterable, destacando la lámpara original del Casón del Buen Retiro. Letizia llegó casi a las tres de la tarde, comería en el segundo turno con el comandante Gutiérrez Mellado, que llevaba un cuarto de hora esperando en la mesa situada al fondo del salón, degustando una zarzaparrilla. La mesa más próxima la ocupaban dos agentes de la inteligencia militar, atentos a cualquier movimiento, al tiempo que sentados en aquel lugar evitaban que otros comensales estuvieran próximos. Gutiérrez Mellado se levantó galante en cuanto vio entrar a Letizia.

—Manolo, disculpa el retraso, hoy hemos tenido un día movido en la Secretaría General.

El comandante con los labios ni siquiera rozó la mano de la dama, en un cortés saludo, y apartó la silla para que pudiera sentarse.

—He conseguido que nos abran una botella de Rioja, de antes de la guerra.

—Pero si tú eres abstemio —dijo riendo Letizia.

—Bueno, pero permíteme que tenga una deferencia contigo.

—¡Qué galante eres!

El camarero preguntó si ya podía servir y ante la respuesta afirmativa descorchó la botella de vino. Desapareció un momento y regresó con dos copas. Seguidamente dejó sendos pucheros de barro con sopa de cocido con fideos finos.

El Gutiérrez Mellado escanció el rioja en las copas, él a penas mojó los labios. Siguió con la zarzaparrilla.

—El vino está buenísimo. Si tengo que beber la botella yo sola, está claro que termino diciendo todo lo que quieres escuchar —bromeó Letizia.

—Hoy eres tú la que va a escuchar.

—Venga, dispara.

—La inglesa con la que hablas igual sabe más cosas que no cuenta.

Letizia hizo un mohín de sorpresa, sin demasiada convicción, antes de contestar.

—Confiaba en que estuvieras al corriente, no he querido esconder la relación. Hay algo que no acaba de gustarme en el papel de la esposa del agente del MI6.

—¿En la embajada, qué opinan?

—Igual que yo, vamos dando largas.

—Hay un agente descontrolado del MI6 que ha escapado de Barcelona y los hechos indican que puede llegar a Madrid.

—Es la primera noticia que tengo al respecto. De verdad, Manolo.

—Te creo, no pensamos que la señora Margaret vaya a contarte que un compañero de su marido está dispuesto a cometer un magnicidio en la capital de España.

—¿Franco?

—Eso parece. Estamos en pleno estado de alerta y cualquier información al respecto es buena.

—¿Estáis seguros?

—Completamente. La información viene de un topo que los alemanes tienen en el propio servicio secreto británico. Se trata de una operación absolutamente encubierta a espaldas del Gobierno, promovido por altos cargos contrarios a Churchill, que ven con desesperación que el primer ministro no está por propiciar un posible derrocamiento del Caudillo.

—Hay que impedirlo como sea. Contad con el apoyo de los norteamericanos.

—Con eso ya contábamos. Pero va a ser como buscar una aguja en un pajar —aseguró el comandante.

—¿Pero no tenéis una descripción del terrorista inglés?

—Sí, pero como si no la tuviéramos.

—¿Y eso?

—Físicamente es más parecido a un español que a un súbdito de las islas de Su Graciosa Majestad. Moreno, recio, de mediana estatura. Habla perfectamente español, su madre es compatriota nuestra y la documentación que lleva apostaría que en apariencia es tan auténtica como la mía.

—Pero en Madrid existe un férreo dispositivo policial y de información militar.

—Desde luego, pero las noticias que tenemos apuntan a que conoce muy bien la ciudad, por lo que es capaz de moverse sin levantar sospechas. Estuvo aquí antes de nuestra guerra y durante la misma también, en las Brigadas Internacionales. Además está la cobertura que pueden darle desde su embajada. Ya sabes qué opina Hoare sobre Franco, contra el que no descansa en su deseo de verlo desalojado del poder.

—¿Se han vuelto locos los ingleses?

—Estamos viviendo momentos complicados, no hay que hablar de locura sino de convicciones. Agudiza bien el oído con la señora Margaret, desde este momento debemos estar más alerta que nunca.

MIGUEL MAURA

Apretaba el frío en París, ciudad en manos del Ejército norteamericano. Los resistentes pasaban cuentas a colaboracionistas y a cuantos consideraban traidores. Las sospechas llegaban hasta lo más alto. El propio Maurice Chevalier, un mito entre los franceses, estaba en la cuerda floja, al punto que el periódico español *La Vanguardia* erróneamente había publicado en grandes titulares el asesinato del cantante. Otra diva, Edith Piaf, permanecía bajo la atenta mirada de los grupos patrióticos encargados de ir depurando a cuantos pudieran ser considerados simpatizantes de los nazis o del mariscal Petain, entonces encarcelado y a la espera de un consejo de guerra por alta traición. En semejante clima social el empresario español Arturo Matas seguía haciendo buenos negocios, con la capa protectora del jefe de gabinete del general De Gaulle.

El teniente Amado Granell aceleró el paso por el Boulevard Diderot, el frío, el maldito frío, pensó, lo tenía más acobardado que los proyectiles alemanes. Diciembre estaba en la recta final, en la capital liberada había una extraña mezcla de fraternidad navideña, represión y libertinaje. El oficial español disponía de un breve permiso. Esa misma tarde llegó del frente de Los Vosgos, y la cita era con Miguel Maura, ex ministro del primer gobierno de la II República Española. Maura deseaba conocer a Granell y Arturo Matas organizó el encuentro en el restaurante Le Train Bleu, un lujoso local situado junto a la estación de Lyon. El político español desarrollaba una intensa actividad, en esos momentos la voz del exilio que más sonaba contra el general Franco. Matas había ofrecido un millón de francos para subvencionar la campaña, en la que Maura reclamaba a los Aliados que tras la derrota del nazismo el siguiente capítulo era devolver la democracia a España. Mientras barajaba el objeto del encuentro, el teniente alzó la vista y vio la inconfundible figura de Matas en la puerta del establecimiento. Con aquel tipo, de personalidad arrolladora, solo había hablado dos veces, pero tenía la sensación de conocerlo desde siempre. La conclusión le hizo sonreír y aceleró el paso para ir al encuentro del anfitrión.

Arturo Matas abrazó efusivamente al teniente Granell y lo acompañó al interior de Le Train Bleau, guiándolo con una mano en el hombro. El militar quedó gratamente sorprendido por la rica ornamentación del restaurante, y Matas le explicó que cada salón estaba decorado con murales que evocaban las ciudades comunicadas por el ferrocarril PLM (París-Lyon-Mediterráneo). Siguieron el recorrido y el oficial confesó estar deslumbrado contemplando los vidrios emplomados, las lámparas, los estucos y los frescos de Guillaume Debufe, Gastón C. Saint-Pierre, Max Leenhardt y Antoni Calbet, que revestían los comedores Doré, Grand Salle,

Tunisien, Algerien, transportándolo a la añorada atmósfera de la Belle Epoque.

—Esta es la grandeza de Francia, Amado —dijo Matas.

—¡Es espectacular! —exclamó el oficial.

—¿Sabes que ha desaparecido Miguel Campos? —espetó Granell escrutando los ojos del compatriota.

—¿Quién es ese tal Campos? —contestó Matas con cierto aplomo.

—Lo han dado por muerto y sé que os conocíais. Seguramente de Barcelona. ¿No?

El empresario pareció que dejaba de fingir.

—Ha sido un duro golpe, discúlpame, tenía un pacto con Miguel. Nadie debía conocer nuestra amistad, nadie.

Granell encendió un cigarrillo y radiografió el rostro de aquel zorro viejo. Seguía fingiendo, concluyó.

—Para ser sincero, no te he notado excesivamente sorprendido —se sinceró el militar con una leve sonrisa.

La irrupción de Miguel Maura concluyó la conversación, que Granell estaba dispuesto a retomar a la menor ocasión en la que pudieran estar nuevamente solos.

Arturo Matas, desplegando un innato don de gentes, realizó las presentaciones. Ya sentados en torno a la mesa, Miguel Maura hizo un encendido elogio de Amado Granell, asegurando que eran necesarios hombres como él para formar el nuevo gobierno democrático de España.

—Sí, teniente, su trayectoria antes, durante y después de nuestra guerra me ha impresionado. La nueva España necesita personas como usted, gentes de paz con espíritu de lucha, de auténticos guerreros —aseguró eufórico Maura.

—Le agradezco sus palabras, don Miguel, en las que usted me sobrevalora. En estos momentos soy oficial del Ejército de la Francia Libre, comprometido en la batalla contra el totalitarismo y permaneceré en mi puesto hasta que esta guerra acabe, extremo que parece próximo. Y ya va siendo hora de que llegue la paz, ninguna guerra es buena, pero esta es especialmente terrible, terrible…

Amado Granell hizo una breve pausa. Estaba agotado por el estrés de los combates acumulados a lo largo de tres guerras. Desde que la División Leclerc desembarcó en Normandía él, con La Nueve, había luchado sin descanso, a excepción de los días posteriores a la liberación de París. Siempre en vanguardia, en la primera línea del frente.

—Cuando esto acabe —continuó Granell—, habrá que seguir luchando por mantener la paz y la libertad. Una vez cumplido el compromiso como soldado, he decidido dedicarme a la política para que la dictadura desaparezca cuanto antes de nuestra patria.

El camarero sirvió un Borgoña de excelente añada, al que Miguel Maura hizo los honores de catar, dando complacida aprobación.

El teniente estaba perplejo, pero se dejaba llevar por la euforia de los dos compatriotas, tan diferentes y tan iguales, pensó, en el afán de devolver las libertades anuladas por Franco. Los camareros servían con fluida cadencia los cuidados platos del menú de degustación encargado por Matas, fino *gourmet*. Granell, de costumbres culinarias muy frugales, a penas probaba las exquisiteces preparadas por el chef de Le Train Bleau. Cortés, solicitó permiso para encender un rubio americano y después de la primera calada, que le supo mejor que el hígado de oca al Oporto que paladeaban sus acompañantes, tomó la palabra.

—Los Aliados están en deuda con los españoles que combatimos por la libertad de Europa y su potencial militar es la única razón capaz de hacer caer al general Francisco Franco. Mire, don Miguel, he seguido sus opiniones a través de la prensa y estoy plenamente de acuerdo en que, llegado el momento, no habrá que escatimar esfuerzo alguno para lograr una solución pacífica al problema de España. Es más, la generosidad debe de ser absoluta a la hora de buscar una fórmula política.

Maura y Matas escuchaban con agrado, sin dejar de deleitarse con la comida. Granell parecía feliz fumando y dando sorbos a la copa de vino, siempre llena en su justa medida por la diligencia del servicio.

—Ustedes —prosiguió Granell—, trabajan por la III República, anhelo que comparto. A pesar de ello, si fuere preciso otro camino para devolver la democracia a nuestra patria yo no lo desdeñaría y trabajaría con ahínco en su consecución.

El ex ministro Maura colocó los cubiertos sobre el plato de porcelana, limpió la comisura de los labios con la servilleta y apuró con deleite el contenido de la copa, dispuesto a tomar la palabra.

—Coincidimos plenamente, don Amado. Necesitamos la fuerza de los Aliados.

Maura sonrió, y prosiguió su discurso.

—Franco no quiere democratizar nuestra nación. Entre las España vencida en 1939 y Franco no hay diálogo posible. Sin embargo, la mitad de nuestro país que no está con él será imprescindible para construir la España europea que, tarde o temprano, llegará.

Amado Granell encendió un nuevo pitillo, antes de responder.

—Así es, de ahí que siga insistiendo en que si al final hay que obviar la República como fórmula política no pasa nada. Miremos a Inglaterra, cuna de la democracia, con una monarquía parlamentaria.

Maura acercó la copa a la nariz, cerró levemente los ojos, y pareció extasiarse con el aroma del soberbio borgoña. Con pausado ademán recobró la realidad y prosiguió con el diálogo.

—El único español que puede arbitrar ese peligrosísimo paso de lo actual a lo futuro es Don Juan de Borbón, en calidad de monarca. Creo que el hijo del rey Alfonso XIII carece de la talla necesaria. Estoy dispuesto a crear un gobierno de la República Española en el exilio. Cuento con usted, teniente Granell, creo que sería un buen ministro de la Guerra, por cuanto simboliza.

—Quedo sorprendido, don Miguel —respondió el militar.

—Necesitamos personas comprometidas, con prestigio y bagaje acreditados. Nadie mejor que el español republicano que liberó París al frente de otros compatriotas…

Granell no dejó terminar al impetuoso político.

—No paro de repetir que me limité a realizar el trabajo encomendado y cumplir con el compromiso contraído en la lucha contra la reacción…

Maura interpeló al oficial, dejándolo con la palabra en la boca.

—Eso es, cumplir con el compromiso. Ahí vamos de la mano. Quedo al servicio de España. Haré cuanto sea posible, sin descanso ni desmayo, por articular el instrumento de concordia nacional que debe suceder al falangismo moribundo.

—Antes —volvió a interpelar Granell—, ha sido crítico con una posible vía monárquica. ¿Cuál es su fórmula?

Miguel Maura respondió con rotundidad.

—Los españoles deben decidir el futuro político a través de las urnas.

Amado Granell, de forma intuitiva, acarició las dos barras plateadas de la bocamanga izquierda del uniforme y salió al paso.

—Usted mismo, don Miguel, ha reconocido que pensar ahora mismo en elecciones, con Franco apoltronado, no es más que un sueño.

El teniente dio una profunda calada al cigarrillo y prosiguió con fuerza.

—En cuanto al falangismo, las noticias para nada indican que esté moribundo; al revés, el partido único es cada día más poderoso.

Maura acercó un cigarro puro a la lumbre que le ofreció Arturo Matas.

—El de ahora es un falangismo adulterado, domesticado por Franco y utilizado para sus fines. La Falange de José Antonio Primo de Rivera poco tiene que ver con la actual.

—¿Cómo está tan seguro? —preguntó Granell.

—Mire, aunque éramos adversarios políticos, mantenía una vieja amistad con José Antonio. Guardo una carta de él, remitida desde la cárcel de Alicante el 28 de Junio de 1936, en la que daba su opinión sobre una serie de artículos que publiqué en el diario *El Sol*. En los que pretendía demostrar que la Constitución de 1931 no podía ni debía subsistir como ley fundamental de la República.

El líder republicano conservador hizo una breve pausa para sorber un poco de Calvados que el camarero había servido en unas pequeñas copas de cristal tallado de Bohemia. Alivió el puro de ceniza, expiró el humo del tabaco y lo fue soltando lentamente para proseguir el relato.

—En aquella misiva, entre otras muchas cosas, José Antonio me conminaba, y esto es textual, a «compartir la idea de un régimen autoritario nacional capaz de hacer la revolución desde arriba, que es la única manera decente de hacer las revoluciones». El fundador de Falange acaba la carta diciéndome: «Ya verás cómo la terrible incultura, o mejor aún la pereza mental de nuestro pueblo, en todas sus capas, acaba por darnos o un ensayo del bolchevismo cruel y sucio o una representación flatulenta de patriotería alicorta a cargo de algún figurón de la derecha. Que Dios nos libre de lo uno y de lo otro». Parece que tenía razón.

Por fin Arturo Matas decidió intervenir.

—Amigos míos, todo cuanto dicen es excelente. Pero, sinceramente, siendo realistas a nada nos conduce.

Maura y Granell mostraron un rictus de sorpresa en los rostros y dejaron que el empresario continuara.

—Permítanme que me salga de lo políticamente correcto y les hable desde una óptica menos apasionada y romántica. De la forma en que ha ido evolucionando esta larga guerra mundial y cual está siendo el papel del general Franco, creo sinceramente que nada debemos esperar de los Aliados. Hay dictador para rato, seguramente hasta que él quiera. Claro que existen otras salidas a la situación de España.

—Usted dirá —terció Miguel Maura.

—Eliminar físicamente a Franco.

Maura y Granell cruzaron las miradas.

—Con un atentado —sentenció Matas.

—Nunca participaré en un acto de ese tipo —aseguró Maura con tono indignado.

Granell permaneció callado, observando fijamente al veterano tahúr catalán y le vino la

imagen de Miguel Campos cruzando Los Pirineos. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

MARCUS VIAJA A MADRID

Después de cuatro días, a medianoche Marcus salió del escondite subterráneo, el cuerpo olía a humedad, tenía los huesos agarrotados. Acompañado por el propietario de La Ballena, ascendió por una diminuta escalera metálica de caracol que comunicaba la tasca con la vivienda familiar. Allí pudo disfrutar del afeitado y de un baño, después se vistió con ropa limpia. Al filo de la madrugada un camión dedicado al transporte de vinos paró en la puerta del establecimiento. Tres hombres descendieron del vehículo y descargaron varios odres que llevaron a la bodega, donde esperaba Marcus, que se puso el abrigo y la gorra de uno de los transportistas, al que sustituyó de vuelta al camión. Llevaba una cédula de identificación a nombre de Juan García Rodríguez, vecino de Madrid, de profesión transportista. El camión siguió hasta unos almacenes próximos a Esplugues de Llobregat, donde Marcus subió a un vehículo de mayores dimensiones que hacía la ruta hasta la capital de España, llevando vino del Penedés.

Al amanecer del 26 de diciembre, el comandante Estrada reunió a los oficiales del servicio de información militar y organizó un registro en diversos locales y viviendas de La Barceloneta, incluida La Ballena. Era la segunda operación que realizaban en la zona del puerto, el resto de la ciudad estaba siendo peinada minuciosamente. El espionaje alemán tampoco había tenido éxito en las pesquisas para encontrar al considerado terrorista. La suerte siguió acompañando a Marcus en un viaje del que, probablemente, nunca retornaría. Estaba decidido, entonces el gran dilema era lograr llegar a Madrid, donde la red de la resistencia antifranquista y agentes de la embajada británica le darían cobertura. Una vez allí tendría que poner a prueba la experiencia de los años en el MI6 para no ser detectado y coordinar la misión con su hermano de sangre, Miguel Campos, del que pensó, ya debería estar en la capital de España.

El camión enfiló la carretera nacional que enlazaba Barcelona con Madrid, Marcus iba sentado al lado del conductor. En la salida de la ciudad encontraron un control de la Policía Armada. Todo tipo de vehículos eran registrados y los ocupantes identificados. El policía que se acercó a la cabina era un hombre mayor, con los ojos enrojecidos por el cansancio, harto de pasar la noche al raso y aterido de frío. Con desgana pidió la documentación personal y del vehículo. Después ordenó a los ocupantes que salieran, mientras les hacía preguntas de rutina otros policías inspeccionaron la carga. Marcus contestó con tranquilidad, incluso ofreció un cigarrillo al veterano agente, que este aceptó. A los pocos minutos pudieron reemprender el camino.

El chófer era un veterano ex miliciano, encarcelado al acabar la guerra civil que, a ojos del

Régimen, estaba redimido tras beneficiarse de una de las muchas amnistías de Franco. Frances Forcadell tuvo más suerte que sus dos hermanos, uno murió en la batalla del Ebro y otro, el más joven, perdió las dos piernas en un bombardeo cuando su brigada iba a embarcar en un tren en la estación de Xátiva, en la provincia de Valencia. Forcadell colaboraba en la lucha antifranquista, y por sus venas corría el odio de la venganza. Nada conocía de la verdadera identidad de Marcus ni el objeto de llegar a Madrid, solo sabía que era un compañero, veterano luchador contra el fascismo. Forcadell hablaba poco y masticaba constantemente un tallo de regaliz.

—La Guardia Civil es más meticulosa que la Policía Armada, desde ahora y hasta que lleguemos a Madrid entramos en su territorio —informó Forcadell.

—Nada nos va a detener. ¿Estás de acuerdo?

—Totalmente, hoy viajo con mi compañera —respondió el catalán mientras señaló debajo del asiento, donde llevaba oculta una metralleta Stein.

—¡Qué diferente es esta España a la que conocí con la República!

—Y tanto, En aquellos años había alegría, ilusión, éramos felices —argumentó Forcadell mientras roía regaliz. Giró el rostro para mirar a Marcus, posó la vista en la carretera nacional y volvió a hablar, esta vez con cierta excitación.

—¡Entonces teníamos comida y pan, mucho pan!

Marcus dio una palmada en el hombro a Forcadell en el momento en que este rompió a llorar.

—Los fascistas nos están matando de hambre.

El inglés quedó conmovido por la repentina reacción de aquel hombre que durante largo rato permaneció callado. Sin saber muy bien como calmar la rabia del compañero, le pasó un brazo por el hombro.

—¿Sabes qué son las almortas? —preguntó Forcadell.

—Algo comestible, supongo.

—Desde el primer momento presentí que tú no eres español. Aquí todo Cristo conoce las almortas, el alimento de los pobres, que somos la gran mayoría en este país. Me estoy jugando la vida por unos ideales, es cierto.

Forcadell, con los ojos fijos en la carretera, teñida por la negrura de una noche sin luna, mordisqueó el tallo de regaliz.

—Sabes compañero, lo arriesgo todo con la esperanza de que mis niñas pronto puedan comer alimentos de verdad. Está haciendo más daño el hambre que los malditos falangistas.

La niebla apareció de pronto. Forcadell maldijo aquel tiempo tan intempestivo, levantó el pie del acelerador y concentró la atención tensando los músculos. La visibilidad era prácticamente nula. El catalán redujo la velocidad. De vez en cuando soltaba una blasfemia. Pasadas varias horas comenzaron a disiparse las nubes bajas, despuntando los primeros rayos del amanecer. Al final de una amplia curva vieron recortarse a dos figuras cubiertas con capotes y tricornios de charol negro.

—¡La Guardia Civil! —gritó el chófer.

—Tranquilo. Déjame hablar a mí, tú atento, solo son dos.

—Dos guardias civiles son mucha fuerza.

Forcadell frenó a unos diez metros de los agentes de la autoridad que avanzaban hacia ellos empuñando los fusiles. La pareja la integraban un cabo de avanzada edad y un número de aspecto

aniñado, delgado e imberbe. El mando se adelantó hasta el camión mientras el joven uniformado fue tras él con el arma dispuesta.

—¡Bajen del vehículo! Cédulas personales y documentación de la mercancía.

Marcus y Forcadell cruzaron las miradas antes de salir del camión.

—¡Las espaldas contra la cabina! —ordenó el cabo.

—¡Estamos trabajando, y vamos a llegar tarde al destino! —protestó el inglés.

—¡Silencio! Quiero ver los papeles.

Mostraron las cédulas, permisos de conducir y Forcadell también exhibió un carné del sindicato vertical de Transportes.

—Parece que está todo en orden —gruñó el guardia.

Marcus sintió alivio, aunque mantuvo la máxima concentración, preparado para actuar.

—¿Le apetece un cigarrillo? —preguntó solícito el agente del MI6.

—Estando de servicio tenemos prohibido fumar.

Cuando parecía que el peligro amainaba, de pronto el cabo indicó a Forcadell que se apartara de la puerta del conductor, que permanecía abierta. El guardia inclinó el cuerpo y dio un respingo al ver la boca del cañón de la metralleta, debajo del asiento.

—¿Pero esto qué es? —preguntó gritando. No tuvo tiempo de más.

Con agilidad felina, Marcus realizó un medido movimiento. El cabo de la Guardia Civil, desarmado e inmovilizado, sintió el filo del cuchillo en la garganta. El inglés tuvo que emplearse a fondo. El agente lejos de amilanarse gritó una orden a su subordinado que, vacilante, apuntaba con el fusil.

—¡Dispara, la Guardia Civil nunca se rinde!

El chico, inmóvil como una estatua, permaneció en posición de tiro.

—¡Suelta el arma, o tu compañero es hombre muerto! —gritó Marcus.

—¡El honor es la divisa del Cuerpo, dispara, dispara! —ordenó el cabo como un poseso.

La fatalidad ocurrió en escasos segundos. Forcadell cogió la Stein, hizo fuego y el joven guardia cayó abatido. Al tiempo, como un autómata, Marcus cercenó la garganta del cabo. Arrastraron los cuerpos fuera de la carretera, dejaron junto a ellos los fusiles y tricornios. Los dos hombres, convertidos en asesinos, cruzaron las miradas, oscuras, apagadas, acuosas, y fueron en silencio al camión. Nadie transitaba por aquel punto kilométrico de la Nacional II.

Pronto saltó la alarma. Después de mantener una conversación telefónica con el ministro de Gobernación, el teniente coronel Rodríguez requirió la urgente presencia del comisario Buendía. Dos guardias civiles habían sido asesinados en la carretera que unía Madrid con Barcelona, a escasos kilómetros de la capital. Horas después apareció un camión incendiado en un descampado próximo al pueblo de Barajas. Según el servicio de información de la Guardia Civil no se trataba de un ataque del maquis, los indicios apuntaban a un origen mucho más preocupante para los intereses del nuevo orden que representaba el general Franco, informó el responsable de la Dirección General de Seguridad.

—El ministro Pérez González acaba de tener un encuentro con su homónimo del Ejército, teniente general Carlos Asensio. Al parecer, a la inteligencia militar de la Capitanía General de Barcelona se le ha escapado un terrorista inglés que podría ser uno de los autores del atentado y, por lo tanto, lo más seguro es que esté en Madrid.

—¡Estos ingleses, nunca sabes por dónde van a salir! —exclamó Buendía, que se mordió la

lengua para no responder lo que pensaba. El director general era militar, resultaba un riesgo incomodarlo con críticas al proceder de la inteligencia del Ejército, que había mantenido oculto el caso.

—El objetivo es el Caudillo —Rodríguez atusó el bigotillo, y continuó hablando—. Así que desde ahora mismo estamos en máxima alerta, incluso los servicios alemanes y la embajada de los Estados Unidos. Lógicamente los ingleses quedan al margen.

—Ciertamente, señor director, no es la primera vez que pretenden atentar contra el general Franco. Estamos siempre trabajando en la posibilidad de semejante hipótesis y hasta la fecha nos ha dado buenos resultados. Claro que lo de los ingleses es algo que me supera.

—Jamás nos han tenido cariño, y desde el glorioso Movimiento Nacional menos aún.

—Pues parecía que Churchill no nos miraba tan mal…

—Es un error fiarse de las apariencias y la palabrería de los políticos. Créame, don Laureano, ahora más que nunca debemos ser firmes en nuestra misión. La guerra en Europa acabará pronto y el Caudillo será imprescindible para la subsistencia de la nación española.

—Señor director, habrá que movilizar a las fuerzas disponibles y comenzar a peinar la ciudad palmo a palmo.

—Nada de grandes operaciones, Buendía. El Caudillo en persona ha ordenado que nos centremos en pesquisas de investigación lo más discretas posibles. Con los acontecimientos bélicos al otro lado de Los Pirineos, estamos bajo la lupa de los Aliados.

—Estando de acuerdo, debo recordar que semejante decisión limita demasiado. Estamos asumiendo demasiado riesgo, dado el perfil del terrorista.

—Ese es nuestro reto.

FIN DE AÑO EN EL PASAPOGA

Las navidades eran unas fechas más que odiosas para Letizia. Sin familia directa, los parientes paternos vivían lejos de Madrid y los norteamericanos estaban en Boston. Desde el final de la guerra civil, la Nochebuena y la Navidad las celebraba en un hogar del Auxilio Social para niños huérfanos. La noche de fin de año solía pasarla con amigos. Para despedir 1944 había aceptado la invitación para asistir a la sala Pasapoga, entonces el local de moda de la capital, inaugurado dos años antes en el grandioso sótano del cine Avenida, en la Gran Vía. En aquella ocasión Letizia lució un vestido largo de satén color Burdeos de Pertegaz, el joven modisto que triunfaba en Barcelona.

A las nueve de la noche del 31 de diciembre, Letizia entró en el Pasapoga del brazo de John Graves. Aquel era un local decorado con gran suntuosidad, empleando para el revestimiento de las paredes mármol blanco, negro y verde. En forma de herradura contaba con dos plantas a las que se accedía por una amplia escalera alfombrada que remataba los pasamanos dorados con sendos candelabros monumentales. Era la primera vez que pisaba aquel establecimiento, considerado la cúspide del lujo, y quedó sorprendida por el derroche de dinero invertido. Los muebles, relucientes, eran de estilo isabelino. Enormes alfombras cubrían el suelo. Tanto techos como paredes presentaban arañas y apliques eléctricos en bronce y cristal, junto a estucados con recubrimientos de pan de oro, en el conjunto de las estancias, al igual que en las cuatro pistas de baile. Además de diversas pinturas murales, sobresaliendo un espectacular lienzo del pintor Ramón Stolz, adquirido por un millón y medio de pesetas. Toda una fortuna.

En el patio inferior del Pasapoga estaba el mostrador del bar, diseñado en forma de medio óvalo, con banquetas giratorias a su alrededor y contaba con la más moderna maquinaria para dispensar agua de seltz y café. Acomodados en una mesa, esperaron la llegada de la otra pareja con la que compartirían la despedida de 1944. El camarero les sirvió una copa de champán. A los pocos instantes vieron el risueño rostro del teniente coronel Albert P. Ebright acompañado por su elegante esposa. Las parejas intercambiaron efusivos saludos. La escena fue seguida desde uno de los palcos, ocupado por un grupo de alemanes, entre ellos el comandante de la Abwehr, Lenz von Rohrscheidt, que entonces ya ni tenía ánimo para dirigir sus fuerzas más allá de la curiosidad, convencido de que el fin del nazismo y la propia Alemania era cuestión de meses. El máximo responsable en España del servicio de inteligencia militar del III Reich conocía perfectamente las actividades de los dos norteamericanos y de Letizia, que en los informes que mandaba

periódicamente a Berlín era descrita como agente en activo del OSS.

La extraña muerte de Heinrich Singer, en aquel momento sin esclarecer, tenía al comandante von Rohrscheidt seriamente preocupado y aunque la intuición le indicaba que el asesino del enlace de la Policía alemana era un compatriota relacionado con el espionaje. Una serie de informaciones que obraban en su poder sobre el seguimiento que Singer había realizado a la particular pareja, formada por el diplomático norteamericano y la alta funcionaria del Movimiento Nacional, avivaba la atención por aquellos dos espías aliados. De manera especial, el oficial de la Abwehr llevaba tiempo atento a los pasos de la dama, de cuya vida creía saberlo todo.

El Pasapoga era lugar concurrido por la nutrida colonia de espías asentada en Madrid. Entonces los representantes del Eje estaban en horas realmente bajas. Aquellos que, como von Rohrscheidt, seguían los dictados de una adecuada inteligencia emocional, procuraban cubrir el expediente de las misiones encomendadas sin entrar en honduras que les pudiera enemistar ante las autoridades españolas. El jefe de la Abwehr en España sabía que ese país era su única tabla de salvación llegado el inevitable final del III Reich. Pese a ello, una inquietante sensación de venganza le producía gran animadversión hacia Letizia, para él traidora del Movimiento Nacional, un pilar político que siempre había creído próximo a la obra del Führer. Esa mujer, opinaba, estaba haciendo mucho daño a la red de espionaje de la que él era pieza esencial, trabajando como informadora de la inteligencia de los Estados Unidos, la nación que estaba cerca de asestar el golpe mortal a Alemania. La señorita Heredia-Espinosa mujer, que parecía tener encandilado al propio Franco, ahora desvelado como un oportunista, merecía un castigo, convino mientras comprobó que llevaba la pajarita perfectamente colocada, antes de levantarse y saludar a unos conocidos que entraron con gran euforia en el palco.

Letizia y John bailaron animadamente tras las doce campanadas y las uvas de la suerte, que anunciaron la entrada de 1945. El matrimonio Ebright dio muestras de estilo en cualquiera de los ritmos interpretados por las orquestas. En la mesa, bebiendo champán, pusieron a prueba unas refinadas dotes sociales, derrochando sentido del humor. El ambiente distendido de la Nochevieja no impidió que el oficial del OSS en ningún momento distrajera la atención, al igual que su colega alemán, al que localizó en los primeros instantes de la llegada al Pasapoga, observando detenidamente a las personas que acompañaban a von Rohrscheidt.

—La colonia de alemanes está a punto de quedarse sin trabajo y algunos, sin embargo, parecen eufóricos —apuntó sarcástico el teniente coronel Ebright, mientras servía champán.

—Sí, que aprovechen esta noche. Aunque, la verdad, es difícil de entender que brinden gritando feliz Año Nuevo —respondió John riendo.

—Están acabados, pero debemos seguir atentos. Esos nazis son fanáticos, mientras estén organizados y Hitler continúe son capaces de cualquier cosa en su desesperación. Saben que los tenemos totalmente localizados, gracias a la información suministrada por Franco que nos hizo llegar Letizia —argumentó el jefe del OSS.

Letizia, que en aquella velada estaba radiante, bromeó sobre lo famosa que era entre el espionaje alemán, aunque en el interior anidaba la preocupación.

—Mi amigo, el comandante Gutiérrez Mellado sigue insistiendo en que debo tomar medidas excepcionales en estos meses de la recta final de la guerra. Al parecer, tengo muy cabreados a los nazis.

—Cierto, y de hecho tanto nosotros como la inteligencia militar española procuramos estar

siempre cerca de ti, aunque en ocasiones tengamos que disimular que te perdemos de vista en ciertas citas con John —informó el agente norteamericano empleando un tono socarrón.

El diplomático John Graves puso cara de circunstancias, antes de romper en una carcajada. El champán y la euforia de la noche surtieron efecto.

Inesperadamente, un matrimonio de mediana edad se acercó a la mesa. La mujer conocía a Letizia de una las organizaciones de caridad en las que colaboraba. Pidieron permiso para poder hablar, y el semblante de ambos en nada respondía al del resto de asistentes a la fiesta de fin de año. Serios, cabizbajos, dijeron sentirse muy afectados por interrumpir en momento tan señalado. Letizia les invitó a sentarse.

—Estamos desesperados —dijo la señora con voz trémula—, muy desesperados…

No pudo continuar, presa del llanto. Letizia y los norteamericanos quedaron sorprendidos.

—Ruego nos disculpen —terció el marido, cogiendo la mano de su esposa—, estamos pasando el momento más amargo de nuestras vidas. Tenemos amistad con uno de los socios del Pasapoga y nos informó que la embajada norteamericana tenía una mesa reservada y decidimos venir.

La esposa pareció recobrar la tranquilidad y mirando a Letizia habló con un tono de gran angustia.

—En ustedes depositamos la última oportunidad, para salvar la vida de nuestra hija.

—¿En nosotros?, no entiendo —respondió Letizia.

Esta vez fue el hombre quien habló.

—Carmina tiene quince años y padece una neumonía, solo la penicilina puede evitar que muera. Ya no sabemos a quién acudir. Desde el Ministerio de Sanidad nos consta que están haciendo grandes esfuerzos, pero vemos que de conseguir el medicamento llegará tarde. En el mercado negro tampoco hemos logrado encontrar las dosis necesarias.

La madre de la joven enferma, que dijo llamarse Eloísa, miró con desesperación a Letizia, a la que abrazó suplicando:

—¡Por favor, ayúdennos, por el amor de Dios! ¡Son nuestra última esperanza!

—Tranquila señora, tranquila —alcanzó a decir Letizia.

El teniente coronel Ebright se dirigió al padre, que parecía mantener la serenidad.

—Señor, de la embajada no podemos sacar ni un gramo de penicilina. Tenemos las dosis justas para una posible eventualidad entre nuestro personal.

El hombre asintió abatido, con la barbilla pegada al pecho. Así estuvo varios segundos, mientras la esposa seguía implorando abrazada a Letizia. De pronto, levantó la cabeza y habló con asombroso aplomo.

—Mire señor, sé que estamos estropeando la fiesta de Nochevieja, y crea que nos pesa. Pero, por favor, desconozco si es padre, si lo es seguramente nos entenderá.

La esposa del jefe del OSS emocionada por aquellas palabras, miró a este con lágrimas en los ojos. El padre desesperado siguió hablando.

—El Ejército norteamericano está al otro lado de la frontera, a no demasiados kilómetros de aquí, y sabemos que posee grandes cantidades de penicilina. Incluso es casi seguro que alguno de los barcos de su país, que recalan en el puerto de Barcelona, transporte dosis de antibiótico. Y creo, señor, que la cantidad que necesita nuestra única hija, por la que daríamos la vida, en nada afectaría al suministro para los soldados que combaten en Francia.

Letizia, tras tranquilizar a la madre, hizo un gesto a Ebright. Ambos hicieron un aparte, mientras la orquesta interpretaba un bolero de Antonio Machín bajo una lluvia de confeti.

—Albert, creo que podemos hacer algo. Tú eres padre.

El militar pareció dudar, era una decisión de gran responsabilidad, deberían actuar a espaldas del embajador, pues las demandas que llegaban cada día para conseguir el milagroso medicamento del doctor Fleming eran imposibles de atender. Aún así, aquel matrimonio lo había impactado. Estaban pidiendo que salvaran a su única hija en la celebración de la Nochevieja, destrozándoles la fiesta. Pero qué diablos, pensó el yanqui, la vida de una chica adolescente reclamada por unos padre tan valientes bien merecía correr cualquier riesgo.

—Letizia, sabes que tanto John como yo nos la jugamos.

—Contad conmigo. Puedo desplazarme esta misma noche donde haga falta. Tú limítate a localizar la penicilina.

—Vamos a intentarlo. Se acabó la fiesta, menuda entrada hacemos en 1945 —anunció el teniente coronel.

MIGUEL DESPIDE EL AÑO

Miguel consiguió eludir la invitación de Fidel para celebrar la fiesta de Fin de Año en los salones del hotel Ritz. El abogado falangista y su mujer acudían con un grupo de amigos. En los nueve días que llevaba en Madrid seguía sumido en el sueño de encontrar a María. La misión que lo había llevado hasta allí se desvanecía a favor de la fuerza del amor, tan intangible como poderosa. Miguel no dejaba de reprocharse el torbellino de sentimientos encontrados. Volver al lugar donde halló el amor verdadero y pensar que, seguramente, María paseaba cada día por aquellas calles, le provocaba una perturbación jamás conocida. Pensó que tal estado de ánimo podía estar influenciado por las fechas navideñas, el ambiente que se respiraba en el centro de la ciudad. Ofreciendo la apariencia de que no estaba en el corazón mismo de la dictadura del general Franco. Es decir, en la misma boca del lobo. Imagen engañosa, pensó, que de sucumbir en ella le podría reportar fatales consecuencias.

Sentado en el sillón de la habitación saboreaba un güisqui, bebida muy diferente de la que acostumbraba a tomar cuando llegó a Madrid, por primera vez, para luchar en la defensa de la capital. Entonces, para mitigar el frío de las trincheras, solía beber aguardiente y coñac, también una especie de mejunje que los combatientes republicanos llamaban matarratas. Con los norteamericanos descubrió el güisqui, que siempre había considerado destilado de señoritos. ¡Cuántas vueltas da la vida!, dijo en voz alta. Él, luchador libertario, regresaba convertido en un próspero hombre de negocios. La gran farsa de la vida, volvió a proclamar. Desde los salones llegaban apagados los ecos de la música, un nutrido grupo de privilegiados despedían el año envueltos en el placentero lujo del Palace. A él le sirvieron la cena en la habitación, con el cotillón incluido, detalle que le hizo sonreír. No quiso el largo menú de Fin de Año, y el chef del hotel, en deferencia a un cliente de larga estancia, preparó Créppes Suzette, Corazón de buey Perigueux y Tarta Tatin. Tanto las crêpes como el postre le recordaron a Normandía. Los platos los acompañó con un Rioja gran reserva, de Bodegas Franco Españolas.

Con el segundo güisqui Miguel decidió escribir a María, siguiendo el ritual que practicaba a diario, desde el instante que ella desapareció de su lado, para luchar en el frente de batalla. Besó la foto de la miliciana antes de colocarla sobre la escribanía, junto a una vela aromática que había comprado horas antes en la Cerería Ortega, junto a la iglesia de San Isidro y próxima a la Plaza Mayor. Pasados los años dejó de desesperarse ante la certeza de que las misivas nunca llegarían a María y siempre acabarían convertidas en cenizas. Entonces, en Madrid el pensamiento adquirió

una nueva dimensión. Sentía la corazonada que en algún momento aparecería ella. Una esperanza llena de felicidad que pronto derivó en angustia, al recordar el objeto principal de su presencia en la capital de España. «¡Maldito Franco, maldito!», gritó en un arranque de furia.

Fue al lavabo, abrió el grifo del agua fría que salía casi congelada y quedó mirando el espejo. De repente se vio envejecido por el peso del compromiso adquirido, que le creaba una titánica lucha sobre la lealtad a los ideales y la fuerza del corazón. ¿Qué le estaba pasando? Volvió a mojarse la cara y puso la cabeza debajo del chorro. La baja temperatura resultó un choque que devolvió la mente de Miguel al blanco escenario de Los Vosgos, donde debería estar él junto a los compañeros de La Nueve. Esa era otra pesada losa que lo comprimía. La primera madrugada de 1945 estaba resultando tortuosa para aquel hombre decidido, cuyo interior pugnaba vanamente por encontrar luz en la oscuridad de la duda. Volvió a mirarse en el espejo, sabedor de que carecía de respuestas. Con la toalla de mano se secó el rostro. Cogió un peine y echó para atrás los cabellos, negros y fuertes. Seguiría adelante, decidió con convicción.

Escanció una nueva dosis de licor, cogió el vaso y fue a la escribanía. Volvió a besar la foto de María, sacó la estilográfica y una cuartilla con el membrete del Palace. Iba a escribir la primera carta a María que no destruiría.

«Amor mío, he venido a buscarte. El corazón me dice que estás en Madrid, y sé que te encontraré. Tengo tantas cosas que contarte, amor. La guerra nos separó, la guerra interminable, primero en España, poco después en el resto del mundo. Sangre, muerte, odio, injusticia, todo ello inherente en el ser humano y que periódicamente llega a trocar en torbellino desatado. Debemos mantener firme el compromiso de luchar contra la reacción, de allanar las barreras que impiden la libertad de las personas. Estamos comprometidos en hacer realidad la utopía, aunque para seguir trazando el camino de un mundo mejor tengamos que asumir el sacrificio de la propia vida. Aún así, amor, el único anhelo de los últimos ocho años sigues siendo tú. Ojalá el destino quiera que pronto volvamos a encontrarnos en Madrid. Cada día te busco por las calles y plazas, mientras recuerdo los días felices en esta ciudad tan cambiada, en la que ya no caen bombas, pero anida la tristeza de los perdedores, oprimidos por la dictadura. ¡Ah amor, cuánto daría por tenerte entre los brazos, besarte, acariciarte! El corazón nunca me ha engañado, sé por él que pronto estaremos juntos. Con esa certeza inicio 1945, que será el año del fin de Franco y de la victoria absoluta de las democracias en Europa. Pero, por encima de cualquier cosa, ansío que el Año Nuevo sea el de nuestro reencuentro, colmándonos de dicha y felicidad. Te amo». Dobló la cuartilla, la metió en un sobre y pausadamente se dirigió a la caja fuerte donde lo depositó. Confiaba que en algún momento próximo podría darle a María aquel breve manuscrito, en el que volcó sus sentimientos. Pequeña prueba de las miles de cartas que le había dedicado para, enseguida, quedar reducidas a cenizas.

Escribirle a María en aquellas horas tan significadas le causó un efecto sedante. Abrió la ventana que daba a la Carrera de San Jerónimo y el aire de la noche madrileña le sentó bien. Grupos de gentes festejaban la entrada de 1945, después de haber comido las doce uvas de la suerte en la Puerta del Sol, al son de las campanadas del reloj de la Dirección General de Seguridad. Hasta en la España de Franco había esperanza en semejante celebración, murmuró irónico. Dejó que entrara el aire antes de dirigirse a la mesilla de noche, encima había dejado una cajita de violetinas, caramelos de La Violeta, que tanto gustaban a María. La tienda estaba situada cerca del Palace, en la plazoleta de Canalejas. Durante los meses en los que vivieron su

amor bajo las bombas, María y Miguel solían ir a comprar violetinas, pues a ella le encantaban. La esencia de las flores la transportaba a los años vividos en Sevilla. Desde 1915 el pastelero Mariano Gil cristalizaba los pétalos de las violetas, que crecían de forma natural en el norte de Madrid, así los caramelos tenían sabor y forma de tan popular flor.

Al saborear uno de aquellos pequeños dulces Miguel sonrió evocando los días de la guerra. María solía bromear recordando que uno de los más fieles clientes de La Violeta había sido el rey Alfonso XIII. Compraba los caramelos para su esposa la reina Victoria Eugenia y para su amante, Carmen Ruiz de Moragas. La Violeta había logrado sobrevivir a la Monarquía, la República, la guerra civil y con la dictadura de Franco seguía tan exitosa.

Estaba desvelado y cogió el diario *ABC*, que había dejado por leer. La portada del suplemento le pareció original para un periódico tan serio: estaba totalmente ocupada por un gran racimo de uvas y un reloj que marcaba las doce de la noche. La primera de las páginas de información general arrancaba con un gran titular que confirmaba el avance de las tropas aliadas en Bélgica. A Miguel le resultó inevitable volver a pensar en los hermanos de sangre de La Nueve, luchando tenazmente en el avance definitivo hacia Alemania. Su desaparición creó gran estupor, así se lo comunicó Arturo Matas, y fue dado por muerto. En la tercera página se detuvo en el editorial, titulado: Un discurso desafortunado, que se despachaba a gusto, sin nombrarlo, contra el ex embajador del Reino Unido en España, *Sir* Samuel Hoare. El diplomático, en cuanto llegó a las islas británicas atacó duramente al Gobierno del general Franco. Miguel comenzó leyendo con gusto la respuesta del periódico, adivinando que las manifestaciones de Hoare habían soliviantado al Régimen: «Unas palabras desafortunadas, pronunciadas por un ex embajador extranjero en su país de origen han servido para que los enemigos de nuestra nación las esgriman en su propaganda. ¿España, moralmente dominada por los alemanes? ¿La prensa y la Policía, a las órdenes de la Gestapo? ¿Los raptos de alemanes a la orden del día?». ¡Pues claro que sí!, gritó Miguel sin poder contenerse. Continuó leyendo mientras pronunciaba una blasfemia tras otra, en respuesta al tono del editorial. No logró llegar al final. Arrancó la hoja y la rompió en mil trozos.

LA PENICILINA

Letizia y los norteamericanos llegaron a la embajada ante la sorpresa del servicio de seguridad, por lo temprana de la hora, en una noche tan señalada. El grupo encabezado por el teniente coronel fue directo a la sala de comunicaciones, no podían perder tiempo. Sabían que enlazar con el consulado de los Estados Unidos en Barcelona, en las horas de celebración del Año Nuevo tendría sus dificultades. Alguien tendría que estar de servicio atendiendo el teléfono y el telégrafo. Aun así consideraban que sería complicado encontrar con rapidez a la persona con la autoridad suficiente para presentarse en los barcos de la US Navy surtos en el puerto de la Ciudad Condal y obtener las dosis necesarias de penicilina. Primero tenían que intentar esa vía, sería la más rápida, ya que propiciar una operación a través de las tropas que estaban combatiendo en Francia conllevaría emplear un tiempo excesivo del que no disponían.

El cónsul general, David Mck. Key, celebraba la Nochevieja fuera de la legación, al igual que el resto de altos funcionarios, solo un joven diplomático recién llegado estaba de servicio. Frank Delillo era un chico inquieto, perteneciente a una familia de larga tradición militar, al que los problemas de vista le habían impedido ingresar en el Ejército. El mismo día que Japón atacó la base naval de Pear Harbour, Frank corrió a alistarse pero no pasó el examen médico, una vez más sus ojos miopes truncaron los deseos de vestir el mismo uniforme de su padre y hermanos. En los genes llevaba la acción y el riesgo, y eso lo detectó enseguida el teniente coronel Ebright.

—¿Está dispuesto a salvar la vida de una chica de quince años?

—¿Qué tengo que hacer, señor?

—¿Cuántos buques tenemos ahora mismo en el puerto de Barcelona?

—Un transporte de tropas tipo Liberty.

—¿Cuándo zarpa?

—En unas horas, señor, y hasta dentro de cuatro días no esperamos ningún barco de la US Navy.

—Tiene que ir ahora mismo y despertar al capitán para pedirle unas dosis de penicilina.

—Señor, con todo respeto, esa gestión solo la puede realizar el cónsul general. Me temo que tendremos que esperar a mañana.

—Para entonces el barco habrá zarpado y no nos queda tiempo. Se trata de un caso de vida o muerte, pretendemos salvar a una joven española.

—¿Española, señor? Usted sabe que el suministro de penicilina a ciudadanos extranjeros es

complicado, por no decir que imposible.

—Oiga bien, Delillo, para un norteamericano con arrestos no existe la palabra imposible. Nos hemos comprometido con unos padres desesperados, que han tenido la valentía de recurrir a nosotros mientras celebrábamos el Fin de Año en una sala de fiestas de Madrid.

—¿Dígame, cómo me las ingenio para llevar acabo la misión?

—Ahora mismo le voy a mandar un cablegrama en nombre del embajador, ordenándole un servicio especial, por motivos humanitarios. Ante la ausencia del cónsul, y siendo usted el funcionario de mayor categoría, tiene la obligación de ejecutarlo sin dilación. ¿Está dispuesto?

—Por supuesto, señor, ya tenía ganas de entrar en acción. Debería estar en el frente, como mi padre y hermanos, pero los dichosos médicos dicen que el grado de miopía que tengo me impide vestir el uniforme.

El responsable del OSS, recordó que conocía a una familia de militares de apellido Delillo.

—¿Su padre es el general de Infantería de Marina Delillo?

—Sí, señor.

—Hijo, él estaría orgulloso de usted. En cuanto reciba el cablegrama que le estamos mandando diga al operador de comunicaciones que le haga una copia oficial y salga zumbando para el transporte. Que despierten al capitán, si es necesario, pero no desembarque sin la penicilina, cuya dosis exacta le pasamos en la orden.

—Descuide, así lo haré.

—No puede fallar. En unos minutos saldrá hacia Barcelona un coche con dos personas a las que deberá entregar el medicamento.

—Me pongo en marcha, le tendré informado.

Letizia, John y la esposa del teniente coronel Ebright, habían permanecido en silencio durante la conversación telefónica. El primero en hablar fue el diplomático.

—En menudo lío nos vamos a meter. ¿Cómo justificamos esto ante el embajador?

—Tranquilo, como jefe del servicio de inteligencia, tengo ciertas prerrogativas. Estamos en una misión secreta. Usted, querido colega, tiene experiencia en estas cosas. ¿O el FBI nunca le ha pedido nada que se saliera del guión oficial?

John puso cara de *poker*. Ciertamente era lógico que Ebright conociera su colaboración con Hoover, director del Federal Bureau of Investigation, pero le sorprendió que después de tanto tiempo trabajando juntos y asumiendo la situación como un secreto a voces, fuera tan directo en aquel momento, delante de otras dos personas. Tuvo el instinto de mirar a Letizia, antes de contestar como si no hubiera oído la pregunta.

—Está bien, ahora mismo salgo rumbo a Barcelona.

—Yo voy contigo —anunció Letizia.

—Estupendo, así el teniente coronel se queda aquí para lidiar con el embajador y prestamos cobertura.

Tenían que emprender inmediatamente el viaje, pero iban vestidos de fiesta. John se dirigió a su pabellón para cambiarse. La esposa de Ebright, ofreció a Letizia ropas adecuadas. Ambas fueron a las dependencias privadas del matrimonio. En pocos minutos la pareja subió a un coche de la embajada. Desde la avenida del Generalísimo fueron a buscar la nacional II, que les llevaría a Barcelona, tras un largo viaje. En la provincia de Huesca tuvieron que detenerse en un control de la Guardia Civil y fueron advertidos de la posible presencia de partidas del maquis. El frío era

intenso, de madrugada encontraron placas de hielo que obligaron a moderar la velocidad. En dos ocasiones estuvieron a punto de salirse de la carretera, totalmente desierta. Un termo de café les ayudaba a combatir el sueño.

Letizia y John hacían esfuerzos para que el cansancio no les afectara en la conducción, procurando mantener largas conversaciones. Ella sacó a colación el gran problema que suponía para la sanidad española no contar con el revolucionario medicamento del doctor Fleming. La situación política de España, y el escenario de la guerra mundial, hacían muy complicadas las negociaciones con los laboratorios productores de penicilina, situados en Inglaterra y los Estados Unidos. Realmente el milagroso antibiótico estaba siendo utilizado de forma masiva desde tan solo dos años antes, y los Aliados lo habían incorporado a la sanidad militar con gran éxito. La prueba más evidente de los resultados curativos fue el desembarco de Normandía, en el que miles de soldados lograron sobrevivir tras superar las infecciones provocadas en los hospitales de campaña.

—En septiembre nuestro gobierno envió una partida de penicilina a Madrid para atender a los casos más graves, que enseguida quedó agotada. Desde la curación de la neumonía del doctor Carlos Jiménez Díaz en Santander, el pasado verano, las demandas del antibiótico no cesan. Desde luego lo que estamos haciendo ahora es una locura —dijo John.

—Bendita locura, si logramos salvar la vida de Carmina bien habrá valido la pena.

—Ya sabes que las personas cuando empiezan un año nuevo suele proponerse enmendar conductas. Nosotros hemos comenzado con buen pie, el de salvadores.

—¿Sabes cómo consiguieron la penicilina que logró curar al doctor Jiménez?

—Sí, es conocido por todo el mundo. Sus discípulos lograron comprar dos gramos, a precio de oro, en la cafetería Chicote, de la Gran Vía.

—Efectivamente, el mercado negro ya se ha apoderado de un producto de primera necesidad, vital para la vida humana. Es vergonzoso. Esa es una de las lagunas negras del Movimiento Nacional, tanta permisividad para aquellos que se enriquecen a costa de la necesidad más perentoria.

—Letizia, está claro que sin la implicación de poderosos políticos del Régimen eso que vosotros llamáis estraperlo nunca habría podido llegar a las dimensiones actuales. Realmente, es escandaloso.

Entre tanto el funcionario Delillo permanecía en el buque clase Liberty atracado en la dársena comercial acotada como zona franca. Los astilleros estadounidenses llegaron a botar tres al día, creando una flota, inicialmente reclamada por Gran Bretaña, de casi tres mil unidades, destinada al transporte de tropas y material, tanto en Europa como en el Pacífico. Un veterano oficial, muy quisquilloso, que en aquellas horas de la madrugada mostraba un desaforado mal genio por tener que estar de guardia, a punto estuvo de impedir el acceso al joven funcionario. Pero Delillo firme en la autoridad que le daba la orden del embajador de los Estados Unidos en España, logró subir a bordo. Estuvo más de una hora exigiendo que despertaran al capitán. «La Marina tiene sus tiempos y protocolos» le contestaba el obtuso teniente de navío que, en aquellas horas, tenía la responsabilidad de la seguridad. Hasta que Delillo estalló y amenazó al marino con solicitar para él un consejo de guerra, por obstruir la labor del representante del gobierno Norteamericano en suelo español. Finalmente apareció el capitán, un marino mercante de mediana edad y aspecto desaliñado. Aquellos buques, bautizados por Roosevelt como «barcos de

la libertad», estaban tripulados por personal civil al que acompañaba una unidad militar encargada de su protección en tierra y del manejo de las piezas de artillería. El capitán ofreció café, mostrando un talante mucho mejor que su aspecto. El diplomático le entregó el cablegrama oficial en el que solicitaba el suministro de dosis de penicilina.

—Ha tenido suerte, joven, llevamos una partida importante de penicilina para las tropas del sur de Francia.

Delillo sintió un gran alivio.

—Con todo el respeto, capitán, debería usted confirmar la autorización al Estado Mayor de la Marina —señaló el teniente de navío.

La apreciación alarmó al diplomático. La formalidad que sugería el militar podía suponer un escollo insalvable, incluso si era autorizado, cosa probable atendiendo a la solicitud del embajador. El barco tenía que zarpar en pocas horas, no había tiempo material para arriesgar en burocracias. Delillo sacó los genes combativos de la familia, irguió el cuerpo, blandió el documento oficial y con voz solemne recitó la legislación vigente, recordando que un embajador era el máximo representante del Gobierno norteamericano en suelo extranjero y que una petición de este, siempre que no contraviniera la Constitución, debía cumplimentarse de inmediato.

El capitán comenzó a mostrarse dubitativo, sintiéndose presionado por la ruda mirada del oficial de la US Navy.

—Tal vez el teniente de navío tenga razón.

Delillo no lo dejó terminar.

—El problema es que no hay tiempo, ustedes largan amarras en un par de horas y en el día de Año Nuevo saben perfectamente que será muy difícil encontrar a un mando con suficiente autoridad para dar la autorización.

—Nos tenemos que cubrir las espaldas —terció seco el oficial.

El diplomático lanzó una mirada de furia al militar y volviendo los ojos directamente a los del capitán, insistió.

—Esta es una misión a la desesperada, el tiempo se acaba. La orden del embajador les cubre perfectamente las espaldas. Además, señor, quién va a notar unos gramos menos de penicilina. Con esa pequeña cantidad, casi imperceptible, podremos tener la satisfacción de haber contribuido a salvar una vida.

—¿Puedo saber de quién se trata? —preguntó el capitán.

—De una chica de quince años, cuyos padres recurren a nosotros porque no tienen suficiente dinero para comprar la penicilina en el mercado negro.

—Mi hija tiene la misma edad. Hay que salvar a esa joven.

Al mediodía del 1 de enero Letizia y John llegaron a Barcelona sin novedad, aunque agotados. Durante el largo trayecto fueron turnándose al volante, un tanto preocupados por la advertencia ante la posible aparición de partidas de guerrilleros dedicadas a atracar en las carreteras para su subsistencia. El centro de la ciudad estaba animado y podían verse familias con bandejas de pasteles para celebrar la tradicional comida de Año Nuevo. El consulado de los Estados Unidos estaba en la plaza de Cataluña, en la que encontraron algo de tráfico. Un guardia urbano les indicó la dirección que buscaban. Aparcaron en las inmediaciones y con los cuerpos entumecidos por el largo viaje, solo pararon una vez para repostar gasolina, fueron a la representación diplomática.

Frank Delillo recibió a Letizia y John con un protocolario apretón de manos. Antes de que estos preguntaran informó que tenía la penicilina. Los dos se abalanzaron sobre el joven y lo abrazaron con efusión. Él invitó a la pareja a pasar a un salón en el que estaba dispuesta una mesa con comida.

—Calculé que llegarían sobre esta hora, y pensé que antes de emprender de nuevo el viaje, les gustaría compartir conmigo la comida de Año Nuevo.

—Es usted encantador, Frank —dijo Letizia, mientras ocupaba la silla que amablemente le cedía Delillo.

—Y un excelente funcionario de Exteriores, necesitamos gente con su madera —añadió John.

—Tuve suerte, logré enternecer al capitán del barco.

—No sea modesto, ha demostrado muchas cosas en estas largas horas en las que parece que nos hemos vuelto locos —comentó John mientras servía vino.

—Benditamente locos —aseguró Letizia.

—Mi padre, que es general de Marines, dice que la vida carece de sentido si uno no está dispuesto a asumir riesgos.

Letizia y John estaban desfallecidos, comieron con apetito pero necesitaban descanso. Delillo había previsto el estado de la pareja.

—Cuando acabemos de comer tienen que descansar. He dispuesto una habitación con dos camas. Estamos solos en el consulado, solo el oficial de comunicaciones está de guardia.

—Le estamos muy agradecidos, la verdad es que necesitamos descansar unas horas. ¿Ha informado al cónsul general? —preguntó Letizia.

—Por supuesto.

—¿Y qué le ha dicho?

—Bien, hijo, bien.

—¿Eso es todo? —interrogó John.

—Sí.

—¡Estupendo! —exclamó Letizia.

Delillo descorchó una botella de champán catalán y les informó de que el de Barcelona era uno de los consulados norteamericanos más antiguos del mundo.

—Abrió las puertas en 1797 por deseo de nuestro segundo presidente, John Adams, aunque en otra sede. El primer cónsul, William Willis, llegó aquí con la misión de promover el comercio con la entonces incipiente industria textil catalana. Este siempre ha sido un consulado muy activo, y en la guerra civil española incluso tuvo el rango de embajada.

—Ahora con la declaración de zona franca del puerto, supongo que se habrá notado aún más el trabajo, al recalar buques de nuestra flota —comentó John.

—Pues sí, pensaba que este era un destino tranquilo y resulta que trabajo sin parar.

Acabaron el champán comentando los últimos acontecimientos bélicos en Europa y el Pacífico. Letizia y John, vencidos por el cansancio, decidieron que debían dormir antes de emprender el camino de regreso a Madrid. Pidieron a Delillo que los despertara en cinco horas. Así lo hizo. A las diez de la noche, con las dosis de penicilina y el termo repleto de café caliente, salieron de Barcelona. Hacía frío y volvían a enfrentarse a un viaje largo, que podía complicarse por las bajas temperaturas que provocaban placas de hielo, sin descartar la aparición de los maquis. Circunstancias adversas que inquietaban a la pareja. A semejantes peligros cabía añadir la

necesidad de que el antibiótico tenía que ser inyectado cuanto antes a Carmina, la chica a la que sus padres intentaban salvar la vida recurriendo a ellos. La forma en que aquellas personas los abordaron en la fiesta del Pasapoga desató una gran carcajada en los dos, mientras dejaban atrás las últimas luces de la capital catalana. La noche estaba inclemente, pronto comenzó el aguanieve, los faros del coche apenas alumbraban unos metros, por lo que tuvieron que aminorar la velocidad.

—Menudo tiempo, maldita sea —profirió John.

—Conduce despacio y fíjate bien en la carretera.

—Si esto empeora, habrá que buscar refugio y parar —aseguró John.

—De parar nada, la vida de Carmina está en juego.

En las proximidades de la provincia de Lérida comenzó a nevar de forma copiosa, en una curva el coche patinó y quedó fuera de la carretera, inclinado sobre un pequeño barranco. John sufrió un ligero aturdimiento al golpearse con el volante. Letizia resultó ilesa, pero estaba asustada. El norteamericano decidió que lo mejor era no moverse, el vehículo podía acabar precipitándose al vacío y aunque no eran muchos metros de desnivel, podían ser suficientes para sufrir graves daños. Además, estaba la penicilina. Estuvieron durante más de una hora realizando los mínimos movimientos posibles, las luces de los faros permanecían encendidas y confiaban que de, un momento a otro, alguien les prestaría auxilio, estaban en una carretera nacional. El tiempo transcurría y el frío hacía mella.

—Vamos a morir congelados, Letizia. ¡Maldita sea!

—Los pies hace rato que no los siento, pero hay que resistir.

Estaban cogidos en una trampa que podía ser mortal. Tiritaban de frío y Letizia inclinó el cuerpo sobre el de John.

—Abrázame, por favor —dijo ella, con voz apagada.

Dejó de nevar y, a los pocos instantes, vieron acercarse unos destellos, que comenzaron a diseminarse alrededor del coche. Oyeron voces que hablaban en catalán y las linternas los enfocaron. De pronto movieron el coche de forma sincronizada, siguiendo las órdenes de una voz de mando. En pocos minutos sintieron que estaban estables en el firme de la carretera. Desde el exterior abrieron la puerta del conductor y un hombre que empuñaba una metralleta los conminó a bajar. Letizia apenas podía moverse, y así lo comunicó John.

—¿Son ustedes extranjeros? —preguntó el tipo armado, al percatarse del acento.

—Sí, norteamericanos. Soy funcionario de la Embajada de los Estados Unidos.

—¡A ver, los papeles!

John entregó el pasaporte, que fue revisado minuciosamente por el que parecía ser el jefe del grupo.

—¡Bajad las armas, son amigos! ¿Su esposa?

—En efecto.

—¡Venga, vamos a ayudar a estos señores a salir del coche, están casi congelados!

Letizia quedó paralizada al percatarse que los rescatadores eran los integrantes de una partida de guerrilleros, conocidos como maquis. Si descubrían que ella trabajaba para el Movimiento Nacional estaba perdida. En el bolso llevaba la credencial oficial. John había sido inteligente al afirmar que ella era su esposa, así que comenzó a hablar en inglés.

—¿Qué dice la señora? —preguntó el cabecilla a John.

—Está muy agradecida, que en nuestra casa de Boston siempre serán bien acogidos.

Los ocho hombres dirigidos por Marcelino Massana, conocido por «Panxo» hicieron gestos de aprobación.

—Los Estados Unidos de América son nuestros aliados en la lucha contra el nazismo. Nosotros aquí en España combatimos contra la dictadura de Franco y estamos esperando que ustedes acaben la guerra en Europa y puedan venir a ayudarnos.

Letizia permaneció callada y temblaba, tenía tanto frío como miedo. A un gesto de «Panxo» un guerrillero la cubrió con una manta y el propio jefe les ofreció café.

—No es del bueno, pero les calentará. Mejor será que les ponga un poco de cazalla.

El líder maqui les echó un chorro de aguardiente en los vasos de café, unos recipientes metálicos requemados. Aquel brebaje les supo a gloria.

—¿La señora no habla nada de español? —preguntó «Panxo» a John.

—Siento decirle que no, llegó hace dos semanas.

—¿Y cómo se les ha ocurrido viajar con este tiempo y a estas horas? —inquirió uno de los maquis que miraba con especial atención a Letizia, como quien intenta recodar una cara conocida.

John, al que «Panxo» había cedido una manta, y ya más reconfortado con el café y la cazalla, respondió con seguridad.

—Pasamos la Nochevieja y el Año Nuevo con unos amigos del consulado de Barcelona. Mañana tengo que estar sin falta en la embajada y pensamos que el tiempo no empeoraría tanto.

La partida guerrillera rio al unísono, pensando que aquellos extranjeros eran unos pardillos.

—Pues ha sido una locura. Menos mal que uno de mis hombres vio el coche con las luces encendidas y corrió para avisarnos. Llegamos con cautela, pues a estas horas y estos días los turismos que circulan por estas carreteras suelen ser de la brigadilla de la Guardia Civil. Pero ni los camuflados del tricornio salen en noches como esta.

—Les agradecemos que nos hayan salvado, informaré a mi Gobierno de la acción que han realizado. ¿Con quién tenemos el gusto de hablar?

—Con la partida guerrillera de «Panxo», que soy yo. Todos luchadores anarquistas.

—La mayoría combatimos en nuestra guerra con la Columna Durruti, después 26 División —dijo con orgullo el que miraba fijamente a Letizia.

A ella le flaquearon las piernas al oír aquello. Sintió la atenta mirada del guerrillero, que había sido compañero de Miguel. Probablemente habían coincidido en el Madrid sitiado, cuando era la miliciana María. Pero, se dijo así misma, era imposible que la reconociera, estaba totalmente cambiada.

—Sabe, mister, con respeto, su señora se parece a una compañera que luchó con los anarquistas en las trincheras de la Ciudad Universitaria. Una mujer brava, y guapa —comentó el anarquista que parecía ser el lugarteniente de «Panxo».

John, percatado de la inquietud de Letizia, entendió que era necesario acabar con aquella situación. Sacó la cartera, cogió los billetes y se los ofreció al líder de la partida.

—Nosotros no cobramos por salvar a unos aliados —dijo seco el maqui.

—Por favor, nada más lejos de mi intención que ofenderlos. Acéptelo como una pequeña contribución a la causa por la que ustedes luchan: la libertad.

Las estudiadas palabras del diplomático surtieron efecto.

—Siendo así, para nosotros será un honor aceptar una contribución de los Estados Unidos —contestó «Panxo» al tiempo que tendió la mano al norteamericano y cogió el dinero.

—Con el permiso de ustedes continuaremos viaje. Habrán notado que mi esposa está fatigada.

—Por supuesto, mister, vayan despacio que en cualquier momento puede volver a nevar, pero lo más peligroso son las placas de hielo.

Letizia, encogida, subió al coche, y John tras saludar, uno a uno, a los guerrilleros se puso al volante. Arrancó y salió despacio, mientras los maquis alumbraban con las linternas.

—He estado al borde de derrumbarme —confesó Letizia, que aún temblaba.

ENCUENTRO CON MARCUS

La tierra pareció haber tragado al agente del MI6, aseguraba el comandante Estrada, trasladado a Madrid para participar en la búsqueda de Marcus y su cómplice. La Policía Armada de Barcelona informó que el camión incendiado fue revisado en un control, en el que no encontraron nada sospecho, confirmando que eran dos los ocupantes de la cabina. Estrada estaba furioso consigo mismo, difícilmente podría llegar a perdonarse el error cometido. Se sentía señalado, los compañeros y superiores cuestionaron el operativo del puerto que dio al traste con la operación más importante de su vida. El propio general Moscardó, capitán general de Cataluña, lo apercibió seriamente. Para el comandante aquel era el gran reto de su carrera, pero pasaban los días y el inglés seguía esfumado. El conjunto de los servicios de información trataba de encontrar alguna pista sobre el paradero de los terroristas, pero los resultados eran nulos, creciendo la desesperación del comandante, acostumbrado a cosechar éxitos. Encima le tocaba trabajar con un compañero poco querido en las salas de banderas de los cuarteles, el comandante Gutiérrez Mellado.

Durante tres semanas decenas de agentes peinaron la capital de España, efectuaron múltiples registros, detuvieron a numerosas personas a las que interrogaron duramente. Incluso, contraviniendo los deseos del general Franco, incrementaron los controles en la calle. Nada, ni rastro. Estrada, desesperado, llegó a sostener la engañosa hipótesis de que el británico y su colaborador no estaban en Madrid. Respecto al segundo acertó, el mismo día del asesinato de los guardias civiles Forcadell subió al primer tren con destino a Barcelona, nadie lo molestó. Gutiérrez Mellado advirtió al colega que dado el perfil del terrorista y la cobertura que posiblemente estaba teniendo, existía la posibilidad de que nunca lograran dar con él, a no ser que cometiera un error. Dadas las circunstancias y el tiempo transcurrido aconsejó a Estrada que volviera a su destino, garantizándole que al menor indicio sería informado para que pudiera regresar de inmediato.

Inteligencia militar realizaba un meticuloso seguimiento de todo el personal de la embajada Británica, incluido el círculo familiar y de amistades. Los alemanes, más preocupados por el futuro inmediato y pendientes del transcurso de la guerra en Europa, resultaban de escasa ayuda, aunque estaban a disposición del Estado Mayor del Ejército para cooperar en la búsqueda. El OSS norteamericano, a través de Letizia, sí estaba en condiciones de colaborar eficazmente. El comandante Gutiérrez Mellado albergaba esperanzas en los contactos que la agente española

mantenía con Margaret, la esposa del funcionario del MI6 en Madrid, aunque a lo largo de aquellas jornadas quedaron paralizados. El caso estaba en punto muerto, esa era la impresión que tenía el comisario Buendía, al que trabajar con tantos servicios secretos, sin ser él quien realmente controlaba el flujo de información, le creaba una gran desazón.

Ajeno a la situación creada por Marcus, el caso estaba silenciado por el aparato del Régimen que ni siquiera dio a conocer la muerte de los dos guardias civiles. Miguel realizaba los primeros contactos comerciales de la mano del abogado Jiménez del Aro. La identidad como Augusto Méndez estaba funcionando, pero sabía que en ningún caso debía bajar la guardia, aún así decidió poner a prueba el sistema de enlace que desde Francia había ideado con la ayuda de la guerrilla española, que en Madrid contaba con un relevante dispositivo compuesto por varios niveles. Mediante un sistema de claves y la intermediación de un mozo de la estación de Atocha que colaboraba con la guerrilla, Miguel logró establecer un encuentro con quién debía darle información sobre Marcus. Arrancaba la segunda semana de enero de 1945 y las previsiones meteorológicas anunciaban inminentes nevadas. Los madrileños estaban preocupados por la llegada del frente frío que comenzaba a sentirse y la radio daba recomendaciones que de poco servían ante la gran carencia de combustibles para la calefacción, así como la precariedad de muchas viviendas. Las bajas temperaturas se sumaban al hambre.

La cita era en el café Castilla, en la calle de Las Infantas, junto a la Casa de las Siete Chimeneas, cerca de la Gran Vía. Miguel abrió la caja fuerte de la habitación cogió una pistola, dos cargadores y una granada. Si era descubierto estaba dispuesto a vender cara su detención, no lo cogerían vivo. Esa era la firme determinación, desde que llegó a Madrid con la intención de acabar con Franco. Si bien deseaba conservar la vida. Quería vivir para ver a España convertida en una democracia y disfrutar con María del nuevo modelo político. Anhelos que resultaban poco más que quimeras. Por mucha confianza que tuviera en sí mismo, era realista. Existían demasiadas posibilidades de que lo mataran. Curiosamente, aquello que más le horrorizaba no era el negro eterno, la nada, que significaba la muerte, sino la imposibilidad de ver a María.

Miguel salió a la calle bien abrigado, protegiendo la cabeza con un sombrero de fieltro y caminó con aparente tranquilidad, simulando un paseo en el que aprovechar para detenerse en escaparates. En un quiosco compró el periódico *Informaciones*. Cada vez que detenía el paso intentaba comprobar que no lo seguían. Unos minutos antes de la hora convenida llegó al Café Castilla. Pidió una copa de coñac para mitigar el efecto de las bajas temperaturas. Atento a la puerta de acceso hizo como si mostrara interés por las caricaturas que decoraban el salón. Aquel era un café de tradición cultural, con una clientela asidua en la que destacaban periodistas, escritores, actores, actrices, pintores, artistas de diversa condición. En sus mesas tuvieron tertulia Valle Inclán, Benavente, Galdós, y una larga nómina de nombres consagrados en las letras. En el Café Castilla pocas cosas llamaban la atención, allí era normal encontrar un variopinto muestrario social.

En el momento en el que apuraba la copa vio entrar a Marcus. Estaba irreconocible, pero supo que era él, por la peculiar forma de andar y mover los brazos. Mostraba una cuidada perilla, encanecida como el resto del pelo. Vestía abrigo marrón, bufanda, guantes negros, traje gris un tanto anticuado, suéter de color ocre, camisa blanca y corbata azul. Miguel permaneció sentado, indicando al amigo que tomara asiento, con la naturalidad de quienes se ven a diario. Un apretón de manos fue el único vestigio de sentimiento compartido.

—Menuda sorpresa, pensé que hoy vendría un enlace, y te presentas —dijo sonriendo Miguel, acercándose a Marcus.

El británico se quito el abrigo, en la solapa de la chaqueta llevaba el emblema de Falange. Miguel sonrió al advertir el detalle.

—Estaba harto del escondite, necesitaba aire. Llevo una cédula de identidad a nombre de Arcadio García López, nacido en Madrid.

—Pues yo soy Augusto Méndez, ciudadano chileno.

—En Barcelona me estaban esperando. Temo por la vida del viejo patrón que me llevó hasta allí.

—Eso ha sido un soplo desde Inglaterra. ¿Cuánta gente conocía tu misión? —preguntó Miguel.

—Cuatro personas.

—Pues una es un traidor.

—Me es difícil de creer, pero no hay otra explicación.

—Sabes que ese es un gran inconveniente. Policías y militares deben estar intentando localizarte.

Marcus cogió el periódico *Informaciones* que había sobre la mesa, abrió la página de economía y acercándose a Miguel simuló que le realizaba una confidencia sobre algo relacionado con la marcha de la bolsa, en un tono de voz imperceptible.

—Sufrimos una accidentada llegada a Madrid. Cayeron dos guardias civiles.

Miguel hizo un gran esfuerzo para contener la reacción interior que le ocasionaron las palabras de Marcus.

—Menuda locura —musitó.

—Te juro que no tuvimos alternativa —aseguró Marcus.

—Estarás enterado de que la prensa nada dijo al respecto.

—Es evidente que ocultan el caso.

—Sí, pero hasta los barrenderos tendrán la orden de localizarte. Cuando dices tuvimos, supongo que te refieres a quienes te acompañaban.

—Conmigo solo venía otra persona, y me consta que al día siguiente estaba lejos de aquí —informó Marcus.

—Matar a dos guardias no es una broma —instintivamente, Miguel llevó la mano derecha sobre la chaqueta y sintió el tacto de la pistola.

—Son cosas que pueden ocurrir en cualquier operación. En París tuve que eliminar a un agente de la Gestapo que estuvo a punto de descubrirme.

—Mal asunto —murmuró Miguel.

El camarero, solícito, preguntó qué deseaban tomar. Marcus, con desparpajo dijo que aunque la cerveza era la especialidad de la casa, con el frío preferían vino.

—Hermano eres increíble —dijo Miguel en cuanto desapareció el camarero.

—Arcadio García está al orden de las cosas de esta fascinante ciudad —contestó Marcus con seguridad.

—Es irremediable cuanto ha ocurrido, hay que pechar con ello. Pese a todo, debo reconocer que tu estrategia está funcionando, pero recuerda el dicho español de que la confianza mata a la gente.

—La misión que nos ha traído hasta aquí es demasiado importante para caer en la tentación de tener cualquier desliz.

—Vamos a dejar de vernos, esta es la primera y la última vez —anunció Miguel.

—Estoy de acuerdo.

—Es preciso cuidar al máximo los canales de comunicación, que debemos utilizar en momentos muy precisos.

—Ya he pensado en ello. La persona que te ha indicado este lugar ya ha sido relegada y sustituida. Sabemos cómo contactar contigo, por tu parte nada indica que debas cambiar el enlace previsto, que todavía no has utilizado.

Ambos desviaron la conversación cuando vieron acercarse al camarero con unos chatos de vino. Marcus, sorprendentemente, empezó a opinar sobre la liga de fútbol mostrándose seguidor del Atlético de Aviación. Una vez solos, Miguel expresó su sorpresa por los conocimientos que del fútbol español tenía el inglés.

—Estos días los he pasado leyendo la prensa, mucha de ella atrasada, para ponerme al día. Un madrileño que se precie tiene que saber de fútbol y ser amante de algún equipo.

—No sé si ha sido buena idea que vinieras —dijo Miguel, volviendo a dudar.

—Puedo garantizarte que nadie me ha seguido, tranquilo.

—Este no es el Madrid de antes de la guerra. Ahora hay miles de ojos y oídos al servicio del Régimen. El dictador ha conseguido crear un país de chivatos, unos por miedo otros por convicciones, y la capital se lleva la palma. Lograr nuestro objetivo será muy complicado.

—Nunca pensé que fuera fácil. Personalmente sé que hay escasas probabilidades de que vuelva a ver Inglaterra. Pero alguien debe intentar acabar con Franco y la decisión es inquebrantable. ¿Tienes alguna duda, Miguel?

El anarquista observó con dureza a Marcus.

—Ninguna. ¿Cómo preguntas eso?

—La franqueza por delante. Ninguno de los dos puede estar dubitativo.

—Llevo años arriesgando la vida por un ideal. En África y en Francia he estado a punto de morir en numerosas ocasiones, combatiendo con uniforme extranjero, contra otros extranjeros. He vuelto a mi país para seguir luchando en la batalla más crucial: acabar con el dictador que nos robó la libertad. Si para ello tengo que perder la vida, qué más da.

—Piénsalo bien. Yo no tengo a nadie, pero tú sigues buscando al amor de tu vida. Así lo entendí en Hull, en aquel encuentro que acabó al amanecer, después de beber sin parar.

—Maldita sea. ¿Qué dije?

—Que vendrías a Madrid para buscar a María. Por eso estoy aquí, para asegurarme de que seguimos en el mismo barco.

Miguel agachó la cabeza. Cuando bebía demasiado le daba por sincerarse. Estaba avergonzado.

—Estoy dispuesto como el primer día —dijo levantando el rostro.

—Estaba convencido, pero necesitaba oírlo.

Marcus, con tanta seguridad como naturalidad pidió al camarero patatas bravas, callos y vino tinto.

—Ahora a comer y celebrar el reencuentro —anunció el inglés con alegría.

—Eres increíble. Pero ve con cuidado, que yo no tengo flema británica y puedo volarte la

cabeza —contestó socarrón Miguel.

Volvieron a cambiar la conversación en cuanto llegó el camarero, que manejaba la bandeja como un auténtico malabarista. Tan preciso como rápido, depositó el plato de comida y una botella de vino. Desapareció como una exhalación.

Miguel llenó los vasos y bebieron.

—Vamos a seguir con el plan previsto, Marcus.

EL MINISTRO DE EXTERIORES

El Estado Mayor del Ejército y la Dirección General de Seguridad mantenían informado a Franco sobre las investigaciones del caso del terrorista inglés que había logrado escapar de Barcelona y llegar a Madrid. Dos guardias civiles muertos eran prueba irrefutable de la determinación del agente y del cómplice que lo acompañaba. Encorajinado por el fallo de los servicios de inteligencia militar, el Caudillo dio órdenes tajantes para que concentraran los esfuerzos de información en la búsqueda, recordando la máxima discreción posible. Prohibió redadas masivas con personal uniformado y desautorizó al ministro de Gobernación cuando este propuso incrementar los controles policiales en las zonas más transitadas de la capital. El Caudillo estaba empeñado en mantener la aparente normalidad. Advirtió que las intenciones del desertor del MI6 nunca le quitarían el sueño, pero resultaba injustificable el ridículo que estaba sufriendo el Estado ante la imposibilidad de acabar con una situación que él definió como vergonzosa. Semejante asunto desquiciaba a Franco, empeñado en congratularse con los Aliados en aquel decisivo año de 1945 que acaba de comenzar. Advirtió a los máximos responsables de la seguridad que esperaba resultados inmediatos, pero, al tiempo, sería intolerante con cualquier medida que pudiera alertar a la población. Recordó que entonces España era observada minuciosamente por las potencias que iban a ganar la guerra mundial.

—Detengan al inglés y a sus cómplices, pero sin hacer ruido —concluyó el Generalísimo al dar por terminada la reunión con los ministros del Ejército y Gobernación, a los que hizo madrugar para presentarse en El Pardo.

El general vestía de civil. Traje chaqueta con chaleco color gris marengo, camisa celeste y corbata azul marino. En cuanto los ministros salieron del despacho pulsó un timbre dos veces y a los pocos minutos apareció un ujier portando una tisana de boldo, la planta medicinal a la que tanta fe tenía. Con la taza en la mano, pensativo, dio unos pasos y se detuvo ante la bola del mundo instalada en un lugar preferente de la estancia. Pasó una mano por el relieve de Europa y sorbió la infusión. Definitivamente Alemania estaba acabada. Pronto llegaría el momento de rentabilizar la decidida posición de neutralidad que tanto le había costado defender. De haberse dejado arrastrar por algunos de sus generales y gran parte de la jerarquía falangista que le pedían unirse a Alemania en la contienda, el proyecto del Movimiento Nacional estaría sentenciado y con él la jefatura del Estado, conseguida tras vencer en el campo de batalla. En la reflexión experimentó una sensación de satisfacción acorde con el ego que presidía sus acciones como

Caudillo.

—Excelencia, el ministro de Asuntos Exteriores —anunció el edecán tras abrir la puerta del despacho.

Franco recibió sonriente al ministro José Félix de Lequerica, germanófilo convencido al que nombró alcalde de Bilbao al día siguiente de conquistar la ciudad en poder de la República, y después lo envió a Francia como embajador. Lequerica era un lobo inteligente, para quien el Caudillo tenía pensados importantes cometidos cuando la guerra mundial finalizara.

—Mi general —el ministro se cuadró militarmente.

—Tome asiento. Voy a pedir otro boldo, ¿a usted le apetece?

—Sí, excelencia. Muchas gracias.

Franco pulsó una vez el timbre y apareció el ujier.

—Dos hierbas —dijo Franco.

El ministro abrió la cartera de mano y sacó una carpeta que contenía varios folios mecanografiados e hizo intención de entregarla.

—Deje el informe, hágame un resumen.

Lequerica, como el resto de ministros, estaba acostumbrado a la actitud del Generalísimo.

—El embajador Sangroniz ha desmentido que estuviera autorizado por el Gobierno de España en la conversación que en noviembre pasado mantuvo con don Miguel Maura, a petición de este. Al producirse aquel desagradable episodio, seguí al pie de la letra los deseos de Su Excelencia y reconvine al embajador que, de buena fe, cayó en la trampa tendida por Maura.

—Maura sabe moverse y parece que no le falta dinero.

Sonaron tres golpes en la puerta y entró el ujier con las tazas de boldo.

—Es muy depurativo y digestivo —informó Franco, mientras removía la infusión.

El responsable de Exteriores emuló los movimientos del Caudillo, ambos, como si estuvieran sincronizados, dieron pequeños sorbos a la tisana. Lequerica hizo un gran esfuerzo para ingerir el líquido caliente, consumido con deleite por Franco.

—Venga, Lequerica, prosiga.

—La falaz campaña de prensa orquestada en París el pasado 9 de diciembre ha quedado en agua de borrajas. Los franceses dieron marcha atrás asegurando que la falsa noticia de la dimisión de Su Excelencia y todo el Gobierno procedía de Londres. Pese a los claros desmentidos, el asunto ha sido aprovechado por diversos sectores de la emigración española. Revisten especial relevancia las declaraciones sensacionalistas del señor Maura, asegurando que espera respuesta de Vuestra Excelencia, después de haber entregado un escrito con ciertas consideraciones a nuestro embajador Sangroniz. Aunque en las últimas fechas parece que los sectores que depositaban cierta confianza con Maura están dispuestos a retirarla.

—Nada que temer. Maura se apunta a la euforia de los franceses que después de ser ayudados por los norteamericanos, parecen los adalides de la libertad. Durante cuatro años bien a gusto que han vivido con los alemanes. De hecho, escasa resistencia mostraron. Usted, mejor que nadie puede dar fe de ello, por su experiencia como embajador en París en todo ese tiempo. ¿Verdad, Lequerica?

—En efecto, excelencia.

—Prosiga con el informe.

—Los republicanos españoles de la emigración están intentando, sin éxito, crear una

plataforma que los integre. Pero existen demasiadas desavenencias, destacando la intransigencia del ex ministro socialista Indalecio Prieto con el que fuere presidente del Gobierno de la República, Juan Negrín. Por otra parte, los socialistas no quieren saber nada de Miguel Maura.

—Poca cosa descubre el informe. Llevo tiempo asegurando que esos equivocados que decidieron abandonar la patria nunca lograrán ponerse de acuerdo. Nada que temer.

El ministro permaneció atento a Franco, esperando a que le devolviera la palabra.

—Estoy de acuerdo, mi general. Si me lo permite, le hablaré de un personaje, el cual, creo, debe de ocupar nuestra atención. Se trata de Arturo Matas Ramis, un barcelonés de cincuenta años que ha conseguido una fortuna, a base de diversos negocios, algunos de ellos turbios. El tal Matas es elemento importante en el sostén económico de los líderes republicanos españoles asentados en París y mantiene una estrecha relación con don Miguel Maura, al que sabemos que llegó a ofrecer un millón de francos para sufragar su acción política.

—Interesante. Supongo que usted tuvo ocasión de conocer a Matas.

—Así es, excelencia. Y puedo decirle que estaba muy bien considerado por las autoridades del III Reich y del mariscal Petain. Realizaba negocios con organizaciones alemanas, muy especialmente con la Kriegsmarine, Todt y Junkers. Incluso poco antes de la liberación de París efectuó una importante operación con la sección alemana de divisas, por la que ganó varios millones de francos. Mantuvo relación económica con casas judías que le proporcionaron altísimos beneficios, incluso logró apropiarse de alguna de esas firmas como ocurrió con el establecimiento de perfumes Godet.

—Por esos mundos, siempre hay algún español que sobresale, aunque sea para mal —opinó Franco.

—Matas ha sabido engañar a mucha gente. Seguro, mi general, que le sorprenderá saber que el catalán sacó gran tajada con oficiales de la División Azul que contactaron con él, solicitando cantidades que oscilaban entre doscientos mil y trescientos mil francos, con la promesa de entrega del equivalente en pesetas en España a un cambio de quince o veinte francos por peseta. Tenemos noticias de que, en algunos casos, la contrapartida nunca fue depositada en nuestro país, a pesar de haber entregado los francos en París.

—¿Cómo es que Matas no huyó de Francia en el momento del desembarco aliado?

—Juega a todas las cartas, excelencia. Mientras hacía fortuna en el París ocupado ayudaba económicamente a la Resistencia, pero su apoyo más importante es el propio De Gaulle. Arturo Matas mantiene una estrecha amistad con el director de gabinete del general, Gastón Palewsky, de la que se vale no solamente para salvar su fortuna sino para intentar hacer política.

—Ya veo, republicano millonario carente de escrúpulos dispuesto a aprovecharse nuevamente del río revuelto de la guerra. Creo que la suerte del pícaro toca a su fin.

—Dice bien, mi general. El servicio de seguridad francés y la Prefecture parece que investigan el origen de la fortuna de Matas y el periódico *Libération-Soir* inició una campaña contra él, pero al tercer día fue cortada. Las FFI le siguen los pasos, con ganas de encontrar pruebas que lo incriminen.

—Tarde o temprano caerá —sentenció Franco.

—Sí, pero mientras tanto el catalán sigue en la línea de siempre. En lugar de esconderse o mantener discreción continúa adquiriendo notoriedad. Ahora está trabajando en el lanzamiento del periódico *Democracia*, escrito en español y francés, que se editará en el Portiques des Champs-

Elysés, 147. En el montaje ya ha invertido unos ciento cincuenta mil francos y se anuncia como director el periodista Mario de La Viña.

—Tendremos que estar atentos a las maniobras de Matas, aunque sigo pensando que toda iniciativa de ese personaje va a quedar en nada. A nosotros no nos va a afectar, aunque está bien tener información puntual —opinó el Caudillo.

—Es un individuo muy lanzado. Fue Matas quien aseguró al señor Maura que Su Excelencia enviaba un emisario a París para entrevistarse con él y tratar del cambio de régimen en España.

—Líos y embrollos del mundo político, tan pernicioso.

LA GRAN NEVADA

Carmina, la joven cuyos padres pidieron ayuda a la embajada, asimiló bien el tratamiento de penicilina y pudo curarse. Una vez más, el antibiótico del doctor Fleming vencía a la enfermedad en forma de vida. Letizia y John llegaron a tiempo con el milagroso medicamento, otros muchos nunca tuvieron tanta suerte. Dos semanas después del viaje relámpago a Barcelona un temporal de nieve y frío barrió España. En Madrid cayó una copiosa nevada el 16 de enero, y aquel día Letizia acompañó al ministro José Luis Arrese al acto inaugural del III Consejo Sindical Industrial. Parte del discurso de apertura estuvo inspirado por ella. Hizo llegar una copia al responsable del OSS, pues en aquellos momentos la inteligencia norteamericana deseaba conocer al instante la evolución doctrinal del Régimen. Arrese, con el uniforme de mandatario del Movimiento Nacional, pronunció unas encendidas palabras, que horas antes ya fueron destacadas por el teniente coronel Ebright, en la redacción de un informe. El oficial, cuyo asombró parecía inagotable, respecto al espíritu político de la España de entonces, destacó dos frases: «El capitalismo es una teoría que cree que el capital lo es todo, con olvido absoluto a los derechos del hombre». «El obrero y el técnico no venden sino ponen su trabajo: son socios que se unen al empresario para producir y forman con él una misma sociedad». Semejante teoría, de aplicarse estrictamente, suponía una auténtica revolución social. En cambio, pensó el norteamericano, el panorama real de los españoles era bien distinto, con grandes desigualdades, salarios de miseria y un hambre atroz.

El ministro salió satisfecho del cónclave sindical, donde fue largamente ovacionado, atrayendo la atención de los periódicos y la radio, que dieron cumplida cobertura. Ya en el coche oficial, que circulaba con dificultad por la gran cantidad de nieve caída en la capital, Arrese comentó con Letizia el impacto de su oratoria.

—Ese es el camino, José Luis. ¿Realmente, te dejarán jalonarlo de verdad?

—Es el espíritu de la obra del Caudillo —respondió un tanto sorprendido por la pregunta.

—Seamos sinceros, mucho camino queda por recorrer para llegar a esa meta tan hermosa que describes.

—Letizia, eres perfecta conocedora de los esfuerzos que estamos realizando desde el instante después de haber ganado la guerra.

Ella encendió un largo cigarrillo inglés, y miró a los ojos de Arrese.

—Las potencias aliadas piensan que esos esfuerzos podrían ser más. Es lo que dicen los

diplomáticos británicos y norteamericanos.

Arrese recibió con incomodidad la apreciación de Letizia.

—Franco está empeñado en llevar al pie de la letra nuestra biblia política, nosotros, desde la Secretaría General del Movimiento Nacional, tenemos una alta responsabilidad en que ese proceso sea imparable.

—Alemania está acabada —aseveró Letizia.

—Sabes cuál es mi opinión al respecto. Liquidar a ese gran país como pretenden los Aliados es una gran equivocación. En ese punto geográfico es necesario un muro de contención que pueda detener al comunismo de la Unión Soviética.

—Hitler ha hecho demasiado daño y la represalia será terrible. Alemania quedará suprimida.

—Confío en que estés equivocada, por el bien de Europa. Después de esta terrible guerra, que van a ganar angloamericanos y soviéticos, puede abrirse otro periodo igualmente incierto. La pugna por la supremacía mundial de las dos grandes potencias: Estados Unidos y la URSS.

Letizia sonrió con coquetería, intentando quitar hierro y dejando que el ministro prosiguiera.

—Recuerda el informe del comandante Carrero Blanco, subsecretario de Presidencia del Gobierno. Gran Bretaña dejará de ser el imperio que ha dirigido el mundo en los últimos ciento cincuenta años. Norteamericanos y soviéticos tomarán el relevo. Y son los propios ingleses los responsables de tal situación. Como bien dice Carrero, la negativa de Londres a buscar una paz separada con Alemania y la búsqueda de la derrota total será la derrota de Europa.

—Tal vez, José Luis, pero los alemanes es la segunda vez que incendian el espacio europeo. Esta vez el nazismo ha ido muy lejos.

Arrese pareció molestarse.

—La obra de Hitler algún día será reconocida —dijo con vehemencia.

Letizia, por prudencia, prefirió cambiar de conversación, empleando un tono distendido.

—Venga, que las divergentes opiniones sobre política no empañen un día tan hermoso como este, aunque hace un frío que pela. Hoy has estado espléndido, con un auditorio entregado.

El ministro, de forma inteligente, entró al trapo.

—Momento doblemente feliz. El Athletic de Bilbao está el primero de la liga, delante del Real Madrid, F.C Barcelona y el C.F Valencia.

* * *

Después de llevar a Arrese a la Secretaría General del Movimiento, el coche oficial la dejó en el patio de armas del Palacio de Oriente. Letizia franqueó el acceso al interior y ascendió lentamente, con elegancia, por la gran escalinata principal. Cada peldaño estaba tallado por un solo bloque de mármol. Delante iba un edecán a paso igualmente reposado. Ella alzó levemente la vista y contempló los frescos de la bóveda, alegoría a la grandeza de la Monarquía y de la Iglesia, obra de Corrado Giaquinto. En la primera planta admiró la riqueza artística del Salón del Trono, con el techo decorado con la Glorificación de la Monarquía, pintado por Triépolo a mediados del siglo XVIII. Las lámparas eran arañas de cristal de roca veneciana y terciopelo rojo que revestían las paredes, salpicadas con profusión de espejos que llamaron la atención de Letizia.

El edecán esperó respetuoso a que la dama satisficiera su curiosidad y después la condujo hasta la puerta de la Capilla Real, situada en el centro del lado norte de la planta principal. Letizia sacó del bolso una mantilla con la que se cubrió y entró en el recinto sagrado. Frente al altar del Evangelio, en la zona norte, reconoció a la figura de Francisco Franco Salgado-Araujo, rezando en un reclinatorio. Llegó junto a él, hizo una genuflexión mientras se santiguaba, y permaneció de pie. El primo de Franco acabó las oraciones, guardó el rosario que llevaba en las manos y, con un gesto indicó que debían ir a un banco próximo al atrio.

—No logro superar la muerte de mi hijo —confesó Pacón, mientras Letizia le apretaba las dos manos con cariño.

En abril de 1944 murió el único hijo varón del secretario del Caudillo, víctima de la difteria, con tan solo año y medio.

—La maledicencia carece de fronteras. Siento que algún desalmado intentara manchar nuestro buen nombre. Siempre digo que la mentira tiene las patas cortas, por fortuna así ha sido.

—El chisme iba dirigido a mí, Pacón. En aquel momento tuvimos la gran suerte de que doña Carmen Polo hizo oídos sordos y atajó los comentarios que le llegaban. No fueron días cómodos, sin embargo la primera dama tuvo atenciones conmigo.

—Franco nunca me ha comentado nada, nos conocemos demasiado bien. Y sí, tuvimos la suerte de cara con Carmen, cuyo carácter es especial.

—En la fiesta de Nenuca estuvo distante, evitó saludarme. Parece que le molesta mi relación con John Graves.

—Es una mujer muy influenciable, y de eso es consciente el Generalísimo, que la deja hacer, pero hasta cierto punto.

—Debo confesar que estoy un tanto preocupada por lo que pueda llegarle a doña Carmen, desde ciertas personas intoxicadas por los servicios de inteligencia alemanes. Los nazis están bastante molestos por la relación que mantengo con la embajada de los Estados Unidos.

—Puedes estar tranquila, mi general valora el papel que estás desempeñando con nuestros amigos americanos. Es más, le ha gustado tu gesto de viajar hasta Barcelona para obtener penicilina con la que han logrado salvar a una joven madrileña —informó Franco Salgado-Araujo.

Letizia sonrió, las palabras del secretario del Caudillo en nada la sorprendieron. El militar, lanzó una mirada afectuosa y continuó hablando casi en un susurro, en respeto al lugar sagrado.

—Parece que los agentes alemanes permanecen atentos a tus movimientos, pero ya a penas les quedan alas. Los acontecimientos bélicos están definiendo claramente la inminente derrota de Alemania. Los espías nazis no son nadie, y debo confesarte que desde la cúpula militar tal circunstancia causa alivio. En estos años de guerra la Gestapo y las SS han cometido excesos en nuestra patria, por los métodos y la forma de perseguir a sus adversarios, que han llegado a comprometer al Caudillo.

—Celebro que, por fin, exista un reconocimiento de los abusos de los nazis —dijo Letizia.

—A nadie escapa la admiración del Generalísimo por el Ejército y el pueblo de Alemania, así como la gratitud siempre expresada por la ayuda de Hitler en nuestra guerra de liberación. Pero puedo asegurarte que detesta la política del Partido Nazi y la ilimitada ambición del Führer, un cabo de la Gran Guerra en el papel de Generalísimo. Franco rechaza los métodos de mando del mandatario alemán y su odio al pueblo judío.

—Los ejércitos aliados van encontrando pruebas sobre un posible holocausto diseñado por los nazis.

Pacón se quitó las lentes y exhaló el aliento humedeciendo los cristales que limpió con un pañuelo de hilo blanco, perfectamente planchado y almidonado.

—El Caudillo, en contra del deseo del Gobierno alemán, autorizó, sin ningún reparo, que las personas de raza judía, huidas de Alemania y refugiadas en Francia, en los momentos de la ocupación pudieran establecerse en nuestra patria. El entonces ministro de Asuntos Exteriores, Serrano Suñer, intentó hacer cambiar de opinión a mi general. El cuñadísimo fracasó.

El general Franco Salgado-Araujo, al igual que la mayoría de jefes del Ejército español, nunca vio con buenos ojos a Ramón Serrano Suñer, defensor a ultranza de la participación de España en la guerra mundial. Casado con Zita Polo, hermana de la esposa de Franco, gustaba de hacer notar cierta superioridad intelectual ante los militares. Ello, unido a su escandalosa vida personal, provocaba inquina hacia Serrano Suñer desde los círculos castrenses más próximos al Caudillo. Su romance con la elegante Sonsoles Icaza, Marquesa de Llanzol, era un secreto a voces entre la alta sociedad madrileña.

—El Generalísimo ha defendido a ultranza la neutralidad, ni siquiera las promesas territoriales de las potencias del Eje hicieron variar nunca su opinión. Así me lo ha dicho en reiteradas ocasiones.

—La resolutiva posición del general Franco beneficia ahora a España, que se enfrenta a un nuevo orden mundial. Las reglas del juego van a ser otras.

Letizia realizó el comentario cargado de intencionalidad, a la espera de la reacción de Pacón. El militar la miró con resolución y, sin poder evitarlo, levantó el tono de voz.

—Nos toca vivir, una vez más, momentos transcendentales para España. Desde dentro y fuera existen importantes movimientos de desestabilización. Ya le he dicho en varias ocasiones al embajador Hayes que mientras esté el Caudillo no habrá cambio político y mucho menos levantamiento alguno.

Era la primera vez que a la persona más próxima a Franco, con la que gozaba de confianza, le oía descartar categóricamente cualquier cambio en el entonces modelo del Estado español. Pacón siempre había sido cauto, evitando pronunciarse. Estaba claro que el Caudillo estaba dispuesto a seguir gobernando con mano de hierro, contra viento y marea. Letizia guardó silencio, dejando que el general continuara.

—Están equivocados quienes se hacen ilusiones de una restauración monárquica en un régimen liberal. De no haber fallecido Su Majestad Alfonso XIII, la restauración podría ser posible, sobre las bases del Movimiento Nacional. Siempre con las garantías de que no pudiera darse una monarquía similar a la de la Constitución de 1876, que dio paso a la nefasta República.

Letizia no pudo evitar la pregunta.

—¿Cómo estás tan seguro de la actitud que le suponías a Alfonso XIII?

—Era incondicional del Generalísimo. No le dolieron prendas en hacerlo saber mediante carta manuscrita al propio Franco, cuando este cosechó el triunfo absoluto de la Cruzada.

—¿Y su hijo, Donjuán de Borbón?

—Está mal aconsejado. Mantiene a una camarilla de desagradecidos con Franco que están influenciando negativamente en Su Alteza Real. Las informaciones que nos llegan resultan poco alentadoras.

—Puedo decirte que los norteamericanos, diga lo que diga la prensa extranjera, no están por apoyar a Don Juan.

—Estoy enterado, Letizia. Sabes que soy amigo personal del embajador Hayes, un caballero al que admiro, que ha realizado una gran labor en el fomento de las relaciones de amistad entre las dos naciones. Veremos cómo nos va con su sustituto.

—Norman Armour es diplomático de carrera, de Nueva Jersey. Está previsto que presente sus credenciales el 24 de marzo.

—Siempre bien informada.

Letizia volvió a mostrar la sonrisa que la hacía ser tan cautivadora.

—Sí, y de momento creo que el padre Molina va a quedar al margen.

El comentario logró despegar un atisbo de mueca irónica en el serio rostro de Pacón.

—Ha sido providencial que mister Hayes resultara un devoto cristiano y que contara con el padre Molina como confesor personal. Precisamente fue el sacerdote quien me presentó al embajador al poco de ocupar el cargo en Madrid, en junio del 42. Durante estos años coseché una sincera amistad con el embajador, que solía mandarme valiosos informes para que los comentara con el Caudillo. Su marcha resulta una gran pérdida para España.

—El presidente Roosevelt mantendrá las buenas relaciones con El Pardo.

—Estoy convencido, pero es un hombre enfermo. En cualquier momento podría ser relevado, pese a que en noviembre pasado volvió a ganar las elecciones convirtiéndose en el único presidente norteamericano con cuatro mandatos. Por ello, Letizia, tú juegas un decisivo papel con el nuevo embajador. El Generalísimo sigue depositando la confianza en ti. Ahora más que nunca.

CINE RIALTO

La cita era en el cine Rialto, la suntuosa sala de la Gran Vía. El invierno continuaba gélido y aquella tarde de finales de febrero las temperaturas estaban realmente bajas. El golpe de calor que recibió Miguel cuando entró en el vestíbulo, presidido por una señorial escalera de mármol blanco, fue tan reconfortante como los recuerdos que comenzaban a agolparse en su mente. Admiró una vez más la belleza de la sala, inaugurada quince años antes, inspirada en los cines Paramount y Roxy de Nueva York. Observó la vidriera emplomada del techo y pareció ver reflejado el rostro sereno de María. Habían transcurrido más de dos meses desde la llegada a Madrid y nada sabía de ella. Cada día recorría cafeterías y zonas comerciales del centro, atento a cualquier rasgo conocido, con la convicción de que María, tras los avatares de la guerra y el incierto destino de los vencidos, seguramente tendría un aspecto distinto, tal vez prematuramente envejecido, víctima de no pocos sufrimientos. Claro que, pensó turbado, podía estar en la cárcel de mujeres, humillada, vejada, con el pelo rapado. Cualquier posibilidad cabía, pero muerta jamás, convino mentalmente, mientras se dirigía al imponente patio de butacas, abarrotado de público, para ver la proyección de «Hace un millón de años», con Víctor Mature y Carole Landis, que había llegado a las pantallas españolas con cinco años de retraso.

Dio una propina al acomodador, un tipo circunspecto que en la solapa de la chaqueta lucía el emblema de Falange. Llevaba una localidad de pasillo, en las últimas filas, y permaneció muy atento a las cientos de personas que en breves minutos llenaron el cine. Debajo de la chaqueta ocultaba la pistola, siempre con un cartucho en la recámara, y en el bolsillo interior del abrigo reposaba una granada de mano, de pequeñas dimensiones pero de gran capacidad destructiva. El abrigo lo puso plegado sobre sus piernas y una vez apagadas las luces quedó sorprendido con los anuncios del NODO, el noticiario creado por el Régimen de Franco. El informativo oficial, de obligada proyección en todas las salas, dedicó un espacio a Alemania que dejó atónito a Miguel. Los nazis estaban a punto de perder la guerra y quedar reducidos a la nada y esa gente del Movimiento Nacional seguía empeñada en ver otra realidad, pensó el militar republicano.

Apretando los dientes, pues el cuerpo le pedía levantarse y gritar con todas sus fuerzas que aquello era un montaje, vio unos fiases de la gran función del circo alemán Sarrasani en Berlín organizada por el jefe de la Juventud del Reich, a fin de distraer y dar moral a los combatientes más jóvenes y sus familias. A continuación el noticiario ofreció un reportaje sobre los ataques de las V-l, conocidas como bombas volantes, sobre Bélgica. Y en esa ocasión la inquietud de Miguel

quedó aplacada al ver que, sorprendentemente, la información era sobre la respuesta artillera antiaérea de los Aliados, que derribaron varios de los ingenios en los que Hitler había depositado toda la fe para alterar la marcha de la contienda. Pese a que el espacio propagandístico siguió con imágenes de una ofensiva alemana en el frente oriental destacando diversos planos de «vehículos bolcheviques» destruidos y la condecoración a un general ruso desertor, enrolado en la Wermacht, Miguel advirtió que algo estaba cambiando en los intereses del Caudillo. Además de los estragos aliados a las V-l, el NODO dedicó unos estimables minutos al homenaje que la Reina de Inglaterra ofreció a las mujeres de Londres por su labor contra los incendios provocados por los ataques de la aviación nazi. Franco se acercaba a los Aliados, pensó.

En el descanso que precedió al NODO, Miguel Campos dejó la butaca y con el abrigo por encima de los hombros encaminó sus pasos hacia los urinarios de la primera planta donde una pared, como en el resto de niveles, estaba adornada con pequeñas fuentes de metal dorado y alabastro. Aquella decoración lo volvió a trasladar siete años atrás, en la primavera de 1938, cuando con ocasión de pasar unos días de permiso en Madrid, en los que no cejó de buscar a María, fue invitado a un pase especial del estreno de «Tierra española», el documental de Ernest Hemingway. Tras la proyección del film en la Casa Blanca, el presidente Roosevelt dijo entonces que era la película que todo el mundo tenía que ver para comprender el drama español. Aquel recuerdo provocó una amplia sonrisa en Miguel. El que en el otoño de 1936 llegó a Madrid desde Barcelona con la Columna Durruti, aún se desternillaba al pensar que la película de Hemingway identificaba las sardanas como música tradicional de la capital de España y las tropas del Ejército Popular de la República desfilaban al son de una marcha procesional de Semana Santa. «Esos americanos», musitó. Y, de pronto, lo vio. Era Octavio, el compañero junto al que había combatido hasta el final de la guerra. La última vez que se vieron fue en Pozo Blanco, tras la definitiva derrota del ejército de la República en la batalla de Extremadura. Octavio, como su comandante en jefe, el general Antonio Escobar, decidió rendirse a las tropas nacionales del general Yagüe y tuvo suerte. Escobar no, Franco lo mandó fusilar en Montjuïc.

Octavio parecía un anciano, pero había conservado la vida y era libre. Pasó por varios campos de concentración. Cumplió tres años de reclusión y fue liberado. Trabajaba en el Rialto como maquinista de proyecciones. Profesión que ya ejercía antes de la guerra civil en Valladolid, de donde salió huyendo, en los primeros momento del alzamiento militar, para unirse a las milicias que defendían Madrid. Consiguió el puesto gracias a los contactos del señor de la casa en la que trabajaba su mujer como doméstica, un banquero de vena monárquica. Sagrario, su esposa, colaboraba en la parroquia del barrio y él la acompañaba a misa los domingos. A ojos del Movimiento Nacional Octavio Morales era un rojo rehabilitado, un arrepentido que llevaba una vida ordenada. Uno más de tantos cientos de miles de teóricos rehabilitados, integrados en la sociedad que dirigía el nacionalsindicalismo. La actitud de Octavio era pura apariencia. A espaldas de Rosa, y escudándose en los horarios del cine, participaba activamente en una célula de la resistencia antifranquista que proporcionaba información y soporte a la guerrilla urbana.

Al verse, los compañeros de armas sintieron emoción, pero ni siquiera cruzaron una palabra. Los urinarios comenzaron a llenarse pero en pocos minutos quedaron desiertos mientras sonaba el timbre que indicaba el comienzo de la película. Disimuladamente lograron quedarse solos. Octavio con un gesto indicó a Miguel que lo siguiera. Entraron por un estrecho pasillo que culminaba con una puerta de metal, el maquinista sacó una llave, abrió y entraron. Era un

pequeño almacén auxiliar cerca de la cabina de proyección, en ese instante atendida por el ayudante. Octavio encendió la luz y abrazó a su amigo, ambos rompieron a llorar.

—Aquí estamos seguros —dijo Octavio y volvió a abrazar a Miguel.

Los sentimientos estaban desbordados. Tras unos minutos de abrazos, apretones de manos, exclamaciones y lágrimas, los dos hombres recobraron la realidad.

—No quiero tardar demasiado en volver a la cabina, el compañero es de confianza, pero en estos tiempos uno tiene que estar muy alerta. Ni de tu sombra puedes fiarte —dijo Octavio.

—En los dos meses que llevo en Madrid he podido comprobar el férreo sistema policial, que pretende controlarlo todo. El día que llegué, un presentimiento hizo que desestimara ir a la dirección que hicisteis llegar a Francia.

—Menos mal, compañero, porque aquel sitio cerca de Fuencarral hace dos semanas fue descubierto por la Policía. Nos van pisando los talones. Con la liberación de Francia les ha cogido un especial miedo. Un vecino que es policía armada comentaba el otro día que están en estado de máxima alerta, en las comisarías no paran de repartir fotografías de posibles terroristas. Compañeros que, como tú, combaten con los Aliados o con la Resistencia y que ahora temen que vuelvan para poner bombas en lugares públicos o intenten cargarse a Franco.

—Pues no van mal encaminados —aseveró Miguel.

—Vamos a darlo todo por la libertad, compañero.

—Hasta la vida, que no es nada —concluyó Miguel con media sonrisa.

Octavio hurgó en el bolsillo de la chaqueta y le entregó al amigo un papel doblado en el que estaba escrita una dirección.

—Las señas de la buhardilla, el portero de la finca es de los nuestros, de máxima confianza. Desde ese lugar a Franco lo tendrás a tiro. Ahora tenemos que irnos.

Miguel memorizó la dirección, encendió una cerilla y prendió la nota.

* * *

El 25 de febrero de 1945 la noche estaba siendo fría. Miguel levantó las solapas del abrigo y salió taciturno del cine Rialto. El encuentro con Octavio había sido breve, el tiempo necesario para abrazarlo y conocer la dirección de un piso franco. Ya en la acera, de repente quedó inmovilizado ante la imagen de la Gran Vía con la circulación retenida por controles de la Guardia Civil y la Policía Armada. En las aceras grupos de falangistas empuñando pistolas solicitaban la documentación a los viandantes. Algo importante había pasado, dedujo Miguel. Con aparente naturalidad preguntó a un policía.

—Los terroristas rojos han perpetrado un atentado terrorista en un local de Falange en Cuatro Caminos, hay varios muertos —informó el agente del orden.

Miguel decidió apretar el paso y dirigirse al hotel, al día siguiente la radio y los periódicos informarían con detalle.

Dos falangistas muertos informaron Radio Nacional y la prensa escrita. El Régimen aprovechó el suceso para destacar los horrores del comunismo. Horas después del ataque de la denominada Agrupación de Guerrilleros de Ciudad de Madrid, las autoridades movilizaron a

doscientas cincuenta mil personas que manifestaron su repulsa recorriendo la Plaza de París, las calles Génova y Monte Esquinza. El vasto aparato policial creado por el general Franco quedó activado para detener a los autores. Miguel maldijo su suerte, y pensó que el precio por eliminar a dos falangistas anónimos iba a ser muy alto. Aun desconocía que los autores eran ex combatientes de la Resistencia francesa, al mando del teniente coronel de las FFI José Vitini que, como él, había cruzado clandestinamente los Pirineos.

EL JINETE FRANCO

Franco mandó colocar una silla de montar sobre un armazón de madera en forma de lomo de caballo, e hizo instalar el ingenio en un extremo de su habitación. En pijama, antes de acostarse utilizaba un taburete para auparse a la falsa grupa, donde pasaba un rato leyendo. Por la mañana realizaba ejercicios simulando el trote, dejando caer las posaderas, una y otra vez. El tratamiento del doctor de Leza resultó un éxito, y el Caudillo pretendía endurecer el bajo vientre, antes de practicar equitación por las inmediaciones de El Pardo. El 1 de abril, Día de la Victoria, estaba próximo y el general pretendía sorprender pasando revista a las tropas a las riendas de un caballo de pura raza española.

Durante unos días Madrid fue una ciudad colapsada por la nieve. Numerosas personas murieron de frío. El Caudillo no estaba satisfecho con aquella situación. El pueblo español llevaba demasiado tiempo sufriendo por necesidad y represión. El dictador se aferraba a un código particular que le permitía seguir gobernando desde el totalitarismo. Pasados seis años del final de la guerra continuaban cumpliéndose las sentencias de muerte. A los colaboradores incondicionales les hablaba de la gran capacidad de sacrificio de los españoles, rememorando gestas históricas como el descubrimiento de América, las conquistas coloniales cuando España era un imperio en el que nunca se ponía el sol, la Guerra de la Independencia y lo que él denominaba la Cruzada de Liberación. En uno de los encuentros con el embajador norteamericano, en presencia de varios influyentes colaboradores de El Pardo, Franco mostró a mister Hayes un listado de personas juzgadas por tribunales militares, con la consiguiente relación de delitos por los que eran condenados. El diplomático revisó la documentación oficial y dijo tajante que en Estados Unidos los enviarían a la silla eléctrica. Con suma satisfacción el Generalísimo aseguró que eran los que había indultado. Estrategia de viejo zorro sanguinario.

Finalizado el ejercicio matutino en la silla de montar, Franco pasó por el baño. Un asistente le ayudó a ponerse el uniforme de capitán general del Aire. Como tenía costumbre desayunó de forma frugal, un vaso de leche templada y una magdalena. Con paso decidido se dirigió al despacho oficial. En la antesala esperaba el comandante de la Guardia Civil Eusebio Torres, responsable de su seguridad personal, desde el golpe de Estado del 18 de julio de 1936, cuando aún era teniente. El Generalísimo tenía confianza ciega con aquel militar.

—Buenos días, Torres.

—A la orden de vuecencia, mi general.

—Siéntese y cuente.

—Estamos un tanto preocupados por la seguridad de Su Excelencia.

—El jefe de la Casa Militar, general Muñoz Grandes, no ha dejado de insistir en que desista de pasar revista a caballo en la parada previa al desfile del Día de la Victoria. Ahora lo mandan a usted.

—Disculpe mi general, pero…

—No se esfuerce, Torres, la decisión está tomada.

—Puedo hablar, excelencia.

—Pues claro, usted y yo hicimos la guerra juntos.

—Siguen sin aparecer los terroristas que asesinaron a dos falangistas en Cuatro Caminos.

Franco interrumpió al subordinado.

—Esos rojos de la guerrilla tienen bastante trabajo en esconderse. Pronto caerán en nuestras redes.

—Mi general, hay otro asunto que nos preocupa.

—Diga.

—Recordará que a finales de diciembre un agente inglés descontrolado logró escapar del puerto de Barcelona, llegando a Madrid. Él y su cómplice mataron a dos guardias civiles. Han pasado varios meses y sigue sin haber rastro de los terroristas.

—Esos también están escondidos, aunque lo tienen más fácil. Pero serán detenidos.

—Opino, excelencia, que debería reconsiderar el uso del caballo…

El Caudillo volvió a cortar al comandante Torres.

—¡Ya basta! Comunique a quienes lo han enviado que voy a mantener el programa previsto.

—A la orden, mi general.

—Torres, usted y yo nos conocemos mucho. Como compañero de armas, ¿cree que puedo sucumbir al miedo de un posible atentado y renunciar a una decisión tomada con la convicción de que es la adecuada?

El fiel colaborador realizó un leve gesto asintiendo las palabras de Franco, dejando que continuara con la diatriba.

—Los españoles necesitan confianza plena en su Caudillo. Pasar revista a caballo es un símbolo de liderazgo encaminado a transmitir la seguridad plena de quien rige el destino de España. Créame, Torres, no se trata del capricho ecuestre de un veterano general. Debo hacerlo y lo haré. Como en otros muchos momentos en los que he servido a la patria, asumiré con entereza los riesgos inherentes.

—Excelencia, si me permite.

—Por supuesto.

—Nuestra preocupación, más allá de los sentimientos personales, que son muchos, está en preservar plenamente el rumbo de la patria, del que vuestra excelencia es insustituible timonel.

—Gracias, de verdad. Esté tranquilo, desde que era un inexperto oficial salido de la academia y destinado en África, he visto pasar la muerte a mi lado muchas veces, pero, por fortuna, no me ha reconocido.

El general Franco quedó mirando con afecto a quién era su sombra en los últimos nueve años.

—Ah, Torres. Mañana comienzo las prácticas de equitación, usted me acompañará.

—Será un honor, excelencia.

—Puede retirarse.

ENCUENTRO CON LETIZIA

A Miguel los contactos de negocios le estaban dando resultados. En la España sumida en la crisis del aislamiento y las consecuencias de la reciente guerra civil ciertas operaciones empresariales ofrecían buenos beneficios, propiciando una nueva clase de ricos ocasionales que florecían en torno al poderoso aparato del Régimen. El mercado negro era la vía más lucrativa. Personajes carentes de escrúpulos hacían fortuna a costa de la necesidad de millones de españoles. 1944 fue un año especialmente duro para la mayoría de ciudadanos. En cambio Miguel vivía una gran contradicción, se repetía a sí mismo. Él estaba inmerso en un mundo de privilegios y lujos que, en ocasiones, llegaba a superarlo. Solo la férrea determinación de cumplir la misión que lo había llevado a Madrid impedía que acabara disparando a los especuladores con los que mantenía relaciones comerciales, que le proporcionaban excelentes ingresos a Arturo Matas. Aquello le parecía vomitivo, pero tenía que seguir interpretando la gran farsa de su vida. De cara a los demás era un empresario chileno que apostaba por un país necesitado de ayuda exterior para dar salida a sus productos y poder importar materias primas.

La dirección proporcionada por Octavio resultaba vital para ejecutar el plan diseñado con el objetivo de acabar con el Caudillo. Si él fallaba, Marcus, el hermano de sangre, culminaría el atentado. Primero lo intentaría Miguel, así estaba decidido. Pensativo entró en el hotel Palas, era viernes y ese día de la semana las fiestas sociales solían ser frecuentes en aquel emblemático establecimiento. Anduvo directo a la recepción para recoger la llave de la habitación, cuando una voz conocida resonó a su espalda.

—¡Miguel!

Era el abogado falangista que trabajaba para Arturo Matas.

—¿Qué tal, Fidel?

—He preguntado por ti y me han dicho que habías salido. Qué bueno encontrarte. Ven conmigo a una fiesta y conocerás a unos amigos.

—Ya sabes que las fiestas me gustan poco, además no voy vestido para la ocasión —Miguel intentó zafarse de la invitación, pero supo enseguida que le sería imposible.

—La fiesta es aquí en el Jardín de Invierno. Así que sube a la habitación, acicálate que yo espero en la puerta del ascensor.

Miguel respiró, iba armado.

—Voy, por no hacerte un feo. En unos minutos estoy listo.

—Ya verás cómo te va a encantar la que han organizado. Ah, igual surge algún negocio.

Miguel llegó a la habitación, abrió la caja fuerte y depositó las armas. Entró en el bañó, donde se afeitó y disfrutó de la ducha. Del armario eligió un traje negro, camisa blanca y una corbata en tonalidades azules. Los zapatos, negros, los limpió con esmero. El impecable estado del calzado era una de las cosas que le había recalcado Matas al darle unas nociones de cómo vestir y comportarse entre importantes hombres de negocios. Miguel estaba llevando a la práctica, con meticulosidad, cada una de las indicaciones del catalán. En el tiempo que llevaba en Madrid había logrado transformar de tal manera el comportamiento que, en ocasiones, ni él mismo se reconocía. Con semejante cavilación cogió el ascensor y notó que el corazón comenzó a acelerarse; la inesperada fiesta le causaba gran intranquilidad.

—Estás hecho un brazo de mar —dijo sonriendo Fidel en cuanto Miguel salió del ascensor.

El ex soldado de La Nueve simuló euforia y abrazó al compañero de trabajo.

—Venga, Fidel, vamos a divertirnos.

—¡Así me gusta! Fidel presentó a Miguel a los organizadores del evento, dos hermanos que antes de la guerra trabajaban en un matadero. Desde entonces habían hecho una fortuna especulando con carne de estraperlo y estaban ampliando el negocio, intentando importar productos cárnicos congelados desde Argentina. Asesorados por un bufete de abogados pretendían diversificar los negocios e introducirse en el mercado energético y de materias primas. Preveían que la guerra estaba a punto de finalizar, abriendo un prometedor horizonte de oportunidades. Miguel quedó sorprendido por la presencia de militares y cargos del Régimen, luciendo los uniformes.

Con la lección aprendida, Miguel procuró no adentrarse en conversaciones. En cuanto pudo se desmarcó de Fidel, que estaba como pez en el agua, derrochando don de gentes e intentando convencer a los millonarios carniceros para que participaran en alguno de los negocios de Arturo Matas en Sudamérica. Con una copa de champán en la mano Miguel logró permanecer en solitario en un extremo del Salón de Invierno, con la mirada puesta en el amplio pasillo que conducía a diversos salones del hotel. Entonces la vio.

Estuvo a punto de derrumbarse. Aquella mujer elegante que pasaba a unos metros de él era María, estaba seguro. Muy cambiada, pero era María. O tal vez no. Demasiado elegante, demasiado señora. Además, dijo para sí en milésimas de segundo: ¿cómo una miliciana anarquista podía convertirse en una dama distinguida a la que acompañaban varios uniformados del Movimiento Nacional? El corazón le decía que era María. El Palas era el último lugar del mundo donde pensó que podría encontrar al amor de su vida. Era ella, era ella, volvió a insistir en su interior. En el primer momento el cuerpo quedó paralizado. Pero reaccionó enseguida. Y fue tras los pasos de María.

El salón más próximo al Jardín de Invierno estaba abarrotado por los asistentes a un acto presidido por el ministro José Luis Arrese. Allí entró María. Miguel detuvo sus pasos, pensado qué podía hacer. Estaba poniendo la vida en riesgo y lo que era peor, si en aquel avispero de franquistas alguien lo reconocía no tenía escapatoria. Pero el deseo por el reencuentro con María era superior a cualquier reflexión racional. Entonces decidió arriesgarse. Al fin y al cabo si ella resultaba ser otra mujer no lo reconocería. Si era María y lo delataba, qué más le daba morir. La misión de acabar con Franco la materializaría Marcus, de eso estaba seguro. Realizó un ejercicio de concentración y, con gran aplomo, dirigió sus pasos hacia la recepción oficial.

Sorprendentemente nadie le franqueó el paso, entró y eligió un lugar discreto de las últimas filas. Escrutó el salón y allí estaba, en un lugar preferente. Sí, era María, no había ninguna duda. La miliciana que le había robado el corazón, ocho años después estaba transformada en otra persona, sin duda muy próxima al Régimen contra el que lucharon juntos en las trincheras de Madrid. ¿Qué había pasado? Tenía que abrir los ojos, estaba enamorado de una impostora, una espía. Esa era la respuesta, no podía existir otra razón. En aquel momento tuvo la reacción de salir, entonces se dio cuenta que María lo estaba mirando. Él, conmocionado, le mantuvo la mirada y quedó allí, inmóvil, paralizado por una colosal fuerza interior. En semejante estado permaneció hasta que finalizaron los parlamentos, perdió la noción del tiempo. Cuando quiso reaccionar, ella estaba frente a él.

—Gracias por su asistencia —le dijo Letizia mientras le tendía la mano y una lágrima recorría la mejilla.

Miguel estaba colapsado; durante unos segundos la miró sin pronunciar palabra.

—¿Está usted hospedado aquí? —preguntó ella con voz que quería ser firme.

—Sí, en la 315 —dijo sorprendido por la pregunta.

—Me voy en un momento. ¿Y usted?

—Ya me iba.

—Igual nos vemos muy pronto, adiós —Letizia apretó la mano de Miguel, y este pareció entender.

Salió al pasillo y experimentó un estado cerca de la alucinación. Ni en las situaciones más comprometidas, en las que estuvo en juego la propia vida, sufrió un momento emocional tan desconocido, que lo situaba entre el miedo, la excitación y la desazón. Como un autómata caminó hasta el ascensor que lo llevó al tercer piso. Entró sin saber qué hacer. Intuitivamente dejó el pasaporte de la República de Chile en la mesilla de noche. Esperó de pie, dando pequeños círculos en el limitado espacio de la estancia.

Letizia tuvo que hacer acopio de los innumerables recursos aprendidos en el adiestramiento como agente secreto, que durante varias etapas cumplimentó durante los viajes anuales que realizaba a los Estados Unidos para reunirse con la familia materna. Aquel encuentro superaba con creces cualquier supuesto previsto para el control del comportamiento humano. Miguel estaba allí. El anarquista al que seguía amando aparecía vestido como un hombre de negocios en el Palas. Acaso estaría soñando. Pero no, no era un sueño. Desafiando cualquier atisbo de precaución deseable subió por la escalera interior hasta la tercera planta.

Miguel escuchó los golpes en la puerta y abrió. Letizia entró como una exhalación.

—María, María —ambos quedaron fundidos en un abrazo.

Abrazados, en silencio, pasaron incontables minutos. Poco a poco separaron los cuerpos y fueron mirándose. Estaban tan cambiados. Sobre todo ella. Ambos pensaron lo mismo. Ocho años atrás eran dos combatientes de la CNT-FAI que habían hecho el amor por última vez en un piso de la calle Alcalá. Los dos habían sobrevivido a la guerra y reaparecían elegantemente vestidos, en uno de los más lujosos hoteles de Madrid. Ni siquiera conservaban la identidad con la que se enamoraron. Eran unos desconocidos, aunque los corazones permanecían unidos y latieron con fuerza mientras Miguel cogió las manos de ella. Embargados por la emoción no sabían qué decir. Los cuerpos deseaban fundirse, al tiempo que la emoción ejercía de barrera insalvable. Resultaba tan maravilloso y extraño a la vez. Tenían que contarse infinidad de cosas,

muchas de ellas difíciles de explicar, de entender. Nunca llegaron a pensar que el reencuentro, que siempre intuyeron, pudiera producirse en semejantes circunstancias. Lloraron de emoción sin dejar de mirarse, apretando las manos.

—Te he visto en el desfile de la liberación de París —dijo, al fin, Letizia, con lágrimas surcando las mejillas.

Él sonrió y volvió a abrazarla.

—Cuando te encontré en una revista del Ejército norteamericano, resultó el momento más feliz de mi vida.

Miguel besó la frente de Letizia y le secó las lágrimas.

—¿Esto no es un sueño, verdad María?

—No, no lo es. Me llamo Letizia.

Él hizo un gesto de asentimiento antes de responder.

—Para mí siempre serás María, la compañera anarquista que me robó el corazón.

—Nunca fui anarquista, trabajaba para Franco.

—¿Ahora también? —preguntó él sin mostrar inquietud.

—Sí, soy colaboradora del ministro secretario del Movimiento Nacional.

—¿Entonces estoy perdido, me vas a denunciar? —interrogó con pasmosa tranquilidad.

Letizia reaccionó abrazando a Miguel.

—¿Cómo puedes pensar semejante cosa? ¡Nunca he dejado de amarte!

Miguel la apartó suavemente y mostró severidad en el rostro.

—Sigo amándote como el primer día. Pero compruebo que he vivido engañado durante estos años de anhelos y esperanzas. Un terrible engaño.

Acabó por separarse de ella y se puso en pie.

—Es la mayor desgracia que me ha podido ocurrir. Representas a lo que más odio.

Letizia esperaba aquella reacción. Conocía las convicciones de Miguel y si entonces se encontraba en España, abandonando al Ejército de la Francia Libre, era por algún motivo realmente importante. Pero fuere cual fuese la causa de su presencia, a ella solo le importaba que estaban otra vez juntos. Y no lo quería perder.

—Entiendo tu actitud. Necesitamos hablar…

—¡Ya hemos hablado! ¡He vivido engañado tantos años! —Miguel hizo ademán de dirigirse a la caja fuerte donde guardaba las armas.

Alarmada por el repentino estado de él, Letizia decidió actuar.

—Tranquilízate, soy agente del OSS norteamericano. Pero, sobre todo, te amo.

Miguel giró sobre sus pasos y dejó caer el cuerpo sobre la cama. Letizia rodeó los hombros de él con el brazo derecho y le besó suavemente las mejillas. Con voz pausada resumió los acontecimientos ocurridos en su vida, antes y después de conocerse. Miguel permaneció callado, sintiendo el calor y el agradable aliento de Letizia. Las palabras de ella lo reconfortaron.

—Debo irme, me habrán echado en falta y puede ser peligroso.

—Ahora soy ciudadano chileno —él mostró el pasaporte que había dejado sobre la mesilla—, me llamo Augusto Méndez. Hago negocios con un abogado falangista, ambos trabajamos para un amigo mutuo de París.

Letizia besó en la boca a Miguel. Abrió el bolso, sacó una tarjeta de visita y una estilográfica con la que anotó una dirección.

—Mañana, a las cinco de la tarde, la puerta estará abierta.

Volvieron a abrazarse antes que de que Miguel inspeccionara el pasillo con la puerta entreabierta, pudiendo cerciorarse de que no había nadie. Letizia salió apresurada y descendió por la escalera. Al tiempo, en la cuarta planta, apareció proyectada en la pared la sombra recortada de alguien que se movía con sigilo.

EL CELOSO INSPECTOR

El comisario Laureano Buendía estaba indignado por la injerencia del Servicio de Información Militar en las pesquisas sobre la extraña muerte del alemán aparecido en la Casa de Campo. El informe forense había sido concluyente, apuntando a la ingesta de cianuro como la causa del fallecimiento, señalando que el cadáver fue trasladado hasta el lugar donde lo encontró un guarda parque. El caso apuntaba a una *vendetta* entre agentes de la inteligencia nazi, y dado que nadie reclamó el cuerpo, además del poco interés demostrado por la embajada de Alemania, la cúpula del SIM forzó a la Dirección General de Seguridad a cerrar el caso por falta de pistas. Buendía sí sabía dónde investigar, pero las altas instancias decidieron que el asunto estaba cerrado. En el domicilio de *herr* Singer, la Policía encontró unas anotaciones sobre los movimientos de John Graves y Letizia Heredia-Espinosa. El comisario pronto supo desvelar las identidades de esos nombres, deduciendo que el alemán, en calidad de espía, estaba inmerso en un seguimiento de quienes sin duda trabajaban para el OSS. El diplomático desde dentro de la embajada de los Estados Unidos y Letizia desde fuera y utilizando el poder que le confería un puesto de privilegio junto al ministro secretario general del Movimiento Nacional.

Buendía conocía la historia de Letizia y su jefe, el teniente coronel Rodríguez, le advirtió de la especial deferencia que el Caudillo tenía con tan singular mujer, a la que consideraba una heroína. La colaboración de ella con la inteligencia norteamericana era una sospecha más que fundada para la Policía, pero corrían tiempos complicados, en los que cada día era más evidente el interés de Franco por mantener unas estrechas relaciones con la Casa Blanca. Así que la señorita Letizia era intocable. Por otra parte, después de analizar los detalles sobre la personalidad del asesinado, nada hacía pensar que los amantes tuvieran relación alguna con el suceso. Ante semejante situación el comisario, a regañadientes, intentó convencerse de que olvidar era lo más aconsejable. Al fin y al cabo, los nazis estaban en el final de sus días, y él nunca estuvo de acuerdo con el pensamiento político que representaban. Si bien, como veterano agente, le podía el prurito profesional. A Buendía le sería difícil no seguir pensando en los nombres de John y Letizia, así como del propio muerto.

Era media mañana y Buendía entró en las dependencias de la Puerta del Sol. Como tenía por costumbre, había tomado un café con leche en el bar Flor. Llegó al despacho y encontró al inspector Andrés Ramírez, que acababa de solicitar hablar con el comisario. Ramírez redactó dos meses atrás un escueto informe sobre la llegada al hotel Palace de un empresario chileno. Nada

que pudiera revestir importancia, a criterio del funcionario. En cambio, al comisario sí le llamó la atención, por lo que ordenó al inspector que estuviera atento con el sudamericano.

—Comisario, gracias por atenderme.

—Siéntese y cuente.

—Se trata del chileno sobre el que usted me encomendó especial observancia.

—Ah, sí, ya recuerdo. Algo reseñable.

—Anoche tuvo una cita con Letizia Heredia-Espinosa.

Buendía estuvo a punto de dar un respingo, el nombre de Letizia volvía a aparecer, ahora relacionado con un ciudadano de Chile.

—¿Qué clase de cita?

—En la habitación de Méndez.

—¿Qué más puede decirme?

—El chileno asistió a la recepción empresarial que se celebraba en uno de los salones del Palace acompañado por el abogado Fidel Gutiérrez del Haro, con el que tiene negocios. Casualmente en ese momento yo estaba de servicio y permanecí al tanto de sus movimientos. Al poco rato parecía aburrido, ajeno a los corrillos en los que, seguramente, estaban cociendo negocios. De pronto observé que dejó la copa de champán que llevaba en la mano y siguió a una comitiva encabezada por el ministro Arrese…

—El jefe de la señorita Letizia —interpeló Buendía.

—Efectivamente, ella iba junto al ministro. Entonces Núñez estuvo un momento dubitativo y después decidió entrar en la estancia donde se desarrollaba un acto presidido por Arrese. El chileno buscó un lugar discreto en las últimas filas. Cuando acabaron los parlamentos y fue servido un cóctel, entonces la parejita…

El comisario reconvino a Ramírez por la expresión.

—Disculpe, la señorita Letizia y Méndez se saludaron e intercambiaron unas palabras. A ella la noté muy emocionada y él, que parecía envarado, le estrechó la mano y desapareció. Pero ya no volvió al evento del Salón de Invierto, fue directo a la habitación. Entonces tuve una intuición y decidí apostarme en un lugar desde el que podía observar el acceso a la 315. Diez minutos más tarde apareció la señorita Letizia, llamó a la puerta, el chileno abrió, y entró precipitadamente. Estuvo dentro poco más de media hora.

—Es usted un buen policía, Ramírez.

—Gracias, don Laureano.

—Desde este momento quiero que siga día y noche los pasos del tal Méndez.

—¿Y respecto a la señorita Letizia?

—Ese es un tema más delicado. Usted de momento cumpla mis órdenes, y téngame informado al detalle. Ni una palabra a nadie.

—Así lo haré.

AMOR VERDADERO

Letizia esperó a Miguel en un chalecito que costeaba el OSS como piso franco, ante una posible situación de emergencia que aconsejara permanecer oculta y así evitando el riesgo de intentar llegar a la embajada. Solo la central en el Pentágono conocía la existencia de aquel lugar, que era la primera vez que utilizaba. La noche anterior la había pasado en vela y tuvo que realizar grandes esfuerzos para aparentar normalidad en el ministerio. Sentada en un sofá modernista fumaba de forma compulsiva, era un manojo de nervios. Durante las horas que habían precedido al fugaz encuentro con Miguel infinitas sensaciones y pensamientos la tenían en una vertiginosa montaña rusa. Deseaba, por encima de cualquier cosa, volver a sentir de verdad al hombre que, después de tantos años, la tenía enamorada. Le era imposible evitar dudas, inseguridades, miedos. Él seguía siendo un idealista anarquista. Tenían que hablar de tantas cosas. ¿Sería capaz de creerla? ¿Acudiría a la cita? Esos cuestionamientos eran importantes pero, realmente, lo que más deseaba era poder estrecharlo contra su cuerpo y hacer el amor con la misma pasión que aquel día de noviembre en el que ella decidió desaparecer.

Oyó el sonido de la puerta y supo que Miguel estaba allí. De inmediato le fue imposible evitar el estremecimiento. Extrañamente, al momento, le invadió una gran serenidad. Sonrió al ver la figura masculina que avanzaba hacia ella con seguridad. Incorporada, corrió a los brazos de él, y lo besó con pasión. De la mano llevó a Miguel hasta la alcoba, donde las ropas de ambos fueron cayendo al suelo, antes de que él la levantara con tanta fuerza como deseo, llevándola a la cama. Mentes y cuerpos parecieron detenerse en el tiempo, cuando tanto amaron en el Madrid martirizado. Susurros y exclamaciones de placer fueron sucediéndose hasta perder la noción de las horas transcurridas. Entrelazados, los cuerpos sudorosos permanecieron inmóviles, presididos por el silencio. Letizia fue la primera en hablar.

—Te debo tantas explicaciones, amor mío.

Miguel, con la poderosa mano acostumbrada a empuñar armas de guerra, acarició el rostro de ella.

—Llevo ocho años pensando en este reencuentro —dijo él y la volvió a estrechar.

Con los ojos cerrados, acariciando el cuerpo tibio de Letizia, el héroe de La Nueve confesó que desde que ella lo abandonó, siempre llevó encima, cerca del corazón, la foto que él mismo le hizo con la cámara de un corresponsal inglés, junto al Museo del Prado.

—Cada día, desde entonces, te he escrito una carta que, al no poder enviar a ninguna parte,

convertía en cenizas. La foto, por seguridad, está en la caja fuerte de la habitación del Palas. ¿La recuerdas?

Antes de responder, Letizia besó al hombre al que nunca había dejado de amar.

—Pues claro, aquel día de noviembre del 36 te retraté con la misma máquina y en el mismo sitio. Yo también conservo la foto, guardada en lugar seguro, que cada noche beso y coloco sobre el pecho hasta quedar dormida.

—Esto es un sueño, María, un sueño del que tendremos que despertar.

—Es real, tan real como que soy Letizia, no María.

—Disculpa amor, pero el nombre es lo que me es más difícil de asimilar.

Miguel hizo un relato de cómo la estuvo buscando con desesperación, llegando a recorrer las trincheras que orlaban Madrid. Nunca se dio por vencido, y cuando la guerra lo llevó lejos de la capital siguió preguntando, intentando encontrar una pista sobre ella. Después habló del dolor de la derrota, de la huida a Argelia y de las muchas peripecias que pasó en aquel territorio francés, donde él y miles de compatriotas fueron humillados. Los campos de trabajo en el norte de África y sur de Francia. La desesperación de los vencidos, maltratados por la administración gala. Contó la nueva trayectoria militar, primero alistado en la Legión Extranjera, en el intento de librarse de la oprobiosa actitud de los funcionarios que seguían las órdenes del Elíseo con especial celo para los republicanos españoles. Más tarde como soldado de los Cuerpos Francos de la Francia Libre y finalmente sirviendo en la División Leclerc, con la que tuvo el privilegio de liberar París.

—Demasiada guerra, demasiado horror —aseguró Miguel.

Ella besó con ternura el rostro curtido del incansable luchador y preguntó:

—Europa sigue en armas, Alemania aún resiste. ¿Qué haces aquí?

—He venido a buscarte.

Letizia sabía que aquella rotunda y romántica respuesta solo era parte de la verdad. Pero no insistió, pensó que el desconocimiento sería bueno para la seguridad de ambos.

—Nunca pensé verte convertido en un hombre de negocios —señaló ella.

—Trabajo para un multimillonario español afincado en París. Él me consiguió una nueva identidad como ciudadano de Chile. Aquí hago negocios con un abogado falangista.

Imaginó enseguida Letizia qué tipo de misión traía a Miguel hasta Madrid. Incapaz de evitarlo, hizo un comentario a bocajarro.

—Los Aliados quieren a Franco, harán lo posible por protegerlo y que siga gobernando España. Es un objetivo difícil, yo diría que, ahora mismo, imposible.

Él no mostró asombro por el comentario, tan certero.

—Letizia —al pronunciar el nombre sonrió—, supongo que debo acostumbrarme a llamarte así. Hay gente próxima al Caudillo con el deseo de acabar con él. Yo estoy aquí por otro asunto, pero, sobre todo, por ti.

—Me alegra oír eso. Pero sea lo que sea aquello que has venido a hacer, debes tener sumo cuidado y pensar de verdad si merece la pena —cuando dijo aquellas palabras le brillaron los ojos.

—Por fin te he encontrado, eres el desvelo de mis sueños. Estamos juntos, amándonos, sin embargo estoy comprometido con unos ideales…

Ella lo interrumpió con seguridad.

—Llevas ocho años luchando por tus ideales, y has hecho historia siendo uno de los libertadores de París. El fascismo ha caído y el nazismo tiene las horas contadas…

Entonces fue Miguel quien la dejó con la palabra en la boca, sin poder evitar un tono atropellado.

—¡Sí, pero España sigue gobernada por una dictadura militar! ¡El compromiso libertario está vigente!

Letizia, en un acto de ternura, besó suavemente la frente del hombre al que amaba.

—La tuya ha sido una contribución generosa en la victoria de las democracias, que abanderan la libertad que siempre has defendido. Tal vez sea momento de descansar, juntos, tú y yo — entonces lo abrazó.

Miguel estaba cansado de la guerra. Había cumplido como el que más en la lucha por la libertad, eso nadie lo podría rebatir. Cuando adquirió el compromiso de intentar acabar con Franco el soñado reencuentro con su amada era una mera ilusión que lo animaba a continuar, aunque en el fuero interno le parecía imposible de conseguir. Las palabras del amor de su vida, sin dejar de abrazarse, le hicieron dudar. Ella lo advirtió y siguió hablando.

—Ven conmigo a los Estados Unidos. Comencemos de nuevo, formemos un hogar en un país libre, en el que vive mi familia.

—Primero tengo que terminar el trabajo con el que me he comprometido.

—¡No lo hagas, será inútil, arruinarás nuestras vidas!

Miguel calló y rodeó con fuerza el cuerpo desnudo de Letizia. Ella lo besó, pero enseguida se apartó de él y lo miró a la cara, llorando.

—Tenemos un hijo, se llama como tú.

El bravo militar anarquista quedó conmocionado, con gesto de estupefacción fue incapaz de pronunciar palabra.

—Sí, es verdad. Tiene siete años, es moreno como su padre.

La emoción de Miguel apenas le permitió balbucear una pregunta.

—¿Dónde está?

—En Boston, nació en la embajada y tiene la nacionalidad norteamericana. El hermano de mi madre, Sam, es el tutor. Estudia en el Phillips Academy Andover, una prestigiosa institución.

Letizia fue a buscar el bolso, del interior cogió una cartera, la abrió y extrajo la fotografía de un niño sonriente.

—Mira, Miguel, es igual que tú.

El inspector Andrés Ramírez era un profesional vocacional, disfrutaba con el trabajo de husmear en las vidas ajenas, indagar sobre cualquier sospecha, mantenerse alerta ante posibles enemigos del Régimen y hacer méritos para ascender en el escalafón. Cumplía al pie de la letra las órdenes, con escrupuloso celo. Escribió con satisfacción el informe en el que relataba el seguimiento efectuado al ciudadano chileno Augusto Méndez, que había culminado, horas antes, en el chalecito de una zona tranquila de Madrid con Letizia Heredia-Espinosa Jefferson.

DON JUAN DE BORBON

El lunes 19 de marzo, Franco, metódico, ejercitaba la equitación, como cada mañana, por las inmediaciones de El Pardo, seguido por el fiel comandante Torres. La última jugada de Don Juan de Borbón la estaba digiriendo aunque, curiosamente, lo reafirmaba en la decisión de pasar revista a caballo a las tropas que debían desfilar el Día de la Victoria, por la imagen de líder invicto que pretendía simbolizar con la estampa ecuestre en la avenida del Generalísimo. Veinticuatro horas antes, el domingo 18 de marzo, el aristócrata monárquico Beltrán de Osorio y Diez de Rivera entregó en la residencia del Caudillo una copia de El Manifiesto, declaración del pretendiente a la Corona española. Los esfuerzos de Franco por detener la iniciativa de Don Juan fueron vanos, de nada sirvió que mandara a Suiza a José María de Oriol y Urquijo para intentar hacer ver que el texto era una equivocación. El Conde de Barcelona estaba plenamente convencido de que los Aliados acabarían con la dictadura en España, así se lo aseguraba el jefe del OSS en Europa, Allen Dules, y decidió pronunciarse con una implícita invitación a Franco para que este abandonara el poder y dejara paso a la Monarquía. El Caudillo cabalgaba al trote con la mente en ebullición, pensando cómo devolver el golpe.

Franco tiró de las riendas y frenó al caballo. Con los ojos enrojecidos por la ira levantó la mirada al cielo, ajustó el gorro isabelino de sus tiempos de La Legión colocándose el barbiquejo. Irguió la pequeña figura y picó espuelas, iniciando un veloz galope hasta el palacio residencial. El fiel comandante de la Guardia Civil, Torres, sorprendido por la reacción de su jefe, perdió el tricornio en la carrera. En la puerta principal de El Pardo esperaba el general Franco Salgado-Araujo, con cara de circunstancias.

—Paco, mi general, como era previsible, hoy ha salido publicado en Lausana el escrito del pretendiente.

—Querrás decir Don Juan —Franco estaba irascible.

Pacón asintió con un gesto.

—Convoca reunión del Consejo Superior del Ejército para mañana.

Con gesto sombrío, aceleró el paso hacia el despacho, Pacón lo siguió en silencio. El primo y secretario conocía demasiado bien a Franco. Ya el día anterior tuvo ocasión de compartir opiniones sobre el grave agravio que El Manifiesto de Don Juan suponía. Rara vez había visto encolerizado al Generalísimo, ni siquiera en los momentos más inciertos de la guerra, que propiciaron él y un grupo de militares. La confirmación de la publicación del texto, un auténtico

desafío al Régimen, motivó que el frío temple trocara en un arranque de ardor guerrero.

—Que nadie me moleste —dijo Franco a Pacón, antes de cerrar la puerta de la estancia desde la que dirigía el destino de España.

Sentado detrás de la mesa de trabajo, abrió el cajón inferior y extrajo una fotografía de Alfonso XIII, junto a la carta de adhesión que el rey le remitió desde Italia en los primeros momentos del golpe de Estado contra la República. «Su Majestad sí era un gran patriota», murmuró. Delante de él, junto a documentos oficiales para la firma, estaba El Manifiesto de Don Juan. Apretó los labios y cogió un lápiz antes de volver a releer el texto.

Como ya le había ocurrido el día anterior, el inicio del escrito le provocó especial inquina: «Españoles: Conozco vuestra dolorosa desilusión y comparto vuestros temores. Acaso lo siento más en carne viva que vosotros, ya que, en el libre ambiente de esta atalaya centroeuropea, donde la voluntad de Dios me ha situado, no pesan sobre mi espíritu ni vendas ni mordazas. A diario puedo escuchar y meditar lo que se dice sobre España». Franco juntó de golpe los talones y las espuelas restallaron, produciendo chispas. Indignado, comenzó a subrayar palabras y efectuar pequeñas anotaciones en los márgenes de la copia del original firmado por Su Alteza Real.

Franco leía con lentitud, minucioso, reflexionando cada palabra, cada frase. Un párrafo volvió a producirle ira: «Solo la monarquía tradicional puede ser instrumento de paz y de concordia para reconciliar a los españoles, solo ella puede obtener respeto en el exterior, mediante un efectivo estado de derecho, y realizar una armoniosa síntesis del orden y de la libertad en que se basa la concepción cristiana del Estado. Millones de españoles de las más variadas ideologías, convencidos de esta verdad, ven en la monarquía la única institución salvadora».

Dejó la mesa de trabajo por unos momentos para asomarse a uno de los ventanales. Estaban equivocados cuantos creían poder acabar con él, pensó estirando el cuerpo. Ciertos generales añoraban la restauración monárquica, así como un puñado de nostálgicos que entonces veían la solución con el regreso del hijo de Alfonso XIII, pensando, erróneamente, que el final de la contienda mundial propiciaría su caída. Apoyó la barbilla en la mano derecha, en gesto innato que solía adoptar cuando estudiaba el mapa de un campo de batalla. Si un pretendiente sin trono y un grupo de advenedizos creían que aprovechando la victoria de los Aliados en Europa él, Francisco Franco Bahamonde, Caudillo de España por la Gracia de Dios, iba a salir corriendo, es que no lo conocían. Pronto comenzarían a conocerlo mejor, concluyó atusándose el fino bigotillo.

Regresó al escritorio, cogió un papel con el membrete de la Jefatura del Estado y empleando una pluma escribió los nombres de altos militares y personalidades de marcada tendencia monárquica, fieles seguidores de Don Juan de Borbón. Cuando acabó, descolgó el teléfono interior y dio orden de que avisaran al general Franco Salgado-Araujo, quien, al instante, entró en el despacho.

—A tus órdenes.

Franco indicó a su hombre de confianza que tomara asiento. Seguía con el rostro crispado, advirtió Pacón.

—A la reunión de mañana que no falte ni un solo general, y que vayan con ánimo de trabajo. Será una larga sesión.

El Caudillo seguía con las botas de montar, observó el fiel secretario.

—Ya me he encargado de transmitir tus órdenes.

—Vamos a acabar con las medias tintas, evitando estridencias, pero con firmeza. He

preparado una amplia lista de cierto personal que está defraudando a nuestra obra del Movimiento Nacional. Cada nombre tiene la anotación correspondiente, ocúpate de que se cumpla con la mayor diligencia.

—Estamos rodeados de desagradecidos. Te deben tanto todos esos —aseguró Pacón en tono vehemente, tras leer los nombres.

—Cuando vencimos en la cruzada de liberación presentimos difíciles momentos para mantener el nuevo Régimen, cuyo nacimiento tanto sacrificio y sangre costaron. Existen enemigos dentro y fuera de España, incluso equivocados de buena fe a los que es preciso corregir.

—Sigues generoso y condescendiente como siempre, mi general.

—Debemos mantener la serenidad igual que en la batalla. La equivocación de Don Juan nos hace daño y personalmente me ha afectado, pero ello no debe empañar el sentido de la responsabilidad que recae en nosotros. Ante El Manifiesto la reacción oficial será de comprensión, y con los generales nostálgicos emplearemos guante de seda. Ayer mismo llamé al ministro del Ejército, Carlos Asensio, que, como sabes, tiempo a tras remitió un escrito pidiéndome la restauración monárquica, y le manifesté mi plena confianza en él.

—Sí, Asensio nos acaba de mandar copia de la carta que ha remitido al general Varela — Pacón hizo ademán de entregar el texto.

—Ya la leeré más tarde. ¿Cuál es el resumen?

Franco Salgado-Araujo ajusto las lentes y leyó una frase.

—El Ejército debe mantenerse alejado de la política y en plena disciplina y obediencia al Caudillo.

LA DECISIÓN DE MIGUEL

Nunca pensó que el reencuentro con Letizia, para él siempre sería María, pudiera llegar a quebrar sus convicciones, en la decisión de llevar hasta las últimas consecuencias el motivo por el que mantenía tantos años de lucha armada: acabar con Franco. Era un profesional de la milicia, curtido en mil combates, y el estado de ánimo que lo embargaba sabía que era el peor síntoma para intentar realizar con éxito la misión por la que regresó a Madrid. No podía dormir, ni comer, ni casi respirar, debido a la desazón que le quemaba el cuerpo, llegando a preguntarse si era un cobarde. Se maldijo a sí mismo una y mil veces. A la postre, pensó al fin, era un hombre, como tantos a los que había visto morir en los campos de batalla. Nunca le flaqueó el ánimo, de ello podía dar fe el mismísimo general Leclerc. La situación que vivía nada tenía que ver de cuantas había experimentado. María, después Letizia, ya dejó de ser un sueño que le daba fuerzas para seguir luchando, entonces era una realidad, una feliz y hermosa realidad colmada con la más inesperada sorpresa. La noche anterior supo que tenía un hijo. Un niño que ella le había dicho que se parecía a él. En pocos días los pensamientos de Miguel dieron un vuelco, impelidos por unas nuevas circunstancias que escapaban a su control.

Algo más le hacía dudar. Resultaba imposible estar seguro que desde la aparición de Letizia nadie los hubiera detectado. Ella ocupaba un alto cargo en el Movimiento Nacional, y por las cosas que le contó en los encuentros, su actividad de inteligencia para los norteamericanos la convertía en un objetivo a controlar por los servicios secretos del Régimen y el espionaje alemán. Pareció despertar bruscamente de un dulce sueño para introducirse en la más cruda realidad y decidió adelantarse a los posibles acontecimientos.

Resuelto entabló contacto con Marcus. Utilizó a Octavio, el operador del cine Rialto que le había proporcionado la buhardilla de un edificio situado a escasos metros de la plaza de los Nuevos Ministerios, en la avenida del Generalísimo. Faltaba una semana para la acción que habían diseñado. Si uno fallaba el otro intentaría culminar la misión con otra alternativa, ese era el plan inicial. Entonces, dadas las circunstancias que él mismo había propiciado, asumió resuelto, debían jugárselo a una carta. Comunicó al británico que si un día antes de la fecha establecida seguía sin noticias de él, de inmediato debería dirigirse a la dirección que le facilitaba y permanecer oculto hasta la hora convenida. El portero de la finca pertenecía a la red clandestina de Octavio.

Aquella misma noche, cerciorado de que nadie en el interior del hotel vigilaba la recepción,

solicitó el violín que permanecía guardado en la caja fuerte. El recepcionista, solícito hizo ademán de coger el estuche de piel, pero Miguel se lo impidió cortés, alegando que tan sofisticado y preciado instrumento solo lo manipulaba él. Ante la posible extrañeza del empleado por la intempestiva hora, le comentó que estaba desvelado y pensaba cambiar un par de cuerdas, pues a la mañana siguiente quería empezar a tocar, una vez recuperado de la lesión en la mano. El recepcionista, muy educadamente le deseó una buena noche.

En la habitación, Miguel se puso el abrigo, cogió las dos pistolas y las granadas de mano. Durante semanas estuvo estudiando cómo salir del hotel por la puerta de servicio sin ser visto desde la recepción o por el personal de habitaciones. Empresa nada fácil, que logró superar con éxito. Madrid estaba silencioso, escasamente iluminado. Miguel decidió recorrer andando los cuatro kilómetros que lo separaban del lugar de destino, portando un maletín para violines y bien vestido a esas horas pensó que llamaría poco la atención, los músicos eran gentes noctámbulas. A buen paso llegó en poco menos de una hora ante el portal, que abrieron desde dentro. El compañero de Octavio tenía orden de estar esperando a Miguel hasta la madrugada. Ninguno de los dos despegó los labios, el portero indicó el ascensor con un gesto. Cuando entró en la buhardilla abrió la ventana desde la que podía ver una panorámica de la más amplia arteria urbana de la capital. Depositó sobre una mesa la funda, la abrió, sacó las piezas metálicas con cuidado y montó el fusil de precisión, después dejó una caja de cartuchos. La mira telescópica tendría que ser ajustada con la luz del día. Intuitivamente besó el arma, antes de abandonar la pequeña estancia.

En la calle buscó un taxi. Volvió a tener suerte, a los pocos minutos estuvo sentado en la parte de atrás de un Citroën de gasógeno que lo llevó a la Cuesta de las Perdices. Pasó la madrugada en una taberna que por la noche se convertía en tablao. El cante jondo y las bailadoras alternaban con las timbas. Era uno de los reductos donde gentes de diverso pelaje solían ver amanecer, no siempre en las mejores condiciones físicas. Un taxi lo devolvió al hotel, a primera hora de la mañana, cuando Miguel calculó que había cambiado el personal de turno en la recepción. El inspector Ramírez, vigilante en la entrada del Palace, preguntó al taxista de dónde venían.

LA DETENCIÓN

El olfato profesional del comisario Laureano Buendía rara vez fallaba. Leyó detenidamente el informe del inspector Ramírez y decidió saltarse los consejos del director general. Como policía tenía la obligación de investigar a cualquier persona que le inspirase sospecha, y el empresario chileno hospedado en el Palace desde las navidades no le confería confianza alguna. En aquellos momentos Madrid era punto caliente del espionaje internacional, de eso era consciente Buendía, y conocida era la relación de Letizia Heredia-Espinosa con el OSS, y con el diplomático John Graves, agente encubierto. La parición de Augusto Méndez y el encuentro con Letizia, así como las citas de amantes que habían tenido despertaron en el comisario un sexto sentido que lo puso en guardia. Los documentos del chileno eran auténticos, pero algo había que no encajaba en la personalidad de aquel tipo que mantenía relación comercial con el abogado falangista Fidel Gutiérrez del Aro, que sirvió en la División Azul y de cuyas estancias en París, al igual que otros oficiales españoles, en la Dirección General de Seguridad sabían que entabló contactos de negocios con el empresario republicano Arturo Matas, exiliado político. Gutiérrez del Aro mantenía entonces relación comercial con Matas, mediante empresas como las minas de Chile que el tal Méndez decía representar. Volvió a leer el informe de Ramírez en el que, con buen criterio, hizo un pormenorizado relato desde el momento en que el chileno llegó al hotel. Un detalle llamó poderosamente la atención del comisario: el violín. Tras reflexionar unos instantes, ordenó que localizaran de inmediato al inspector.

—Siéntese, Ramírez —indicó el comisario en cuanto el policía entró en el despacho.

—A sus órdenes, don Laureano.

—En su informe dice que el señor Méndez, de nacionalidad chilena y empresario de profesión llegó al Palace portando un violín.

—Así es.

—¿Y cómo sabe usted eso? —preguntó perspicaz el comisario.

—Porque lo vi.

—Vio el instrumento, o solo la funda en la que lo transportaba.

—El maletín donde iba el violín.

—Ya. Y no le pareció raro que un simple comerciante viajara con un instrumento musical tan delicado.

—Dijo que había sido músico, seguía manteniendo la afición.

—Sabe si durante este tiempo el señor Méndez ha ensayado en la habitación del hotel.

—Seguro que no.

—¿Por qué?

—Comentó que tenía una lesión en la mano derecha que le impedía interpretar durante unos meses.

—Entonces, ¿usted ha vuelto a ver el violín?

—No, pero está a buen recaudo.

—¿Dónde?

—En la caja fuerte principal del hotel, incluso sé que, dado el valor del instrumento, está depositado en un lugar especialmente seguro para protegerlo de posibles golpes y hay puesto un letrero para que nadie lo toque.

—Pues va a ir ahora mismo a comprobar cuán valioso es ese violín, pero sin que el chileno se entere.

—Como usted mande.

El inspector Ramírez llegó al Palace y fue directo al despacho del director, sabía que por muy policía que fuese sin la orden del máximo responsable del hotel el empleado encargado se negaría a abrir la caja fuerte. El director no puso ninguna objeción. Hizo una llamada por un telefonillo interior y dio la orden oportuna. Ramírez salió raudo hacia la recepción, donde esperaba el jefe de turno con las llaves. Entraron en una dependencia eneja en la que estaba el acorazado depósito de caudales. Con la combinación y el empleo de dos llaves la puerta quedó abierta. El violín del señor Méndez no está, dijo lacónico el recepcionista. Ramírez tuvo un mal presagio. Cerrada la puerta blindada, cogió del brazo al hombre y lo llevó casi empujándolo hasta la recepción. Reunió a todo el personal que en esos momentos atendía la entrada del hotel y fue realizando un interrogatorio.

—¿El señor Méndez está en su habitación?

—Salió hace horas, la llave está aquí —respondió el jefe de recepción.

—Alguno de ustedes ha visto salir al citado individuo portando un maletín para transportar violines.

Los empleados se miraron entre sí y negaron con la cabeza, unánimes.

—Avisen al director, que venga enseguida —ordenó Ramírez.

Al instante hizo acto de presencia el director, con el semblante muy serio. En aquel hotel de prestigio no era habitual que la Policía actuara de manera tan desconsiderada, pensó. El hombre estaba a punto de protestar, pero desistió enseguida, en cuanto observó la severa mirada del inspector Ramírez, al que conocía de tiempo atrás.

—Tengo que entrar en la habitación 315, y hay que abrir la caja fuerte.

—Comprenderá usted —el director quiso hablar pero el inspector fue taxativo.

—Vamos, inmediatamente, es una orden directa de Gobernación.

El policía accedió a la habitación acompañado por el director y uno de los recepcionistas. Abrieron la caja fuerte y quedaron impactados. Ramírez corrió al teléfono y dijo a la centralista que quería hablar con la Dirección General de Seguridad. En unos minutos consiguió entablar contacto con el comisario Buendía.

—Don Laureano, sus sospechas eran ciertas. Méndez es un terrorista.

—¿En qué se fundamenta?

—Acabamos de abrir la caja fuerte de su habitación y hemos encontrado dos pistolas Colt 45 y tres granadas de mano, también de fabricación norteamericana.

—¡Dios mío! —exclamó Buendía, antes de seguir hablando—. ¿Y qué hay del famoso violín?

—No está y nadie ha visto a Méndez salir con el maletín funda en el que guarda el instrumento.

—¡Maldita sea! ¿Dónde está ese tipo?

—En la recepción dicen que lo vieron salir al mediodía.

—Ocúpese del arsenal Ramírez, y advierta a los empleados del hotel que están ahí con usted que ni una palabra a nadie, y sea convincente. Esté al tanto por si Méndez apareciera de forma imprevista, pero no intente detenerlo. Ahora mismo voy al Palace con varios inspectores de la brigada y montamos un operativo. ¿Queda claro?

—Sí señor.

El comisario colgó y el inspector miró con fiereza al director y al jefe de recepción, que estaban muy asustados.

—Ustedes no han visto nada, cualquier indiscreción en este asunto podría resultar fatal —advirtió Ramírez mientras abría la chaqueta y mostraba el revólver que llevaba en una funda sobaquera.

Los empleados asintieron, blancos como la cera.

Mientras la Policía preparó la caza del terrorista conocido como Augusto Méndez, Miguel y Letizia pasaron la tarde amándose. Él preguntó muchas cosas del hijo de ambos y cómo era Boston. Hicieron planes, con la ilusión de rehacer las vidas en familia. En los Estados Unidos tendrían una segunda oportunidad. Estaban pictóricos, felices. Entrada la noche, salieron del garaje del chalet con las luces del coche apagadas. Circularon por las calles de Madrid y rieron de gozo ante el futuro que les esperaba. Letizia aparcó a unos veinte metros del hotel. Se dieron un beso interminable antes de que Miguel boyara del vehículo. Ella, risueña, esperó con la mirada fija en el amor de su vida mientras este caminaba hacia la puerta del Palace. Entonces vio como lo detenían varios hombres de paisano. A uno lo conocía, era el comisario Buendía. Intuyó que la imagen de Miguel empujado dentro de un coche de la Policía sería la última. Jamás lo volvería a ver. Entonces, Letizia quedó bloqueada, a punto de desvanecerse. Tenía que sacar fuerzas, logró incorporarse y con los ojos llenos de lágrimas apretó el volante con las manos. Puso el motor en marcha, engranó el cambio y aceleró. En pocos minutos llegó a la embajada de los Estados Unidos.

En la atropellada conducción huyendo de la Policía Letizia no se percató de que un coche de la Dirección General de Seguridad estuvo a punto de interceptarla. Otro vehículo, con matrícula del Ejército, bloqueó la marcha del coche policial. Un oficial de inteligencia ordenó a los hombres de Buendía que regresaran a la central de la Puerta del Sol.

El servicio de seguridad de la embajada avisó a John Graves y este, sorprendido, acudió a recibir a Letizia. El diplomático quedó impactado al observar el estado emocional de ella, nunca la había visto de aquella manera tan preocupante.

—Letizia, ¿qué ocurre?

—John, John —completamente destrozada, Letizia abrazó al amigo.

—Tranquila, vamos a mi pabellón y me cuentas con una taza de café.

John llevó a Letizia casi en volandas, pues estaba desfallecida. Ya en el salón de su casa, el

norteamericano la tendió en el sofá y fue a por una taza de café.

—Esto caliente te irá bien —aseguró John mientras le besaba la frente.

Letizia era una mujer fuerte, acostumbrada a pruebas muy difíciles a lo largo de una vida jalonada de situaciones extremas. Y estaba entrenada para momentos límite. Así que John sospechó que le pasaba algo serio, relacionado con los sentimientos.

—¿Problemas con tu nuevo amigo chileno?

En aquel instante pareció recuperarse. Dejó la taza de café en la mesa auxiliar situada junto al sofá, se secó las lágrimas con un pañuelo de John y contestó.

—A Miguel lo acaban de detener. Y en cuanto salga de aquí, irán a por mí.

—Estoy sorprendido Letizia. ¿No se llama Augusto?

—Es una historia muy larga. Ahora mismo temo por su vida.

—¿Quién es ese hombre?

—Uno de los españoles que liberaron París y el padre de mi hijo.

El diplomático quedó impactado y como respuesta inmediata abrazó a Letizia. Él conocía la historia del nacimiento del pequeño Miguel en la embajada, por lo tanto aquel hombre que había vuelto a Madrid era un enemigo de Franco. Mentalmente, en unos segundos, intentó atar cabos.

—¿No ha venido solo por ti, verdad?

—Así es, pero la misión que lo había llevado hasta aquí nunca me la contó. Estaba decidido a renunciar a todo para iniciar una nueva vida conmigo en los Estados Unidos.

John volvió a servir café, también para él.

—Letizia, tú ya no puedes salir de aquí. Buscaremos la manera de llevarte hasta Portugal y desde allí volarás a Nueva York. Desgraciadamente nada podemos hacer por Miguel.

—Daría mi vida por salvarlo —aseveró Letizia con la entereza recobrada.

—De momento a dormir, ahora te daré un relajante para que descanses. Mañana hablaremos con el embajador y el teniente coronel Ebright, que seguro nos podrá dar noticias de la situación de Miguel.

Pasaron cuarenta y ocho horas hasta que el jefe de la inteligencia norteamericana en Madrid pudo aportar noticias sobre Miguel, nada alentadoras.

—Letizia, lo siento, en la Dirección General de Seguridad aseguran que ellos no han detenido al ciudadano chileno Augusto Méndez. En el hotel han denunciado su desaparición. Nada se sabe.

Ella rompió en un desconsolado llanto, John, que estaba a su lado la abrazó, hasta que pareció tranquilizarse.

—Fue detenido por policías, al mando del comisario Buendía. Yo lo pude ver todo, desde el coche.

—¿Estás segura? —preguntó el teniente coronel.

—Totalmente, reconocí a Buendía dirigiendo la detención.

—Ese es un comisario muy profesional, nada que ver con los policías falangistas. Es raro que nieguen la detención y hablen de desaparición.

Letizia volvió a mostrarse afectada, y fue ella quién se abrazó a John.

—El comisario habrá recibido órdenes de arriba. Si en la Dirección General dicen que no saben nada es que Miguel está muerto.

DESFILE DE LA VICTORIA

El domingo 1 de abril Madrid amaneció con las calles engalanadas para la celebración del Día de la Victoria. El comisario Laureano Buendía llevaba casi cuarenta y ocho horas sin dormir y tenía a todos sus hombres interrogando a porteros y vecinos del amplio tramo de la Avenida del Generalísimo, así como de las calles aledañas, donde estaba previsto el desfile conmemorativo del sexto aniversario del final de la guerra civil. El policía vivía el episodio más negro de su dilatada carrera policial. La muerte del falso chileno Augusto Méndez en los sótanos de la Dirección General de Seguridad había dado un negativo vuelco a la exitosa operación de detención realizada en la puerta del Hotel Palace. Aún desconocía la identidad del presunto terrorista, pero estaba seguro que era uno de los españoles que, luchando en la División Leclerc, liberaron París. Buendía nunca podría perdonarse la negligencia cometida, él debió dirigir personalmente el interrogatorio. Delegar la responsabilidad en el inspector ayudante fue un irreparable error, seguramente el más importante a lo largo de más de tres décadas de servicio al Estado. Lamentarse servía de bien poco, concluyó el comisario.

El policía vivía una gran congoja, superado por la responsabilidad de tratar de encontrar a otro terrorista que pudiera atentar contra Franco. Estaba seguro que el misterioso violín que provocó la principal sospecha sobre el falso chileno en realidad era un fusil de precisión. La experiencia, más el infalible sexto sentido de veterano sabueso, le decía a Buendía que el muerto no estaba solo en la misión. Llevaba muchas horas dándole vueltas al caso y enseguida surgió la posibilidad de que apareciera el misterioso agente del MI6, que tres meses antes logró escapar de Barcelona y sobre el que nunca lograron el más mínimo rastro. La muerte de dos guardias civiles y el incendio de un camión en los alrededores de Madrid a finales de diciembre fueron atribuidos al inglés. El vehículo pertenecía a una empresa de transportes de Esplugues de Llobregat, población próxima a la Ciudad Condal, que había denunciado su sustracción. Pese al empeño de los servicios de información de la Guardia Civil, el Ejército y la Policía, nada pudo concluirse. La certeza de que la desaparición del supuesto Méndez no frustraba el intento de atentar contra Franco hizo que el comisario aconsejara al responsable de seguridad de El Pardo especiales medidas de protección para el jefe del Estado, en los actos conmemorativos del Día de la Victoria. La respuesta a las recomendaciones del comisario fueron taxativas: «El Caudillo pasará revista a las tropas, a caballo».

Buendía maldijo una vez más su mala suerte y, un tanto desesperado, dejó en el armero del

despacho la pequeña Astra del 7.65 que solía portar de servicio y cogió el Colt 44. Un utensilio para matar elefantes, solía decir al referirse al enorme revólver. En los últimos dos días los acontecimientos habían adquirido una sorprendente dimensión. El comisario no obtuvo respuesta cuando intentó saber por qué el Servicio de Inteligencia Militar abortó la detención de Letizia Heredia-Espinosa, permitiendo que pudiera refugiarse en la embajada norteamericana. Al preguntar por ella al secretario de Franco, general Franco Salgado-Araujo, este le dijo tajante: «eso es cosa nuestra», después de soltarle una severa bronca por el fallecimiento del ex militar de La Nueve. Empero, era el momento de mantenerse lúcido, concentrado en impedir el posible magnicidio. Guiado por la intuición, que rara vez le fallaba, ordenó que localizaran a los serenos de la conocida arteria urbana. Los policías disponibles estaban inspeccionando cada edificio en el que hipotéticamente pudiera situarse un franco tirador. Resultaba tan difícil como buscar una aguja en un pajar. El tiempo corría en su contra.

El comisario Buendía permaneció atento al teléfono, con el Colt enfundado en la sobaquera. Al filo de las diez de la mañana recibió la llamada de uno de sus inspectores.

—Don Laureano, tenemos novedades.

—Dígame, rápido.

—Uno de los serenos ha informado que hace dos noches vio a un tipo que portaba un estuche de violín entrar en un portal. Alguien abrió desde dentro.

—¿Dónde está el edificio?

—A unos centenares de metros de los Nuevos Ministerio.

—¡Ya lo tenemos! Que nadie entre ni salga de la finca y que la Policía Armada acordone la zona. Voy enseguida.

—A sus órdenes, señor comisario.

—Otra cosa, detengan al portero.

—Ya lo hemos hecho, es uno de los rojos beneficiados por las reducciones de pena del Caudillo.

—¿Y qué ha dicho?

—De momento nada, lo niega todo.

—Salgo ya, no hay tiempo que perder.

—A la orden.

* * *

Un escuadrón de caballería de la Guardia Mora escoltó al Mercedes Benz del general Franco que salió del Palacio de Oriente. Minutos antes, su esposa, Carmen Polo y la hija de ambos, Nenuca, habían llegado a la tribuna situada frente a la del Caudillo, en la otra parte de la avenida, destinada a las mujeres de los mandatarios del Régimen. Miles de madrileños salieron a la calle para ovacionar al jefe del Estado, ocupando masivamente las plazas de Colón, Cibeles, avenida de Calvo Sotelo y callé de Alcalá. A lo largo del trayecto tronaban voces con un mismo nombre: «¡Franco, Franco, Franco!». Sonriente, el dueño absoluto de España, saludó a la muchedumbre que lo vitoreó durante el breve trayecto. En la tribuna presidencial, ubicada a espaldas de la calle

Lista, el Generalísimo, ayudado por asistentes, montó a caballo. El hecho, inesperado, avivó las aclamaciones populares.

Seguido por altos mandos militares, Franco avanzó por la Avenida del Generalísimo para pasar revista a las tropas formadas en la gran plaza de Nuevos Ministerios. Veinticinco mil soldados de tierra, mar y aire, más diez centurias de Falange, esperaban al jefe supremo de las fuerzas armadas. Franco manejaba las riendas con el pequeño cuerpo inhiesto, transmitiendo marcialidad. El resto de acompañantes mostraba dificultades para mantener a las monturas en orden de formación, el firme de la avenida las hacía patinar. El caballo del jefe del Estado llevaba el paso con seguridad, él personalmente ordenó que le colocaran herraduras de goma.

En la buhardilla de un edificio situado a varios centenares de metros de la formación militar Marcus fijó el fusil y ajustó la mira telescópica, a la espera de la aparición de Franco. Permaneció oculto en aquel lugar, decidido a cumplir con la misión que, seguramente por última vez, lo trajo nuevamente a España. Él estaba allí, para ejecutar el plan que sin Miguel nunca hubiera sido posible. Desconocía qué le había ocurrido a su hermano de sangre. En el caso de haber sido detenido estaba seguro que jamás le arrancarían ni una sola palabra. Entonces celebró el cambio de planes, ante el inesperado sentimiento de Miguel en el anhelo por encontrar a María, en realidad Letizia. Tal vez, había encontrado a la mujer por la que bebía los vientos. Esa era una posibilidad. De ser así, el anarquista valiente era un hombre cabal, pensó Marcus, y decidió lo mejor. Él que era un experimentado agente sabía que una acción como la que estaba a punto de cometer necesitaba de la máxima concentración, de la mayor entereza, sin resquicio alguno de duda por cualquier cuestión sentimental que pudiera jugar una mala pasada en el instante crucial.

Centró la atención en la amplia explanada donde las tropas formaban en silencio. El sonido inconfundible de la Marcha de Infantes puso en alerta a Marcus. Con la mira telescópica oteó la dirección de la avenida por la que estaba prevista la llegada de Franco. Quedó sorprendido cuando vio que el dictador se dirigía a pasar revista montado a caballo, seguido por los generales Muñoz Grandes, Asensio y Moscardó. La suerte estaba de su parte, murmuró. Un objetivo elevado era lo mejor que le podía ocurrir a un francotirador. Entreabrió las hojas del ventanuco de la buhardilla y oyó con mayor nitidez la música militar. Asomó el cañón del fusil y fue siguiendo la regordeta figura del Caudillo manejando las riendas del caballo, mientras le presentaban armas. Acarició el gatillo y en ese momento un estruendo a sus espaldas le produjo una inesperada reacción muscular que descontroló el cuerpo cuando hizo fuego con el arma y la bala, perdida, atravesó el cielo de Madrid.

Derribada la puerta Laureano Buendía y varios policías entraron en tropel. Marcus, con la sangre fría del profesional dispuesto al sacrificio, manipuló el cerrojo del fusil para recargar el arma. No tuvo tiempo de más. El comisario realizó tres disparos con el revólver y el inglés cayó abatido. Era la primera vez que Buendía mataba, y aunque salvó la vida de Franco, aquella muerte siempre la llevaría como una rémora.

VIAJE A BOSTON

El avión de la American Airlines sobrevolaba el Atlántico cuando la azafata ofreció revistas en español. Letizia escogió el semanario *Hola*, cuya portada presentaba una vista parcial de Nueva York, con el Empire State al fondo. Buena premonición pensó antes de ojear las páginas y llevarse una sorpresa, que le trajo emocionados recuerdos. El interior de la publicación contenía un reportaje sobre la Resistencia en París, con abundantes fotografías de los corredores tejidos en el subsuelo de la capital. En aquellos subterráneos, con siglos de antigüedad, las Fuerzas Francesas de Interior instalaron el cuartel general durante la ocupación nazi. Conmocionada por el recuerdo de Miguel secó las lágrimas con el pañuelo, impoluto, que le ofreció el caballero norteamericano que viajaba en el asiento contiguo. Cerró los ojos y las más recientes vivencias la envolvieron en un sueño de dulzura y tristeza.

Miguel prefirió arriesgar la vida para volver a tenerla en sus brazos y ella, llevada por una incontrolable fuerza interior, fue incapaz de renunciar a los increíbles momentos de amor que le deparó el destino. El final de dicha y muerte estaba escrito, pensó luchando contra la desazón. Ambos protagonizaron una locura, dichosa por los irrepetibles instantes vividos en breves días. Cuando supo por John las sospechas sobre la misión de Miguel en Madrid, oficialmente dado por desaparecido con el nombre de Augusto Méndez, entendió que los planes de futuro construidos entre las sábanas nunca habrían sido más que quimeras. Desde el primer instante la suerte estuvo echada. Ella, a la postre, podía dar gracias, estaba viva. En pocas horas abrazaría a su hijo, el motivo más grande por el cual luchar y rehacer la vida en los Estados Unidos. Estaba en aquel avión con la aquiescencia de Franco, de no ser así nunca habría llegado a la embajada y recibido protección diplomática. La dejaron salir del país porque sabían que nada tenía que ver con las intenciones de Miguel, un personaje inexistente para los servicios de inteligencia del Régimen español. Desaparecido en Los Vosgos para el Ejército de la Francia Libre.

Letizia volvía a reinventarse, esta vez la definitiva, aseguró mentalmente. Estaba dispuesta a volcarse en el pequeño Miguel, fruto del amor verdadero en los tiempos duros del Madrid sitiado, asaeteado por las bombas de la artillería y la aviación de su propio bando. Qué gran dilema, recordaba con nostalgia los meses de terror en la capital, con sacas de muerte fruto del rencor y la sinrazón, ejecutadas por grupos de milicianos. Le venían a la mente las trincheras de la Ciudad Universitaria, con encarnizados combates, gritando el lema de «¡No pasarán!», reverdecido por Dolores Ibárruri, La Pasionaria. Los peligros vividos como agente del cuartel general de Franco y

miembro de la Quinta Columna, favoreciendo la huida de personas a la zona nacional. Ante tanta miseria humana prevalecían en el recuerdo la pasión, la entrega, del amor sin paliativos que vivió con Miguel, el idealista que deseaba cambiar el mundo, desprendiendo a las personas de ataduras.

«Ah, Miguel, amor mío», musitó, al abrir los ojos. Desde la ventanilla podía verse un cielo nítidamente azul, el color de la libertad se dijo. Y aquello la hizo sonreír, trayéndole el recuerdo de Pilarín. La niña estaba con los Poe, rescatada del incierto futuro que le esperaba. Para aquella personita comenzaba a abrirse un nuevo mundo, pleno de posibilidades. Una lágrima de emoción resbaló por el rostro de Letizia.

El vuelo desde Lisboa tuvo momentos movidos por culpa de unas fuertes turbulencias en medio del Atlántico. Transcurridos unos largos momentos verdaderamente incómodos, el DC-3 terminó el recorrido hasta Nueva York acompañado por el buen tiempo y la desaparición de las corrientes de aire que llegaron a preocupar a la propia tripulación. El avión inició el descenso y Letizia avistó desde la ventanilla las bahías de Flushing y Bowery, así como la gran extensión de cinco kilómetros cuadrados del Meadows Park, seis años antes escenario de la Exposición Universal «Construyendo el futuro». De nuevo abierta al público en 1940, y que ella tuvo ocasión de visitar con el pequeño Miguel. Pegada al cristal divisó los edificios del condado de Queens y no puedo evitar una expresión de felicidad, aunque su corazón estaba roto. Pronto apareció la pista de aterrizaje del aeropuerto internacional La Guardia y los rayos del sol matinal de mediados de abril la deslumbraron.

El bimotor aterrizó, con una maniobra que mereció el aplauso del pasaje. El comandante supo dominar unas inesperadas rachas de viento en el momento de tomar tierra. Una vez en la pista, dirigió lentamente el aeroplano al punto de desembarque. Letizia abrió el neceser del que sacó el pintalabios y un pequeño espejo. Una vez retocada se colocó el sombrero y cogió la gabardina. Cuando las azafatas anunciaron que el pasaje podía salir, ella miró a través de una de las ventanillas que permitían ver la escalerilla y al pie de la misma observó la presencia de dos hombres, intuyó que eran agentes federales. En cuanto Letizia pisó tierra mostraron sus credenciales del FBI y la custodiaron hasta la terminal. Entraron por la puerta de autoridades, obviando los trámites oficiales de obligado cumplimiento para cualquier extranjero que llegara a los Estados Unidos. Los agentes entregaron una comunicación oficial e informaron que la estaban esperando en una sala contigua. Ella agradeció la atención y estrechó la mano de los federales, que la acompañaron. De inmediato oyó la voz infantil de Miguel, gritando ¡mamá, mamá, mamá!, mientras corría hacia ella. Detrás del niño la espigada figura del tío Samuel, el hermano de su madre que ejercía como un auténtico padre del pequeño. Letizia abrazó y llenó de besos a su hijo.

—Mamá ha venido para quedarse, Miguel —dijo Letizia con el rostro surcado por lágrimas de emoción—, ya nunca más volveremos a separarnos, nunca.

Letizia, sin que Miguel le soltara la mano, quedó fundida en un largo abrazo con el tío Samuel. El hombre, que era el vivo retrato de su madre, cogió el equipaje y juntos salieron al exterior del aparcamiento. Jack, el veterano chófer de la familia, los esperaba al volante de un Cadillac negro. En cuanto los vio salió del coche solícito y tras estrechar la mano de Letizia, se hizo cargo del equipaje. El tío Samuel, Jack y el pequeño estaban risueños, exteriorizando muestras de alegría y cariño. Ella, sobreponiéndose al dolor que la atenazaba, procuró

corresponder a las personas que más la querían. La pérdida de Miguel la destrozaba por dentro. Aunque era fuerte, el dramático desenlace con el amor de su vida era una losa de la que jamás lograría recuperarse. Las risas y los arrumacos del hijo de ambos era el único antídoto capaz de permitir que siguiera luchando por la vida. Sí, Miguel estaba allí y siempre estaría. El niño tenía los mismos ojos, el mismo pelo y hasta ciertos gestos del padre. Por él iba a luchar, empeñada en que un día pudiera sentirse orgulloso de ser el hijo de un héroe que dio la vida por la libertad.

El pequeño abrazó con fuerza a Letizia, mientras el coche salía de Queens enfilando la circunvalación que los llevaría a la carretera que conectaba Nueva York con Boston. Miguel, después de tantas emociones, quedó dormido. Así realizó buena parte del trayecto, trescientos cincuenta kilómetros y casi seis horas. En Hartford, capital del estado de Connecticut, hicieron una breve parada para comer, allí escucharon la noticia en la radio: había fallecido el presidente Franklin D. Roosevelt, víctima de un derrame cerebral. Letizia pensó en las posibles consecuencias que podría tener para las relaciones de los Estados Unidos con España. El 12 de abril de 1945 se abría una nueva incógnita para Franco. Comentaron la noticia con sorpresa, aunque Roosevelt llevaba años enfermo de polio, nada hacía presagiar que pudiera fallecer de repente. Barajando diversas conjeturas sobre el destino político del Gobierno norteamericano regresaron al coche, todos tenían ganas de llegar a casa. El pequeño Miguel, que disfrutó con un helado de fresa, volvió a dormirse en cuanto Jack hubo jalonado unos pocos kilómetros. Letizia era feliz, amargamente feliz.

Abril era frío en Boston, con máximas de once grados y mínimas de dos grados sobre cero. Como una premonición de energía positiva, en la primera mañana de Letizia en la casa familiar, el sol lució radiante y salió a pasear con su hijo. Fueron hasta uno de los embarcaderos de la Bahía Back, en la desembocadura del río Charles, un lugar al que ella solía ir con su madre. Allí el tío Samuel tenía atracado un balandro que cuidaba con esmero. Contaba con orgullo que en la guerra de Secesión había sido artillado para patrullar el cauce del río. Letizia y Miguel subieron al barco y decidieron sentarse en la bañera. De pronto el niño se levantó y asió el timón, emulando que era el capitán. Ella esbozó un rictus de ternura, ladeó la cabeza y quedó contemplando las tornasoladas aguas de la bahía. Tuvo la sensación de que Miguel, entonces, surgiría del mar, como un Tritón que regresa victorioso. Las risas del niño jugando a gobernar el balandro la devolvieron a la realizad. Por la amura de estribor pasó navegando, majestuoso, un cúter con las velas henchidas, proa mar abierto. El patrón y la tripulación saludaron desde cubierta.

Letizia llamó al pequeño y lo sentó en sus brazos. Por primera vez le habló de su padre. El niño abrió los ojillos con sorpresa y apoyó la cabeza en el hombro de la madre. Durante unos instantes Letizia le explicó que él era fruto del amor y le enseñó la foto de Miguel. El niño hizo una espontánea mueca y dijo que aquel hombre de uniforme le parecía bastante feo. Letizia rio.

—Mira, cariño, tu padre era una persona noble, fiel a sus ideas, que luchó por un mundo mejor.

—¿Con nuestro ejército?

—Sí, hijo.

—Sabes, mamá, algunos compañeros del colegio como Alfred y Peter, no paran de meterse conmigo porque no tengo padre, y los suyos están luchando contra los alemanes y los japonenses.

—Pues diles que sí tienes padre y que es un héroe de la guerra. Fue uno de los libertadores de París.

—¿Y, ahora, dónde está?
—En el cielo.



BASILIO TRILLES (Castellón, 1960) cursó estudios de Periodismo en la Universidad Cardenal Herrera-CEU. Ha sido director de los periódicos Castellón Diario y Heraldo de Castellón. Jefe de Prensa y director del Gabinete de la Alcaldía del Ayuntamiento de Castellón, en la actualidad es el presidente de la Asociación de Periodistas de Castellón, colaborador de Radio Castellón SER y del diario Levante. Anteriormente fue colaborador de Radio Nacional de España. En 2009 publicó su primera novela, El español de la foto de París (Inédita, 2009), cuyo protagonista es el oficial española listado en el ejército de De Gaulle que encabezó la liberación de la capital francesa el 24 de agosto de 1944. Ha obtenido el I Premio de Periodismo Día del Mar del Ministerio de Cultura y el I Premio de Periodismo Fuerzas Armadas de la III Región Militar. Conferenciante y especialista en comunicación institucional, colabora como ponente en los Cursos de Verano de la Universidad Jaume I.